

Comarca del Bajo Aragón

- 1.- **El largo camino hacia las comarcas en Aragón (aproximación didáctica).**
AGUSTÍN UBIETO ARTETA.
- 2.- **Comarca del Aranda.**
JAVIER HERNÁNDEZ, JULIÁN MILLÁN Y AGUSTÍN SERRA (COORDINADORES).
- 3.- **Comarca del Alto Gállego.**
JOSÉ LUIS ACÍN FANLO (COORDINADOR).
- 4.- **Comarca de Valdejalón.**
MANUEL BALLARÍN AURED (COORDINADOR).
- 5.- **Las comarcas de Aragón: territorio y futuro.**
JORGE INFANTE DÍAZ (EDITOR).
- 6.- **El proceso de comarcalización de Aragón. Análisis político y administrativo.**
ALFREDO BONÉ PUEYO Y ROGELIO SILVA GAYOSO (COORDINADORES).
- 7.- **Comarca del Matarraña.**
JOSÉ ANTONIO BENAVENTE SERRANO Y TERESA THOMSON LLISTERRI (COORDINADORES).
- 8.- **Comarca del Campo de Daroca.**
FABIÁN MAÑAS BALLESTÍN (COORDINADOR).
- 9.- **Comarca del Jiloca.**
EMILIO BENEDICTO GIMENO (COORDINADOR).
- 10.- **Comarca del Campo de Borja.**
ISIDRO AGUILERA ARAGÓN Y MARÍA FERNANDA BLASCO SANCHO (COORDINADORES).
- 11.- **Comarca de Tarazona y el Moncayo.**
MARÍA TERESA AINAGA ANDRÉS Y JESÚS CRIADO MAINAR (COORDINADORES).
- 12.- **Comarca de La Jacetania.**
JOSÉ LUIS ONA GONZÁLEZ Y SERGIO SÁNCHEZ LANASPA (COORDINADORES).
- 13.- **Comarca de Gúdar-Javalambre.**
MARÍA VICTORIA LOZANO TENA (COORDINADORA).
- 14.- **Comarca del Bajo Cinca.**
FÉLIX J. MONTÓN BROTO (COORDINADOR).
- 15.- **Comarca de Ribera Alta del Ebro**
MIGUEL HERMOSO CUESTA Y MÓNICA VÁZQUEZ ASTORGA (COORDINADORES).
- 16.- **Comarca de Los Monegros.**
GONZALO GAVÍN GONZÁLEZ (COORDINADOR).
- 17.- **Comarca de Ribera Baja del Ebro.**
PILAR BES GRACIA Y JAVIER BLASCO ZUMETA (COORDINADORES).
- 18.- **Comarca del Bajo Aragón.**
JOSÉ IGNACIO MICOLAU ADELL Y TERESA THOMSON LLISTERRI (COORDINADORES).

Títulos en preparación

- 19.- **Comarca de La Ribagorza.**
JOSÉ ESPONA VILA Y JAVIER DEL VALLE MELENDO (COORDINADORES).
- 20.- **Comarca de la Comunidad de Calatayud.**
JULIÁN MILLÁN GIL Y AGUSTÍN SANMIGUEL MATEO (COORDINADORES).

Comarca del Bajo Aragón

José Ignacio Micolau Adell
Teresa Thomson Llisterri
(Coordinadores)



Edita:

Diputación General de Aragón
Departamento de Presidencia y Relaciones Institucionales

Dirección de la colección:

Isidro Aguilera Aragón

Coordinación general:

José Luis Ona González
Asunción Urgel Masip
(Sargantana - Patrimonio)

Coordinación:

José Ignacio Micolau Adell
Teresa Thomson Llisterri

Diseño cubierta (colección):

Cano & Cano

Imagen cubierta:

Puente sobre el río Guadalope, cerca de Calanda. Foto: José Puche

Fotos:

Archivo de Aeronáutica Italiana (Ministerio de Defensa) (116); *Archivo familiar Borobio* (111, 146, 166 inf., 170); *Archivo familiar Sancho Izquierdo* (208); *Archivo Gracia (Alcañiz)* (110); *Archivo de Historia Gráfica del Bajo Aragón* (327: aportada por Ascensión Domene); *Archivo Histórico Nacional* (40 -en *Cartografía inédita de Mas de las Matas*, GEMA-); *Archivo Mas* (79, 143, 155); *Ayuntamiento de Alcañiz* (36, 100, 158); *Alberto Bayod* (176, 177); *José Antonio Benavente* (64, 69, 73, 75, 304, 307, 308 inf.); *Fernanda Blasco* (227); *Colección particular* (120); *Luis Correas* (311, 315); *Denominación de origen Aceite del Bajo Aragón* (262); *Denominación de origen Melocotón de Calanda* (302); *Javier Escuder* (22, 23, 26); *Andrés Ferrer* (66, 67); *Fotógrafo desconocido* (115, 117, 118, 148 sup., 187, 265, 267, 269); *Grupo de Estudios Masinos* (114); *Kati Horna* (113); *Santiago Martínez* (268 sup.); *Javier Pelli-cer* (123, 241, 243, 249, 250, 251); *Miguel Perdiguer* (109, 178 -en *La mirada detenida*, GEMA-); *M^a Ángeles Pérez* (165, 166 sup.); *Adrián Ponz* (35, 48, 277); *José Puche* (7, 12, 15, 16, 19, 24, 29, 32, 33, 41, 49, 61, 75, 80, 83, 87, 90, 95, 97, 102, 137, 138, 140, 141, 147, 153, 160, 173, 182 inf., 183, 191 -colección de *José Manuel Marco*, 192, 193, 194, 195, 202, 203, 205 sup., 206, 207, 212, 217, 229, 271, 274, 277, 278, 284, 287, 288, 293, 294, 295, 298, 300, 301, 303, 308 centro, 309, 319, 329, 330, 332, 333, 334, 335, 336, 337, 338, 339, 340, 341, 342, 343, 344, 345, 346); *Francisco Ruiz* (81); *Francisco Javier Sáenz* (10, 185, 222, 226, 228, 230, 231, 234, 235, 237, 238); *Andrés Serrano* (108 -en *La mirada detenida*, GEMA-); *Tere-sa Thomson* (9, 11, 14, 28, 37, 38, 39, 45, 46, 47, 48, 50, 52, 53, 70, 78, 82, 85, 103, 126, 128, 129, 131, 133, 136, 139, 142, 148 inf., 149, 152, 154, 156, 159, 161, 162, 163, 164, 169, 171, 179, 182 sup., 189, 205 inf., 213, 219, 220, 221, 224, 225, 240, 242, 244, 246, 248, 253, 256, 257, 258, 259, 268 inf., 279, 281, 285, 286, 289, 297, 305, 306); *TRAMAX* (184); *Darío Vidal* (198, 223, 261); *Rubén Vidal* (322) y www.bajoaragon.es (148 sup.).

Preimpresión e impresión:

Industrias Gráficas La Comercial, S.L.
Argualas, 40. 50012. Zaragoza. España.

I.S.B.N.:

84-7753-391-1

Depósito Legal:

Z-2648-2005

Índice

Presentación. JOSÉ ÁNGEL BIEL RIVERA.....7

El Bajo Aragón, a día de hoy.

VÍCTOR ANGOSTO ZURITA.....9

Primera aproximación a la comarca del Bajo Aragón.

JOSÉ IGNACIO MICOLAU ADELL Y TERESA THOMSON LLISTERRI13

I. De la Naturaleza

1. El relieve en la comarca del Bajo Aragón. JAVIER ESCUDER VIRUETE21
2. El Guadalope. JOSÉ RAMÓN MARCUELLO CALVÍN.....31
3. Flora y fauna del Bajo Aragón. ADRIÁN PONZ MIRANDA.43
Las saladas de Alcañiz. ADRIÁN PONZ MIRANDA.....52
4. Loscos y Pardo: dos botánicos del Bajo Aragón decimonónico.
JOSÉ MARÍA DE JAIME LORÉN.....55

II. De la Historia

1. El Bajo Aragón: de la Prehistoria a la época islámica.
JOSÉ ANTONIO BENAVENTE SERRANO.....63
Las pinturas rupestres de Val del Charco del Agua Amarga.
JOSÉ ANTONIO BENAVENTE SERRANO72
2. El Bajo Aragón medieval. CARLOS LALIENA CORBERA77
La Concordia de Alcañiz. ESTEBAN SARASA SÁNCHEZ.....88
Los judíos en el Bajo Aragón. ÁNGEL ALCALÁ GALVE.....94
3. El mundo contemporáneo: de la batalla de Pueyos
a la Guerra Civil. ELOY FERNÁNDEZ CLEMENTE
Cabecillas carlistas. PEDRO RÚJULA LÓPEZ.....99
Guerra y revolución en el Bajo Aragón. JULIÁN CASANOVA RUIZ.....113
El bombardeo de Alcañiz de 1938. JOSÉ MARÍA MALDONADO MOYA.....116
4. La comarca que quiso ser provincia. JOSÉ IGNACIO MICOLAU ADELL119
5. Auge y decadencia de la moderna industria aceitera en
la comarca del Bajo Aragón durante el siglo XX.
LUIS GERMÁN ZUBERO.....125
*Producción de aceite y crecimiento económico en
el Bajo Aragón, 1700-1835. ANTONIO PEIRÓ ARROYO.126*

III. De las Artes

1. El gótico en el Bajo Aragón. MANUEL SIURANA ROGLÁN135
El castillo de Alcañiz. TERESA THOMSON LLISTERRI140
2. Las Casas Consistoriales del Bajo Aragón.
CONCEPCIÓN LOMBA SERRANO145

3. El arte barroco en la comarca del Bajo Aragón. TERESA THOMSON LLISTERRI.....	151
<i>El convento del Desierto de Calanda. TERESA THOMSON LLISTERRI.....</i>	157
<i>La iglesia de Santa María la Mayor de Alcañiz. TERESA THOMSON LLISTERRI.....</i>	168
<i>El Modernismo en el Bajo Aragón. TERESA THOMSON LLISTERRI.....</i>	171
4. Las antiguas neveras: conservación, comercio y uso de la nieve. ALBERTO BAYOD CAMARERO.....	175
5. Artistas plásticos en el Bajo Aragón contemporáneo. RAFAEL ORDÓÑEZ FERNÁNDEZ.....	181
<i>Luis Buñuel. AGUSTÍN SÁNCHEZ VIDAL.....</i>	186

IV. La huella de sus gentes

1. La prensa bajoaragonesa. JOSÉ RAMÓN VILLANUEVA HERRERO	191
<i>Francisco Mariano Nipho, inventor del diarismo. DARÍO VIDAL LLISTERRI.....</i>	196
2. La literatura en el Bajo Aragón. JOSÉ IGNACIO MICOLAU ADELL.....	201
<i>La lengua y la literatura catalanas en la frontera del Bajo Aragón. ARTUR QUINTANA I FONT.....</i>	210
3. Mitos y leyendas del Bajo Aragón. DARÍO VIDAL LLISTERRI.....	215
<i>Las fiestas de la comarca del Bajo Aragón. JAVIER SÁENZ GUALLAR.....</i>	229
4. La Semana Santa en el Bajo Aragón. JAVIER SÁENZ GUALLAR.....	233
5. La gastronomía tradicional del Bajo Aragón. DARÍO VIDAL LLISTERRI.....	239
6. La cultura del aceite en el Bajo Aragón. DARÍO VIDAL LLISTERRI.....	255
7. Los pueblos de colonización: Valmuel y Puigmoreno. SANTIAGO MARTÍNEZ FERRER	265

V. Del presente y del futuro

1. Radiografía de la comarca: las cifras. ÁNGEL ARANDA MARCO	273
2. La estructura económica del Bajo Aragón. MARÍA ISABEL AYUDA BOSQUE.....	283
3. El Bajo Aragón: realidades y esperanzas. JOSÉ PUCHE GINER	291
<i>El aceite de nuestra tierra. JUAN BASEDA TORRUELLA.....</i>	299
<i>El ‘melocotón de Calanda’. MARIO MAGALLÓN CALVO.....</i>	301
4. Museos, centros de interpretación y exposiciones permanentes en la comarca del Bajo Aragón. JOSÉ ANTONIO BENAVENTE SERRANO.....	303
5. Cuatro largas vidas del Bajo Aragón. RAMÓN MUR GIMENO.	311

VI. Anexos

1. De Aguaviva a Valdealgorfa.	329
JOSÉ IGNACIO MICOLAU ADELL y TERESA THOMSON LLISTERRI	
2. Datos estadísticos. INSTITUTO ARAGONÉS DE ESTADÍSTICA.....	347

Presentación

La Comunidad Autónoma de Aragón vive ya como una realidad incuestionable e irreversible la vertebración de su territorio en treinta y tres comarcas. Todas ellas, menos la correspondiente a la del área metropolitana de Zaragoza, están en funcionamiento y han dejado de ser el gran reto de Aragón ante el futuro para convertirse en uno de los mayores logros alcanzados en los últimos años por nuestras instituciones autonómicas.

La actualidad, el desarrollo diario de las comarcas, está demostrando que quienes desde el primer momento confiamos en el proceso de comarcalización de nuestra Comunidad no estábamos equivocados. Con tal articulación del territorio, el Gobierno de Aragón ha puesto en marcha un auténtico modelo de descentralización política y administrativa que permite a las instituciones comarcales participar directamente en el autogobierno de la Comunidad. Porque ésa y no otra es la primera transferencia que han recibido las comarcas del Gobierno de Aragón: la capacidad de autogestionarse, de diseñar el gobierno de su demarcación comarcal.



Los olivos caracterizan el paisaje bajoaragonés

El presente volumen refleja la personalidad y las características de una de las comarcas emblemáticas de nuestra tierra como es el Bajo Aragón. La Tierra Baja tiene hoy en esta nueva entidad local territorial, formada por veinte poblaciones, con capital en Alcañiz, una institución administrativa y política que, sin duda, está llamada a ser el motor de una extensa área de la Comunidad Autónoma aragonesa. Constituida el mes de junio de 2002, tiene ante sí el reto de actuar como factor de arrastre de otras zonas por su emplazamiento geográfico, por el proverbial carácter emprendedor de sus gentes y porque lleva grabada en su frontispicio institucional un nombre que brilló con luz propia en la historia de nuestro antiguo reino: Bajo Aragón.

Éste es el libro del Bajo Aragón y su circunstancia actual, heredada del pasado y abierta a un porvenir prometedor. En su elaboración han colaborado políticos, empresarios, escritores, historiadores, periodistas, artistas y numerosas personalidades que conocen bien el sustrato de la tierra en la que nacieron y se mueven a diario. Las veinte localidades que lo conforman tienen en estas páginas su carta de presentación mancomunada como pertenecientes a la Comarca del Bajo Aragón. A todos los hombres y mujeres que han participado en este trabajo deseo expresarles mi más sincero agradecimiento y mi enhorabuena por haber contribuido a que el Bajo Aragón pueda rubricar una nueva página de su larga y rica historia.

JOSÉ ANGEL BIEL RIVERA

*Vicepresidente y Consejero de Presidencia
y Relaciones Institucionales del Gobierno de Aragón*

El Bajo Aragón, a día de hoy

VÍCTOR ANGOSTO ZURITA
PRESIDENTE DE LA COMARCA DEL BAJO ARAGÓN

Veinte poblaciones del Bajo Aragón forman una de las treinta y tres comarcas en las que se ha vertebrado nuestra Comunidad Autónoma. Aguaviva, Alcañiz, Alcorisa, Belmonte de San José, Berge, Calanda, Castelserás, La Cañada de Verich, La Cerollera, La Codoñera, La Ginebrosa, Foz-Calanda, Mas de las Matas, La Mata de los Olmos, Los Olmos, Las Parras de Castellote, Seno, Torrecilla de Alcañiz, Torrelilla y Valdealgorfa constituyen una demarcación comarcal agrupada en torno a una denominación, Bajo Aragón, que tuvo una relevancia histórica indiscutible en el antiguo reino aragonés.

A día de hoy, este Bajo Aragón reúne unas características propias muy acusadas. Es una zona fronteriza con las comunidades autónomas de Cataluña y del País Valenciano. Tiene su cabecera y capitalidad en Alcañiz, la segunda ciudad de la provincia de Teruel. Algunas de sus poblaciones, como las de toda la franja oriental, son bilingües. Su desarrollo económico se sustenta sobre la base de una agricultura tradicional junto a la que ha surgido un sector industrial y de servicios pujante.

Los municipios bajoaragoneses en su totalidad son fuente de abastecimiento sustancial en la producción del aceite de oliva con denominación de origen *Bajo Aragón*, del *melocotón de Calanda* y del *jamón de Teruel*, todos ellos productos cada día más apreciados en los mercados nacional e internacional. Pero al lado de este histórico manantial de riqueza, el Bajo Aragón del siglo XXI presenta un desarrollo industrial más que apreciable. Las empresas de transporte, esenciales en una comarca de tránsito hacia el Mediterráneo, las constructoras y productoras de materiales prefabricados para la construcción, las industrias transformadoras de arcillas y tierras refractarias y un largo etcétera, son hoy alternativa a la producción industrial del pasado más próximo.



La producción de aceite es una actividad económica pujante en el Bajo Aragón



Procesión del Pregón de Alcañiz

Junto a este desarrollo económico, el Bajo Aragón ofrece un panorama cultural y turístico alentador. La Semana Santa bajoaragonesa, con tres de sus localidades integradas en la Ruta del Tambor y el Bombo, el atractivo de las fiestas patronales de nuestros pueblos y, sobre todo, el encanto del entorno natural de todos ellos, han hecho surgir en los últimos años una industria hostelera de calidad. Los albergues, las viviendas de turismo rural y otros servicios forman parte de una oferta turística en constante crecimiento.

La faceta propiamente cultural se lleva a cabo gracias a los numerosos centros de estudios, asociaciones, grupos folclóricos y artísticos existentes no sólo en las poblaciones mayores sino también en las más pequeñas. En este sentido, el Bajo Aragón ofrece un mosaico cultural que no es fácil de encontrar en el medio rural de otras zonas del país. Como ejemplos basta citar el Festival Internacional del Castillo de Alcañiz, el Festival Internacional de Cine de Calanda, los congresos y cursos de Humanismo de Alcañiz, la Semana Cultural de Alcorisa, la Fiesta Medieval de Belmonte, la Hoguera de Castelserás, el certamen de jota de La Codoñera, los coloquios sobre historia de Mas de las Matas, las muestras de teatro, las exposiciones y numerosas actividades desarrolladas en los centros culturales, con la colaboración directa de los ayuntamientos y, ahora, del propio Consejo Comarcal del Bajo Aragón. Nuestra comarca dispone, además, de un servicio informativo envidiable, tras la aparición de diversos medios de comunicación en las últimas décadas.



Todas estas realidades, todo el empeño y el esfuerzo que los pueblos ponen en la ejecución de sus proyectos tienen cabida y deben ser estimulados desde esta nueva institución privativa aragonesa: la comarca, el consejo comarcal. Para eso precisamente ha nacido, para aglutinar esfuerzos, mancomunar los servicios y, en definitiva, para comarcalizar la vida de nuestros pueblos. Esto es tanto como dar oxígeno a las localidades más pequeñas, de forma que también sus vecinos puedan disfrutar de los mismos servicios e igual estado de bienestar que los núcleos urbanos.

Pero éste no es únicamente el objetivo que nos hemos propuesto alcanzar desde el Consejo del Bajo Aragón. Es nuestra obligación y la misión que tenemos el deber de cumplir. Sólo con tales miras lograremos que Aragón se vertebre de forma equilibrada y equitativa. Sólo así, mediante su autogobierno, conseguiremos que las zonas más despobladas, como la nuestra, puedan despegar en un desarrollo prometedor ante el futuro. Para eso se crearon las comarcas. Y es, en suma, lo que pretende conseguir el Consejo Comarcal que presido: que los proyectos comunes del Bajo Aragón se conviertan lo antes posible en realidad. Que nuestra comarca tenga fuerza para reclamar nuevas y modernas vías de comunicación, como el desdoblamiento de la carretera Nacional 232. Que la variante de Alcañiz deje de ser un sueño. Que la Ciudad del Motor despunte ya. En definitiva, que del esfuerzo común de nuestros pueblos surja un futuro prometedor para todos.



Alcañiz. Casa Mainar, futura sede de la comarca del Bajo Aragón

Primera aproximación a la Comarca del Bajo Aragón

JOSÉ IGNACIO MICOLAU ADELL
TERESA THOMSON LLISTERRI
(COORDINADORES)

La Comarca del Bajo Aragón ha quedado recientemente constituida y regulada como Entidad Local Territorial –por medio de la Ley 10/2002, de 3 de mayo, de creación de la Comarca del Bajo Aragón–, con lo que se incorpora a la estructura comarcal de Aragón. Como en el resto de las comarcas aragonesas, su creación se basa en la conveniencia de la gestión supramunicipal de los servicios, en su viabilidad económica y en la existencia de vínculos territoriales, históricos, económicos, sociales y culturales entre los municipios que la conforman. Si bien esto es cierto, no lo es menos la permeabilidad que se hace patente con las comarcas vecinas, integrantes todas ellas del gran territorio reconocido tradicionalmente como Bajo Aragón o Tierra Baja, en el que estarían integrados la mayor parte de los territorios de las actuales comarcas de Bajo Martín, Andorra-Sierra de Arcos, Cuencas Mineras, Maestrazgo, Matarraña y Bajo Aragón-Caspe.

De este modo, la reciente división comarcal ha incluido en la denominación de Bajo Aragón tan sólo a la parte central del extenso territorio natural de la antigua Tierra Baja aragonesa, localizada en el curso medio del río Guadalupe, y delimitada al norte por el río Ebro, al sur por las estribaciones del Maestrazgo, al este por las serranías costero-catalanas y al oeste por la cuenca del río Aguasvivas.

La capital de esta comarca es Alcañiz, en reconocimiento del papel que históricamente ha tenido esta población como cabecera o centro territorial. Papel que puede retrotraerse hasta época islámica –en la que Alcañiz se constituyó en la cabecera de un distrito islámico dependiente de Zaragoza– y, sobre todo, al periodo medieval cristiano, al convertirse en sede de la Encomienda Mayor de la Orden de Calatrava.

La actual comarca del Bajo Aragón, caracterizada por una indudable diversidad, ofrece entre sus mejores y más valiosas tarjetas de presentación su excelente aceite de oliva virgen y el delicioso melocotón de Calanda, sus tambores y bombos, la gran figura de Buñuel, el grupo de humanistas alcañizanos, su importante riqueza patrimonial, y un gran número de bellos rincones por descubrir.



Paraje de los *Fontanales*, en el entorno de Calanda

El medio natural: diversidad paisajística

La comarca del Bajo Aragón se extiende desde el sur de la cuenca del Ebro a las últimas estribaciones de la Cordillera Ibérica. Territorio recorrido por el río Guadalope, el Guadalopillo, el Bergantes, el Mezquín y el pequeño arroyo del Regallo. En ella se identifican dos zonas: la septentrional, con altitudes inferiores a los 600 metros y localizada en la margen sur de la denominada Depresión del Ebro; y la meridional, formada por las primeras estribaciones montañosas de la Cordillera Ibérica. La diversa geomorfología y la variedad climática que se observa en esta comarca determinan su pluralidad paisajística y la atractiva diversidad de su flora y fauna.

Un pasado común

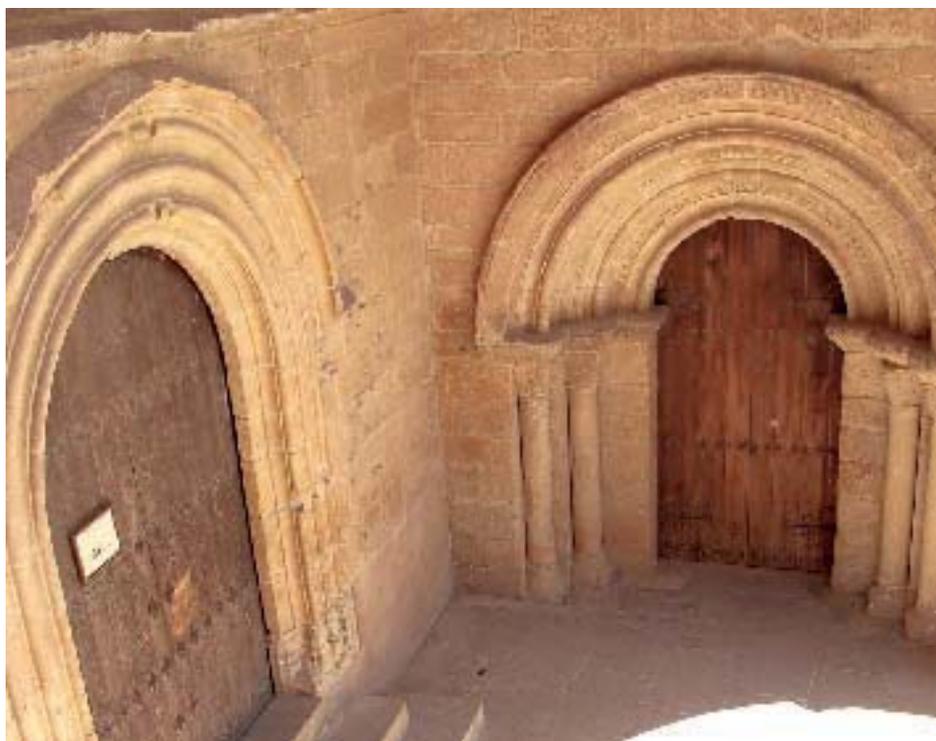
Las evidencias más antiguas de ocupación humana en esta comarca se remontan al Paleolítico medio o musteriense, periodo al que corresponden las piezas encontradas en superficie en el Cabezo Marañán de Castelserás. Si bien habrá que esperar al Neolítico para encontrar yacimientos bien documentados, gracias a excavaciones arqueológicas recientes, como los de Alonso Norte y Las Torrazas de Alcañiz.

Pero será ya en época medieval, concretamente en el siglo XII, cuando se fijen los fundamentos o cimientos del actual territorio de la Comarca del Bajo Aragón con la conquista cristiana y el asentamiento de nuevos pobladores. Así, a mediados de dicha centuria, el progresivo debilitamiento del estado almorávide en el Levante peninsular posibilitó la caída de los territorios de los cursos medio y bajo del Ebro en poder de aragoneses y catalanes, lo que se llevó a cabo tras la conquista de Tortosa y Lérida (1148-1149), cuando Ramón Berenguer IV se apoderó de las cuencas de los ríos Martín y Guadalope inferior (entre 1154 y 1157). En 1179, Alcañiz y sus aldeas fueron donadas a la orden de Calatrava por Alfonso II, hecho con el que se inició una prolongada etapa de dominio señorial en esta zona. El proceso se fue completando hasta principios del siglo XIII con incorporaciones tardías como la de Calanda (1275) y la de Foz-Calanda (1284). Con ello, el señorío de Calatrava en Aragón quedó establecido en un territorio que, aun siendo sensiblemente menor que el definido en la carta de población de 1157, comprendía la mayor parte del Bajo Aragón (en su sentido más amplio), salvo unos cuantos

núcleos de población concretos como Valderrobres o Castellote, dependientes de otros poderes señoriales. Esta amplia extensión territorial –bajo el dominio calatravo– se organizó en encomiendas, entre las que destacaba, sin duda, la Encomienda Mayor de Alcañiz.

A mediados del siglo XIV, la autoridad señorial ejercida por esta Orden empezó a mostrar claros signos de debilitamiento y se inició un periodo de frecuentes conflictos entre el poder señorial y el creciente poder municipal. En los siglos XVI y XVII los conjuntos urbanos se fueron transformando, adaptándose al modelo de *ciudad moderna*, en la que se define un gran centro cívico de la población, su plaza Mayor, donde se erigirá el símbolo del poder concejil: la casa consistorial.

A principios del siglo XVIII, concretamente en 1711, la creación de una nueva división territorial de Aragón trajo consigo el nacimiento del corregimiento de Alcañiz, entidad que pervivió hasta 1833. Precisamente esta larga duración –que supuso la identificación de dicho corregimiento con la Tierra Baja– y el deseo de implantar una demarcación territorial distinta basada en la provincia –que adscribía esta zona a la provincia de Teruel– serán el fundamento sobre el que se edificará una clara conciencia colectiva de territorio diferenciado. De este modo, el Bajo Aragón, de ser un simple espacio geográfico pasa a tener un cierto particu-



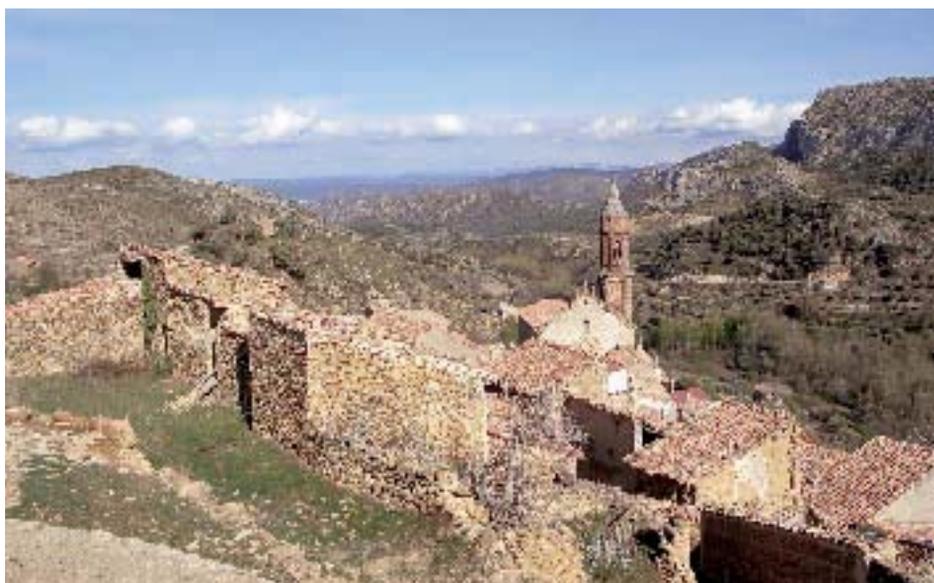
Portadas de entrada a la iglesia y claustro en el castillo de Calatravo de Alcañiz.

larismo territorial, que será la base de una auténtica identidad comunitaria que se manifestará en el ámbito político y cultural.

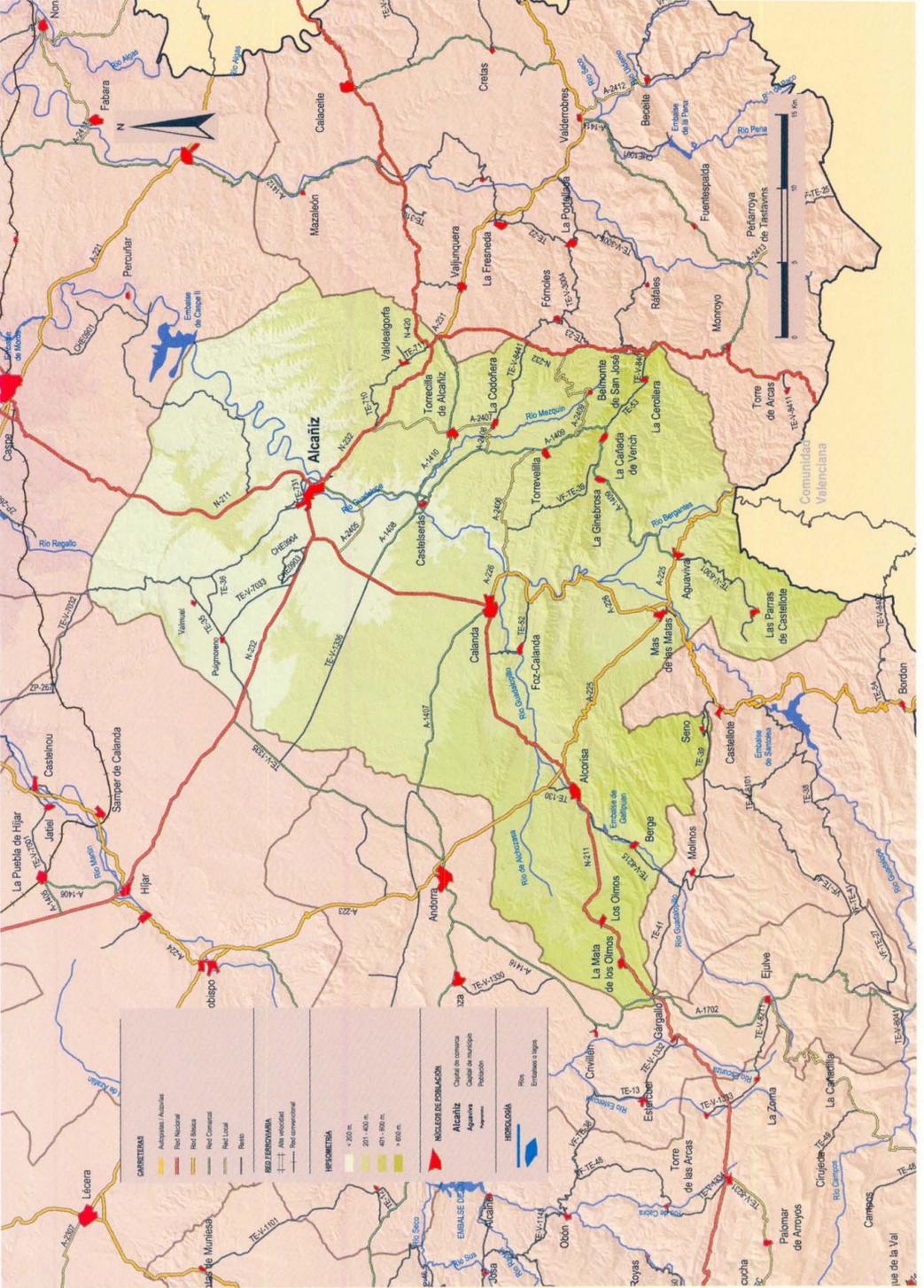
El presente y el reto del futuro

La comarca del Bajo Aragón tiene un número de habitantes aceptable y una densidad de población superior a la de gran parte de las comarcas aragonesas. Sus veinte municipios sumaban en 2002 la cifra de 26.853 habitantes, aunque de ellos más de la mitad corresponde a Alcañiz, lo que manifiesta una de las características de este territorio: la macrocefalia o superdesarrollo de la cabecera comarcal. Por otra parte, en varias de las localidades –precisamente las menos habitadas– se observa un claro envejecimiento y su progresivo despoblamiento, aunque en menor grado que en otras comarcas de Aragón.

La distribución en los distintos sectores económicos es bastante correcta: el sector primario aglutina el número suficiente de personas ocupadas en él para evitar la despoblación, el sector secundario muestra favorables signos de solidez y estabilidad, y el terciario se encuentra en franco desarrollo. No podemos más que mirar al futuro con optimismo, sin olvidar por ello los evidentes problemas que tenemos: la población envejecida en algunas zonas; el progresivo despoblamiento de varios municipios; el desequilibrio del sector secundario, con una excesiva dependencia de la construcción y de la industria extractiva y energética; y el paro, especialmente femenino. Resulta imprescindible la potenciación del sector industrial, la mejora de las vías de comunicación y el desarrollo de un sector clave para este territorio como es el turismo.



Arquitectura y paisaje se funden en el pequeño caserío de Seno.



Mapa de la comarca del Bajo Aragón (DGA)

De la Naturaleza



Página anterior:
Paisaje con el río Bergantes

El relieve en la comarca del Bajo Aragón

JAVIER ESCUDER VIRUETE

Introducción fisiográfica

La comarca del Bajo Aragón forma parte de dos grandes unidades morfoestructurales del NE de la Península Ibérica: la Cordillera Ibérica y la Cuenca del Ebro. Geológicamente, la Cordillera Ibérica puede considerarse como un conjunto de macizos de rocas mesozoicas, con pequeños enclaves paleozoicos, separados entre sí por cuencas sedimentarias cenozoicas (materiales terciarios y cuaternarios). El relleno de la Cuenca del Ebro está constituido por rocas cenozoicas, situándose la comarca del Bajo Aragón en su borde meridional, adosada a la zona de enlace entre la Cordillera Ibérica y la Cadena Costero-Catalana. La comarca incluye los términos municipales de Aguaviva, Alcorisa, Belmonte de San José, Berge, Calanda, Cañada de Verich, Castelserás, Foz-Calanda, La Cerollera, La Codoñera, La Ginebrosa, Las Parras de Castellote, La Mata de los Olmos,

Los Olmos, Mas de las Matas, Seno, Torrecilla de Alcañiz, Torrelvella y Valdealgorfa, y es Alcañiz, con sus pedanías de Valmuel y Puig Moreno, la capital comarcal (Fig. 1). Los principales tributarios del río Ebro en la comarca son los ríos Guadalope, Guadalopillo, Bergantes y Mezquín, además del episódico arroyo del Regallo.

Morfológicamente, la comarca del Bajo Aragón puede subdividirse en dos zonas: la septentrional, con altitudes inferiores a los 600 m, encajada sobre los depósitos subhorizontales terciarios de la cuenca del Ebro y constituida por extensos piedemontes dirigidos hacia el N hasta el nivel del río Ebro, en los que se encaja la red de drenaje que origina un denso entramado de barrancos o *vales*; y la meridional, formada por las primeras estribaciones montañosas de la Cordillera Ibérica, estructuradas por materiales mesozoicos y terciarios plegados, y que da lugar a relieves de altitud superior a 800 m sólo interrumpidos por los estrechos del curso alto de los ríos Guadalope, Guadalopillo y Bergantes.

Los principales relieves en la zona septentrional son las sierras de Vizcuerno y las alturas de Pradillo-La Magallona, que culminan en los vértices de Castiller (456 m),

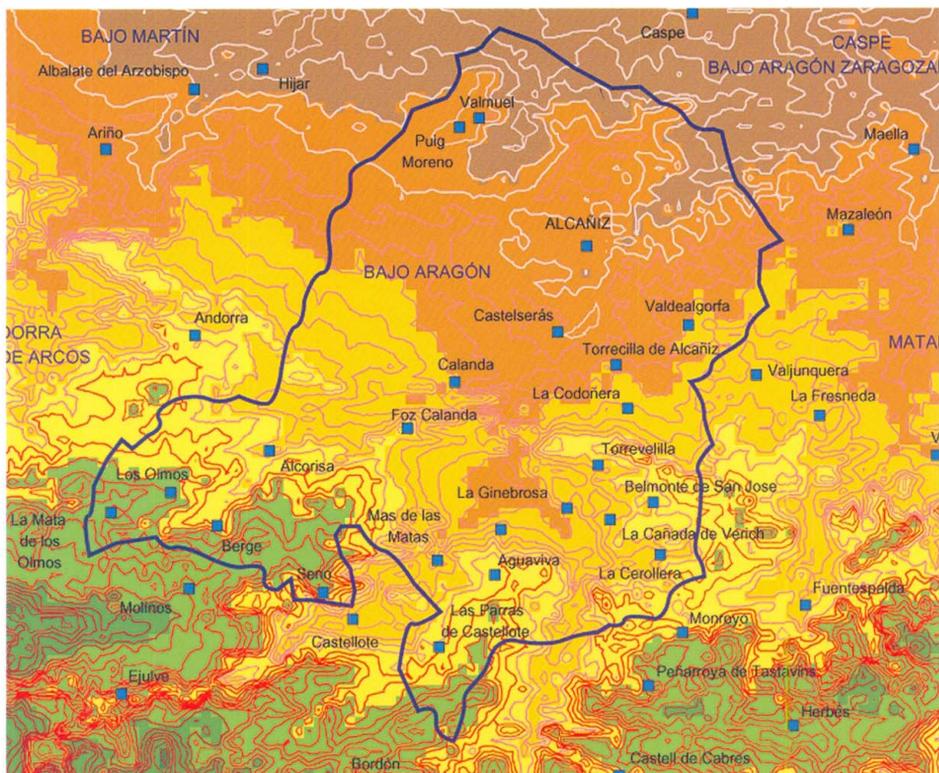


Fig. 1. Situación geográfica de la comarca del Bajo Aragón con el nombre de las localidades que la conforman. Sus límites administrativos están marcados por la línea azul

Vizcuerno (430 m) y Grasa (495 m), junto al singular Puig Moreno (465 m), destacado sobre el amplio Llano de la Chumilla. La zona meridional presenta una morfología más accidentada condicionada por las alineaciones montañosas ibéricas de la sierra de Arcos, la Galga-Calanda, La Ginebrosa, Castellote y parte de la de *Sant Just*. Las principales cumbres de estas sierras son los vértices de Montalvo (962 m), Ginebrosa (890 m) y Millán (949 m). El río Guadalope recorre toda la comarca del Bajo Aragón en sentido SSO-NNE, constituyendo su verdadero eje socio-económico. Sus aguas son aprovechadas en los embalses de Santolea, Calanda y el Civán, así como las de sus tributarios en el de Gallipué y La Estanca, al oeste de Alcañiz. En la zona septentrional de la comarca, el clima se caracteriza por su marcada continentalidad, de tipo semiárido, localmente árido, con valores anuales medios comprendidos entre 14,5 y 16,5°C para las temperaturas y de menos de 400 mm para las precipitaciones. En la zona meridional, el sistema morfoclimático anual dominante es también semiárido, aunque en la actualidad existen procesos periglaciares limitados a partir de 1.000 m de altitud en las serranías ibéricas.

Geología

La comarca del Bajo Aragón está geológicamente situada en la rama aragonesa de la Cordillera Ibérica y en el borde meridional de la Cuenca del Ebro, que constituyó su antepaís durante la orogenia alpina. La Cordillera Ibérica es una cadena de dirección NO-SE, compuesta por un basamento precámbrico-paleozoico deformado durante la orogenia hercínica, sobre el que se depositaron discordantes materiales pérmicos, mesozoicos y cenozoicos durante el ciclo alpino. Durante el Mesozoico, la Cordillera Ibérica experimentó una importante extensión, con dos períodos de *rifting* durante el Triásico y Cretácico inferior, y dos períodos de *post-rift* durante el Jurásico y Cretácico superior. Durante los períodos de *rift* se depositaron materiales en ambientes continentales, transicionales y marinos someros, mientras que las etapas de *post-rift* estuvieron caracterizadas principalmente por una importante expansión de las plataformas carbonatadas marinas más o menos someras. Al final del Cretácico los esfuerzos que actuaban sobre la placa ibérica pasaron a ser compresivos, lo que originó la inversión de las cuencas mesozoicas del interior de la placa y su elevación para formar cadenas montañosas durante la orogenia alpina.

En la comarca del Bajo Aragón se pueden distinguir tres conjuntos de materiales (Fig. 2): el basamento paleozoico, la cobertera mesozoica de rocas sedimentarias esencialmente marinas y transicionales, y los sedimentos cenozoicos continentales sin- y post-orogénicos. Las rocas del basamento más antiguas de la comarca del Bajo Aragón son del Carbonífero y afloran exclusivamente en Puig Moreno, al NO de Alca-

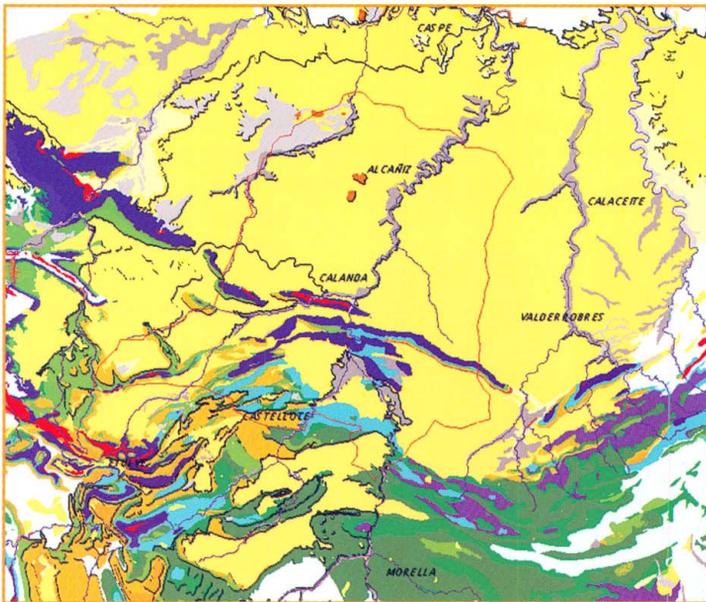


Fig. 2. Mapa geológico de la comarca del Bajo Aragón, en el que los materiales del Triásico aparecen en colores rojos, el Jurásico en azules, el Cretácico en verdes, el Terciario en amarillos y el Cuaternario en grises

ñiz. Se trata de una serie siliciclástica marina de características turbidíticas, cuya edad, Kasimoviense medio-superior, ha sido establecida a partir de fusulináceos fósiles. La cobertera sedimentaria está formada por rocas del Triásico, Jurásico, Cretácico y parte del Paleógeno. El Triásico presenta la típica facies germánica, y está constituido, sucesivamente, por las areniscas rojas del *Buntsandstein*, las calizas blancas del *Muschelkalk* y las arcillas y yesos rojos del *Keuper*. En la comarca, el *Muschelkalk* aflora en el anticlinal de Calanda en forma de una serie de dolomías, calizas, margas y yesos, lo que supone en la historia geológica de la zona la primera invasión marina con implantación de una llanura de mareas. El *Keuper* está compuesto por margas, arcillas y yesos, que se pueden relacionar con depósitos de llanura costera con aportes continentales e invasiones marinas episódicas. Las condiciones climáticas áridas favorecieron la formación de evaporitas. Aparece en los anticlinales cabalgantes erosionados de la sierra de los Arcos-Calanda y Alcorisa-La Ginebrosa.

Durante el Jurásico, la mayor parte del NE de la Península Ibérica estuvo ocupada por un mar poco profundo situado en la franja tropical, lo que originó la creación de depósitos de carbonatos con abundantes restos de organismos. En la comarca del Bajo Aragón, el Jurásico forma una potente sucesión de calizas y margas fosilíferas que, debido a su dureza, dibujan en el paisaje crestas, resaltes o cañones de abruptas paredes al encajarse en ellas la red fluvial cuaternaria. Al final del Jurásico la zona correspondiente a la actual comarca quedó emergida durante unos 20 millones de años, sometida a erosión y a la karstificación. Se produjo entonces la formación de suelos rojos arcillosos en condiciones climáticas húmedas y la instalación de una densa cobertera vegetal. La sedimentación se reanudó en la parte media del Cretácico inferior y continúa prácticamente sin interrupción hasta la parte alta del Cretácico superior, tanto en la denominada cuenca del Maestrazgo como en otras pequeñas subcuencas como la de Oliete.

Durante el Cretácico inferior, la comarca quedó situada en la franja litoral, como atestigua la sedimentación continental y de bahía parcialmente comunicada al S con el mar abierto, con aportes terrígenos del continente situado al N. De gran importancia

económica en la comarca es la Formación Escucha, ya que incluye los niveles de carbón que se explotan en las cuencas mineras turolenses y que fue depositada en un delta influenciado por mareas durante esta época. El carbón se originó en zonas de marismas con una densa cubierta vegetal y bajo un clima cálido y húmedo, donde la materia orgánica se enterraba rápidamente. De gran interés minero es también la Formación Utrillas, formada por arenas y arcillas caolínicas de color blanco, rojo ladrillo, violeta o *beige*, que son explotadas por su interés



Arcillas

cerámico y refractario. Su depósito tuvo lugar en ambientes fluviales y supone la retirada del mar en el tránsito al Cretácico superior. La gran invasión marina del inicio del Cretácico superior inundó amplios dominios de la Península Ibérica y en la comarca dio lugar a la sedimentación de carbonatos en ambientes marinos muy someros o transicionales a continentales.

Los sedimentos cenozoicos sin- y post-orogénicos se dividen en dos grandes grupos: los depositados simultáneamente a la compresión alpina o paleógenos; y los posteriores a la etapa compresiva o neógenos. Los primeros presentan los estratos plegados, mientras que los segundos apenas están deformados y se disponen subhorizontales. En el sector meridional de la cuenca del Ebro, donde se sitúa la comarca del Bajo Aragón, la actividad tectónica del cinturón de pliegues y cabalgamientos formado en la zona de enlace Cordillera Ibérica y Cadena Costero-Catalana, controló la sedimentación molásica sin-orogénica y la distribución general de facies a lo largo del Paleoceno-Mioceno. Desde el comienzo del Oligoceno y hasta el Mioceno medio la sedimentación adquiere un carácter endorreico y se establecen grandes sistemas deposicionales aluviales-fluviales. El denominado sistema aluvial-fluvial del Guadalope-Matarraña distribuyó una gran cantidad de terrígenos desde el margen activo ibérico y hacia el interior de la cuenca del Ebro, lo que originó el tránsito gradual desde las facies conglomeráticas proximales de los abanicos aluviales meridionales a diversas facies fluviales, y más al norte, hacia el centro de la cuenca, a las grandes llanuras lutíticas con zonas endorreicas lacustres someras del sistema lacustre de Los Monegros. La evolución sedimentaria del sistema del Guadalope-Matarraña tuvo lugar en un clima árido, como atestiguan los microfósiles y el tipo de asociación polínica encontrados. Con el cese de la actividad tectónica principal culmina la etapa de relleno de la cuenca, sedimentándose las facies expansivas de carbonatos lacustres en el Mioceno medio, preservadas en Andorra (Los Montalvos) y Mas de las Matas (Serreta). En el Mioceno superior, el drenaje del Ebro conecta con el mar Mediterráneo, de forma que desde este momento cesa el acúmulo de sedimentos en la cuenca y se inicia un estadio erosivo que continúa hasta la actualidad.

Geomorfología

Geomorfológicamente, la comarca del Bajo Aragón puede subdividirse en dos áreas bien contrastadas: la meridional, formada por las primeras estribaciones de la Cordillera Ibérica; y la septentrional, perteneciente al margen S de la Depresión del Ebro. El tránsito entre ambas se localiza en las sierras de Arcos, la Galga-Calanda y La Ginebrosa, que en conjunto definen una alineación montañosa de dirección ONO-ESE y alturas entre 850 y 950 m, destacada unos 300-400 m sobre las zonas llanas de la Depresión del Ebro.

Las principales unidades morfoestructurales y tipos de modelado existentes en la comarca están recogidos en la figura 3. En los macizos calcáreos de las sierras de Alcorisa-Los Bertolines-La Ginebrosa y de *Sant Just*-Castellote, se ha desarrollado

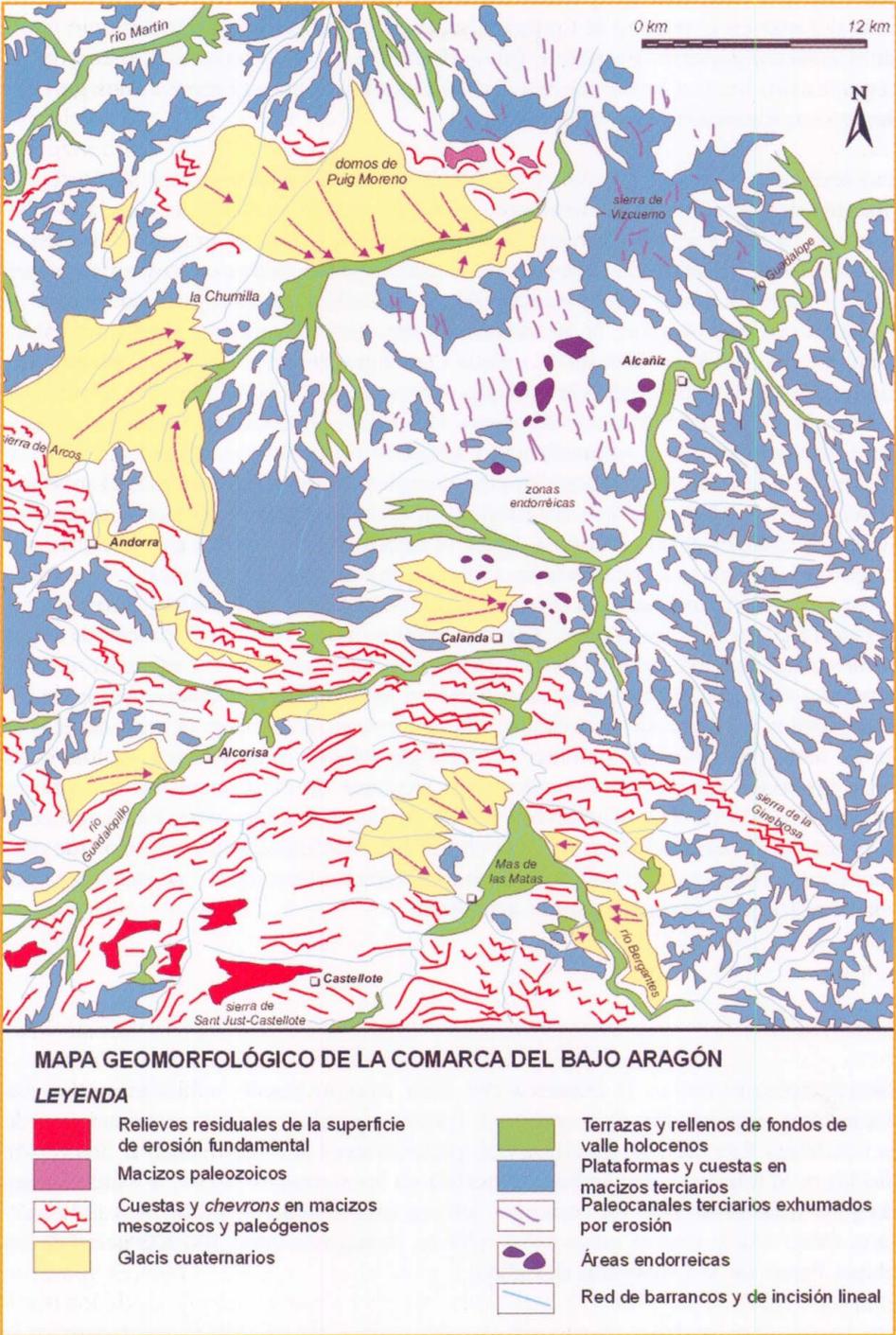


Fig. 3. Mapa geomorfológico de la comarca del Bajo Aragón

por erosión un modelado de cuestras y crestas, con restos en sus cumbres de una gran superficie de arrasamiento o penillanura fundamental. En el interfluvio Guadalopec-Matarraña, al NE de la comarca, y bajo una superficie de piedemonte degradada, el modelado predominante es el de plataformas estructurales generadas a favor de los niveles conglomeráticos y areniscosos competentes terciarios, escalonadas hacia el N en varios niveles. Si los niveles de areniscas subhorizontales son discontinuos se forma un relieve de paleocanales exhumados. Al O del río Guadalopec, las formas características son un conjunto de superficies de glacia cuaternarios, como el de la Chumilla al N de Andorra, en el que se encajan los sistemas de terrazas asociados a los actuales valles fluviales. Al SO de Alcañiz y aislados en algunos casos por cordones de paleocanales de areniscas, se localizan varios focos endorreicos funcionales como las lagunas de la Salada Grande y La Estanca. Finalmente, al NO de Alcañiz, el Terciario detrítico del Ebro presenta un modelado en cuestras divergentes en torno a tres afloramientos del basamento paleozoico o *domos* de Puig Moreno. Por lo tanto, la descripción geomorfológica de la comarca del Bajo Aragón debe incluir las superficies de erosión que, junto a la morfoestructura, configuran los grandes rasgos del relieve actual; el modelado cuaternario sobreimpuesto, generado predominantemente por los procesos fluviales; y la dinámica subactual-actual del río Guadalopec como curso principal.

La superficie de tipo penillanura fundamental representa la culminación de un ciclo erosivo-deposicional que tuvo lugar a finales del Cenozoico (Plioceno superior), como consecuencia de la actividad tectónica alpina. Regionalmente, esta superficie ha quedado reducida por erosión a las cumbres aplanadas del sector de Cañizar del Olivar-Ejulte, a unos 1.080-1.100 m de cota, y continúa al N en el sector de Molinos-Mas de las Matas, a unos 1.000-925 m, y en las sierras de los Arcos y La Ginebrosa, entre 900 y 830 m. Se trata de planicies suavemente alomadas situadas en las áreas culminantes de las sierras, inclinadas en conjunto hacia el N y disectadas por la red de barrancos. Sobre la superficie se han desarrollado formas exokársticas por procesos de disolución superficial, como dolinas en cubeta y lapiaz. Aunque son funcionales en la actualidad, se trata de formas relictas generadas en épocas pasadas de climatología más húmeda, que están en desequilibrio con las condiciones morfogenéticas actuales.

Los relieves estructurales son formas exhumadas por la erosión fluvial al actuar sobre los depósitos mesozoicos y cenozoicos, distinguiéndose dos tipos: plataformas y cuestras. Las plataformas estructurales caracterizan morfológicamente el sector NE de la comarca, donde los estratos terciarios son subhorizontales. La extensión original de estas formas en la sierra del Vizcuerno, en las que es posible distinguir dos o más niveles de plataformas escalonados hacia el río Ebro, ha quedado muy reducida debido a la fuerte disección y encajamiento de la red fluvial. En el sector de Las Ventas-La Codoñera-Belmonte de San José se observa también una intensa digitación de las plataformas por los arroyos afluentes del río Mezquín. Relieves tabulares aparecen también en la Serreta, al NO de Mas de las Matas. La estructura interna de los macizos calcáreos mesozoicos en el sector S de la comarca ha dado lugar a un predominio de relieves en cuesta. Dicho relieve está condicionado por la existencia de un sistema imbricado de pliegues anticlinales cabalgantes hacia el N, como el anticlinal



Cabezo Negro, en Puigmoreno, en el que aflora el basamento rocoso del Carbonífero

de Puig Moreno, los cabalgamientos de sierra de Arcos-la Galga-Calanda y los arcos cóncavos al S que forman los cabalgamientos de Alcorisa-La Ginebrosa y el de Castellote. En dichos pliegues asimétricos, el flanco sur cabalgado presenta buzamientos medios-bajos y forma una gran cuesta con típicos *chevrons*; el flanco norte cabalgante, en cambio, se caracteriza por la formación de barras al disponerse las capas calcáreas subverticales.

Como consecuencia de la tectónica alpina tardía, la penillanura fue desnivelada en un conjunto de bloques elevados y fosas que condicionaron la evolución morfogenética cuaternaria. Al acentuarse el relieve, se inicia un ciclo erosivo-sedimentario que, en gran parte del borde N de la Cadena Ibérica, culmina con el establecimiento de una extensa superficie de piedemonte modelada en glacis hacia el centro de la Depresión del Ebro. Dicha superficie está preservada muy degradada por erosión en el sector NO de la comarca del Bajo Aragón y en el estrecho interfluvio Guadalupe-Matarraña, donde aparece desnuda en unas áreas y con una cubierta detrítica en otras, con desarrollo de costras carbonatadas atribuidas al Plioceno superior. Al N de la sierra de Arcos existen dos niveles de glacis escalonados: el superior, que arranca en los relieves calcáreos y se localiza entre los 700-580 m; y el inferior, extensamente desarrollado en el Llano de la Chumilla y disectado por los barrancos afluentes del arroyo Regallo.

Deformaciones más recientes producen un nuevo reajuste del relieve e inician, junto a los cambios climáticos, una evolución morfogenética que desemboca en la elaboración de varios niveles de glacis encajados en la superficie de piedemonte. En las zonas de Calanda y Torrelvella-Belmonte de San José, existen dos o tres rampas escalonadas con perfil en glacis y fluencia general hacia el N, aunque sin relación con la red hidrográfica actual. Estos glacis son tanto de erosión como de depósito y se relacionan con la parte media-distal de abanicos aluviales en clima árido. El nivel más bajo se relaciona lateralmente con la terraza fluvial más alta del río Guadalupe en las proximidades de Castelserás, y desarrolla facies propias de llanura aluvial.

A diferencia del curso medio y alto del río Guadalupe, donde ha predominado una intensa erosión lineal y ha generado profundos estrechos en las calizas mesozoicas, en su curso bajo se desarrolló un sistema de terrazas fluviales de hasta cuatro niveles escalonados. En el área de Castelserás, los retazos conservados del nivel T4 son independientes de la red fluvial actual. Posteriormente tuvo lugar un intenso encajamiento de la red fluvial, que confina los depósitos de terrazas al valle del río Guadalupe. La terraza T2 es la de mayor desarrollo e imprime la actual morfología del valle, registrando una etapa de agradación fluvial y pasan-

do lateralmente a los fondos de valle planos (*vales*). Al menos para sus tramos altos y dada la presencia en ellos de restos arqueológicos, esta agradación puede estar relacionada con el impacto que supuso la actividad humana al inicio de las etapas subatlántica y romana, que produjo una intensa deforestación e incrementó el desarrollo de las prácticas agrícolas. El encajamiento del nivel T1 está directamente relacionado con la intervención del hombre en el medio y los condicionamientos que impone en la forma del canal fluvial.

En la Depresión del Ebro existen varias zonas endorreicas que han dado lugar a lagunas, charcas y balsas naturales, de carácter episódico o estacional. En los fondos de estas lagunas se acumulan las sales disueltas por las aguas de arroyada, por lo que son conocidas como saladas. El complejo endorreico de Alcañiz-Calanda está formado por la Salada Grande, la Salada Pequeña, la Salada de Calanda, la Salada de la Jabonera y otras depresiones cerradas menores, así como La Estanca, que fue acondicionada para embalsar el agua canalizada desde el río Guadalope. Las aguas que alimentan estas lagunas proceden del drenaje subterráneo de la Cordillera Ibérica y, por su carácter endorreico, no tienen salida natural al mar. La lámina de agua superficial varía estacionalmente y suele desaparecer en las épocas secas. Es entonces cuando queda a la vista un característico tapiz de sales de color blanco, suelos ordenados y estructuras de crecimiento de minerales evaporíticos. Los factores que han favorecido la formación de este complejo lagunar son la erosión diferencial que forma depresiones hidroéólicas, un relieve muy llano que dificulta el drenaje, la marcada aridez del clima con escasas precipitaciones y vientos dominantes secos, y la proximidad de los niveles acuíferos a la superficie.

Las *vales* constituyen el relleno del fondo de los largos y estrechos valles que interdigitan el modelado de plataformas estructurales debido a la acción erosiva remontante. Son formas especialmente características del relieve en el curso bajo del río Guadalope.



Vista del característico paisaje bajoaragonés desde El Palao de Alcañiz, con las Saladas al fondo

JOSÉ RAMÓN MARCUELLO CALVÍN

Tras el vasto sistema Jalón/Jiloca, el Guadalope y su cuenca constituyen la unidad hidrográfica más peculiar e interesante de toda la ribera derecha del Ebro, desde su nacimiento en Peñalabra hasta el Mediterráneo. No sólo es el río más genuinamente bajoaragonés –puesto que es el que vertebra el Bajo Aragón turolense con el zaragozano– sino que su amplia cuenca, cercana a los 4.000 kilómetros cuadrados de superficie, y la diversidad paisajística que dibuja su caprichosa red hidrográfica, hacen de su valle y aun de su cuenca un territorio de innegable interés geográfico.

A lo largo de sus más de 160 kilómetros de curso total, el Guadalope enlaza las altas estribaciones septentrionales de la sierra de Gúdar, por encima de los 1.600 metros de altitud, con el Ebro aguas abajo de Caspe, en una cota de 152 metros escasos. Unos años con otros, este interesante río bajoaragonés aporta al Ebro una media de 265 millones de metros cúbicos, en parte de su propia cosecha y en parte gracias al tributo que rinden sus principales afluentes: Aliaga, Fortanete o Malburgo, Bordón, Guadalopillo, Bergantes y Mezquín. Se trata, además, de caudales notablemente controlados y administrados a través de un puñado de obras de regulación de diverso interés y antigüedad, y de las que más adelante nos ocuparemos.

Un río de origen confuso

El nacimiento real del Guadalope, el punto cero hidrológico del río, constituye un enigma tan viejo como de difícil descifrado. Para numerosos autores, el río surge al pie del puerto de Sollavientos, a unos 1.600 metros de altitud, muy cerca del nacimiento del Alfambra, afluente del Guadalaviar o Turia. Uno de los más ilustrados personajes del siglo XIX, el enciclopedista Pascual Madoz, consideraba que el Guadalope tiene su origen en lo más alto de la sierra, cerca de Villarroya de los Pina-



El cauce del Guadalupe encajado entre las rocas

res, en dos arroyos denominados del Agua Blanca y del Agua Amarga, que confluyen a corto trecho de su nacimiento.

Sin embargo, actualmente se tiende a aceptar como más correcta o verosímil la tesis de que el Guadalupe, desde el estricto punto de vista hidrológico, es en realidad producto de la síntesis de ese caudal al que alude Madoz con las aguas que, procedentes de los barrancos y arroyos de Regajo, Campos y Val de Jarque, se le suman a la altura de Aliaga. El Val de Jarque se forma, a su vez, por la confluencia de numerosos arroyos que drenan las altiplanicies de Cerradas y Pedrachos. En toda esta comarca, el terreno es esencialmente calizo, lo que facilita la infiltración del agua en el subsuelo y, con ello, la indefinición hidrológica de la cabecera del Guadalupe.

Sea como fuere, lo cierto es que la red de cabecera es muy amplia y aparece muy ramificada, al tiempo que bastante desdibujada por la fuerte erosión provocada por las aguas en las calizas y areniscas de toda la altiplanicie del tramo superior. Allí donde se fueron depositando los materiales oligocenos (arcillas, areniscas y conglomerados) aparecen ya las primeras tierras de labor del valle, como sucede en el entorno de Mezquita de Jarque, Cuevas de Almudén, Jarque de la Val o Hinojosa de Jarque.

La fuerte pendiente del tramo inicial del río y la naturaleza del suelo permitió que el Guadalupe se abriera paso tenazmente a través de la sierra de La Garrocha,

entre Aliaga y Santolea, en la que fue excavando profundas gargantas que en algunos puntos alcanzan los 500 metros de profundidad.

Evidentemente, el río va perdiendo pendiente conforme se aproxima a los alrededores de Santolea, donde el valle se ensancha paulatinamente, al tiempo que aumenta el caudal con la aportación de los afluentes Regatillo y Bordón. Este aumento de caudal permitió su afloramiento en el pantano de Santolea, de 54 hectómetros cúbicos de capacidad. Aguas abajo de la presa, el Guadalope se abre paso por el corazón de la sierra de La Atalaya –en cuya parte somera se sitúa Castellote– a través de una nueva y profunda garganta.

En su continua pérdida de altitud, el río toma dirección norte para adentrarse en la cuenca miocénica o depresión de Mas de las Matas. Al final de esta comarca geológica, el Guadalope recibe por la derecha las aportaciones del Bergantes (también conocido como *Valenciano*, dada su procedencia). Este río, nacido en el alto Maestrazgo castellonense, drena una vasta cuenca de más de 1.200 kilómetros cuadrados de superficie y es, junto al Guadalopillo –que desagua aguas abajo, pero por la margen izquierda–, el principal tributario del sistema.

A partir de ese punto, el Guadalope, tras cruzar una serie de sinclinales y anticlinales, se aproxima paulatinamente a la Depresión del Ebro, después de atravesar la cubeta erosiva de Calanda, donde fue represado en el año 1984. Aquí, el propio río marca la frontera entre las dos grandes unidades topográficas del Bajo Aragón turo-lense: la sierra y el somontano.

Desde Calanda y ya hasta más abajo de Alcañiz, pasando por Castelserás, el valle ofrece la imagen más amplia y vigorosa del poder fertilizador de las aguas del Guadalope. Gracias a las numerosas acequias y canales –algunos tan veteranos como la llamada Acequia Vieja– derivados del río aguas arriba de Calanda, las tierras del Guadalope adquieren un feraz aspecto agrícola que mucho tiene que ver con la ancestral laboriosidad de sus ribereños.

Aguas abajo del amplio término alcañizano, el paisaje se transforma de nuevo gracias a la proliferación de conjuntos de estructura tabular, con una acusada planitud topográfica. La resistencia de las capas superficiales y la escasez de barrancos se traducen en grandes plataformas con paleocanales, características del interfluvio Guadalope/Matarraña, algunas de imponente aspecto, como la de Vizcuerno, de casi 500 metros de altitud.



Las aguas del Guadalope fertilizan buena parte del territorio bajoaragonés

En toda esta amplia comarca, la primitiva geomorfología, la concreta naturaleza del suelo y el incesante efecto de la erosión fueron configurando un paisaje de muelas, con amplias y cerradas depresiones entre ellas en las que el drenaje o la escorrentía es o muy difícil o prácticamente imposible. Ello se fue traduciendo, a lo largo del tiempo geológico, en una serie de áreas lacustres, algunas de ellas tan importantes como La Estanca, Salada Grande y hasta dos docenas más de lagunas y charcas, situadas todas en una altitud entre los 340 y los 400 metros y de desigual vida estacional.

El tramo inferior del Guadalope, entre los confines del término alcañizano y Caspe, divaga, hasta su contacto con el Ebro, por un paisaje acusadamente árido, típico de la depresión. La escasa pendiente y la naturaleza de los terrenos oligocenos por los que discurre hacen que en este recorrido final el Guadalope aparezca fuertemente hundido en un lecho de numerosos y amplios meandros, dando escasas facilidades para su aprovechamiento, excepción hecha de su represamiento en el pantano de Civán o Caspe o de los cultivos que se riegan mediante acequias dispuestas en las terrazas aluviales más elevadas.

Clima, régimen y aportaciones

Respecto del que preside las cabeceras de los otros ríos ibéricos aragoneses, el clima del Alto Guadalope aparece como más lluvioso, toda vez que frente a los 500 mm de precipitaciones de media en aquéllos, las tierras altas de nuestro río reciben una media anual de unos 800 litros por metro cuadrado. Por otra parte, las precipitaciones de nieve y la retención nival son algo superiores también a las del resto de los afluentes ibéricos, todo lo cual se traduce en un comportamiento hidrológico del Guadalope más satisfactorio que el de los otros tributarios del Ebro por la derecha.

Conforme el río, en su camino hacia el norte, se adentra en el corazón del Bajo Aragón, la pluviometría se va haciendo más escasa paulatinamente: 500-600 mm en las sierras sudorientales, 400 mm en las tierras somontanas, 350 mm más hacia el este y no más de 300 mm en la zona de Caspe. Esta aridez se ve agravada, además, por la estacionalidad de las precipitaciones. Bajo el claro influjo del Mediterráneo, las lluvias –nunca llamativamente holgadas– son más frecuentes en primavera y en otoño, con mínimos (que no suelen pasar de 125 mm) en verano e invierno. Pese a todo y en función de la diversidad paisajística y climática que se da en una cuenca próxima a los 4.000 kilómetros cuadrados, la media anual para todo el territorio hidrográfico del Guadalope es de unos 470 litros por metro cuadrado al año.

En cuanto a las temperaturas, el contraste entre al Alto y el Bajo Guadalope es, como en el caso de las precipitaciones, acusadísimo. Tanto por su altitud como por su situación concreta en el marco de la Ibérica, la cabecera del río disfruta de un clima fresco con escasas oscilaciones térmicas anuales (estimadas en unos

7,5°C). Allí los veranos son cortos y muy poco calurosos (entre 18 y 21°C para el mes de julio), y los inviernos, largos e intensamente fríos (con temperaturas medias inferiores a 0°C en el mes de enero) y con frecuentes heladas entre septiembre y mayo.

Evidentemente, las temperaturas suben paulatinamente conforme el Guadalope avanza hacia su desembocadura en el Ebro. Los inviernos son más benignos y los veranos son mucho más secos y calurosos. Temperaturas medias iguales o superiores a los 25°C, unidas a la escasez de precipitaciones y al efecto de los vientos dominantes, hacen que en toda la comarca del Bajo Guadalope la evapotranspiración sea altísima, estimada en unos 500 litros por metro cuadrado entre Calanda y el Ebro.

El clima y la naturaleza permeable de algunos tramos del curso del Guadalope influyen, lógicamente, en su régimen o comportamiento natural. Por todo lo dicho, es fácil concluir en que los caudales máximos se dan en los meses equinocciales, primavera y otoño. Pese a todo, la circulación subterránea hace que los mínimos estivales no sean tan rigurosos como cabía esperar por razones climáticas, si bien la estación de aforos de Alcañiz ha registrado y registra con frecuencia caudales prácticamente nulos en momentos de máximos estiajes. Y en cuanto a la irregularidad, el Guadalope



Panorámica de la ribera del Guadalope en otoño

presenta más irregularidad entre años que entre los meses de un mismo año. Suelen registrarse crecidas durante las lluvias de primavera y de otoño y, en especial, en situaciones de la conocida como *gota fría*. El siglo pasado, una de las mayores crecidas del Guadalope a su paso por Alcañiz se registró en octubre de 1968, con un caudal medio de unos 75 metros cúbicos por segundo (unas diez veces el caudal medio anual). Pueden experimentarse súbitas crecidas del cauce también con motivo de fuertes tormentas veraniegas de carácter local, como la sufrida por la población de Alcañiz a comienzos de agosto de 2003.

Pero volviendo a los parámetros medios, se estima que, unos años con otros, la aportación media del Guadalope al Ebro por Caspe es de unos 265 millones de metros cúbicos anuales, de los cuales la mayoría, 213 hectómetros cúbicos, se consideran generados en la superficie aragonesa de la cuenca mientras que el resto procede de circulaciones o capturas subterráneas favorecidas por la naturaleza calcárea del terreno. En el entorno del pantano de Santolea, la aportación del Gua-

dalope al año se calcula en unos 116 hectómetros cúbicos, cifra que se eleva hasta cerca de 235 hectómetros cúbicos en los aforos realizados en el entorno de Alcañiz.

Finalmente, en cuanto a los caudales medios mensuales estimados, éstos oscilan entre 2,16 y 4,65 metros cúbicos por segundo en la cola del pantano de Santolea y entre 4,49 y 10,85 registrados en la estación de aforos de Alcañiz. Esta sustancial diferencia entre aforos se debe, esencialmente, a las aguas del Guadalopillo, que aporta un caudal anual de unos 8,10 millones de metros cúbicos, y a las del Bergantes o Valenciano. Teniendo en cuenta todas las variables que intervienen, el caudal medio anual del Guadalope en su desembocadura se estima en 7,16 metros cúbicos por segundo.

Un viejo amigo del hombre

Como se explicita en la parte de este volumen dedicada a la historia de esta importante comarca aragonesa, las tierras del Guadalope fueron muy tempranamente pobladas y, en consecuencia, madrugadora debió ser la relación del hombre con el río. El río jugó, sin duda, un papel esencial en el asentamiento estable en sus riberas –en cuevas y abrigos y, más tarde, en poblados– de grupos, tribus o colectivos hasta entonces nómadas.

Y es que, además de para beber él y sus ganados, las aguas del Guadalope proporcionaban al ribereño numerosos beneficios, entre los cuales la pesca no debía ser el menor. La fauna fluvial del Guadalope, excepción hecha de la zona de cabecera, tuvo que ser siempre la característica de los ríos de aguas no muy frías y poco oxigenadas. Es decir, madrillas (*Chondrostoma toxostoma*) y barbos (*Barbus meridionalis*). En su célebre *Diccionario* (1845-1850), Madoz subraya el excepcional tamaño de los barbos pescados en Alcañiz (“que son tan gruesos que sacan algunos de peso de 5 libras y 12 onzas”), así como la exquisitez de las truchas que se capturaban en los alrededores de Montoro, en el tramo superior del río.



El Guadalope, tema de inspiración para los artistas: *Pastor frente a la Alameda Egea*, de Cristóbal Sierra

Sin embargo, la especie fluvial que dio fama desde antiguo a las aguas del Guadalope fue la anguila (*Anguilla anguilla*), abundantísima en el tramo inferior y medio del río y, de modo especial, en La Estanca de Alcañiz, que se usó siempre como pesquera o zafarache hasta tiempos recientes. Tal es así que, a finales del siglo XVIII, Ignacio de Asso llamaba a esta estanca la “laguna del pescado”.



La Estanca de Alcañiz fue famosa en el pasado como pesquera de anguilas

La baja salinidad y la frecuente renovación de sus aguas hacían de La Estanca de Alcañiz una afamada pesquera de anguilas ya en tiempos medievales. Los alcañizanos tenían en exclusiva los derechos de pesca y caza en La Estanca y eran muy hábiles en la captura de las anguilas que, según Madoz, se pescaban en las noches de luna llena y “caen a veces tantas anguilas en una sola noche que causa admiración, pues ha habido ocasiones que han pasado de mil, siendo frecuente, cuando esto ocurre, que caigan un centenar o dos”. El peso común de ellas viene a ser de una *carnicera*, aunque las hay de menos y de más. Considerable abundancia de anguilas se daba también en la Salada de Caspe, menos sabrosas que las de Alcañiz, según Madoz, pero más grandes que las de La Estanca, si hemos de hacer caso al juicio de Ignacio de Asso.

Las anguilas se pescaban con anguileras y nasas, utilizándose la caña y el arpón para el resto de las especies, pero el arte más usual era la red. En la época de freza o desove de los barbos (primavera), los alcañizanos solían practicar el conocido como *rolde*, consistente en pescar los ejemplares de mayor tamaño desde las orillas del Royano. El tamaño de estos barbos solía ser considerable y su carne era muy apreciada, ya que eran tenidos por más sabrosos y con menos espinas que los que se criaban en el mismo río.

En otro orden de cosas, por tratarse de un río de escaso calado y de modestos caudales, el Guadalope (excepción hecha de La Estanca o de la zona de su desembocadura en el Ebro) nunca prestó excesivas facilidades a la navegación o al tráfico de almadías o *navatas* por sus aguas. El propio Pascual Madoz alude, sin embargo, a la tradicional circulación de tablazón y maderos de porte mediano por

su cauce, procedentes de los bosques del entorno de la cabecera. Hacia 1850, el enciclopedista español dejó constancia de que por el Guadalope “bajan millares de maderas para Alcañiz, Caspe, Calanda y otros pueblos”. La madera bajaba libremente por el río y, según el mismo autor, era reagrupada y clasificada en el puerto de Castelserás. Quizás este tráfico de maderas por el Guadalope diera origen al hidrónimo ya que, según algunos autores, el nombre del río provendría de la voz árabe *Wadi-l-lawb*, es decir, *río de la tabla* (frente a las versiones de quienes lo creen procedente de *río del lobo*, o, incluso, *río de Guadalupe*).

Más importante fue siempre, sin duda, el aprovechamiento de la fuerza motriz de las aguas del Guadalope en los numerosos, diversos y sin duda antiquísimos ingenios hidráulicos construidos a lo largo de su curso y aun de su red de afluentes. Los molinos harineros fueron numerosos y de vital importancia en las economías tradicionales, tanto en el valle como en toda la cuenca del Guadalope.

Sin embargo, y por tratarse de una zona eminentemente olivarera, las almazaras o molinos aceiteros fueron numerosos y de notable relevancia económica en todas las tierras del Guadalope. Así las cosas, Castellote tuvo dos almazaras hidráulicas, Calanda hasta ocho, Castelserás tres, Alcañiz seis (con un total de 20 prensas romanas), en igual número y capacidad productiva que Caspe. También tuvieron almazaras hidráulicas Aguaviva, Alcorisa, Foz-Calanda y Belmonte de Mezquín. La capital aceitera de la comarca fue siempre Alcañiz, ciudad famosa, a su vez, por la industria jabonera derivada de la molienda de la aceituna.

Las aguas del Guadalope y de sus afluentes dieron vida y movimiento también a numerosos batanes (martillos hidráulicos para enfurtir los paños salidos de los telares), como los que funcionaron, hasta épocas relativamente recientes, en Mas de las Matas, Calanda, Castelserás y Alcañiz. Y cabe reseñar, por último, el uso de la fuerza motriz de las aguas del Guadalope en la fabricación de papel. Famoso en todo el país fue, ya en el siglo XVIII, el molino papelero de Villarluego, modernizado en 1789 y del que Pascual Madoz destaca su notable capacidad para producir papel continuo, siendo, entonces, la más destacada industria de toda la zona.



Alcañiz. Molino de papel

Las aguas del Guadalope y de su red afluente son también aprovechadas para la producción de hidroelectricidad a través de los saltos situados, entre otros, en la presa de Calanda (centrales del Río y del Canal, con casi 5.000 kW en su conjunto), en Ladruñán-Castellote (centrales de Cantalear y Fontseca, con 720 kW en total) y Alcañiz (central de Las Vueltas, de 1.440 kW).



Vista de uno de los azudes del Guadalope, en el entorno de Alcañiz

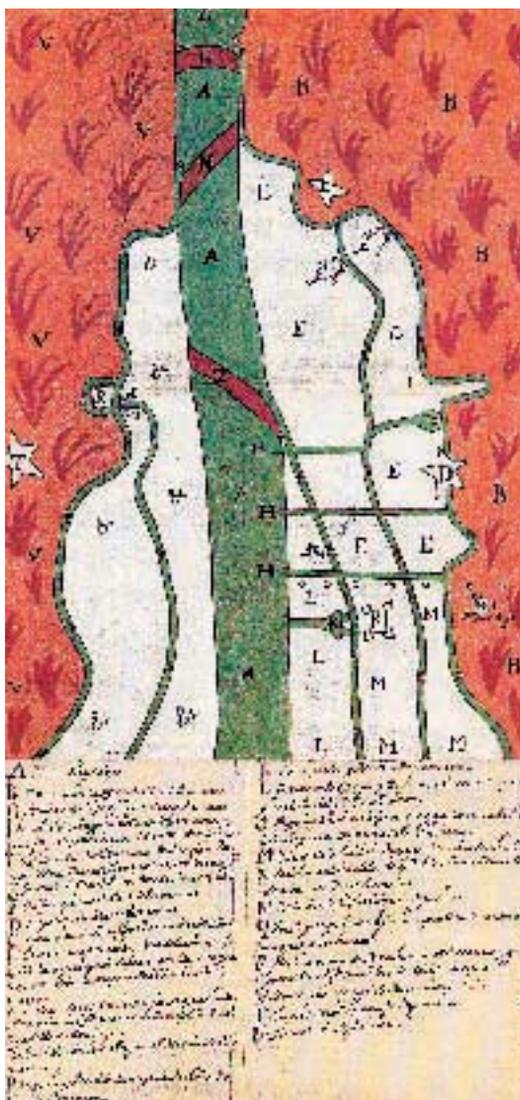
Aun con todo, los usos esenciales de las aguas del Guadalope y de su red afluyente giran hoy en torno a los abastecimientos urbanos, los regadíos y su función refrigeradora en la industria de producción de termoelectricidad.

A comienzos del siglo XXI, la cuenca del Guadalope aparece notablemente regulada mediante una serie de obras que van desde el pequeño embalse de Aliaga, en cabecera, hasta el apreciable pantano de cola de Civán o de Caspe, con 82 hectómetros cúbicos de capacidad. Pero el intento de controlar y administrar con esmero las aguas en toda la comarca del Bajo Aragón hunde, sin duda, sus raíces en la noche de los tiempos.

Con alta probabilidad, muchas de las presas y acequias construidas en las vegas bajas de los ríos de la zona son obra de los indígenas hispanos, luego sin duda mejoradas por los romanos. Pero fueron los árabes los que, con seguridad, perfeccionaron las técnicas de regadío, de vivificación de tierras novales (*barim*) y de implantación de nuevos cultivos. El caso más evidente es quizás el de la llamada *Tabla de Alcanit*, amplio territorio agrícola alcañizano en el que los musulmanes construyeron notables obras hidráulicas, incluido, quizás, el atrevido acueducto de Calanda.

Tras la llamada Reconquista, las órdenes militares –Calatrava, Temple o San Juan de Jerusalén– mejoraron o construyeron de nueva planta numerosas obras de regadío en toda la vega baja del Guadalope. Es probable que por entonces existiera ya la conocida como Acequia Vieja de Alcañiz, con origen en un azud levantado sobre el Guadalope entre Calanda y Castelserás.

Cuando, en los albores del siglo XVII, el cartógrafo portugués Juan Bautista Labaña visitó las tierras del Bajo Aragón, toda la vega baja del Guadalope, desde Calan-



Plano del sistema de riegos de Mas de las Matas, Aguaviva y Val de la Arquera (La Ginebrosa) fechado hacia 1760 (Archivo Histórico Nacional)

da hasta Caspe, contaban ya con lo esencial de sus actuales sistemas de regadío. Sistemas dotados desde tiempos inmemoriales con sus meticulosas y rígidas ordenanzas de uso, como es el caso de las normas por las que se regía el disfrute de las aguas de acequias tan antiguas como las alcañizas Vieja, Nueva y su hijuela, la acequia de Gabalda.

En la década de los 40 del pasado siglo XX (en 1944), y con el fin de mejorar los riegos tradicionales y acometer los de la zona de Valmuel, se recreó la laguna endorreica de La Estanca de Alcañiz –ya mejorada en tiempos de Madoz, hacia 1841– según el proyecto del ingeniero Francisco Checa Toral. Se elevó y alargó la presa (a 15 metros de altura y 178 metros de longitud de coronación), con lo que se aumentó la capacidad del vaso, hasta 10 hectómetros cúbicos, reducidos en la actualidad a unos 7 por efecto de la colmatación.

Le sigue en antigüedad el pantano de Gallipué, situado en el Guadalopillo, aguas arriba de Alcorisa, y creado para asegurar o consolidar los riegos de Alcorisa, Foz-Calanda y Calanda. Diseñado inicialmente

por los ingenieros Lasiera Purroy y Lorenzo Pardo, las obras sufrieron numerosas modificaciones y retrasos hasta la entrada en servicio del embalse –obra del ingeniero Francisco Checa– en el año 1927. La presa, de 31 metros de altura y 180 de longitud de coronación, cierra un vaso de 3,5 millones de metros cúbicos.

Cinco años después, en 1932, entraba en servicio el otro gran pantano de la época, éste sobre el Guadalope y en el término municipal de Castellote: Santolea. El Estado había aprobado ya el proyecto en 1879, pero la obra sufrió continuas demoras hasta que por fin la Confederación del Ebro, haciendo suyo el proyecto



El pantano de Calanda, obra del ingeniero Jaime Fernández Moreno (1984)

de los ingenieros Joaquín Gállego y Francisco Checa, acometió unas obras que finalizaron en 1932. Una sólida presa de 45 metros sobre el cauce y 138 metros de longitud de coronación cierra un vaso de unos 54 millones de metros cúbicos de capacidad. El pantano cumple la doble función de laminación de avenidas y de regulación de caudales para su posterior uso aguas abajo.

Ya en 1971, y dentro del Plan de Aprovechamiento Integral de la Cuenca del Guadalope, el Estado aprobó la acometida de dos nuevas obras de regulación: el pantano de Calanda y el de Civán o Caspe. En consecuencia, en 1984 se inauguraba el primero de ellos, obra del ingeniero Jaime Fernández Moreno. Tiene una capacidad de 54 hectómetros cúbicos, con presa de 58,50 metros de altura y 250 metros de longitud de coronación. Sus aguas se usan, preferentemente, en la refrigeración de la central térmica de Andorra y en la mejora de los riegos tradicionales de Calanda y Alcañiz, así como en la dotación del canal Calanda-Alcañiz.

Por su parte, el pantano de Civán o de Caspe, construido a final de la década de los 80 del pasado siglo, en las proximidades del antiguo embalse de Los Moros, tiene una capacidad de 82 hectómetros cúbicos, con presa de materiales sueltos y núcleo de arcillas, de algo más de 50 metros de altura y casi 400 de longitud de coronación. Fue diseñado por el ingeniero Ángel Araoz, con el objetivo de alimentar los canales de Caspe y Civán, llamados a regar unas 4.000 nuevas hectáreas bajoaragonesas.

ADRIÁN PONZ MIRANDA

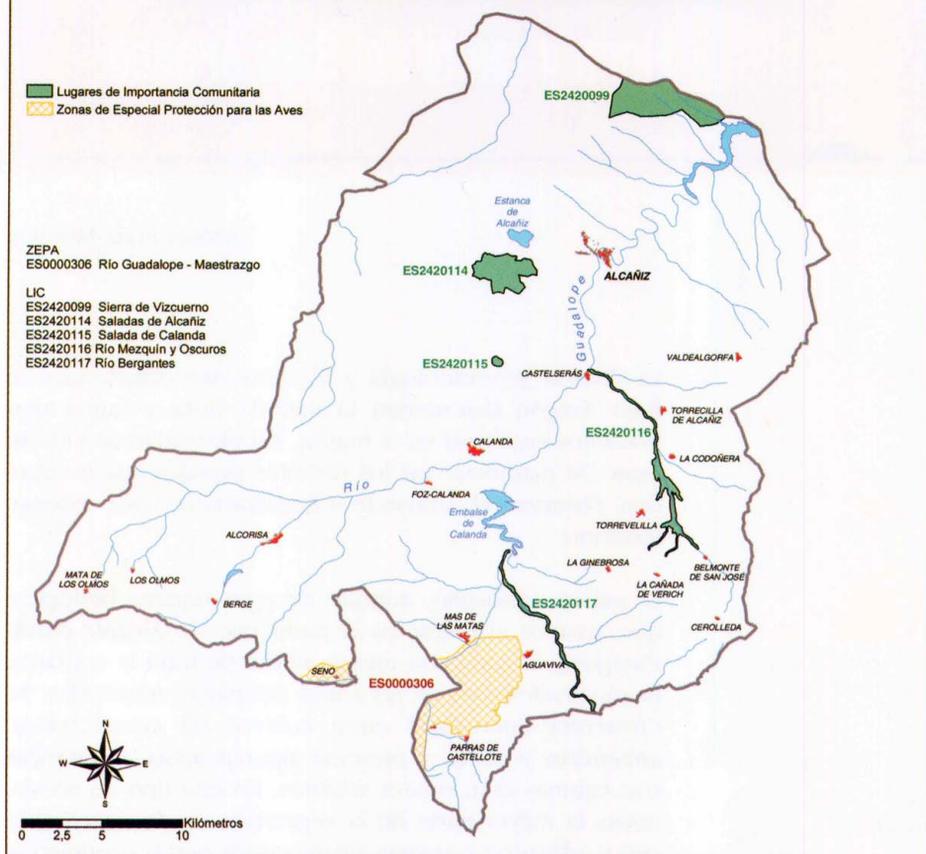
La diversa geomorfología y el clima que caracterizan al Bajo Aragón determinan la variada flora y fauna que podemos encontrar en la región. Tal pluralidad de vida se pone de manifiesto en los distintos paisajes que se pueden observar al atravesar sosegadamente este extenso territorio.

El paisaje inhóspito, aunque de gran riqueza biológica, que aparece al entrar en el municipio de Alcañiz desde Zaragoza, la zona con menor altitud de todo la comarca, es el característico de las zonas esteparias semiáridas. Se encuentra intercalado entre cultivos de cereal, viñas, almendros y olivos y presenta algunas áreas endorreicas con lagunas estacionales salobres. En este tipo de ecosistemas la mayor parte de la vegetación es de tipo herbáceo y arbustivo y apenas alcanza unos pocos centímetros de altura, a excepción de los árboles propios de los cultivos, como se ha comentado anteriormente. En estos terrenos, el suelo es árido, rico en sales y está sometido a una evapotranspiración elevada, lo que restringe el abanico de especies que pueden vivir en ellos.

Esto ha llevado a la especialización de las plantas que aquí se desarrollan, hasta el punto de generar verdaderos endemismos vegetales como la salicornia enana (*Halopeplis amplexicaulis*) y *Microcnemum coralloides*, especies halófilas catalogadas como sensibles a la alteración de su hábitat en el *Catálogo de especies amenazadas de Aragón*, y que se localizan en las Saladas de Alcañiz, Lugar de Interés Comunitario (LIC) número 129, y en la Salada de Calanda, LIC número 128. Estos dos espacios naturales constituyen la única área endorreica que se puede encontrar en la comarca del Bajo Aragón.

Evidentemente, este exclusivismo ecológico afecta también a los demás niveles biológicos; se sabe, por ejemplo, que algunas de las mariposas que viven en estos hábitats son escasas y muy interesantes por sus hábitos xerófilos, como ocurre con *Euchloe charlona*.

RED NATURA 2000. BAJO ARAGÓN



Mapa de los Lugares de Interés Comunitario (LICs) y de las Zonas de Especial Protección para las Aves (ZEPAs)

Los dos Lugares de Interés Comunitario señalados presentan la misma distribución: cultivos (de secano y algunos nuevos de regadío) dispuestos entre pequeñas elevaciones del terreno (paleocanales), que en sus partes más bajas presentan pequeñas cubetas o lagunas estacionales en las que se acumulan y concentran sales de distinto tipo arrastradas por las aguas de arroyada. Existen varias depresiones en este ecosistema, pero las más importantes por su extensión son: La Estanca, la Salada Grande y la Salada de Calanda. La primera perdió su carácter endorreico al ser transformada a mediados del siglo XX en un embalse con la aportación de agua del río Guadalupe, razón por la que, actualmente, se observa frecuentemente en ella un gran número de especies de aves acuáticas (incluidas en el Anexo I de la Directiva 79/409/CEE), sobre todo en los pasos migratorios, y es considerada como una zona húmeda de gran importancia ornitológica. También presenta un gran valor piscícola al albergar una pequeña población de pez fraile (*Blennius fluviatilis*), especie declarada en peligro de extinción en el *Catálogo de especies amenazadas de Aragón* (Decreto 49/1995).



La Estanca de Alcañiz

Las demás lagunas son totalmente salobres, con gran cantidad de sales (cloruros y sulfatos) acumuladas en su fondo, y, junto a la vegetación halófila de su entorno, constituyen una de las zonas endorreicas más importantes de la Península Ibérica. La riqueza en hábitats de las Saladas de Alcañiz (LIC 129) es impresionante: hay un total de nueve hábitats distintos de interés comunitario, algunos de ellos en peligro de desaparición. Además de las especies vegetales nombradas arriba, también se encuentran aquí endemismos iberolevantinicos como son la albada (*Gypsophila hispanica*), el asnallo (*Ononis tridentata*), la hierbameona (*Herniaria cinerea*) y varias especies del género *Limonium*. Al igual que La Estanca, estas lagunas son también utilizadas durante el otoño y la primavera por muchas especies de aves para descansar de su largo viaje migratorio, como las características grullas (*Grus grus*), así como por varias especies de rapaces que acuden al lugar en busca de sus presas. Sin embargo, la verdadera riqueza ornitológica reside en sus aves esteparias y en la presencia de una rapaz considerada por el *Catálogo de especies amenazadas de Aragón* como sensible a la alteración de su hábitat, el cernicalo primilla (*Falco naumanni*). Son fáciles de observar en las proximidades de estas lagunas sisones (*Tetrax tetrax*), alcaravanes (*Burhinus oedicephalus*), gangas (*Pterocles orientalis*, *P. alchata*), búhos campestres (*Asio flammeus*), alondras (*Chersophilus duponti*, *Alauda arvensis*), calandrias (*Melanocorypha calandria*), terreras (*Calandrella brachydactyla*, *C. rufescens*), cogujadas (*Galerida cristata*, *G. theklae*), totovías (*Lullula arborea*), bisbitas (*Anthus campestris*, *A. pratensis*) y collalbas (*Oenanthe oenanthe*, *O. hispanica*, *O. leucura*).



Enebro en primavera

pinos piñoneros (*Pinus pinea*). Estos bosques llevan asociados a su vez determinadas especies de plantas arbustivas entre las que destacan la coscoja (*Quercus coccifera*), el lentisco (*Pistacea lentiscus*), el escambrón (*Rhamnus lycioides*) y el romero (*Rosmarinus officinalis*). En los pinares situados a mayor altitud se pueden encontrar ejemplares de una especie de hongo muy apreciada: el níscolo o rebollón (*Lactarius deliciosus*).

El LIC de la sierra del Vizcuerno, situado entre los municipios de Caspe y Alcañiz, presenta un paleoendemismo vegetal considerado como una verdadera joya natural. Esta planta, que vive en los bordes de campos y caminos, se conoce con el nombre de asprón o asperillo (*Boleum asperum*) y está catalogada como vulnerable en el *Catálogo de especies amenazadas de Aragón* e incluida en el Anexo II de la Directiva 92/43/CEE. Pero su importancia biológica no radica sólo en ello, sino que además esta área está colonizada por un bosque natural de pino carrasco y coscoja muy bien conservado en el que se pueden apreciar multitud de especies interesantes de plantas típicamente mediterráneas, como la sabina, el enebro, el escambrón, el lentisco y el romero. Por otro lado, sobre sus paleocanales, que también abundan en este LIC, pueden verse volar, entre otras muchas, diez especies de aves incluidas en el Anexo I de la Directiva 79/409/CEE, como el águila real (*Aquila chrysaetos*), el milano negro (*Milvus migrans*), la culebrera europea (*Circaetus gallicus*) o el alcaraván. Dicha lista (Anexo I) se ve enriquecida por la presencia de aves acuáticas, las que ocupan la parte más oriental de este espacio natural, donde se sitúa el embalse de Caspe II. En sus orillas se pueden observar varias especies de anátidas, limícolas y ciconiiformes, tanto sedentarias como migradoras.

A medida que nos adentramos hacia el interior y subimos en altitud (en parte del municipio de Alcañiz y en los de Calanda, Valdealgorfa, Torrecilla, La Codoñera y Torrelvella) podemos apreciar el paisaje típico del bosque mediterráneo, que presenta sus mayores extensiones en el sureste de la comarca, limítrofe con la del Matarraña. En algunos lugares está dominado por el pino carrasco (*Pinus halepensis*), como en la sierra del Vizcuerno en Alcañiz (LIC núm. 121), mientras que en otros lo está por la encina (*Quercus rotundifoliae*) y/o el quejigo (*Quercus faginea*), como ocurre en algunas zonas próximas a las cuencas de los ríos Guadalope, Mezquín, Bergantes y Guadalo-pillo. Distribuidos entre ellos se pueden localizar ejemplares de sabinas (*Juniperus thurifera*, *J. phoenicea*) y enebros (*Juniperus oxycedrus*), y en otras zonas,

La comarca del Bajo Aragón está atravesada por varios ríos, todos ellos pertenecientes a la cuenca del río Guadalope, en los que aparece el paisaje característico de los ecosistemas húmedos de ribera. Álamos (*Populus nigra*, *P. alba*), olmos (*Ulmus minor*), fresnos (*Fraxinus angustifolia*) y sauces (*Salix sp.*) son los árboles más representativos de este tipo de hábitat, a los que se suman los arces (*Acer granatense*) en los cursos más altos. Entre ellos se localizan también con frecuencia sanguiños (*Cornus sanguinea*), espinos (*Crataegus monogyna*), hiedras (*Hedera helix*), zarzamoras (*Rubus ulmifolius*), lúpulo (*Humulus lupulus*) y escaramujo (*Rosa canina*).



Álamo en flor

Estos bosques de galería, en algunas ocasiones impenetrables, se acompañan en las orillas de carrizo (*Phragmites communis*), cañas (*Arundo donax*), espadañas (*Typha angustifolia*), tamarindos (*Tamarix gallica*), varias especies de juncos (*Juncus articulatus*, *J. inflexus*, *J. maritimus*) y verdaderas rarezas botánicas rupícolas. Por su gran importancia natural dos de las cuencas fluviales que atraviesan la comarca han sido catalogadas como Lugares de Interés Comunitario: Río Mezquín y Oscuros (LIC núm. 126) y Río Bergantes (LIC núm. 127). Además, el curso alto del río Guadalope pertenece a la lista de Zonas de Especial Protección para las Aves (ZEPA), con la denominación de ZEPA Río Guadalope-Maestrazgo, que engloba a una pequeña área del sur de la comarca del Bajo Aragón.

La importancia biológica del río Mezquín reside en la rica vegetación riparia que crece en sus riberas y en la variedad de hábitats, hasta nueve distintos de interés comunitario, todos en buen estado de conservación. En esta cuenca se puede encontrar también una especie de planta designada en el *Catálogo de especies amenazadas de Aragón* en peligro de extinción: *Ferula loscosii*. Además se pueden observar nueve especies de aves incluidas en el Anexo I de la Directiva 79/409/CEE, entre las que hay que destacar el buitre leonado (*Gyps fulvus*), el águila-azor perdicera (*Hieraetus fasciatus*) y la culebrera europea. Por otra parte, *el Barranc Fondo*, perteneciente a los términos de Torrelilla, Belmonte de San José y La Codoñera, presenta un angosto y profundo cañón de gran valor natural.

El Bergantes es uno de los ríos mediterráneos mejor conservados, caracterizado por un caudal muy irregular a lo largo del año. Su interés ecológico se debe, como en el Mezquín, a la importante vegetación riparia de sus orillas. En los conglomerados de Aguaviva está presente *Petrocoptis pardoii*, señalada como una especie de flora vulnerable en el *Catálogo de especies amenazadas de Aragón*. En sus proximidades pueden observarse trece especies de aves incluidas en el Anexo I de la



Buitre leonado

Directiva 79/409/CEE, como el águila real, el buitre leonado, el halcón peregrino (*Falco peregrinus*) y el martín pescador (*Alcedo atthis*), entre otras. Además, también viven en su cauce dos especies indicadas en el Anexo II de la Directiva 92/43/CEE: la nutria (*Lutra lutra*) y la madrilla (*Chondrostoma toxostoma*).

El curso alto del río Guadalope está marcado por la espectacularidad de sus grandes cañones de tipo calizo en el que crían un gran número de especies de aves rupícolas, siendo uno de los lugares de España con mayor densidad reproductora de buitre leonado. En esta ZEPA se encuentran 28 especies de aves de las incluidas en el Anexo I de la Directiva 79/409/CEE, como águila real, alimoche (*Neophron percnopterus*), águila-azor perdicera, hal-

cón peregrino, halcón abejero (*Pernis apivorus*), aguillilla calzada (*Hieraaetus pennatus*), águila pescadora (*Pandion haliaetus*) y martín pescador. Otras especies de fauna importantes de esta zona son el cangrejo de río autóctono (*Austropotamobius pallipes*) y el murciélago de herradura grande (*Rhinolophus ferrum-equinum*), calificadas como fauna vulnerable en el *Catálogo de especies amenazadas de Aragón* e incluidas en el Anexo II de la Directiva 92/43/CEE, así como ocurre con la nutria y la madrilla, que también pueden observarse con facilidad en esta parte del río Guadalope. Además de la vegetación típicamente ribereña, en su entorno crecen magníficos encinares, quejigales y pinares. En este medio abunda una especie de gran interés cinegético, la cabra montesa (*Capra pyrenaica hispanica*), que se puede encontrar desde las estribaciones del pantano de Calanda y alrededores hasta el límite de la comarca del Bajo Aragón en Seno o Las Parras de Castellote. Aunque esta especie es típica de zonas rocosas, se ha visto también en otras de menor altitud debido a la expansión actual de su área de distribución por el extraordinario aumento de su población. Por otro lado, no debemos olvidar que gracias a su buen estado de conservación las aguas del Guadalope, en su curso alto, sirven de refugio a la trucha común autóctona.

Si nos dirigimos, para finalizar el recorrido, hacia el sur, llegamos a las zonas de mayor altura de nuestra comarca: La Mata de los Olmos, Los Olmos, Berge, Seno, Las Parras de Castellote y La Cerollera. Aquí se pueden encontrar ecosistemas de transición a la montaña, constituidos principalmente por bosques de coníferas,





Cabras montesas en su hábitat rocoso natural

entre los que se intercalan terrenos baldíos de utilidad ganadera, e incluso, en algunas localidades, pequeños encinares. Una parte de estos bosques es resultado de plantaciones anteriores, de forma que se pueden encontrar distribuidos desordenadamente tanto pinos carrascos como pinos silvestres (*Pinus sylvestris*) y, en ocasiones, también pinos rodenos (*Pinus pinaster*). Toda esta área supone, en cierta manera, una zona de transición hacia la montaña de mayor altitud que se halla en las comarcas limítrofes, pero no por ello es de menor importancia ecológica. En estos hábitats, de hecho, se puede localizar una gran parte de las especies de fauna propias de cotas más altas.



La carrasca de Foz, uno de los *árboles singulares* del Bajo Aragón

Algunos de los árboles aquí comentados han sido catalogados por sus peculiares características en el libro *Árboles singulares del Bajo Aragón* (coordinado por Fernando Zorrilla y editado en 1996 por Mira eds., con la colaboración del Gobierno de Aragón y el Ayuntamiento de Alcañiz). En esta publicación se incluyen mapas de localización de estos *monumentos naturales*, aunque sólo el 20% de ellos pertenecen a la actual comarca del Bajo Aragón.

Las Saladas de Alcañiz

ADRIÁN PONZ MIRANDA

La estepa es uno de los ecosistemas que más sentimientos opuestos despierta. Por una parte está el que manifiestan los científicos y naturalistas, que se sienten totalmente atraídos y fascinados por sus peculiaridades biológicas, y por otra, el expresado por el resto de ciudadanos, que considera estos medios naturales auténticos desiertos que carecen de interés y utilidad. En la comarca del Bajo Aragón disponemos afortunadamente de un buen ejemplo: las Saladas de Alcañiz.

Este ecosistema constituye un espacio natural de gran importancia tanto por su valor ecológico como cultural. Prueba de ello son los numerosos estudios técnicos y científicos que se han realizado hasta la fecha sobre estas lagunas. Por su importancia biológica han sido catalogadas como Lugares de Interés Comunitario (LIC) –números 128 (Salada de Calanda) y 129 (Saladas de Alcañiz)–, y como Área Importante para las Aves (IBA) –número 101–.

En este espacio natural destacan unas curiosas elevaciones del terreno denominadas por los geólogos *paleocanales*. Se trata de antiguos cauces rellenos de sedimentos fluviales de arenisca y microconglomerados que han aflorado en el terreno por la erosión diferencial de su entorno arcilloso. Entre estas elevaciones aparecen cultivos y una serie de lagunas o charcas estacionales originadas mediante endorreísmo. Este proceso produce una acumulación de sales en los puntos más bajos del terreno, que han sido arrastradas hasta allí por el agua de arroyada, razón por la que se les denomina *saladas*. Las cuatro más extensas son la Salada Grande, la Salada de Calanda, la Salada Pequeña y la Salada Jabonera de las Torrazas. En estas cubetas viven organismos microscópicos de gran importancia biológica (tapete bacteriano y plancton), pero que todavía no han sido estudiados de forma detallada por la ciencia. Entre ellos podrían encontrarse endemismos dada la peculiar historia geológica del área, y podría ocurrir lo mismo con otros animales invertebrados.

En los alrededores de estas charcas aparecen seres vivos perceptibles por el ojo humano, en los que radica la otra riqueza natural del espacio. Esta zona se caracteriza por presentar una vegetación y una fauna muy bien adaptadas a las rigurosas condiciones físico-químicas del lugar. Las plantas presentes desarrollan estructuras que les permiten sobrevivir en medios con gran concentración de sales (yesos principalmente), denominadas por ello gipsícolas. Esta especialización ha llevado, con el tiempo, a la aparición de varios endemismos vegetales, como son la salicornia enana (*Halopeplis amplexi-*

caulis) y *Microcnemun coralloides*, catalogados como sensibles a la alteración de su hábitat por el *Catálogo de especies amenazadas de Aragón*. Otra planta de gran importancia biológica que vive en este medio es *Riella heliophylla*, considerada de interés comunitario en el Anexo II de la *Directiva Hábitat* (Directiva 92/43/CEE). La mayoría de la fauna realiza todas sus actividades vitales entre esta vegetación de escasa altura. Abundan los albardineros (*Lygeum spartum*), aunque en los lugares con mayor concentración de sales son sustituidos por distintas plantas halófilas que soportan mejor estas condiciones salinas. *Aizoon hispanicum* es un buen ejemplo, cuya localización en las Saladas de Alcañiz es además una de las más septentrionales de la Península Ibérica. Cerca de algunas charcas aparecen, como representantes arbustivos, tamarindos (*Tamarix boveana* y *T. canariensis*), y como portes arbóreos únicamente olivos y en número muy escaso.

En cuanto a la fauna, se han catalogado 164 especies de vertebrados, de los que el grupo más numeroso es el de las aves, con 133 especies. Se pueden encontrar además aves acuáticas procedentes con frecuencia del cercano embalse de La Estanca y que llegan a las Saladas en busca de refugio, alimento o tranquilidad. Es fácil pues observar en este ecosistema aves nidificantes y



La acumulación de sales da el nombre de *saladas* a estas lagunas



Alcañiz. La Salada Grande

migratorias, como sisonas, alcaravanes, ortegas, gangas, búhos campestres, alondras de Dupont, alondras comunes, calandrias, terreras, cogujadas, totovías, bisbitas, collalbas, grullas, avefrías, anátidas, limícolas, garzas y otras. Por último, es necesario añadir que las masías abandonadas en este espacio natural y los paleocanales constituyen verdaderos refugios para distintos tipos de animales, entre ellos el cernícalo primilla, especie protegida e incluida por el Gobierno de Aragón en sus Planes de Recuperación de Especies. Actualmente, debido a la proximidad de regadíos, las lagunas tienen agua de forma permanente, lo que está provocando un cambio ecológico al aparecer cobertura vegetal propia de zonas húmedas y reproducirse especies de vertebrados que antes no lo hacían como limícolas, anátidas y otras.

Bibliografía

Al-Qannis, Boletín del Taller de Arqueología de Alcañiz, 2 (1991).

ANENTO, J. L., SELFA, J. y JIMÉNEZ, R., *Las Saladas de Alcañiz*, Consejo de Protección de la Naturaleza de Aragón (Serie Investigación 6), 1997.

Loscos y Pardo: dos botánicos del Bajo Aragón decimonónico

JOSÉ M^a DE JAIME LORÉN

¡Aragón! País desconocido por excelencia. País abandonado y olvidado por los gobiernos españoles. ¿Van misioneros españoles al África? ¿Van comisiones científicas a explorar países lejanos? No tenían que ir tan lejos. Aquí en su propia tierra encontrarían faena larga. Aquí en nuestra nación encontrarían honra y provecho.

José Pardo Sastrón,

Anuncio a la comunidad científica del nacimiento de la Sociedad Aragonesa de Ciencias Naturales, 1903

Así, a la vez, como si se tratara de una única persona, es la forma en que nos parece oportuno abordar esta breve semblanza biográfica de uno de los más genuinos equipos científicos que se han formado en Aragón a lo largo de su historia. Loscos y Pardo escriben, con sus relevantes trabajos científicos, con su acentuadas personalidades, una de las páginas más gloriosas de la botánica española de todos los tiempos.

Prácticamente de la misma edad, los dos farmacéuticos de profesión, que ejercieron siempre en lugares próximos, ambos con parecidos sentimientos religiosos y de amor hacia la tierra de sus orígenes; no debe resultar extraño que se asociasen para estudiar y practicar la afición en la que llegaron a ser verdaderos maestros: la Botánica, la ciencia de las plantas.

José Pardo Sastrón nació el 15 de abril de 1822 en Torrecilla de Alcañiz, localidad en la que su padre era farmacéutico. Para cursar estos mismos estudios de Farmacia pasó desde Zaragoza al colegio de San Victoriano de Barcelona, donde culminó la carrera con excelentes calificaciones en 1845. Aficionado ya a la botánica, siguió las clases que por entonces impartía el catedrático de la disciplina Miguel Colmeiro en el Jardín Botánico. Hasta tal punto destacaba que, cuando poco después fue destinado el maestro a la Universidad Central en Madrid, propuso a Pardo para la cátedra de Barcelona. Aquí pudo haber cambiado el sesgo de su vida,



Retrato de José Pardo Sastrón
realizado por José Gonzalvo

sin embargo, la circunstancia del fallecimiento de su padre le obligó a quedarse al frente de la botica de Valdealgorfa, de la que vivía toda la familia. Más tarde ejercería, asimismo, en Torrecilla de Alcañiz, La Codoñera, Castellote y de nuevo Valdealgorfa.

Instalado en esta localidad, entabló pronto relación con su colega Loscos y juntos se lanzaron con denuedo al estudio de las plantas de la zona. Con tal motivo hicieron frecuentes excursiones que poco a poco cristalizaron en artículos científicos que vieron la luz en la prensa médico-farmacéutica de la época. Cuando la relación entre ambos naturalistas se enfrió, Pardo prosiguió

publicando sus trabajos de forma más sosegada, con un tono más divulgativo y práctico y mayor variedad en la temática. Además de los artículos y obras firmados con Loscos, publicó en solitario algunas monografías sobre historia y flora de Torrecilla de Alcañiz así como diversos artículos de carácter científico fomentando el cultivo de plantas medicinales.

Con la misma meticulosidad y orden que caracterizaron sus trabajos, desde enero de 1848 hasta su muerte en enero de 1909 Pardo dejó constancia de su propio diario personal en una serie de cuadernos que hemos estudiado con profundidad en lo que hemos dado en llamar *Sesenta años de Farmacia Botánica y Crónica rural bajoaragonesa*. Tradicionalmente se atribuye a Loscos el liderazgo intelectual del equipo de trabajo que formaba con Pardo, entre otros motivos porque éste siempre lo aceptó así. Sin embargo parece claro que su aportación personal fue mucho más importante de lo que siempre se ha sospechado, especialmente en los primeros momentos. De hecho, cuando se liquide la sociedad, su labor se resentirá de forma muy considerable. Es decir, que la producción científica de Loscos y Pardo juntos es muy superior a la suma de la que luego crearon por separado.

Miembro de honor de numerosas sociedades científicas y objeto en vida de diversos homenajes, como el que recibió con motivo de su ingreso en la Orden de Alfonso X el Sabio, igualmente confirman las páginas de sus diarios su acendrada religiosidad. De hecho, a su muerte se inició un proceso de beatificación que nunca se culminó.

Francisco Loscos Bernal nació el 12 de julio de 1823 en Samper de Calanda, donde su padre ejercía como médico, en el seno de una familia acomodada. Realizó sus primeros estudios en Alcañiz y en Zaragoza, en esta ciudad bajo el magisterio

del catedrático de Ciencias Naturales don Florencio Ballarín Causada. En Madrid finalizó los estudios de Farmacia el mismo año que Pardo, 1845, y como él abrió botica en el vecino pueblo de Chiprana. En sucesivos traslados pasó brevemente por Castelserás, Calaceite y Peñarroya, antes de instalarse de nuevo y ya de forma definitiva en Castelserás.

Hoy parece claro que la asociación intelectual entre los botánicos Loscos y Pardo se fraguó muy temprano. Los diarios de éste hablan ya en 1848 de herborizaciones, que en 1850 se concretan en la laguna de Chiprana donde a la sazón se hallaba Loscos. Conviene señalar las enormes dificultades que exigían estos trabajos, con desplazamientos a considerables distancias siempre a pie, acaso contando con algún asno para llevar la necesaria impedimenta de pliegos de papel, prensa de plantas, azadas, cuchillos y la imprescindible ropa de abrigo y calzado. Y todo en un ambiente intelectual a veces hostil hacia estas cuestiones, como se puso de manifiesto en las denuncias que recibieron nuestros profesores por ausentarse de sus partidos en la excursión botánica que hicieron en 1858 a los puertos de Beceite, y que a punto estuvo de llevarlos a la cárcel.



Retrato de Francisco Loscos Bernal,
obra de José Gonzalvo

Tras las recolecciones seguía la tarea de preparar las plantas en pliegos para el herbario, y la labor más delicada de identificar las plantas correspondientes. Si ya resulta difícil hacerlo disponiendo de claves botánicas, libros o herbarios de consulta, ¿cómo se las arreglarían Loscos y Pardo careciendo de unas y de otros? En cierta ocasión narra este último que necesitó varios días para manuscibir uno de los textos botánicos de Asso ya que sólo tenían un ejemplar de consulta. Y todo ello sin descuidar el trabajo de la botica de la que vivían ambas familias, larga en hijos en el caso de Loscos ya que Pardo no tuvo descendencia directa.

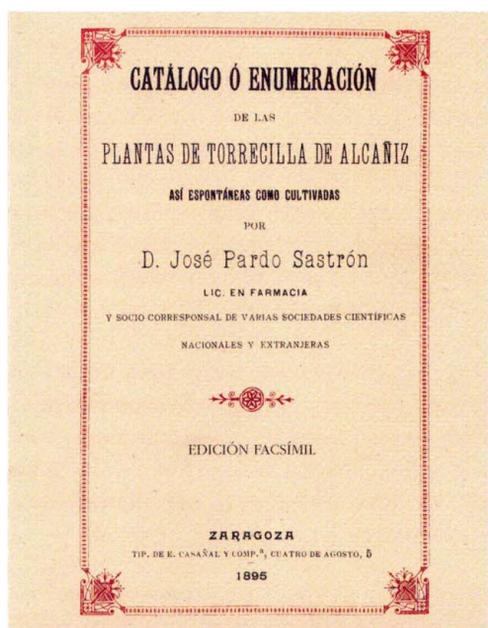
Pues bien, a pesar de éstos y otros muchos inconvenientes, hacia 1857 tenían ya dispuesto un *Catálogo de plantas aragonesas* con más de dos mil especies diferentes. Para hacernos una idea de lo ingente de esta labor en esos momentos, baste indicar que la obra *Sertum Florae Hispaniae*, publicada en 1854 por el gran botánico alemán Mauricio Wilkomm, fruto de sucesivas campañas botánicas por toda la península, contiene apenas 1.188 especies.

Quedaba entonces la tarea que más sinsabores iba a causar a nuestros profesores, la edición del manuscrito de más de 1.100 páginas. Fracasó el intento de la revis-

ta zaragozana *La Unión Médica de Aragón*, como el del Colegio de Farmacéuticos del Madrid y el del Instituto Farmacéutico Aragonés. De forma paralela, sus artículos botánicos, que empiezan a ver la luz en revistas profesionales, no pueden sustraerse a la envidia de los botánicos *oficiales* que ven cómo estos modestos boticarios rurales se sitúan en la vanguardia española de los estudios florísticos.

Entristecidos al ver el escaso eco de sus desvelos científicos, Loscos y Pardo recurrieron al propio Willkomm en términos patéticos, renunciando incluso a la paternidad de su obra si así lo estimaba conveniente, todo en servicio de Aragón y de la ciencia. Decían en su carta: “Corregid, enmendad o añadid lo que falte a nuestros manuscritos; prescindid, si os place, de nuestros nombres, que tal proceder importa poco”. Complacido del esfuerzo de los botánicos aragoneses, Willkomm tradujo una versión reducida de la obra al latín y, tras modificar algunas descripciones, editó un centenar de ejemplares a su costa en Dresde en 1863 con el título de *Series inconfecta plantarum indigenarium Aragoniae*. Se trata de una de las obras científicas más genuinamente aragonesas de todos los tiempos, donde se catalogan 2.460 especies distintas de las que 26 fueron entonces consideradas nuevas.

Sin pensar en intereses económicos y animados por la buena acogida que el texto alcanzó rápidamente en el extranjero, en 1867 Loscos y Pardo publicaron en Alcañiz y a sus expensas una segunda edición de 500 ejemplares, ya en castellano y con el título de *Serie imperfecta de las plantas aragonesas espontáneas*, que incluía 164 especies más que la edición de Dresde. El éxito científico que mereció entre los botánicos europeos sólo pudo compararse con el fracaso mercantil de la empresa, ya que apenas consiguieron vender unos pocos ejemplares entre los allegados.



Decepcionados y hartos de contradicciones e incomprensiones, no tardaron en aparecer algunas diferencias entre los dos botánicos y Pardo, paulatinamente, abandonó el equipo de trabajo que formaba con Loscos. Éste, inasequible al desaliento y a las penurias económicas, para atender las numerosas peticiones de plantas que llegaban del extranjero ideó la creación de *Excicatta Florae Aragonensis*, formada por plantas secas en bloques de cien pliegos que distribuyó por toda Europa en lo que llamó Agencia Botánica de Castelserás. Ya en solitario, prosiguió la publicación de estudios científicos en las revistas profesionales y preparó la tercera edición del *Tratado de plantas de*

Aragón, que se hizo a expensas del *Semanario Farmacéutico* (1876-77), edición a la que con posterioridad añadió varios suplementos en los que, junto a la suya, aparecen firmas de nuevos colaboradores.

Sucesivos años de sequía dificultaron el desarrollo de la *Exiccata* en solitario, sin ayudas institucionales, con la botica como única fuente de ingresos y donde, según sus propias palabras, “no se niega a nadie lo que pide, siendo el pago voluntario a conciencia del comprador”. La terrible epidemia de cólera de julio de 1885, que afectó a 584 de los 1.923 habitantes de Castelserás, Loscos entre ellos, y provocó 254 defunciones, terminó por agotar su resistencia. Así escribía el 1 de agosto en el *Suplemento* n.º 7:

¡Bello día para ocuparme de asuntos botánicos!... Quince días sin dormir despachando en mi botica 75 recetas de día, 75 de noche: el cementerio enteramente repleto de cadáveres, que con muchísima dificultad se pueden colocar. Yo solo, sin ayuda de nadie, he satisfecho todas las necesidades en el acto sin conceder a nadie ni un minuto de espera.

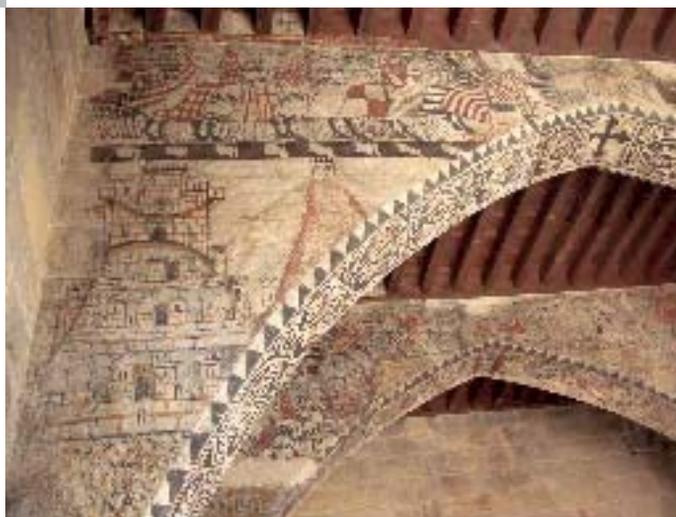
Arruinado, debilitado en su salud y harto de decepciones, falleció en Castelserás el 20 de noviembre de 1866 “como todos los verdaderos sabios, tan pobre en dineros como rico en amarguras” y así lo reflejó aquellos días *El Turodense*. Llegó entonces el momento de las lamentaciones y de los homenajes póstumos. Se formaron comisiones para allegar fondos, se le erigieron monumentos. Con tardía esplendidez intervino Isabel II, y también la Diputación de Zaragoza, la misma institución que años antes le había negado el capital para adquirir un microscopio con el que estudiar las criptógamas.

Así concluyó la bella gesta de este original equipo científico que formaron en la segunda mitad del siglo XIX Francisco Loscos y José Pardo, y que, en palabras del primero, “mostró siempre una ostentación inconsiderada a favor de las cosas de mi país”, Aragón, al que subordinaron siempre todos sus esfuerzos y afanes. Su lema fue: “Todo en honra de Aragón”.



Especie descrita por Loscos y dedicada a Aragón

De la Historia



Página anterior:
Alcañiz. Pinturas murales en la torre del Homenaje
del castillo de la Orden de Calatrava

El Bajo Aragón: de la Prehistoria a la época islámica

JOSÉ ANTONIO BENAVENTE SERRANO

Paleolítico y Epipaleolítico

En el momento actual de las investigaciones los hallazgos que, con certeza, pueden considerarse más antiguos en la comarca del Bajo Aragón se sitúan en el Paleolítico medio o musteriense. Se trata de diversas piezas de indudable técnica *levallouis* (núcleos, lascas, puntas) encontradas en superficie en el Cabezo Marañán de Castelserás, que suelen asociarse al hombre de Neandhertal y que pueden remontarse a hace unos 40.000 años. El Paleolítico superior, extrañamente, no está documentado con seguridad en esta comarca si bien se han realizado algunos hallazgos en varios abrigos próximos del Maestrazgo (Cantavieja, Ladruñán). Quizás todavía no se hayan sabido identificar las industrias líticas *locales* de esta fase final del Paleolítico.

La ocupación durante el Epipaleolítico, tras la última glaciación hace unos 10.000 años, aparece algo mejor documentada en el Bajo Aragón aunque todavía escasamente en comparación con la del Matarraña. En el Epipaleolítico aragonés, la Dra. Pilar Utrilla ha diferenciado una fase macrolítica, que podría desarrollarse a lo largo del IX milenio a. C., y otra posterior microlítica. Ambos tipos de piezas aparecen con relativa frecuencia en esta zona. Las piezas macrolíticas, o de gran tamaño, son especialmente frecuentes en áreas donde aflora de forma natural el sílex como en Los Pedreñales de Castelserás, aunque posiblemente se trate de una *facies tecnológica* que pudo perdurar durante mucho más tiempo. Las microlíticas, o de muy pequeño tamaño y de formas geométricas, así como algún microburil, se han hallado en los alrededores de La Salada Grande de Alcañiz, lo que confirma la ocupación de esta zona en torno a los milenios VI o V a. C. Probablemente, los reducidos grupos humanos epipaleolíticos o neolíticos que vivían en el Bajo Aragón de la caza, la pesca y de la recolección de especies silvestres fueran los autores de las pinturas rupestres del conocido abrigo de Val del Charco del Agua Amarga de Alcañiz.

Neolítico y Eneolítico

El Neolítico aparece ya mejor documentado en el Bajo Aragón, en yacimientos como los de Alonso Norte y Las Torrazas de Alcañiz, que han sido objeto de excavaciones arqueológicas recientes. Ambos, que se han adscrito al Neolítico medio, se encuentran junto a abrigos rocosos en áreas dominantes y próximos a zonas húmedas.

Otros sitios en los que han aparecido microlitos retocados en doble bisel (generalmente segmentos y medias lunas) y cerámicas impresas o incisas neolíticas son los del Cabezo Vara de Castelserás y San Bartolomé y Las Margaritas de Alcañiz. En esta época, en torno al V o al IV milenio a. C., comienzan a documentarse en el Levante peninsular nuevas y *revolucionarias* actividades como la agricultura, la domesticación de animales, el uso de la cerámica o el pulimento de la piedra. Sin embargo, en el Bajo Aragón, el Neolítico parece tener una clara continuidad con las épocas precedentes, con unos modos de vida arcaicos en los que la caza y la recolección seguirían siendo actividades básicas durante mucho tiempo. Buena parte de los yacimientos líticos de superficie o *talleres de sílex*, tan abundantes en este territorio, podrían pertenecer a estos momentos.



Sílex de época eneolítica. Cueva sepulcral de La Cortada I de Torrecilla de Alcañiz

Edad del Bronce

El Bronce antiguo, a partir del segundo milenio a. C., está representado a través de los numerosos hallazgos de determinadas puntas metálicas o de sílex de pedúnculo y aletas (que a menudo imitan las de bronce), elementos de hoz, cerámicas lisas, ornamentos de piedra y hueso, hachas de piedra, etc. aparecidos en yacimientos como el Cortado de Baselga, La Masada de Ram y Las Torrazas de Alcañiz o la Loma Grasa de Valmuel, donde se han constatado lugares de habitación en abrigos o junto a bloques rocosos. También en la cuenca del Mezquín se ha documentado, en torno al año 2000 a. C., la utilización de algunas oquedades y covachos como lugares de enterramiento colectivo en las cuevas sepulcrales de La Cortada II y Balsa Nueva de Torrecilla de Alcañiz.

En los periodos del Bronce medio y final, entre 1600 y 800 a. C. aproximadamente, parece tener lugar en este territorio el inicio y desarrollo de los primeros núcleos *urbanos* o auténticos poblados, lo que significa la plena sedentarización de sus habitantes. La agricultura y la ganadería adquieren paulatinamente un mayor desarrollo y se populariza el uso del metal, sobre todo del bronce, para la fabricación de diversos objetos, armas y útiles. En la comarca del Bajo Aragón se conocen importantes yacimientos de esta época en los que se han realizado excavaciones arqueológicas: el Cabezo del Cuervo, junto a Alcañiz, y el Cabezo Sellado, en la partida de Valdevalleñas, junto al río Regallo. Estos dos poblados, alejados entre sí unos 20 km, fueron contemporáneos y en ambos casos se registra la existencia de una serie de cabañas de planta circular o cuadrangular superpuestas en varios niveles de ocupación.

Hacia el año 1100 a. C., aproximadamente, llegaron a estos pequeños poblados las influencias tecnológicas y culturales de nuevos grupos humanos procedentes del sur y sureste de Francia que trajeron una modalidad funeraria hasta entonces desconocida: la incineración. La presencia de la cultura de los Campos de Urnas está bien documentada a partir de los numerosos hallazgos de urnas de cerámica decoradas con acanalados, incisiones y escisiones. La metalurgia del bronce alcanza un gran desarrollo, así como la agricultura y la ganadería. Los poblados comienzan a tener una cierta ordenación urbanística, con calles o espacios centrales y casas de planta rectangular con una o más dependencias. En el Bajo Aragón pertenecen a estos momentos los poblados del Siriguarach y San Martín en Alcañiz, la Loma Grasa de Valmuel, Monte Ardid de Castelserás, Santa Flora y La Azarolleira en Mas de las Matas, etc.

Edad del Hierro

La Primera Edad del Hierro, entre los siglos VIII y VI aproximadamente, constituye un complejo periodo cultural con distintas influencias recibidas por la población indígena: por una parte, la de los grupos *célticos* o de Campos de Urnas tardíos, llegados desde el otro lado de los Pirineos; por otra, la de los grupos que ocupaban la Meseta peninsular (Cultura de Cogotas); y, finalmente, a partir del

siglo VII a. C., la llegada de los influjos coloniales mediterráneos de griegos y fenicios. Entre las características propias de estos momentos habrá que resaltar las nuevas formas de enterramientos en túmulos con urnas de incineración en su interior; el uso generalizado de la metalurgia del bronce y los inicios de la del hierro, ésta última constatada en yacimientos de Mas de las Matas entre los siglos VIII y VII a. C.; la expansión de la actividad agrícola y ganadera; la llegada de las primeras cerámicas de origen griego o fenicio, etc.

Especialmente, la dispersión de las necrópolis tumulares, en cuyas tumbas se solían depositar diversas ofrendas, coincide con mucha exactitud con el territorio natural de la Tierra Baja aragonesa, aspecto éste que constituye uno de los primeros indicios para delimitar un territorio de clara unidad cultural e histórica. En la actual comarca del Bajo Aragón pueden incluirse en esta época yacimientos como Siriguarach, San Martín y El Cascarujo de Alcañiz, Ermita de Santa Bárbara de La Codoñera, La Fila de la Muela de Alcorisa, Santa Bárbara y Las Terraceras I y II de Mas de las Matas, etc.

Época ibérica

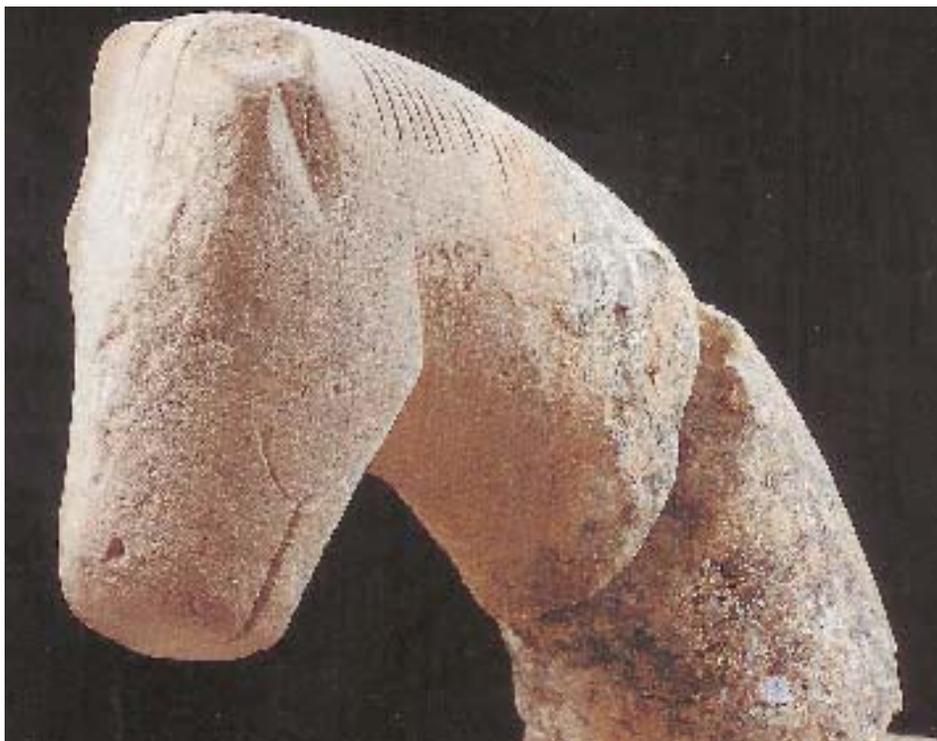
La época ibérica constituye uno de los periodos más importantes y ricos dentro del panorama arqueológico del Bajo Aragón, con una gran cantidad de yacimientos y poblados dispersos a lo largo de su territorio. Las poblaciones locales recibieron a partir del siglo VII a. C. una serie de importantes influencias llegadas desde la costa que ofrecían un mayor desarrollo tecnológico y cultural. Entre las novedades asimiladas muy pronto por los pobladores locales destacan el uso del torno de alfarero, la utilización masiva de la metalurgia del hierro, el uso del alfabeto y las monedas, las nuevas estructuras urbanas y técnicas constructivas, un intenso comercio de intercambio de diversos productos, nuevos conceptos religiosos y sociales, etc.



Kalathos ibero (yacimiento de La Guardia, Alcorisa)

Se han distinguido en el proceso de iberización de esta zona del valle del Ebro dos fases: una *independiente*, o puramente ibérica, desde el siglo VI a. C. hasta la llegada de los romanos en el año 218 a. C., y otra ibero-romana desde esta fecha hasta el año 49 a. C. (batalla de Ilerda entre César y Pompeyo).

En la comarca del Bajo Aragón, en la zona central del territorio ocupado por la etnia de los ausetanos del Ebro (u ositanos), existe una sorprendente cantidad de yacimientos y



Caballo de El Palao (Alcañiz), espléndida muestra de la escultura ibera hallada en la comarca bajoaragonesa

poblados ibéricos que confirman la existencia de una jerarquización del hábitat con algunos grandes núcleos urbanos que podrían entrar en la categoría de *ciudades*. A éstos seguirían otros poblados de menor importancia y un considerable número de pequeños asentamientos aislados y de carácter rural. En la primera categoría podrían incluirse los poblados de La Caraza, de Valdevalerías y de El Palao de Alcañiz (a partir del siglo II a. C.), en los que existen restos de carácter monumental como aljibes o cisternas, torreones, zonas amuralladas y fosos defensivos, posibles templos, estelas funerarias, estatuaria en piedra exenta, etc. Poblados de segundo orden pudieron ser Alcañiz el Viejo, el Tarratrato, el Cabezo del Moro, Tiro de Cañón, Masico de Ponz y otros en Alcañiz, El Castellar y Bandereita de Valmuel, Puig del Soto y El Castellar de Valdealgorfa, Cerro Castiel y Campo Consejo en Calanda, La Guardia en Alcorisa, Santa Flora, Vallipón y Monte Catma de Mas de las Matas y otros muchos lugares todavía mal conocidos.

En el Bajo Aragón se ha recuperado, como consecuencia de esta intensa ocupación humana, un interesante conjunto de piezas de época ibérica entre las que destacan estelas funerarias de gran riqueza iconográfica, esculturas exentas (caballos y cabeza humana), pequeñas figuras humanas y animales, cerámicas, etc.

Hacia el año 200 a. C. puede darse por concluida la conquista romana de este territorio que aceptó muy pronto y sin excesivos conflictos bélicos la supremacía militar y cultural de los recién llegados. No parecen existir en esta zona del Bajo

Aragón los habituales abandonos y destrucciones de los poblados ibéricos, ya que buena parte de ellos parecen perdurar hasta el cambio de era. En este sentido, el gran núcleo urbano de El Palao, que debió ser la *capital* de todo este territorio y cuya fundación puede estar relacionada con la reorganización territorial romana, confirma su pervivencia en un lugar claramente dominante hasta los años 70 del siglo I d. C., momento en el que fue abandonado definitivamente. Las últimas investigaciones proponen la identificación de El Palao con la antigua Osicerda (*Usekerte*) citada en las fuentes antiguas y que llegó a acuñar moneda propia en torno al cambio de era.

Época romana

El proceso de romanización del territorio aparece constatado por la adopción por parte de los pobladores locales de nuevas formas políticas, económicas y culturales: aparición de acuñaciones locales de monedas, ibéricas en lo formal pero de metrología romana o dependiente de ella; existencia de un comercio habitual con diversas zonas de Italia evidenciado por el hallazgo de ánforas en las que se importaba vino y aceite; aparición habitual de cerámica campaniense en todos los poblados iberos de estos momentos; utilización del latín en el siglo I a. C. por parte de los indígenas; reclutamiento y concesión de ciudadanía romana a jinetes de esta zona que lucharon junto a los romanos en Italia, etc.

A finales del siglo I d. C. comienza una fase mal conocida en la que los asentamientos totalmente romanos se emplazan en zonas llanas próximas a cursos de aguas y tierras de labor, estableciéndose en *villae* agrícolas, de las que se conocen distintos restos en la zona de la Redehuerta y ermita de San Miguel en Alcañiz, la Masada de la Condesa y el Masico de Ponz en Valmuel, etc. De época plenamente romana datan algunas interesantes piezas como dos aras de piedra pertenecientes probablemente a un antiguo mausoleo o monumento funerario, en la Torre de Thomson, junto a Alcañiz el Viejo; una magnífica lápida sepulcral con un texto poético en latín, fecha-

da en el siglo II d. C., procedente del Cabezo del Moro de Valmuel; dos ánforas completas halladas en la zona de Val de Judíos; restos de termas en la base del Cabezo de la Guardia de Alcorisa, etc.

Por el Bajo Aragón pasó una vía -citada en el *Anónimo de Rávena*- que, procedente de Caesar Augusta, llegaba hasta el Mediterráneo. Es muy probable que esta



Mosaico romano de Calanda, s. IV d.C.

vía comunicara su principal núcleo de población (sin duda El Palao) con las antiguas ciudades romanas de Zaragoza y Tortosa.

Durante el Bajo Imperio, la población siguió habitando en el llano o en lugares de ocupación ya tradicional, como la zona de la Redehuerta, la ermita de San Miguel y Alcañiz el Viejo en Alcañiz, o las zonas de carácter agrícola de Calanda (villa romana del camino de Albalate, con magníficos mosaicos del siglo IV), Alcorisa, Mas de las Matas, etc. En conjunto se comprueba una acusada despoblación de todo este territorio tras el abandono generalizado de los antiguos asentamientos ibero-romanos. Durante los siglos posteriores al cambio de era tuvo lugar un proceso de ruralización caracterizado por el traslado al campo de las oligarquías municipales romanas que pasaron a explotar directamente sus fincas y explotaciones agrícolas desde nuevas villas de residencia.

Época hispano-visigoda

La expansión visigoda afectó al valle del Ebro y al territorio del Bajo Aragón a finales del siglo V de nuestra era, aunque son muy escasos los datos históricos y los restos materiales conservados de esta época. A nuestra comarca, y a otras muchas zonas eminentemente rurales de nuestra península, llegaron, procedentes del otro lado de los Pirineos, pequeños grupos humanos que dominaron social y militarmente a la población indígena tardorromana, aportando un nuevo bagaje cultural que queda de manifiesto en determinados útiles, formas artísticas y rituales funerarios.

En relación con el Bajo Aragón parece que se mantienen habitados algunos lugares de tradicional ocupación de la zona como el área de la Redehuerta, Alcañiz el Viejo y los alrededores de la ermita de San Miguel, entre otros. En todos ellos han aparecido algunos pocos pero significativos restos como broches de cinturón, medallones de bronce y un capitel decorado, fechado en el siglo VII, perteneciente probablemente a un edificio del que no se conocen otros vestigios. También en sus inmediaciones se localizan agrupaciones de tumbas *de bañera* excavadas en las rocas que algunos investigadores relacionan con la población visigoda que ocupó



Fragmento arquitectónico decorado, posiblemente de época hispano-visigoda, procedente de Castelserás

este territorio en los siglos VI o VII. Existen ejemplos en San Bartolomé, Alcañiz el Viejo y la Redehuerta de Alcañiz y Torre Quemada de Castelserás. De esta última población proceden algunos elementos arquitectónicos visigóticos decorados hallados en el interior de una vivienda situada en su casco antiguo.

Época islámica

La ocupación efectiva del valle del Ebro por los musulmanes tuvo lugar en la primavera del año 714, tras la caída, sin apenas resistencia, de la ciudad de Zaragoza ante las tropas de Muza Ibn Musayr. La actual comarca del Bajo Aragón y sus territorios vecinos, dependientes de Zaragoza, quedaron sometidos al influjo musulmán dentro de la Marca Superior, como zona de comunicación poco poblada entre el área levantina y el valle del Ebro, en conexión con Tortosa y Valencia.

Son muy escasas las referencias a las actuales tierras del Bajo Aragón en las fuentes musulmanas. Varias se refieren al *hsin*, o población amurallada, de *Al-Qannis* o *Al-Kanisa*, situado en el estratégico cerro de Alcañiz el Viejo, próximo al río Guadalupe y a la Redehuerta, cabecera de un pequeño distrito agrícola o *iqlim* dependiente de Zaragoza. Se conocen estructuras de esta época como un aljibe, restos de muros defensivos, cerámicas y monedas, etc., que se datan entre los siglos VIII y XI.

En el término de Castelserás existió un pequeño asentamiento en el cerro de Castelserás el Viejo, en una posición geográfica y con una denominación que coinci-

den plenamente con el caso de Alcañiz. Las fuentes citan en esta zona la aldea de Borgalmohada, que debió depender de Alcañiz y que quizás podría tener relación con el despoblado anteriormente mencionado. En este sentido, es interesante señalar que el trazado de la Acequia Vieja de Alcañiz, una imponente obra hidráulica de más de 20 km de longitud mencionada ya con este mismo nombre en los textos cristianos del siglo XIII y cuyo trazado todavía se conserva, discurre justo a los pies de los despoblados islámicos de Castelserás el Viejo y Alcañiz el Viejo.

Las fuentes citan también el distrito agrícola de *Qalanna* (Calanda), del que debió depender la aldea de Foz-Calanda. En la depresión de Mas de las Matas se conocen restos de dos asenta-



Alcañiz. Antigua acequia de piedra a su paso por los Pinos del Batán

mientos de época islámica. Uno de ellos, que a partir del siglo XII sería denominado como *Kamaron*, se sitúa en el cerro de Santa Flora, en una zona que domina la confluencia de los ríos Bergantes y Guadalope. El otro asentamiento se localiza en la partida de Buñol. En ambos casos debió existir un pequeño recinto fortificado que protegía poblaciones también reducidas, dentro de una tradicional estructuración de castillo-aldea que parece ser habitual en todo el territorio del Bajo Aragón. Autores como A. Martín Costea sitúan en la depresión de Mas de las Matas el *iqlim* o distrito agrícola de Cotenda, cuya cabecera de población fue *Kamaron*.

La toponimia ofrece, asimismo, innumerables ejemplos de la islamización de este territorio: Guadalope (río de la tabla), Mezquín (pobre), Valdealgorfa (cámara alta), Alchozasa, Alcorisa, Calanda, Foz-Calanda...

La reconquista cristiana, en el primer cuarto del siglo XII, pondría fin a la dominación islámica de todo este territorio y dio comienzo a una nueva fase de organización del mismo que ha perdurado, con muy pocas variaciones, hasta nuestros días.

Bibliografía

ALMAGRO, Martín, BELTRÁN MARTÍNEZ, Antonio y RIPOLL, E., *Prehistoria del Bajo Aragón*, Alcañiz, 1956.

ATRIÁN JORDÁN, Purificación, ESCRICHE, C., VICENTE REDÓN, Jaime y HERCE, A. I., *Carta Arqueológica de España. Teruel*, Instituto de Estudios Turolenses, Teruel, 1980.

BELTRÁN LLORIS, Miguel, *Los iberos en Aragón* (Colección Mariano de Pano y Ruata, 11), CAI, Zaragoza, 1996.

BELTRÁN LLORIS, Miguel, MARTÍN BUENO, Manuel y PINA POLO, Francisco, *Roma en la cuenca media del Ebro. La romanización en Aragón* (Colección Mariano de Pano y Ruata, 19), CAI, Zaragoza, 2000.

BENAVENTE SERRANO, José Antonio, "El poblamiento ibérico en el valle medio del Regallo (Alcañiz, Teruel)", *Kalathos*, 3-4 (1984), S.A.E.T., Teruel, pp. 155-190.

BENAVENTE SERRANO, José Antonio, *Arqueología en Alcañiz*, Diputación General de Aragón, Zaragoza, 1987.

LALIENA CORBERA, Carlos, *Sistema social, estructura agraria y organización del poder en el Bajo Aragón en la Edad Media (siglos XII-XV)*, Instituto de Estudios Turolenses, Teruel, 1987.

MARTÍN COSTEA, M., "Mas de las Matas, de la Prehistoria a la Edad Media", *Boletín del Grupo de Estudios Masinos*, 10 (1990), pp. 111-160.

MARTÍN COSTEA, M., "Sobre el *Iqlim* musulmán de Cotenda y otros textos medievales", *Boletín del Grupo de Estudios Masinos*, 16 (1997), pp. 125-156.

UTRILLA MIRANDA, Pilar, "Del Paleolítico al Epipaleolítico", en *Crónica del Aragón Antiguo. De la Prehistoria a la Edad Media*, *Caesaraugusta*, 72 (1997), pp. 15-57.

Las pinturas rupestres de Val del Charco del Agua Amarga de Alcañiz

JOSÉ ANTONIO BENAVENTE SERRANO

El pequeño covacho de Val del Charco del Agua Amarga está considerado por diversos investigadores como uno de los abrigos con arte rupestre levantino más interesantes y completos de la península ibérica. El abrigo se sitúa a unos 17 km al noreste de Alcañiz, en el centro de un extenso territorio tradicionalmente despoblado y mal comunicado entre Alcañiz, Maella y Caspe. Las pinturas fueron descubiertas en 1913 por Carlos Estevan, farmacéutico de Valdealgofra, quien las dio a conocer a la comunidad científica, junto con el reconocido arqueólogo calaceitano Juan Cabré, en 1915. Los estudios más completos sobre el abrigo se deben al profesor Antonio Beltrán, quien publicó una monografía sobre el mismo en 1970, y una nueva y detallada revisión del conjunto en 2002, tras la realización de una cuidadosa limpieza de las pinturas a cargo de un grupo de expertos restauradores.

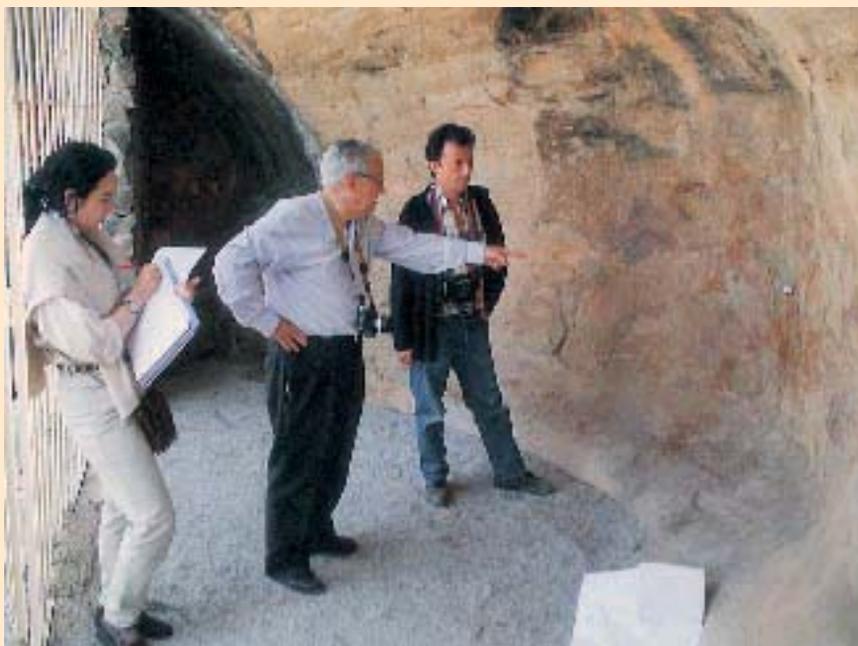
El abrigo se emplaza en un gran bloque rocoso orientado a poniente, en la *val* del Charco del Agua Amarga, en una zona próxima a un antiguo manantial donde debió existir una pequeña balsa natural. El covacho aparece formado por una concavidad de unos 8 m de largo por 4 de alto y unos 2 m de profundidad máxima. El friso pintado mide 6,80 m de largo por 1,70 m de alto, aproximadamente, y contiene cerca de ochenta figuras, todas ellas pintadas en rojo aunque con diversos matices.

Descripción del friso pintado

Siguiendo al profesor Antonio Beltrán, la descripción del friso pintado de izquierda a derecha es la siguiente: en primer lugar encontramos una cacería de cabras, en la que tres de estos animales corren hacia la izquierda del observador acosados por tres arqueros. Un poco más a la derecha aparecen otros tres arqueros, uno de ellos, que lleva en la mano derecha un mazo de flechas, es de mayor tamaño que los otros. A la derecha de esta zona aparece una famosa escena de caza de un jabalí perseguido por un pequeño arquero, desproporcionado en relación con el animal. A continuación hay un gran toro mal conservado sobre cuya cabeza se pintó posteriormente un arquero.

Debajo del toro termina una de las más famosas escenas del arte levantino: un grupo de quince arqueros corriendo desafortunadamente en sentido descendente hacia la izquierda, con las piernas paralelas al suelo indicando sensación de velocidad. La última de estas figuras lleva a sus espaldas una bolsa con un objeto o animal indeterminado. En la parte inferior de esta zona hay una interesante escena en la que un cazador que parece estar gateando o tendido en el suelo, quizás enmascarado con una piel de animal, se acerca a dos ciervos, uno de los cuales pace tranquilamente.

En la parte más alta y hacia la derecha hay una línea angular que ha sido interpretada, con dudas, como la representación de una choza o cabaña y junto a ella la figura de una mujer con la parte inferior del cuerpo redondeada. Más a la derecha y aislados, dos ciervos de color rojo vivo se superponen parcialmente. Debajo de ellos hay una imponente figura: un ciervo de casi un metro de largo del que no se conservan las patas. Alrededor de él se pintaron varias figuras, entre ellas una graciosa cabra y pequeños arqueros muy esquemáticos. Finalmente, en el extremo superior derecho del friso, hay una gran figura de mujer, aislada, de 0,50 m de altura, vista de perfil y vuelta a la derecha que es quizás la figura más visible actualmente del abrigo.



El profesor Antonio Beltrán con sus colaboradores en Val del Charco del Agua Amarga (2000)

Técnicas y escenas

Desde el punto de vista técnico, puede decirse que todas las representaciones observadas en Val del Charco son pinturas, no hay grabados. Dominan los perfiles simples lineales o con modelados en distintas zonas de las figuras (cabeza, cuello, patas), con utilización de tintas planas de relleno, sobre todo en las grandes figuras. A veces se observan pinceladas simples y otras múltiples, paralelas y casi yuxtapuestas.

Las escenas presentan un predominio de la figura humana (42 frente a una veintena de animales) y muestran entre otras: la persecución y caza de animales (en tres casos de cabras); el acoso de un jabalí herido; el acecho de un hombre, posiblemente enmascarado, a dos ciervos; una magnífica escena de quince arqueros lanzados a la carrera, en perspectiva diagonal y las piernas formando una línea casi horizontal, etc. Existen otras figuras, a menudo de gran tamaño, que aparecen aisladas o superpuestas a otras anteriores como un gran ciervo que mira a la derecha, una figura de mujer también de considerable tamaño, dos ciervos parcialmente superpuestos, y otras más de hombre y animales. Los animales más abundantes son las cabras a las que siguen los ciervos. Existen también, al menos, un toro y un jabalí.

Entre las figuras humanas destacan los arqueros representados de perfil y corriendo casi siempre hacia la izquierda. Casi todos llevan calzones largos y muestran los músculos gemelos y gruesas piernas. Los arqueros suelen llevar arcos de doble curva y flechas con puntas y emplumaduras. Las figuras se dibujan mediante un pecho triangular, piernas desproporcionadamente gruesas, cabezas redondas con algunos peinados piriformes, mechas y algunas plumas, peinados o sombreros.

Tan sólo existen dos representaciones de figura femenina, una de ellas de mayor tamaño que el resto, con falda acampanada, nalgas salientes y cuerpo filiforme que parece dominar el conjunto.

Cronología y significado

La cronología relativa de las pinturas se funda sobre todo en las superposiciones de figuras, los estilos, técnicas, repintados y la aplicación de colores. El profesor Antonio Beltrán distinguió, de acuerdo a estos criterios, hasta 5 fases distintas, aunque es difícil precisar si no se realizaron todas ellas en un plazo de tiempo más o menos breve. Las pinturas de Val del Charco se situarían en las fases III (de plenitud naturalista) y IV (dinámica-estilizada)



Escena de ciervos pintada en el abrigo rupestre de Val del Charco del Agua Amarga

de la periodización realizada por dicho investigador. Se corresponderían con los periodos culturales del Epipaleolítico y Neolítico de este sector del valle del Ebro, entre el 5000 y el 2000 a. C. aproximadamente. La vida que reflejan las pinturas es exclusivamente de cazadores, sin que aparezcan indicios de recolección ni de domesticación de animales.

En cuanto a su significado existen varias teorías, si bien la mayor parte de los investigadores suelen coincidir en relacionar los covachos pintados con *santuarios*, en el más amplio sentido de la palabra. Los paneles pintados tienen posiblemente valor conmemorativo, de carácter religioso o social, que se traduce en la representación de escenas de vida cotidiana, muy vinculadas con la caza, con un posible sentido ritual y propiciatorio.

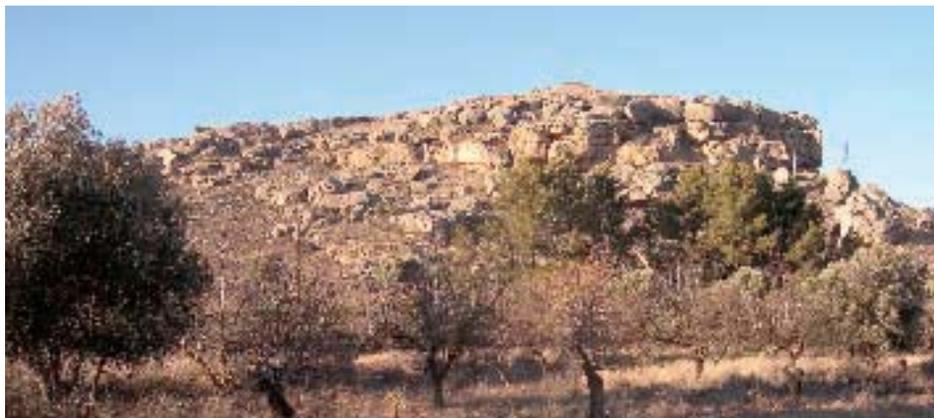
CARLOS LALIENA CORBERA

La conquista aragonesa y la población de Alcañiz

A mediados del siglo XII el paulatino debilitamiento del estado almorávide en el Levante peninsular presagiaba la caída de los territorios del curso medio y bajo del Ebro en poder de los aragoneses y catalanes. Tras la conquista de Tortosa y Lérida (1148-1149), esta sospecha se convirtió en certidumbre y Ramón Berenguer IV se apoderó de las cuencas de los ríos Martín y Guadalope inferior en fechas mal conocidas, pero situadas en todo caso entre 1154 y 1157. Los intereses del monarca en Occitania favorecieron la firma de sucesivas treguas con los musulmanes, que se prolongaron hasta 1168, cuando campañas militares que hallaron poca resistencia permitieron ocupar los territorios meridionales del Bajo Aragón y *Baix Ebre*, completando, de este modo, una expansión secular que situó las fronteras meridionales aragonesas

de manera prácticamente definitiva. Los límites con Cataluña fueron, sin embargo, fruto de casi medio siglo de vacilaciones: Horta de San Juan fue poblado con un documento idéntico al de Alcañiz diez años después, también con los fueros de Zaragoza, y la moneda jaquesa circulaba hasta Tortosa, de manera que el estatuto de esta comarca fluctuó antes de decantarse hacia el ámbito catalán. La fijación de los términos de los obispados de Zaragoza y Tortosa, llevada a cabo en 1210, solventó la cuestión y el resultado fue ratificado mediante la creación de peajes sobre los intercambios mercantiles, establecidos con toda probabilidad en tiempos de Pedro II, que separaban nítidamente los espacios aragonés y catalán también en el aspecto económico.

Alcañiz constituía la cabecera de un distrito islámico dependiente de Zaragoza y, a pesar de que las fuentes son tan deficientes que incluso ignoramos si ocupaba el emplazamiento actual o, como parece más probable, el correspondiente al yacimiento llamado Alcañiz Viejo, era, sin duda, un lugar central en la articulación de las tierras encajadas entre las serranías ibéricas y el Ebro. No es sorprendente, por tanto, que sus pobladores cristianos recibiesen una carta que reflejaba la voluntad



Vista parcial de Alcañiz el Viejo

real de convertir esta localidad en un poderoso concejo de frontera, con un potencial para organizar el territorio equivalente o superior al que había tenido su precedente musulmán.

Para ello, Ramón Berenguer IV otorgó a los vecinos de Alcañiz, en 1157, los fueros de Zaragoza, junto con una extensa área de influencia que abarcaba hasta los confines de Morella, la autorización para construir casas, el permiso para levantar castillos en el interior de la circunscripción asignada al concejo, la protección para las mercancías y el comercio alcañizano, la inmunidad para los malhechores que acudieran a poblar la villa –excepto los deudores–, la exención de impuestos comerciales y la imposición de una elevada multa a quienes perjudicasen a los hombres de Alcañiz. El soberano retuvo en esta concesión la potestad sobre el castillo y sobre las fortificaciones que permitía hacer en las zonas circundantes, una heredad y un molino, así como el nombramiento del *zalmedina*, que era juez y representante real en la localidad.

Los fueros de Zaragoza constituían una normativa jurídica que conllevaba ventajas importantes para quienes la recibían, ventajas entre las que se contaba la defensa acendrada de la propiedad de la tierra y otros bienes, a través de un plazo para consolidarla de tan sólo un año y un día, extremadamente reducido y que favorecía lógicamente la puesta en cultivo de campos y viñas. Además, los fueros dictaminaban que los pleitos en los que se vieran involucrados los alcañizanos debían dilucidarse ante los jueces de la villa, lo que suponía un factor de seguridad personal y judicial muy importante.

La carta de población implicaba, además, la creación de un vínculo directo entre el monarca y el concejo, una circunstancia que en principio tuvo una importancia más bien escasa, pero que los dirigentes bajomedievales aprovecharon para reforzar la autonomía de la villa contra sus señores, los comendadores de Calatrava. Desde finales del siglo XIII este privilegio fue utilizado como un recurrente argu-

mento para fomentar una relación especial entre la Corona y Alcañiz, siempre en detrimento de la Orden.

Un último aspecto que merece la pena destacar es que la concesión real para habilitar castillos debe entenderse en un sentido amplio: el término *castra* -fortificaciones- empleado en el documento, tenía también un valor poblacional, de modo que el propio Ramón Berenguer IV aludía a continuación a los “hombres que acudiesen a poblar” en estos lugares y a trabajar sus tierras y términos. Todo ello, castillos, lugares y pobladores, quedaba bajo la jurisdicción del concejo de Alcañiz, como *aldeas* dependientes de la villa. Esta ordenación jurídica y social del espacio comarcal tuvo una trascendencia considerable, en la medida en que los habitantes de estas poblaciones menores estaban subordinados a los alcañizanos en todos los componentes de la vida social y política. Aunque habría que distinguir matices significativos a lo largo del periodo medieval, puede decirse que los habitantes de las *aldeas de Alcañiz* estaban obligados a acudir a la justicia ante los jueces de la villa, tenían un trato fiscal desigual y carecían de capacidad de decisión en asuntos graves, como la convocatoria de las milicias locales, por citar un ejemplo.

La primera lista de estas aldeas, sin embargo, es tardía y data de 1263. En ella figuran Crivillén, La Mata de los Olmos, Berge, Alcorisa, Alloza, Cretas, Valjunquera, Valdealgorfa, Torrecilla de Alcañiz y La Codoñera, pero faltan, por diferentes razones, La Zoma, Los Olmos y Castelserás, que también formaron parte de las poblaciones sometidas a Alcañiz. A pesar de la resonancia árabe de algunos nombres, lo cierto es que todos estos lugares fueron fundaciones de nueva planta de los años finales del siglo XII y primeros del XIII. Un caso prototípico lo ofrece Alco-



Vista antigua de Alcorisa, con la iglesia en un extremo de la población

risa, que, a pesar del verosímil origen musulmán del hábitat, fue un núcleo de poblamiento remodelado por completo, a juzgar por las características que muestra el plano del parcelario local. En efecto, se puede observar un trazado de calles rectas, con una estructura ortogonal, formando manzanas alargadas y profundas, con solares de dimensiones homogéneas, con un diseño planificado y una forma general casi rectangular y, por supuesto, muy regular en su configuración. Dada la ausencia de plazas públicas, cabe pensar que la localización de la iglesia, en un extremo de esta especie de *bastida*, es la original y representa simbólicamente la preponderancia del hecho religioso frente al comunitario, manifestado en la distribución igualitaria de las parcelas de casas.

Las reminiscencias paisajísticas de muchos topónimos –Valjunquera (en la actual comarca del Matarraña), Belmonte, Los Olmos...– sugieren que estos lugares tuvieron un proceso de formación semejante al de Alcorisa y comparable, a diferente escala, con La Ginebrosa, poblado por el noble Blasco de Alagón entre 1250 y 1275, reuniendo a los habitantes de Camarón y Buñol, núcleos existentes a finales del siglo XII, y Castelserás, que agrupó a las gentes de las alquerías de La Dehesa, Borgalmohada y Alberite, en 1272, por decisión de los frailes calatravos.

La orden de Calatrava en el Bajo Aragón

En la década de 1170 se consolidaron definitivamente en las semidesérticas estepas castellanas las órdenes militares hispánicas, creadas a imitación de las originarias de Tierra Santa para sostener el empuje militar contra los almohades que amenazaban Toledo y la Transierra. Muy pronto Alfonso II valoró el interés que revestían estos grupos de guerreros, consagrados a la guerra contra el Islam y sostenidos por formas de vida que rememoraban las de los monjes, para proteger las áreas fronterizas del Aragón meridional. Las concesiones efectuadas por este monarca abarcaron desde Tortosa hasta Teruel, distribuyendo entre hospitalarios, templarios, santiaguistas y, en lo que concierne al Bajo Aragón, calatravos, numerosos centros de población, convertidos generalmente en importantes señoríos desde principios del siglo XIII.



La cruz de Calatrava es el símbolo del protagonismo que tuvo esta orden militar en el Bajo Aragón medieval

La donación de Alcañiz y sus aldeas a la orden de Calatrava se produjo en 1179 y el rey la motivó diciendo que pretendía “la defensa de la cristiandad y la opresión de los paganos”, con el fin de que los

freiles (como se denominaba a los caballeros de las Órdenes) “desde el castillo citado hiciesen la paz y la guerra contra los paganos por mí y mis sucesores”. El dominio señorial, tal y como lo expresa Alfonso II en el documento, era notablemente inferior al territorio descrito en la carta de población de 1157, pero coincide a grandes rasgos con el espacio jurisdiccional delimitado por los términos de las aldeas, ya enumeradas, si bien con la inclusión de Arens, Lledó, Calaceite y La Fresneda.

Durante los años siguientes se completó el entramado de las posesiones señoriales calatravas; a las ya citadas, por formar parte del distrito de Alcañiz, hay que sumar Maella, que se integró en 1203, y Monroyo y sus aldeas –entre las que se contaba Belmonte– con Molinos y Ejulve, donados por Pedro II en 1210. Con los añadidos tardíos de Calanda, adquirido a Artal de Alagón en 1275, y Foz-Calanda, comprado por la Orden en 1284, el señorío de Calatrava en Aragón quedó definitivamente constituido a comienzos del siglo XIII, formando un bloque bastante coherente desde el punto de vista geográfico, que comprendía la mayor parte del Bajo Aragón, con la salvedad de Caspe y Nonaspe (de la orden del Hospital de San Juan de Jerusalén), Valderrobres (del obispo de Zaragoza), La Ginebrosa (del linaje nobiliario de los Alagón) y, ya hacia el Maestrazgo, Castellote (del Temple).

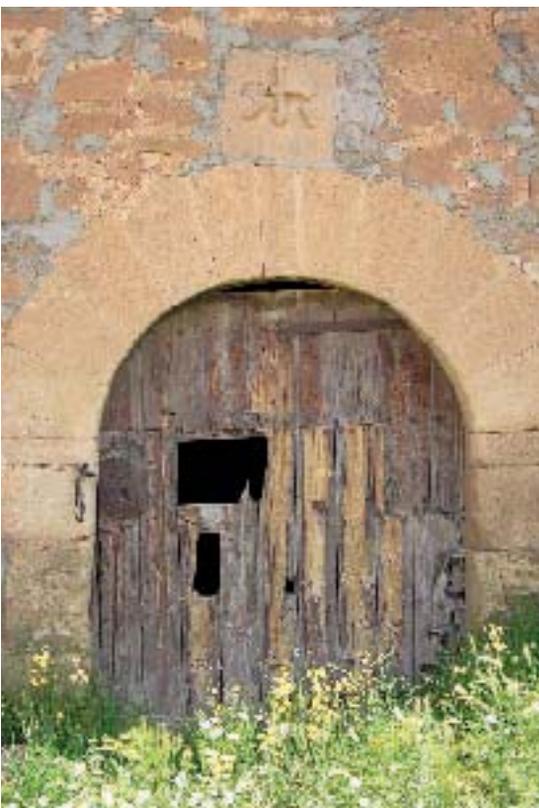
A mediados del siglo XIII, este conjunto de señoríos, que componía uno de los dominios más amplios y sólidos del reino, fue organizado mediante un sistema de encomiendas, una fórmula flexible que permitía colocar a miembros destacados de la Orden a la cabeza de las principales poblaciones con la finalidad de recibir las rentas y afirmar el control social del que dependían. Desde 1242 figura en las fuentes la encomienda de Monroyo y, desde 1276, se documentan también las de Maella, La Fresneda, Molinos, Calaceite y Cretas. Sobre todas ellas gravitaba la Encomienda Mayor de Alcañiz, la tercera dignidad de la Orden, que radicaba en el convento del castillo, donde residían, además, un cierto número de caballeros y un prior. Hasta bien entrado el siglo siguiente, la mayoría de los *freiles* fueron castellanos, así como la totalidad de los comendadores mayores, pero esta situación tendió a cambiar a partir del momento en que las guerras con la Corona de



Alcañiz. Imagen de la Torre del Homenaje del castillo de la orden de Calatrava desde el oeste

Castilla hicieron sentir a los monarcas aragoneses la imprescindible necesidad de supervisar este núcleo de poder señorial. A partir de entonces alentaron sucesivos cismas en la Orden, que hicieron prácticamente independiente a la rama aragonesa, largos periodos de ruptura que se prolongaron durante la segunda mitad del siglo XIV y buena parte del XV, hasta que, finalmente, los maestrazgos de las Órdenes fueron subordinados a la autoridad de Fernando el Católico en los años finales de la etapa medieval.

Al describir el complejo de rentas que ocasionaba esta preeminencia feudal es preciso hacer una indicación previa, la de que existía un cierto margen de variación entre los diferentes lugares en virtud de los fenómenos de población y las decisiones señoriales tomadas para atraer pobladores en cada momento. Así pues, en términos generales, la Orden reclamaba de sus vasallos bajoaragoneses las *pechas* –que eran ciertas cantidades de dinero o de cereal, que se pagaban anualmente y que se fijaron tras arduas negociaciones en los años sesenta y setenta del siglo XIII–; las *cenos* –que redimían en dinero el derecho de alojamiento de los comendadores y sus hombres–; y tasas por el uso –en régimen de monopolio– de molinos harineros, almazaras y batanes, al igual que de los hornos, tal vez los ingresos más saneados de los señores.



La Masada de la Orden, próxima a Valmuel

En sentido estricto, la jurisdicción señorial no era un canon económico sino un factor de poder social, del que dependía la sumisión de los campesinos y el pago de la renta feudal. De entre las manifestaciones de esa potestad cabe señalar que los comendadores se erigían en jueces de los campesinos en sus encomiendas, aunque desde finales del siglo XIII renunciaron al trabajoso ejercicio de resolver los conflictos locales para cederlo a los concejos, que nombraban *justicias* o jueces encargados de estos asuntos. Sin embargo, la Orden percibía una parte de las multas y confiscaciones judiciales cuya cuantía no podemos averiguar, pero que seguramente distaba de ser pequeña, y el comendador mayor retuvo siempre la autoridad para resolver las apelaciones en última instancia. Es cierto, no obstante, que Alcañiz escapó paulatinamente a este sometimiento judicial, de modo que durante los siglos XIV y XV se debatió si el nombramiento del *justicia*

correspondía a la Orden o al monarca y si las apelaciones de los procesos las resolvía el Justicia de Aragón –el juez real por antonomasia– o el comendador.

Una evolución similar afectaba a la obligación de los vasallos de acudir a la hueste calatrava cuando los caballeros eran convocados por el rey: si durante las campañas valencianas la milicia de Alcañiz participó en la guerra, la tendencia predominante entre los grupos sociales urbanos y las comunidades campesinas era procurar evitar este tipo de servicios a los señores, para lo cual se estableció en 1277 una *fon-sadera* o redención de este deber, que se elevaba a tres mil sueldos en lo que se refiere a Alcañiz.

Al tratarse de una institución eclesiástica, la Orden tenía la posibilidad de disponer de iglesias parroquiales, o mejor, de la capacidad para designar a los clérigos que las regían y a recibir una parte de los diezmos: así sucedía con las de Monroyo, Belmonte, Ráfales, Fórnoles, Peñarroya, La Cerollera y La Cañada de Verich, pero no con la de Alcañiz, que dependía del cabildo de la Seo de Zaragoza y, en concreto, del camarero, un canónigo que administraba las rentas eclesiásticas destinadas a la alimentación y el vestuario de los miembros de esta institución. No estará de más recordar que, hacia 1270, había una decena de racioneros o sacerdotes adscritos a una iglesia en Santa María de Alcañiz, con un vicario.

La creación de la aljama judía en Alcañiz hacia 1304, con inmigrantes que huían de la persecución desatada en Francia, aumentó sustancialmente los ingresos señoriales puesto que este colectivo fue colocado bajo la dependencia de los comendadores mayores, al menos desde 1307. El crecimiento posterior fue significativo, a juzgar por sucesivas ampliaciones de la donación inicial de Jaime II, restringida al principio a treinta familias, a las que se sumaron otras tantas en los años veinte de este siglo, asimismo provenientes de Francia.

Además, desde 1275, la incorporación de Calanda y Foz-Calanda se hizo asignando los beneficios a la *mesa maestra*, es decir, en favor del maestre de la Orden y, en su lugar, del comendador mayor. Es importante recordar que Calanda era el único lugar de la comarca en el que pervivió población mudéjar, que satisfacía réditos bastante más elevados que los cultivadores cristianos de cualquier otra localidad.



Pintura mural gótica en la planta noble de la torre del Homenaje del castillo calatravo de Alcañiz

Valorar globalmente este entramado de rentas y derechos es difícil, entre otras cosas porque muy pronto fue sometido a arrendamientos y cesiones, que enmascaran los datos cuantitativos. Sin embargo, es probable que no fueran niveles de ingreso demasiado elevados; eran susceptibles de sostener en el siglo XIII una estructura señorial lo bastante grande como para contar con una veintena de *freiles*, otros tantos combatientes a caballo, algunos religiosos y una amplia servidumbre, pero estaban sometidos a una progresiva –aunque lenta– devaluación. A principios del siglo XV, las cifras disponibles son bastante parecidas de las que están atestiguadas ciento cincuenta años antes y resultan más bien exiguas en comparación con la riqueza de los grandes mercaderes alcañizanos. Con toda certeza, en esta época se había reducido bastante el número de *freiles*, aunque nos faltan datos para confirmarlo.

Resistencia antiseñorial en el desarrollo urbano de Alcañiz

En el transcurso de la segunda mitad del siglo XIII, Alcañiz alcanzó un cierto grado de maduración institucional y de afianzamiento urbano. La población de nuevos barrios (en concreto, el de los Almudines) y la construcción de una muralla influyeron en este proceso, sin duda, como también la consolidación de los grupos dirigentes de la villa. Los acuerdos establecidos con la Orden en 1264 y 1277 constituyen el mejor indicativo del nuevo estatus, pero las concesiones efectuadas en terrenos como la elección de los oficiales o *jurados* y, sobre todo, la autonomía financiera del concejo, resultaban preocupantes para el comendador mayor, Rodrigo Pérez Ponce, que intentó reconducir algunas de estas franquicias. Estas presiones señoriales se enmarcaban en un contexto, el de la Unión de 1283, enormemente crispado, con las ciudades y los nobles aragoneses en abierta sublevación contra el rey. La tensión se tradujo en un violento alzamiento antiseñorial, iniciado en marzo de 1283, que se transformó en un asedio en toda regla del castillo, donde se habían refugiado los caballeros calatravos. Un documento coetáneo lo resume diciendo:

Los hombres de Alcañiz impidieron llevar agua, armas y provisiones al castillo de Alcañiz por los hombres de don Rodrigo, comendador de Alcañiz, su señor, y le prohibieron el libre acceso al castillo, y, estando su señor en el castillo, sitiaron dicho castillo y, pospuesto el amor a Dios y sin observar la debida reverencia a su señor, atacaron el castillo y arrojaron piedras y flechas al comendador y a quienes estaban con él; en el asalto algunos freiles de la Orden de Calatrava y otros de la comitiva del comendador fueron heridos de gravedad e incluso algunos muertos por los hombres de la villa, que de este modo fueron contra su señor.

Los alcañizanos contaron con la ayuda de gentes de toda la comarca, convocadas en su auxilio, de forma que pudieron mantener el cerco durante varios meses, al menos hasta octubre del mismo año. Entre tanto, fueron condenados por el Justicia de Aragón, que actuaba como juez elegido por el comendador, en un juicio en el que no

comparecieron, a la pérdida de la mitad de todos sus bienes, mientras el rey, a su vez, enjuiciaba y castigaba a los lugares que habían colaborado con los rebeldes. A principios de 1284, se llegó a un arreglo y la villa pagó una fuerte suma para resarcir a la Orden de los daños y como multa, pero en ningún caso la cantidad satisfecha fue equivalente a la mitad de las propiedades de los vecinos de Alcañiz, como estipulaba la sentencia inicial.

No fue ésta la única manifestación de oposición de los bajoaragoneses contra sus señores puesto que durante los años siguientes menudearon las disputas por diferentes demandas de los sucesivos comendadores, rechazadas por el concejo. Sin embargo, si hemos de elegir un momento significativo en esta secuencia de enfrentamientos, quizá haya que pensar en lo sucedido en 1321, cuando Jaime II ordenó a las milicias de Alcañiz cercar una vez más el castillo para torcer la resistencia de la Orden, como consecuencia del asesinato de un juez real del que los calatravos se negaban a dar cuenta. Es probable que a partir de entonces la fidelidad de los hombres de Alcañiz se encaminase con preferencia hacia el rey, en detrimento de los deberes como vasallos de la Orden. Se iniciaba un largo camino hacia la autonomía de la villa en el marco del proceso de formación del estado moderno, que culminaría a principios del siglo XVIII.



Alcañiz. Torreones reconstruidos de la muralla medieval

El Bajo Aragón en el otoño de la Edad Media

La autoridad de la Orden de Calatrava padeció considerablemente desde mediados del siglo XIV, en particular por su intensa implicación en las guerras civiles castellanas y en los conflictos bélicos entre ambas Coronas. Los enormes gastos en que incurrió obligaron a sus dirigentes a enajenar señoríos durante largos periodos e incluso de manera completa en algunos casos. Así, en 1428, la Orden realizó un cambio con Francisco de Ariño, secretario de Alfonso el Magnánimo, y con Juan, rey de Navarra, hermano del monarca, por el cual se desprendió de Fabara, Calaceite, Maella, Belmonte y La Cañada, lo que redujo el dominio calatravo en

Aragón de una manera muy sensible. No mucho tiempo después, hacia 1450, Calanda y Foz-Calanda fueron vendidas –si bien con derecho de retracto– al consejero real Pedro Vaca, en una operación que intentaba cubrir las deudas contraídas por el maestre Alfonso de Aragón. La Orden recuperó estos señoríos en los años sesenta, pero los volvió a ceder y solamente a finales del siglo XV quedaron definitivamente reincorporados al dominio calatravo. Estos vaivenes son indicativos de un movimiento de fondo decisivo, una tendencia a la disminución de la firmeza del control social que anteriormente ejercía la institución señorial, convertida en la práctica en una mera instancia recaudadora de unas rentas que, por lo demás, habían sufrido un deterioro nada desdeñable por la depreciación de su montante y la continua enajenación de bienes.

Por el contrario, la impresión que produce Alcañiz y, en general, el Bajo Aragón en el transcurso del siglo XV es la de un notable grado de prosperidad, algo implícito, por citar un aspecto, en la destacada posición demográfica de la villa respecto a otras ciudades aragonesas, visible en el censo realizado en 1495. Esta afirmación no debe ocultar que la población alcañizana, como la de todo Aragón, había sufrido una severa regresión como consecuencia de las pestes que afligieron al área mediterránea durante el siglo anterior, epidemias complicadas con carestías, hambrunas y guerras. Por tanto, esa situación de relativo privilegio se enmarcaba en un panorama poblacional poco boyante, pero en una coyuntura de recomposición de las familias y de renovación del crecimiento humano a partir de mediados del siglo XV.

Igualmente llamativa fue la reorganización agraria inducida por la caída de la demanda de cereal, que permitió concentrar los esfuerzos productivos de los campesinos de la comarca en el trigo –descartando de este modo otros granos de peor calidad–, el aceite –con la multiplicación de las plantaciones de olivos– y el azafrán –un producto tintóreo, usado para teñir los paños de amarillo y muy reclamado por los mercaderes centroeuropeos–. Se trataba de materias primas que tenían un valor de mercado importante, lo cual justifica la bullente actividad comercial que se detecta en el espacio bajoaragonés. Lo mismo puede decirse de la lana, aunque estamos mal informados del peso concreto que tenía en esta zona una producción esencial en el conjunto del Aragón meridional. En cualquier caso, la riqueza que esta producción agraria generaba era muy superior a la observable en cualquier otro momento de la etapa medieval y se tradujo en una vitalidad, rural y urbana, de la que las ricas construcciones del gótico tardío de la región constituyen una excelente muestra.

La expresión misma de esta prosperidad se halla en la consolidación de un patriado alcañizano, compuesto por mercaderes, rentistas, terratenientes, notarios y hombres de leyes, que disfrutaba del ejercicio de los cargos públicos de gobierno de la villa. Apellidos de estos miembros de la oligarquía como Claver, Castellón, Benedit, Ferrer, Santa Pau se repiten en las pocas listas de oficiales concejiles que tenemos y en las nóminas de los procuradores en Cortes, pero también apuntan a que algunos de ellos y otros, como los Cervellón, poseyeron encomiendas de la

Página derecha: La torre es el único resto conservado de la iglesia gótica de Santa María la Mayor, donde se firmó la Concordia de Alcañiz



Orden de Calatrava, prestaron cantidades importantes de dinero a los concejos y arrendaron derechos señoriales e ingresos concejiles para completar una rigurosa explotación de cualquier fuente de renta institucional, financiera y comercial a su alcance. En 1445, la reina María, representante de su marido, Alfonso el Magnánimo, estatuyó que “la razón quiere y manda que aquellos que contribuyen en las pechas y cargas de esta villa sean preguntados y consientan en la distribución de aquellas”, por lo que se prohibía a los *jurados* tomar ninguna decisión presupuestaria y de gasto que no contase con la aprobación de las dieciséis mayores fortunas de Alcañiz.

Podemos traer a colación otros síntomas que sugieren la promoción urbana de la villa, como su condición de sede de las Cortes celebradas en 1371-1372, 1436 y 1441-1442, al igual que de la trascendental asamblea de 1411, en la que los aragoneses decidieron su posición en el problema sucesorio tras la muerte de Martín el Humano. Al margen del valor que se confiera a estas reuniones y del hecho de que su prolongación artificial hacía decaer progresivamente el número de asistentes, no cabe duda de que esta elección tenía un destacado carácter simbólico y colocaba a Alcañiz entre las principales ciudades aragonesas. Menos transparente en nuestros documentos, pero no menos elocuente, se puede considerar la formación de un ambiente humanista, en el que sobresale la figura de Juan [del] Sobrarias (nacido hacia 1475), autor de una *Oratio de laudibus Alcagnicii, Discursus de alabanza de Alcañiz*, pronunciado ante el concejo de la villa en 1506 e impreso dos años después. El aprecio mostrado en esta ocasión por el *senado* —como lo llama Sobrarias— alcañizano no era casual, sino fruto de un orgullo patrio que se plasmaba en el respeto por un humanismo culto y refinado, del que habría notables muestras en el transcurso del siglo siguiente.

Mencionábamos antes la creación de una aljama judía en Alcañiz a principios del trescientos, colocada bajo la protección y el dominio del comendador mayor. Esta comunidad hebrea experimentó un importante desarrollo en este periodo, tanto demográfico como económico y cultural, en una etapa durante la cual la coexistencia con los cristianos se hizo cada vez más difícil. A comienzos de 1413 se inició un debate teológico sobre los méritos y la autenticidad de las doctrinas judía y cristiana, convocado por Benedicto XIII y conocido como la *Disputa de Tortosa*, que se prolongó hasta finales de 1414. Fue protagonizada por dos personajes surgidos de la aljama de Alcañiz: el antiguo rabino Yoshua ha-Lorqui, convertido al cristianismo con el nombre de Jerónimo de Santa Fe, y el todavía rabino Astruch ha-Levi, lo que pone de relieve el prestigio alcanzado por esta comunidad hebrea. El resultado de esta discusión teológica tuvo poco de formal y se concretó de hecho en una intensificación del antisemitismo con un alcance peninsular, que forzó la conversión de muchos judíos y, en especial, de los integrantes de las elites urbanas. En Alcañiz, casi en el epicentro de este movimiento, “per inspiració divinal —como señala el rey en un documento— la maior part del juheus de la vila d’Alcaniç, lexada la error de la veritat judeyea, dicien venir a la conexença de Ihesus Christ”, por lo que fueron bautizados. En 1415, la aljama fue definitivamente disuelta y los conversos integrados en la sociedad cristiana, en particular en el seno del grupo patricio de la villa.

La Concordia de Alcañiz

ESTEBAN SARASA SÁNCHEZ

Se conoce como tal la convocatoria de representantes aragoneses que, con la participación de catalanes y valencianos, precedió a comienzos de 1412 a la elección de Fernando de Trastámara (Fernando de Antequera) en la sentencia arbitral de Caspe (Compromiso de Caspe) como rey de Aragón (Fernando I), tras la muerte del rey Martín el Humano en 1410 sin sucesión directa.

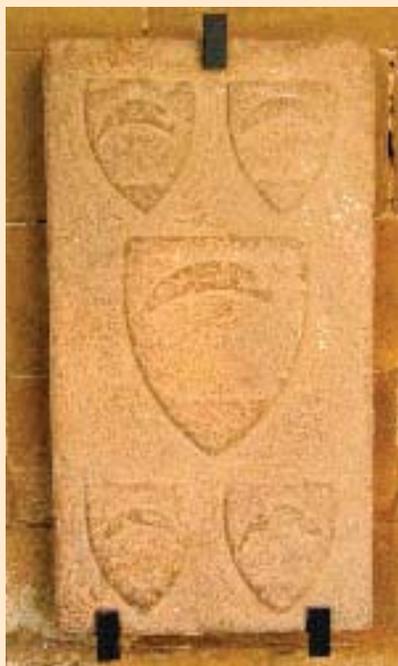
Las dificultades sociales y las diferencias políticas de los comienzos del interregno (1410-1411) se encauzaron hacia una solución pacífica y acordada que evitó y superó las aspiraciones de otros candidatos que esgrimieron sus derechos al trono según los diversos grados de emparentamiento con la familia real aragonesa. No lograron éstos sobreponer su causa a la del castellano Fernando, apoyado por Benedicto XIII (el Papa Luna), buena parte de la nobleza aragonesa, salvo la excepción más señalada de Antón de Luna, y la burguesía y nobleza media catalana y valenciana, que se opusieron al apoyo al aspirante más encumbrado y reivindicativo, don Jaime, conde de Urgel.

Mientras representantes cualificados de Cataluña y de Valencia se reunieron en parlamentos particulares para buscar la solución más acertada, los aragoneses lo hicieron primero en Calatayud y después, entre septiembre de 1411 y febrero de 1412, en Alcañiz. Llegaron al acuerdo de que se contrastaran las opiniones de los tres estados principales de la Corona para decidir sobre la selección de nueve hombres justos que asumieran finalmente, y tras las conversaciones oportunas, el compromiso de proponer a la persona que tuviera más derechos legales y legítimos para ocupar el trono vacante y evitar la desestabilización de la Corona y la desmembración de la misma.

La convocatoria de Alcañiz comenzó a prepararse en agosto de 1411, y se informó a catalanes y valencianos acerca de la necesidad de reiniciar negociaciones en dicho lugar para deliberar sobre la sucesión. El gobernador y el Justicia de Aragón enviaron las cartas de convocatoria para el 2 de septiembre a las personalidades del reino, buscando asimismo la mejor protección de la villa, que se encargó al comendador mayor calatravo, don Guillén Ramón Alamán de Cervellón, y a don Juan de Luna, hijo de Juan Martínez de Luna. Pero, al menos en principio, la respuesta no fue la esperada. Se retrasaron las deliberaciones y fueron declarados contumaces quienes no acudieron sin justificación alguna, y todo ello en un clima de inse-

guridad para viajar hasta Alcañiz debido a la ocupación de algunos caminos por los seguidores de Antón de Luna, adalid en Aragón de la causa del conde de Urgel, que buscaba reunir un parlamento paralelo en Mequinenza para atraerse a los representantes catalanes reunidos en Tortosa y a los valencianos también convocados en Vinaroz. No obtuvo, sin embargo, respuesta positiva por haber sido excomulgado el rebelde por Benedicto XIII al ser acusado de la muerte violenta del arzobispo de Zaragoza, cuando el inicial parlamento de Calatayud.

Las pretensiones urgelistas y del de Luna, más la incertidumbre de la situación, forzó al infante castellano don Fernando de Trastámara, regente en Castilla y aspirante en Aragón, a poner en marcha sus recursos materiales, militares y personales para llevar la iniciativa, de modo que, a la vez que introdujo tropas castellanas en Aragón, envió sus representantes al parlamento de Alcañiz. Así, los embajadores de Castilla permanecieron en Alcañiz hasta finales de 1411, esperando a los enviados por el parlamento catalán de Tortosa, con el arzobispo de Tarragona al frente, para exponer a catalanes y aragoneses las razones y derechos de don Fernando en orden a la sucesión de la Corona. A



Escudo de un miembro de la poderosa familia de los Luna, en el claustro del castillo de Alcañiz

la vez que gentes castellanas acompañaban a las aragonesas capitaneadas por Pedro Ximénez de Urrea, Juan de Luna y Juan Fernández de Híjar para recorrer el valle del Ebro y pacificar las comarcas de Almedívar y Huesca alteradas por las correrías de Antón de Luna.

En principio, los aragoneses pretendieron nombrar a doce comisionados propios (tres por cada brazo del parlamento –ricos hombres, caballeros, eclesiásticos y representantes populares) para negociar con el enviado catalán y el mallorquín, pues Valencia era remisa todavía a cualquier negociación. Se optó finalmente por reducir a cinco el número de delegados por parte de Aragón (el obispo de Huesca, Juan de Luna, Domingo Lanaja, Juan de Funes y Berenguer de Bardaxí) para tratar con el catalán Juan de Esplá, quien, a su vez, instó a que se con-

tara también con Valencia en las negociaciones sucesorias, a pesar de sus discrepancias y retrasos al respecto.

Una embajada catalana del parlamento de Tortosa y la noticia de que el rey nazarí de Granada negociaba con el conde de Urgel a comienzos de 1412 aceleraron el proceso, de manera que los representantes aragoneses amenazaron con tomar unilateralmente la iniciativa, como cabeza de la Corona que era el reino de Aragón, si los parlamentos catalán y valenciano no respondían con la diligencia necesaria, para no dilatar más el proceso ante las amenazas urgelistas, la división de Valencia y el recelo de Cataluña. Situación prolongada hasta que Benedicto XIII se decidió a intervenir directamente ante los parlamentarios de Alcañiz y Tortosa a través de su delegado Francés de Aranda, enviando sendas cartas a dichas sedes con fecha 23 de enero y presentadas sucesivamente el 30 de dicho mes en Alcañiz y el 8 de febrero en Tortosa. Esta acción movió a los valencianos a decidirse por fin a enviar su representación a la villa del Guadalupe para iniciar el proceso definitivo de elección para el trono de Aragón.

La exhortación del Papa Luna, con la solemnidad de una bula pontificia y la comprensión de un padre espiritual, invitaba a los implicados a la selección de personas idóneas por sus conocimientos y honorabilidad para investigar y proveer al efecto, para que analizaran la forma de concluir el proceso y llevaran a la firma de la llamada Concordia de Alcañiz, que tuvo lugar finalmente el 15 de febrero de 1412 en la iglesia mayor, en presencia del notario catalán Ramón Batlle y de los aragoneses Bartolomé Vicente y Pablo Nicolás. Se reguló el procedimiento a seguir para que nueve personalidades, tres por cada estado peninsular de la Corona, dialogaran y sopesaran los derechos de los candidatos, y se comprometieran a dar una definitiva respuesta en el plazo de dos meses a contar desde el 29 de marzo y con una sola prórroga, si fuera necesaria, hasta el 29 de julio, debiendo reunirse en Caspe, cerca de Alcañiz y de Tortosa, protegida por la orden de San Juan de Jerusalén.

Los nueve compromisarios debían designarse en los veinte días siguientes a la firma de la concordia, en representación equitativa de los tres estados principales de la Corona, que les transfirieron amplios poderes y facultades para obrar en consecuencia. Era suficiente que la decisión final fuera apoyada por sólo seis de los nueve miembros del cónclave caspolino, tal como sucedió el 28 de junio, con la votación favorable a don Fernando por parte de los tres representantes aragoneses, dos de los tres valencianos y uno solo catalán. Por todo ello, la Concordia de Alcañiz ha pasado a la historia como ejemplo de cordura política y de negociación representativa de una cuestión tan decisiva para la evolución posterior de la Corona de Aragón en general y del reino cabeza de la misma en particular.

Las fuentes documentales iluminan peor la suerte de los campesinos del Bajo Aragón, aunque es posible llegar a algunas conclusiones seguras. Ante todo, se puede constatar que durante los siglos XIV y XV se produjo una perceptible mejora de los niveles de vida y, en especial, de la capacidad de consumo de amplias capas de la población. La exportación de cereales, por ejemplo, sugiere que la comarca era excedentaria y que sufría en menor medida que otras las dificultades de abastecimiento. La especialización agraria, ya señalada, contribuía a incrementar esa riqueza relativa de los agricultores, en la medida en que productos como el azafrán obtenían una remuneración elevada en el mercado internacional. Los testamentos e inventarios post mórtem proporcionan información sobre vestidos, telas y objetos que revisten a veces un cierto tono suntuario, exponente de esa novedosa capacidad de obtener bienes de consumo. Esta perspectiva positiva se contrapone, sin embargo, con la evidencia del creciente endeudamiento de las familias rurales, que se trasluce tanto en las multas impuestas por el monarca a los mercaderes de Alcañiz por usura –como ocurre en 1427–, como en las cartas, también reales, por las que se autorizaba a personas concretas a retrasar el pago de sus créditos. Los prestamistas eran, con frecuencia, judíos, pero no faltaban los propios vecinos y, como se ha indicado, las gentes adineradas de la capital. La dificultad para los historiadores radica en vincular estos préstamos a la necesidad de los campesinos de financiar sus inversiones y, por tanto, atribuirlos al crecimiento económico, o calificarlos como créditos para la subsistencia, en cuyo caso mostrarían más bien las dificultades que atravesaba un sector importante de las clases inferiores.

Este dilema se relaciona con la constatación de que también las instituciones municipales de la región se hallaban atrapadas en una espiral crediticia, alimentada mediante los denominados censales, un instrumento financiero que se puede definir como deuda pública perpetua con tipos de interés bajos. La tentación de cargar los ingresos concejiles con los intereses de estos censales se hizo muy fuerte desde mediados del siglo XIV, cuando las exigencias fiscales de la monarquía ahogaban a las comunidades campesinas. De este modo, los concejos obtenían capitales que permitían pagar los impuestos y cedían sus rentas ordinarias a los acreedores para satisfacer los intereses. A largo plazo, el empobrecimiento de las haciendas locales conducía a la quiebra y, en los casos en los que ésta tuvo lugar, supuso un serio aprieto para los vecinos, obligados a entregar una parte de sus cosechas –lo normal era el sexto o el séptimo– a los prestamistas para extinguir la deuda. Así pues, la perspectiva social del campesinado bajoaragonés en la Edad Media tardía presenta una doble faz, no demasiado diferente de la que se observa en otras áreas regionales cercanas, con un conjunto de aspectos positivos –la reconstrucción de las explotaciones agrícolas, la elevación de los niveles de consumo, el declive de la renta señorial– y otros que no lo son tanto –la polarización social, el endeudamiento, el relativo estancamiento demográfico–, pero que, en definitiva, preludian un vigoroso inicio del periodo moderno.

Bibliografía

CORTÉS ARRESE, Miguel, *El Gótico en Teruel: la escultura monumental*, Teruel, 1985.

GALLEGO BARNÉS, A., *Los humanistas alcañizanos*, Zaragoza, 1990.

LALIENA CORBERA, Carlos, “Orígenes y extinción de una aljama judaica: Alcañiz (1280-1414)”, en *Des-tierras Aragoneses, 1: la expulsión de los judíos*, Institución Fernando el Católico, Zaragoza, 1986, pp. 115-126.

LALIENA CORBERA, Carlos, *Sistema social, estructura agraria y organización del poder en el Bajo Aragón en la Edad Media (siglos XII-XV)*, Instituto de Estudios Turolenses, Teruel, 1987.

LALIENA CORBERA, Carlos, “El castillo de Alcañiz en la Edad Media”, *Al-Qannis* (monográfico sobre “El Castillo de Alcañiz”), Taller de Arqueología de Alcañiz, Instituto de Estudios Turolenses, Alcañiz, 1995, pp. 269-282.

LALIENA CORBERA, Carlos, “La carta de población de Alcañiz en 1157”, en *Homenaje a Antonio Gargallo, Studium. Revista de Humanidades*, Facultad de Humanidades, Teruel, 1997, pp. 253-268.

LALIENA CORBERA, Carlos, “Castillos y territorios castrales en el valle del Ebro en el siglo XII”, en *La fortaleza medieval. Realidad y símbolo*, Sociedad Española de Estudios Medievales, Alicante, 1998, pp. 31-45.

SOBRARIAS, Juan de, *Alabanzas de Alcañiz*, introducción, edición crítica y facsímil a cargo de J. Maestre Maestre, Alcañiz, 2000.

VIDIELLA, Santiago, *Contribución al Catálogo de Comendadores de Alcañiz. Orden de Calatrava*, Centro de Estudios Bajoaragoneses, Alcañiz, 1997.

Los judíos en el Bajo Aragón

ÁNGEL ALCALÁ GALVE

Ocurre a veces al escribir de historia, muchas más de las que uno quisiera, que a pesar de constarnos la importancia de los hechos que queremos revivir (esto es historiar: dar vida a un pasado que parece muerto), nos faltan los documentos en que apoyar nuestra tarea. Durante casi un par de siglos medievales, más o menos desde 1250 hasta 1414, una invisible línea continua de contactos mantuvo en unidad correligionaria a notables aljamas bajoaragonesas. Omitiendo la que podría trazarse para otras comarcas, la que ahora nos interesa tiene su arranque en Fraga y Tamarite de Litera, por Caspe baja a Maella y a Alcañiz, y aquí se bifurca: un ramal prosigue por Híjar a Belchite y Zaragoza; otro por Alcorisa, con derivaciones a Castellote y Molinos, continúa a Montalbán y la une a las comunidades judías del Jiloca y la zona turolense. Poco a poco, gracias al tesón de animosos investigadores cuya juventud tanto permite esperar, van aflorando viejos protocolos notariales, papeles de la curia real y menciones esporádicas inesperadas en libros de vario interés que abren el horizonte, hoy tan cerrado, de nuestro conocimiento de las juderías de nuestra tierra.

Aun siendo, pues, relativamente poco lo que la documentación disponible nos dice sobre los moriscos de nuestra comarca, muchos menos sabemos de nuestros antepasados judíos. Unos y otros convivían no siempre pacíficamente, como es natural, con los cristianos, cuyos clérigos, y no por simple fanatismo, aspiraban a convertirlos a la religión y cultura dominantes. Tras los estudios de Américo Castro se ha popularizado la idea de que mientras los moriscos solían dedicarse más a la artesanía y la agricultura, los judíos se especializaban en administración financiera, medicina y otras profesiones liberales. Aceptada con moderación, esta teoría podría explicar la mayor afluencia de judíos a centros de interés urbano, señorial o militar, como algunos de los citados (Alcañiz, Caspe, Híjar, Montalbán), mientras que la mayor parte de los pueblos y aldeas de nuestra comarca, especialmente los de predominio agrícola, debieron de verse beneficiados por la aportación de las artes agrícolas moriscas a unos terrenos antaño caracterizados por la cultura de origen romano-celtibérica. Pero muy poco sabemos todavía sobre la real penetración de ambas estirpes semíticas tanto en las ciudades de esa línea hipotética cuanto en las numerosas villas intermedias, y menos aún, sobre detalles de la vida diaria de unas comunidades, grandes y pequeñas, que debieron de tenerla excitante y compleja, y sobre su influjo duradero en nuestras costumbres actuales. Las moriscas fueron de mayor efectividad, por el simple hecho de que, a diferencia del judeo-converso, siempre atento a asimilarse y a disimular su procedencia por miedo



Alcañiz. Soportales en el barrio de los Almudines

a la Inquisición, el morisco, menos sospechoso a ésta, mantuvo tenazmente su identidad cultural hasta principios del siglo XVII.

Aunque los archivos conservan papeles de concesiones reales a las juderías y de transacciones puntuales, lo mejor que sabemos sobre los judíos del Bajo Aragón se debe a las actas de la llamada Disputa de Tortosa, que en esa ciudad se desarrolló del 7 de febrero de 1413 a mediados de noviembre de 1414 precisamente entre dos alcañizanos, el rabino Astruch ha-Leví y el ex-rabino converso Yeoshua ha-Lorquí. Era éste médico de cabecera del papa aragonés Benedicto XIII, y en Alcañiz le bautizó como Jerónimo de Santa Fe, en 1412, el predicador dominico san Vicente Ferrer. Aunque no es posible fechar la llegada de judíos para establecerse en nuestra comarca, esta disputa demuestra el altísimo nivel intelectual al que la comunidad judía alcañizana había llegado a principios del siglo XIV. La conversión de Yeoshua fue, como suelen ser todas, culminación de un largo proceso de veinte años de reflexión durante los cuales mantuvo correspondencia con otro gran converso, su antiguo maestro el rabino burgalés Solomón ha-Levi, que al bautizarse en 1391 se empezó a llamar Pablo de Santa María. Tras estudiar Teología en París, se hizo gran amigo del Papa Luna (Benedicto XIII) en sus tiempos de Avignon y luego de Fernando el de Antequera, y ya en 1415 fue nombrado obispo de Burgos. La conversión de su maestro dio qué pensar al rabino alcañizano, el cual pronto recopiló los que él creía *errores judíos y del Talmud* en el libro *De judaeis erroribus*, que puede leerse en una edi-

ción de 1987, y tuvo la idea de desafiar a su ex-colega Astruch a una discusión sensacional, cuyas consecuencias para la judería de todo el país son calificadas por historiadores judíos actuales (Graetz, Baer, Netanyahu) como una de las tragedias más terribles de la historia judía en España.

En efecto, la conmoción popular, y no sólo en Alcañiz, debió de ser enorme. Los acuerdos de la concordia firmada en su iglesia gótica el 15 de febrero de 1412 dieron lugar aquel junio al Compromiso de Caspe que eligió al castellano Fernando como rey de Aragón. Además de capital política del reino durante una temporada, la cercanía del Papa la hizo también capital religiosa de las naciones que poco a poco le fueron retirando obediencia, y la presencia de san Vicente Ferrer determinó la especial furia con que se solía abordar todo tema interconfesional. No puede negarse un probable factor de rivalidad entre Jerónimo y Astruch, pero parece que no le faltó sinceridad teológica a ninguna de los dos. Por otra parte, lograr un resonante triunfo con abundantes conversiones de judíos podría ser buena baza para asentar el solio papal ya tambaleante así como para estimular la aceptación de un rey advenedizo. Es lástima que nos falten documentos que ofrezcan un retrato preciso del ambiente popular de expectación en la comarca y de temerosa alerta de sus judíos, pero se puede sospechar. Y lo es también que por mera conveniencia se trasladara la disputa a Tortosa, como el Compromiso lo había sido a Caspe, a pesar de haberse fraguado una y otro en Alcañiz.

Astruch temió lo peor y llamó en su auxilio a una veintena de rabinos de todo Aragón. Afortunadamente en las actas se conservan los nombres de otros dos rabinos alcañizanos: Joseph ben Ardut y Don Meir Alcoya (o Haliqua). Su número y preparación teológica da idea de lo numerosa y bien formada que debió de ser la aljama de la ciudad. Entre las pocas cosas seguras lo es que se asentaba en el barrio hoy llamado de Almudines (nombre de origen árabe que significa *almacenes*) y que, así como la suprimida mezquita había dejado lugar a la actual magnífica ex-colegiata, la sinagoga medieval ocupaba el de la iglesia de Santiago, junto a la calle Mayor.

Esa Disputa y la renombrada escuela de humanistas de la primera mitad del siglo XVI forman dos de los más culminantes momentos de rango internacional de la cultura de nuestra comarca. La Disputa se centró en si Jesús era o no el Mesías prometido a los judíos y en el análisis de textos del Talmud evidentemente ofensivos al cristianismo. Era difícil resistir el insostenible ambiente de coacción y amenazas. La posición más inteligente, y la más religiosa, fue la adoptada por el rabino Ferrer Saladín, de Zaragoza: "Igual es el judío y el cristiano, pues ambos poseen y defienden los artículos de su ley por pura fe y mera tradición". Las zozobrantas respuestas de los atemorizados rabinos en las maratónicas sesiones tortosinas acarrearón el



Típica calle del alcañizano barrio judío de los Almundines

desencanto de centenares de familias judías de todo Aragón, y de docenas de la comarca bajoaragonesa, que en número imposible de precisar corrieron a las pilas bautismales. Futura carne de hoguera serían sus descendientes cuando más tarde la Inquisición, azuzada por denunciadores interesados, dudara de su sinceridad. El mismo paso dieron, increíblemente, casi todos los rabinos disputantes, incluido el propio Astruch. Fue el fin del vital judaísmo aragonés, mucho antes de la fatídica expulsión de 1492.

Si es que Astruch volvió a Alcañiz, se encontró su sinagoga vacía de fieles y bautizados, así como las de juderías sufragáneas de la alcañizana. Una carta del concejo al rey días después dice que “en la Villa e en todas las contribuciones de aquella, así como Caspe, Maella, Alcorisa, Castellote, Molinos, e algunos otros lugares que habitaban”, no llegan a quince las casas de judíos, y que además son “gente de poco recaudo”. La presencia judía en la comarca bajoaragonesa, sobre la cual tanto nos queda por saber, se esfumó así, transformada en nocivo tufillo de intolerancia y convertida, con toda nuestra nostalgia, en polvo de historia.

El mundo contemporáneo: de la batalla de Pueyos a la Guerra Civil

ELOY FERNÁNDEZ CLEMENTE

Introducción

La nueva división comarcal aragonesa es, por discutible que parezca a algunos, un hecho sin fácil vuelta atrás y de gran trascendencia futura por lo que supone de ordenación del territorio y potenciación de sus zonas más alejadas geográfica, económica y socioculturalmente del poderoso centro zaragozano. Plantea, en lo referente a la historia territorial, un problema nuevo. Tras la consagración de la historia local con nuevos métodos, conceptos y fuentes, y el retroceso de la historia *provincial* (sólo con sentido desde 1833, y de débil argumento, con salvedades como el reciente estudio sobre la nuestra editado por el Instituto de Estudios Turolenses y el *Diario de Teruel*) en favor de la de todo Aragón. Ésta, felizmente integradora y generalizadora, aunque con sus fallos, da paso ahora a la cuestión ineludible de la historia *comarcal*, no plenamente definida la demarcación por hechos geográficos, históricos, económicos, etc., sino por una voluntad política razonada, prudente y nada caprichosa. Pero que, en el caso de nuestra Tierra Baja ha separado el Bajo Aragón turolense del zaragozano, de la cuenca del Matarraña, y de la zona minera andorrana que siempre se sintió tierrabajina. Algo habrá que hacer para superar esto, contemplando en conjunto, en algunas cuestiones culturales al menos, una parte de Aragón tan caracterizada como ésta.

Por un lado, seguir trabajando en historias más amplias, con mayor horizonte espacial, lo que permite desagregar datos e ideas para las menores, como es el caso de la ingente y en general muy valiosa producción aragonesa de los últimos lustros y en el Instituto de Estudios Turolenses (revista *Teruel*, Cartillas Turolenses, libros).

Por otro, beber en historias pretéritas o recientes de tipo local, casi siempre más eruditas que críticas: en nuestro caso, desde la casi legendaria historia de Alcañiz del P. Nicolás Sancho (1860), tras la que hay casi un siglo de silencios hasta la de Alcorisa (Gil Atrio, 1954); el esfuerzo cultural de los regeneracionistas comarcanos entre los



El padre Nicolás Sancho fue un pionero de la historial local

que destaca la *Mesa Revuelta* de Taboada (1898), los trabajos de Vicente Bardavíu y todo el grupo del *Boletín de Historia y Geografía del Bajo Aragón* de 1907-1909 y los de Juan Pío Membrado. Entre las recientes historias locales debemos recordar -aunque algunas de ellas no pasan del XVIII- las de Alcañiz (A. Gargallo, 1979), La Mata (R. Magallón, 1980), La Fresneda (E. Julve y O. Cuella, 1986), La Portellada (J. M. Palanques, 1989), Puigmoreno y Valmuel (F. Alejo, 1990), Alcorisa y Foz-Calanda (J. Altaba, 1991), Mas de las Matas (Grupo de Estudios Masinos, 1994), La Codoñera (M. Sanz Parera y J. R. Molíns, 1995 y 2000), Calanda (la que dejara manuscrita en 1948 mosén Vicente Allanegui -cuidada por Ignacio Peiró, 1998-, tan utilizada por la de fray M. García Miralles, 1969), los estudios de

Roberto G. Bayod sobre Belmonte, los de J. P. Burgués sobre Torrecilla de Alcañiz (1989) y los de J. Guarc sobre Valdealgorfa (1999), o esa singular y excelente novela histórica coral de Ramón Mur que es *Sadurija*.

Sin olvidar los libros de memorias, tan útiles, desde las de Sancho Izquierdo (1978) a las del P. Mindán (1992) y otras varias; las biografías (series de turolenses de Gascón, 1908, y Burriel, y sobre todo la *Galería de alcañizanos ilustres* del P. Buñuel Lizana, 1959, o la biografía del gran Galo Leoz y las docenas de libros sobre Buñuel); reediciones como las de la citada *Mesa Revuelta* (1969) y del *Boletín de Historia y Geografía del Bajo Aragón* (1982) y las de obras de Loscos y Pardo Sastrón. También han contribuido a divulgar nuestro pasado colectivo tantos periodistas ilustres, herederos de Nipho, desde Santiago Contel y la prensa de fines del XIX y primer tercio del XX a los Mariano Romance, Darío Vidal, Ramón Mur y otros, y al exitoso bisemanario *La Comarca*, o a la revista alcorisana *Balcei*, sin dejar de recordar los magníficos ocho números en seis volúmenes del *Boletín del Centro de Estudios Bajoaragoneses* (CESBA) y la veintena de tomos constante y seria del anuario *Mas de las Matas*.

Y dejo para el final el excelente impulso teórico dado en las últimas décadas desde el Departamento de Historia Moderna y Contemporánea de nuestra Universidad a la historia local, que ya cuenta con una modélica monografía sobre Alcorisa (Rújula, 1998), y con diversos encuentros sobre el tema, el primero de ellos celebrado precisamente en Mas de las Matas. Este balance, y el que haremos a seguido, deben mucho (aunque *me esté mal el decirlo* pues tuve el gozo de organizarlo en Villarluengo, en 1984) al *Encuentro sobre Historia Contemporánea en*

Tierras Turolenses (edición del IET, 1986), en el que ya se planteaban muchos de los posteriores estudios realizados por los Micolau, Abós, Villanueva, Forcadell, Antonio Peiró, Casanova, Pinilla, G. Sánchez, etc.

Porque se trata, sobre todo, de plantearse nuevos trabajos desde una perspectiva, que no deberá olvidarse jamás, de rigor documental, reflexión teórica y crítica, conexión con el entorno próximo y aún más amplio, aragonés, español, europeo, humano. Porque si en esta comarca así formada conviene, ahora, realizar estudios sobre el territorio recién demarcado, sería malo forzar las cosas ignorando vecindades, influencias, pasados conjuntos, o proyectar la división más allá de lo funcional, cultural y sociopolítico. Así permite esperar el buen hacer de instituciones bien cuajadas y con obra muy valiosa, cuales son el Centro de Estudios Bajoaragoneses, el grupo *Al-Qannis*, la biblioteca y archivo municipales de Alcañiz, el Grupo de Estudios Masinos y unos cuantos otros, menores o en formación, como el Museo Buñuel en Calanda, el pequeño museo Membrado en Belmonte o el nuevo Instituto Cultural del Bajo Aragón que se asienta en La Cañada de Verich.

Dicho todo lo cual, sin lo que cualquier planteamiento histórico podría resultar fallido y pobre, y contando con los encartes que acompañan éstas y otras páginas, nos acercaremos a una visión panorámica de lo que ha ocurrido en esta comarca –con la importante singularidad de la capital alcañizana– entre comienzos del siglo XIX y la Guerra Civil, pues así se nos ha acotado y encargado.

De la guerra de la Independencia a las guerras carlistas

Un excelente libro, de la colección *Al-Qannis*, coordinado por Pedro Rújula, ha estudiado la historia del Bajo Aragón en el siglo XIX. A él remitimos para un panorama general, sobre el que va a sobrevolar este breve apunte.

Podemos suponer lo que significaría para la ciudad y comarca una guerra (la provocada por la inexplicada e inexplicable invasión napoleónica): sus gentes estaban tan desacostumbradas a ello que ni siquiera les da tiempo a consideraciones como las de las grandes ciudades o los diputados de Cádiz. La enérgica defensa, casa a casa, no puede impedir la conquista por los franceses, y la muerte de 140 alcañizanos, cuando a fines de enero de 1809 es invadida la ciudad de Alcañiz. Una breve recuperación, por el ejército que acaudilla Joaquín Blake el 18 de mayo, es respondida con un durísimo contraataque de Suchet el 19 de junio, enfrentándose en la célebre batalla de Pueyos dos ejércitos de unos 8.000 hombres cada uno.

Hoy disponemos de buenos estudios de Herminio Lafoz, que anotan los hechos confirmados y analizan la ocupación y sus consecuencias. Entre las principales, el respaldo moral que recibe Alcañiz cuando, tres meses antes de abandonar la ciudad, el 11 de junio de 1812, decreta Suchet la creación de cuatro provincias en el viejo rei-



Alcañiz. Monolito conmemorativo del primer centenario (1909) de la batalla de Pueyos

no de Aragón: las tres que existen hoy desde 1833... y una cuarta, con capital en Alcañiz. (Y no olvidemos la notabilísima aportación del Bajo Aragón a la defensa de Zaragoza, en la que destacaría la heroína alcañizana Benita Portolés y el teniente coronel Rafael Estrada, que morirá en el sitio de agosto de 1808).

La provincia de Teruel nace, de modo definitivo, en una coyuntura muy compleja, en 1833, fecha de la muerte de Fernando VII, cuando el Antiguo Régimen, acosado por nuevas ideas y reafirmado por las etapas absolutistas fernandinas, se resiste enérgicamente a ceder el paso a los nuevos tiempos (primera guerra carlista). El tema ha sido estudiado inicialmente para la comarca por J. R. Villanueva, y luego, en extenso y

por completo, por Pedro Rújula (1995 y 1998), quien frente a los tópicos establecidos por la reacción durante todo el siglo XIX, y reavivados en la época franquista, aclara que “el fenómeno contrarrevolucionario que se produjo en Aragón durante la primera mitad del siglo XIX se inserta en la línea de los movimientos contrarrevolucionarios que se desencadenaron en Europa a partir de 1879”, y propone superar el tópico del carlismo como movimiento interclasista cuyos componentes provienen “del campesinado, es decir, de las capas más desfavorecidas de la sociedad rural, las más afectadas por el desarrollo de la crisis económica. Jornaleros, labradores y artesanos componen el grueso del ejército insurreccional” y “unos cuadros dirigentes ajenos al campesinado, formados en una cultura política distinta..., oficiales ilimitados que habían combatido durante el Trienio contra la Constitución y disponían de experiencia insurreccional al tiempo que poseían la capacidad organizativa necesaria para poner en práctica el levantamiento”.

Del liberalismo a la Restauración

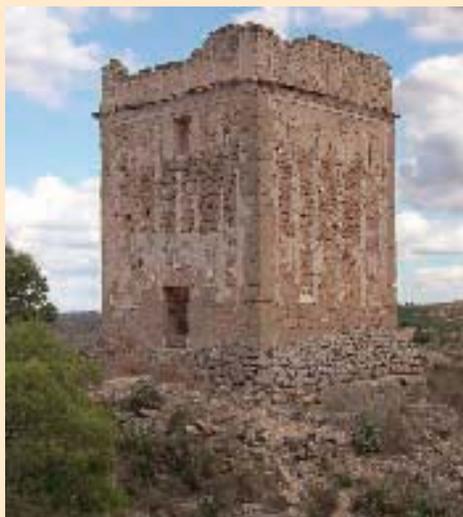
Entre 1840 y 1875 se desarrollan muchos acontecimientos decisivos en la vida española y aragonesa, desde los económicos en una sociedad que opta, en zonas privilegiadas, por la industrialización, a los políticos de las resistencias del mundo oligárquico y ultraconservador a los numerosos pronunciamientos, en los que Alcañiz suena con frecuencia en sentido liberal, viviendo intensamente las oportunidades progresistas del bienio 1854-1856 y el periodo revolucionario 1868-1874. De todo ello sabemos para esta comarca por estudios como

Cabecillas carlistas

PEDRO RÚJULA LÓPEZ

Durante las guerras carlistas el Bajo Aragón se vio cruzado en todas las direcciones por partidas carlistas que, a su paso, dejaban constancia de su rebeldía contra la autoridad del gobierno. Estas partidas protagonizaban un tipo de guerra irregular muy efectista y de gran eficacia. Con un puñado de hombres armados conseguían desestabilizar un territorio muy amplio y transmitir netamente a la población la impresión de que el poder estaba siendo contestado. Estaban compuestas por gente de la zona, lo que les proporcionaba una gran operatividad. De un lado, porque conocían muy bien el terreno y eso les permitía aprovechar todas las posibilidades para el ataque o, en su caso, para la huida. De otro, porque contaban con el apoyo de la población, no tanto por afinidad política, como por proximidad vital, ya que en las partidas iban sus hijos o sus maridos o alguien con quienes estaban directamente vinculados.

Las partidas carlistas aprovechaban al máximo sus posibilidades. Elegían el momento de atacar cuando las condiciones les eran favorables y eludían sin problemas el enfrentamiento cuando éste podía perjudicarles. No eran dueñas sino del suelo que pisaban y su único compromiso estaba en defenderlo mientras permanecían en él porque en ello les iba la vida. Cuando abandonaban un lugar, con ellas se iba cualquier voluntad de control. Esto no quiere decir que no llegaran a enseñorearse de muchas zonas del Bajo Aragón, a destruir la resistencia en Alcorisa o a cercar Alcañiz, sin embargo cuando una columna del ejército hacía acto de presencia, lo más probable es que no llegara a verse las caras con los carlistas. El juego estaba muy claro: los liberales hacían lo posible por demostrar que tenían el control del territorio; los carlistas ponían todo su empeño en exhibir su capacidad de maniobra y de coacción cuestionando así el peso de las autoridades.



Alcañiz. Torreón de las guerras carlistas



Acción de Calanda, grabado que ilustra la *Historia de Cabrera* de Dámaso Calvo y Rochina (1845)

Las partidas se construían sobre un vago discurso político y sobre la firme confianza en el jefe de la partida, el *cabecilla*. El mensaje político enlazaba las acciones de las partidas carlistas con la defensa de viejas fórmulas de poder y orden social, el altar y el trono, es decir la Iglesia y la Monarquía, y en contra de los cambios que estaban siendo impulsados por el liberalismo. Pero no hay que sobredimensionar el peso que tenían los mensajes políticos en una sociedad que estaba abandonando, lentamente, el Antiguo Régimen. Lo que verdaderamente convencía a la mayor parte de los que integraban

las partidas era la figura de su jefe. De él iban a depender cuestiones demasiado importantes para no tenerlas en cuenta antes de incorporarse *a la facción*.

En primer lugar, un cabecilla debía generar confianza, ya que el destino de sus hombres dependía en buena medida de él. Esa confianza podía proceder de muy distinta fuente aunque, en general, radicaba en la experiencia anterior como combatiente, en su pericia en el uso de las armas adquirida en el ejército, o en algún tipo de autoridad vinculada con la función social desarrollada en tiempos de paz. En segundo lugar, era el hombre que establecía la táctica de acuerdo con la cual debían desarrollarse los movimientos y establecía la conexión con las estrategias a escala superior, definidas por las instancias más elevadas del carlismo.

Además, de su criterio y eficacia dependían cuestiones tan importantes en el funcionamiento interno de las partidas como el alimento que debía obtenerse cada día sobre el terreno y el reparto del botín, objetivo de un buen número de sus integrantes. En cuarto lugar, el prestigio del cabecilla era determinante a la hora de realizar la recluta. Es cierto que muchos de los incorporados a las partidas fueron forzados por razones de edad o por diversas coyunturas, pero también hubo muchos otros que lo hicieron llevados por el renombre que habían alcanzado los cabecillas y con las expectativas de que, junto a ellos, les esperaban buenos tiempos. Finalmente, de la autoridad de cada jefe de partida dependía que las órdenes fueran obedecidas, de su equidad, que las acciones y exacciones realizadas en su nombre fueran aceptadas como justas, y de su acierto en la toma de decisiones, que sus hombres confiaran y reconocieran sin disputas el mando.

El perfil característico de los cabecillas carlistas que operaron en el Bajo Aragón era el de hombres de mediana edad que tenían experiencia en el uso de las armas. Algunos habían participado ya en la guerra de la Independencia, aunque el punto de contacto que les puso en relación entre sí fue la participación en la insurrección realista durante el Trienio liberal (1820-1823). Allí, a las órdenes del alcañizano Joaquín Capapé, también conocido como el Royo de Alcañiz, se familiarizaron con la táctica de las partidas y, sobre todo, entraron en contacto con la formulación política de los problemas en clave antiliberal. Posteriormente muchos de ellos desempeñarán cargos como oficiales en Voluntarios Realistas, una milicia civil armada de marcado perfil absolutista, coincidiendo, tras una larga década, su destitución y el desarme de estos cuerpos con el proceso de transición al liberalismo y el comienzo de la guerra carlista (1833-1840).

En estas condiciones, en 1833, hombres como Manuel Carnicer, de Alcañiz, Joaquín Bosque, de Calanda, Enrique Montañés, natural de Mazaleón, o Joaquín Quílez, de Samper de Calanda, se pusieron a la cabeza de los hombres que habían comandado desde unos años atrás y les llamaron, apoyándose en su credibilidad, a las armas en defensa de Carlos V. Ellos fueron los que reclutaron multitud de campesinos descontentos en el Bajo Aragón y el Matarraña, y los que buscaron el abrigo de las montañas del Maestrazgo cuando la presión de las tropas gubernamentales en el valle se hizo insoportable. Después llegará la figura de Ramón Cabrera que hará del conjunto de partidas un ejército mucho más sistematizado, pero tampoco entonces perdieron su función. En la fase de institucionalización de la revuelta, los cabecillas pasaron a ser nombrados oficiales del ejército carlista, asumieron funciones de responsabilidad y permanecieron hasta el final de la guerra –o hasta su fallecimiento– a la cabeza de los hombres que habían ayudado a levantar a favor de la causa del infante.

Un tercio de siglo después, en la tercera guerra carlista (1872-1875), los cabecillas volverán a aparecer en el Bajo Aragón. Sus nombres habrán cambiado. Ahora son los de Pascual Gamundi, Marco de Bello, Pascual Cucala o Antonio Dorregaray. Sin embargo, la modalidad de acción seguiría siendo la misma ya que su figura fue determinante en el tipo de guerra que se alimentó en el descontento económico y social de la Tierra Baja durante buena parte del siglo XIX.



El brigadier alcañizano Manuel Carnicer, primer jefe de las tropas carlistas en Aragón y Valencia

los de Vicente Pinilla *Teruel (1833-1868): Revolución burguesa y atraso económico* (IET, 1986); José Ramón Villanueva Herrero, *El republicanismo turolense durante el siglo XIX (1840-1898)* (Mira, Zaragoza, 1993); o la edición facsimilar de las páginas correspondientes a Teruel del *Diccionario Geográfico-Estadístico-Histórico de España* editado por Pascual Madoz en Madrid en los años 1845-1850, y reeditado con una larga introducción mía en 1985 (Ámbito y DGA, Valladolid).

Pinilla ha analizado las circunstancias en que la provincia entra en una dinámica de atraso: “la demografía turolense creció en aquel tiempo a un ritmo notablemente más lento que la española e incluso que la propia media aragonesa”. Atribuye ese freno demográfico a la fortísima incidencia de las epidemias coléricas, los efectos de la guerra carlista en la provincia traducidos en un significativo déficit de natalidad, la persistencia además de una estructura demográfica de tipo antiguo muy retrasada también con respecto a la media española, y el incipiente fenómeno de los movimientos migratorios. A ello se añade que la agricultura no se modernizó en la medida deseable, ya que los beneficiarios de las reformas liberales “no fueron los pequeños y medianos campesinos y los jornaleros que vieron todavía más deteriorada su situación, y frustradas sus esperanzas de conseguir la propiedad de la tierra; además, se desconocieron nuevas técnicas que comenzaban a llegar a España... También es cierto que no podemos olvidar las limitaciones que el propio medio físico y clima imponían en muy amplias partes del territorio... En lo relativo a la industria... sólo la minería tuvo en algún momento posibilidades de desarrollarse como un sector dinámico y pujante, pero los transportes actuaron bloqueando cualquier posibilidad en este sentido”.

El Bajo Aragón escaparía a las mayores dificultades generales de la provincia (en la que el 61% del territorio está por encima de los mil metros), si bien ni hubo mucha oportunidad de extender lo escasos cultivos ni éstos peligraron demasiado durante la crisis finisecular, al contrario que en otras zonas de España, como ha explicado C. Forcadell en “La crisis agrícola y pecuaria. La provincia de Teruel en la información escrita de 1887” (en *Encuentro sobre Historia Contemporánea en Tierras Turolenses*, pp. 177-196). Lo mismo ocurrirá cuando, en el primer tercio del siglo XX, se produzca una fase expansiva de la superficie agrícola: Teruel apenas nota ese 15%, poco más de la mitad que el de la ya rica Zaragoza.

Políticamente, una de las claves más interesantes, aunque no siempre muy operativa, de esta época es el republicanismo, que tiene un ciclo épico, estudiado por José Ramón Villanueva. Explica este autor cómo la primera fase, hasta 1874, es de entusiasmo, coherencia, eficacia, entre los cultos, laboriosos y conspicuos militantes, en su mayoría miembros de la pequeña burguesía, mientras que luego decae entre contradicciones, luchas internas y acomodación de muchos. Los cambios habrán de venir, pues, con mucho retraso y de otro modo.

El regeneracionismo de fines del siglo XIX

La Restauración, establece Villanueva en *Alcañiz (1868-1874). Entre la legalidad septembrina y la insurrección carlista en el Bajo Aragón* (IET, 1986), “se consolida con el apoyo no sólo de los grandes propietarios e industriales próximos al canovismo, sino también mediante el reciclaje de antiguos septembrinos, los cuales, bien por oportunismo del momento, bien por evolución personal, se integran en la monarquía alfonsina. Todo ello ocurrirá con la persistencia de una situación económica adversa como telón de fondo, hecho éste que permitirá la convergencia de los intereses de ambos sectores”.

Montserrat Serrano, en su libro *La provincia de Teruel durante la Restauración: elites, elecciones y comportamiento político (1875-1907)* (IET, 1996), ha señalado como rasgo fundamental del periodo “la progresiva vinculación al partido conservador de zonas cada vez más amplias del territorio provincial”. Señala también “la tradición de voto conservador tan arraigada, aun cuando fuera falsificado en la mayoría de las ocasiones” y recuerda “las condiciones socioeconómicas específicas de la provincia, que la ponen en relación con una España interior rural y pequeño-proprietaria, que ha interiorizado con dificultad un régimen liberal, burgués y urbano”.

En los ochenta y noventa en Alcañiz surge una prensa comarcal que tendrá larga vida e influencia hasta la Guerra Civil: *La Alianza*, *El Eco del Guadalupe*, *El Porvenir del Bajo Aragón*, que desde 1887 publica Santiago Contel y muchos otros, a los que debemos añadir la *Mesa Revuelta* (1898) de Eduardo Jesús Taboada. Son, sin duda, muestras comarcanas de un *regeneracionismo* que tuvo manifestaciones de entusiasmo en los Santiago Contel, Taboada, Vidiella, Membrado y otros muchos, que desarrollan una gran actividad socioeconómica y política y promueven el muy interesante movimiento que lleva a la Asamblea aragonesista de Alcañiz en 1897 e inspira diez años después el *Boletín de Historia y Geografía* y otras muchas actividades, como el impulso dado al pantano de Santolea, según estudia Carlos Forcadell en su Cartilla turolense *El regeneracionismo turolense a finales del siglo XIX* (Teruel, 1993).

En cambio tarda en llegar el ferrocarril a la zona. Lo hace en 1879 a La Puebla de Híjar parte de la segunda línea Zaragoza-Barcelona, que discurrirá por las tierras al sur del Ebro, aunque no se termina hasta 1894, incluyendo un enlace Caspe-Samper de Calanda. Una historia penosa es la del ferrocarril de Val de Zafán, que, desde las proximidades de La Puebla, tenía como meta San Carlos de la Rápita. El plan, iniciado en 1879, no se completa hasta 1941 en que llega el tren hasta Tortosa, para suprimirse en 1973.

En estas luchas por conseguir mejores oportunidades queman muchos años los citados próceres y otros más jóvenes. Añadamos que, desde el punto de vista educativo, a falta de centros públicos, la enseñanza media es promovida, en Alcañiz, por los escolapios y las Hijas de la Caridad de santa Ana, y otras órdenes religiosas. Que hay figuras tan interesantes como la escritora feminista Concha Gimeno de Flaquer, los grandes botánicos Loscos y Pardo Sastrón, o el catedrático de Medicina Manuel Simeón Pastor.



El tren de la línea de Valdezafán en 1956

El siglo XX

A lo largo del primer tercio del siglo XX, la comarca busca con esperanza (ya que no le alcanzan grandes industrias mineras) algunas de las mejoras que conlleva la segunda revolución industrial (electricidad, teléfono, motor de explosión, etc.). Pero ese crecimiento es apenas impulsado desde el sector agrario que, contra el canon establecido, no aporta a la industria ni grandes y ricos excedentes con materias primas y alimentos ni capital inversor ni mano de obra abundante y barata (falta tiempo aún para las grandes migraciones), ni, en fin, un buen mercado demandante de manufacturas. Ya hemos mencionado antes el fuerte condicionamiento y limitaciones del medio natural. Destaquemos una excelente visión panorámica en el libro coordinado por Pedro Rújula, *Entre el orden de los propietarios y los sueños de rebeldía. El Bajo Aragón y el Maestrazgo en el siglo XX* (Zaragoza, Grupo de Estudios Masinos, 1997).

Recurriendo de nuevo a Vicente Pinilla encontramos que predomina el sistema basado en el cereal (siempre por encima del 84% de la superficie cultivada), habitualmente en secano y por el sistema de año y vez, y al trigo siguen la cebada, avena y tranquillón. Se reduce un 15% su superficie de montes, dehesas y pastos, que fuera casi del millón de hectáreas, pero se mantiene casi un tercio de monte público. Destaca una institución como la Comunidad de Propietarios de Montes de Alcañiz. En cuanto a la ganadería, la crisis finisecular redujo su importante cabaña lanar y mular.



Trilladora en Mas de las Matas, hacia 1961

La creación, en 1912, de la Azucarera de La Puebla de Híjar estimula el nuevo cultivo de remolacha en los regadíos; abundan molinos y pequeñas fábricas de harina, y la fabricación del excelente aceite del Bajo Aragón, que duplica entre 1890 y 1919 la extensión olivarera, que representa el 40% del total aragonés. Son estas industrias agroalimentarias, junto a las pequeñas empresas hidroeléctricas, el único apunte de cierta ambición industrial. Sin embargo, ya desde comienzos de siglo, crece la emigración, sobre todo a Barcelona.

Del relativo auge en la provincia da cuenta el que entre las primeras poblaciones por contribución rústica están Alcañiz (1.^ª), Calanda (3.^ª), Alcorisa (10.^ª), Castelserás (12.^ª). Pero la producción vinícola es escasa. En cuanto a los regadíos, realmente bastante modestos, apenas se amplían tras finalizarse en 1928 el pantano de Gallipuéen, en 1930 el de Pena, y en 1932 el de Santolea: valles escasos, escasos *inputs*: la producción apenas aumenta su valor entre 1890 y 1935 (a precios constantes, de 1910), salvo el trigo, el maíz y los piensos.

Hay una docena de fábricas harineras, otra de chocolates, y son muy importantes sus 23 fábricas de aceite de orujo (de ellas 10 en Calanda y 6 en Alcañiz). En el sector textil se producen paños en muchas localidades y hay en Mas de las Matas una fábrica de cristales ópticos de la sociedad Industria Peninsular de Óptica, que empieza a funcionar en 1927. El comercio es muy pequeño. El Banco de Aragón tiene en 1929 agencia en Alcañiz, pero un escaso accionariado comarcano.



Transporte público Calanda-Alcañiz (ca. años 30)

La vida política de los turnos languidece (eran *cuneros* madrileños los diputados por Alcañiz, con gran arraigo de sagas familiares: F. Javier Cervantes, Rafael Andrade, y hay un foco republicano en Mas de las Matas, aragonesismo político en Carlos Esteban, Miguel Sancho Izquierdo y pocos más), por lo que la Dictadura de Primo de Rivera será bastante bien recibida, incluso por los sindicatos católicos que dirigen los Lamana, de Alcañiz; David Gascón, de Castelserás; Sancho Izquierdo y Vicente Allanegui, de Calanda, etc.

En cuanto al ferrocarril, el sueño arbitrista contempla proyectos de nuevos ferrocarriles de alto costo y dudosa rentabilidad, pero el único verosímil y en marcha es la gran obra de la línea Teruel-Alcañiz-Caspe-Mequinenza-Lérida, buque insignia de la Dictadura de Primo de Rivera, que atravesando todo el Bajo Aragón hubiera vertebrado la provincia. Construidos numerosos puentes, túneles, desmontes, estaciones, se interrumpió en 1930 por complicaciones económicas y jurídicas, y ningún tren llegó a circular. El automóvil y el teléfono van abriéndose paso. En 1923, antes de la unificación, ya había un centro telefónico explotado por el Estado en Alcañiz.

Otros rasgos modernos: el fútbol comienza en Alcañiz en 1923, por impulso de los Foz, Morera, Viñals, Pedrerol, Embún y otros, lo que despierta la afición en la comarca y se formaron equipos en Calanda, Alcorisa, etc. En cuanto al turismo, se suman al nuevo Sindicato de Iniciativa y Propaganda de Aragón (SIPA) los alcañizanos Vicente Bardavíu, Eduardo Jesús Taboada, Enrique Trullenque y el alcalde Ángel Ruiz; se editan folletos sobre Alcañiz en cinco idiomas, y se propone el arreglo del castillo. En el *Pueblo Español* de la Exposición de Barcelona (1929), junto a otros motivos arquitectónicos está la portalada del Carmen de Alcañiz. Entre los actos programados destaca la proyección del documental *Tamborileros de Alcañiz*.

Culturalmente son años de rica prensa alcañizana (*Tierra Baja* (1905-28); *Bajo Aragón*, *El Aragonés* y *La Voz de Alcañiz* (1928-29), semanario dirigido por el joven Mariano Romance). En 1929 se rinde homenaje en Teruel al gran botánico José Pardo Sastrón, con un monumento en el Óvalo; la arqueología aragonesa cuenta con los estudios de Pérez Temprado, Vicente Bardavíu y Juan Cabré; triunfa Galo Leoz, oftalmólogo alcañizano discípulo de Cajal; Sender, que estuvo en Alcañiz como mancebo de botica, ubicará allí alguna de sus novelas, como hicieron Casimiro Taboada Lasala en *La Farándula menglanista* (costumbrista, moralizadora, con muchas expresiones del habla de la zona de Alcañiz), y José Aznar Pellicer en *La cuadrilla del gatico negro*. Regino Borobio diseña la casa-administración de La Estanca de Alcañiz (1928) y la artesanía es arte en manos de Eleu-

terio Blasco Ferrer (Foz-Calanda, 1907–Alcañiz, 1993) y los alfareros de Calanda y Foz. En cuanto al cine, surgen las primeras obras (*Un perro andaluz* y *La edad de oro*) del gran Luis Buñuel Portolés (Calanda 1900–México 1983), el más importante cineasta español y uno de los principales de la historia del cine.

Un hecho muy significativo es el conflicto planteado tras la oferta del presidente de la Diputación de Zaragoza de abogar ante el Gobierno (como ya lo había hecho ante el rey) por el ferrocarril de Val de Zafán: es rechazada “en el deseo de mantener la propia personalidad provincial”. Simultáneamente, los diputados bajoaragoneses Foz, Gimeno y Díaz organizan la Asamblea del Bajo Aragón, en Alcañiz: acuden representantes de 78 municipios de los partidos de Alcañiz, Híjar, Valderrobres y Castellote. Proponen que “si en la nueva división de la Península se suprime la provincia de Teruel, piden ser anexionados a Zaragoza, nunca a Cataluña ni Valencia. Si en dicha división se aumentan regiones, los reunidos piden se cree la de la Tierra Baja de Aragón, teniendo por capitalidad a



La posada de Santo Domingo de Alcañiz en un dibujo del arquitecto José Borobio

Alcañiz”. Luego, el 20 de noviembre de 1925, los Ayuntamientos de Híjar, Valderrobres y Alcañiz se dirigen a Primo de Rivera para solicitar la agregación de dichos partidos judiciales a la provincia de Zaragoza, argumentando antecedentes históricos:

Alcañiz y Teruel aparecen como entidades independientes entre sí y separadas por una casi infranqueable barrera de montañas. Ejerciendo Alcañiz una verdadera capitalidad de los pueblos bajos. En los siglos XVII y XVIII, era Alcañiz capital de un corregimiento, que comprendía 104 pueblos. Tenía un Gobernador militar y político. De aquéllos arriba, no estaban sino la Audiencia de Zaragoza y el Consejo Real.

El tema será superado, pero evidencia el fuerte fraccionamiento turolense.

República y Guerra Civil

Poco sabemos aún de los años de la República, salvo en los aspectos político-electoral y de la propiedad, estudiados hace años por Luis Germán en *Aragón en la II República* (Institución Fernando el Católico, Zaragoza, 1984). Mucho más de la guerra por el tremendo estudio de Ángela Cenarro, *El fin de la esperanza: fascismo y guerra civil en la provincia de Teruel (1936-1939)* (IET, 1996). Las colectividades (en febrero de 1937 había en la comarcal de Alcorisa 10.006 afiliados; en la de Mas de las Matas, 7.938; y en Alcañiz, 596) fueron estudiadas tempranamente por los Bollotten, Mintz, etc. hasta las grandes síntesis dirigidas por Julián Casanova. El estudio de J. M. Maldonado sobre *El bombardeo de Alcañiz* (IFC, Ibercaja y otros, Zaragoza, 2003) abre un asunto absolutamente silenciado y olvidado, que explicará muchas cosas de lo que ocurre en el Bajo Aragón durante la larga dictadura del general Franco.

En fin, la historia contemporánea de esta comarca, de un pasado muy intenso y muy ricamente documentada, habrá de abocar, deseablemente, en un libro que resuma cuanto hasta ahora se sabe y se ha publicado, que acerque a los comarcanos a una explicación plausible de por qué y cómo ocurrió todo ello, y permita luego sedimentar la identidad, el amor a lo propio, el sentido de un ser colectivo finalmente definido por acuerdos y leyes como el Bajo Aragón de Teruel. Que lo veamos pronto.

Guerra y revolución en el Bajo Aragón

JULIÁN CASANOVA RUIZ

La guerra civil de 1936-1939 dejó en el Bajo Aragón cicatrices, recuerdos de violencia anticlerical e historias ocultas de la represión franquista. Hay al menos tres formas de recordar esa guerra, que pueden aquí resumirse: la de los vencedores; la de los vencidos; y la que estamos recuperando algunos historiadores desde los primeros años de la transición democrática.

En julio de 1936 una parte importante del ejército español se alzó en armas contra el régimen republicano. La sublevación triunfó en las tres capitales aragonesas. Las autoridades militares declararon el estado de guerra el 19 de julio y ordenaron también a los diversos puestos de la Guardia Civil la destitución de los alcaldes y concejales republicanos.

Esa situación inicial, sin embargo, se vio muy pronto alterada. El golpe militar había sido derrotado en Barcelona, Tarragona, Castellón y Valencia, y desde esas ciudades partieron para Aragón varios miles de milicianos armados con la intención de recuperar las tres capitales ocupadas por los militares sublevados. Eran las famosas milicias, *el pueblo en armas*, y aunque nunca lograron su objetivo primordial, conquistar Zaragoza, dominaron, no obstante, un extenso territorio que incluía todo el Bajo Aragón.

Al amparo de esas milicias, surgieron en todos los pueblos comités revolucionarios, dominados casi todos ellos por anarquistas. La acción combinada de milicias y comités desencadenó una sangrienta depuración. Comerciantes, pequeños industriales, propietarios rurales acomodados y militantes de las organizaciones políticas derechistas constituyeron el objetivo primordial de esa hostilidad. Especial virulencia adquirió la



La capilla de la Soledad de la iglesia de Santa María la Mayor de Alcañiz utilizada como almacén durante la guerra civil (ca. 1937)



Grupo de trabajo de la colectividad libertaria de Mas de las Matas (otoño de 1937)

persecución anticlerical: el incendio público de imagerie y objetos de culto religioso, la utilización de las iglesias como establos y almacenes, la fundición de campanas para munición, la supresión de actos religiosos y el asesinato de algunos representantes del clero.

La presencia anarquista en los pueblos del Bajo Aragón se plasmó también en otras imágenes. La de la miliciana, beligerante heroína, símbolo de la movilización del pueblo contra el fascismo. La de las colectivizaciones, el gran sueño de los anarquistas, la explotación común de la tierra. Y la de la abolición del dinero, la emisión de papel moneda y vales sellados por los consejos municipales. Fue un cambio radical, una revolución que vivió su momento dorado en los últimos meses de 1936 y el primer trimestre de 1937, presidido por el Consejo de Aragón, el órgano de gobierno autónomo levantado por los anarquistas en Caspe.

El 9 de marzo de 1938 el ejército de Franco inició la ofensiva en el territorio aragonés republicano. El día 10 ocupaba Belchite; el 13, Calanda y Albalate; el 14, Alcañiz. Tras la conquista por el ejército de Franco de todos esos pueblos de la zona republicana, el orden social fue restablecido con una sangrienta represión. Volvieron las estructuras culturales y sociales del caciquismo y de la Iglesia católica, y las relaciones entre los amos y los trabajadores fueron recuperadas después del trauma revolucionario. Cientos de personas huyeron a Cataluña y pasaron después al exilio cuando Franco dio por finalizada oficialmente la guerra el 1 de abril de 1939.

El espíritu de revancha sobre los revolucionarios y vencidos se mantuvo durante años y años. En el lenguaje oficial sólo hubo durante mucho tiempo *vencedores y vencidos, patriotas y traidores, buenos y malos*. Las iglesias y la geografía del Bajo Aragón se llenaron de memoria de los vencedores, de placas conmemorativas de los “caídos por Dios y la Patria”, mientras se pasaba un tupido velo por la *limpieza* que en nombre de ese mismo Dios llevaron a cabo los militares y gentes piadosas y de bien. Los asesinados por los *rojos* se convirtieron en *mártires de la Cruzada*. Los otros muertos, los asesinados por los franquistas, no existían, porque no se les registraba o se falseaba la causa de la muerte, asunto en el que el clero tuvo una responsabilidad destacada.

Historias de vencedores y vencidos. Una historia que comenzó cuando un grupo de militares bien identificados, en vez de mantener el juramento de lealtad a la República, iniciaron un asalto al poder en toda regla en julio de 1936. Sin esa sublevación, que no triunfó, no se hubiera producido una guerra civil. Habrían pasado otras cosas, pero nunca aquella guerra de exterminio. Fue, por lo tanto, el golpe de Estado el que enterró las soluciones políticas, la primera experiencia democrática en España, y dejó paso a los procedimientos armados. La mayoría de los historiadores así lo hemos demostrado, pese a lo que siguen diciendo algunos tertulianos, periodistas y aficionados a la historia, propagandistas de la sombra alargada del franquismo.



Columna motorizada italiana en la zona de Calanda durante la ofensiva de marzo de 1938

El bombardeo de Alcañiz de 1938

JOSÉ MARÍA MALDONADO MOYA

Uno de los sucesos más dramáticos acontecidos en la ciudad de Alcañiz a lo largo de su dilatada historia es, sin lugar a dudas, el bombardeo de aviación que tuvo lugar la tarde del 3 de marzo de 1938.

Durante la guerra civil española de 1936-1939, Alcañiz tuvo un papel importante como ciudad de retaguardia. Aquí tuvieron su puesto de mando diferentes Cuerpos de Ejército republicano, además de ser base de abastecimiento de las tropas que se encontraban en los frentes de guerra. A los hospitales de la ciudad acudían a restablecerse y curarse los heridos y enfermos, pero también venían a disfrutar de sus días de descanso los militares.

Este trasiego de milicianos primero y de militares después, hizo que los 9.000 habitantes con que contaba la ciudad a principios de la guerra se vieran notablemente incrementados, de manera que, con probabilidad, pasarían de los 12.000 los que había en el momento en que se produjo el bombardeo.



Fotografía aérea tomada desde los aviones que llevaron a cabo el bombardeo de Alcañiz

Tras la terminación de la batalla de Teruel, a finales de febrero de 1938, el ejército de Franco tomó la decisión de romper el Frente de Aragón y llegar al mar Mediterráneo, con el fin de conseguir la separación de Cataluña del resto de la España republicana. Este avance se inició en la madrugada del 9 de marzo.

En esas fechas, las que van desde el final de la batalla de Teruel y el 9 de marzo, hubo una gran tranquilidad en los distintos frentes de combate. Las tropas se iban preparando pero no había actividad bélica alguna. En esta situación de calma y confianza absoluta se encontraba la población alcañizana cuando se vio golpeada muy duramente por los efectos de las bombas.



Efectos del bombardeo

En los meses previos se habían acondicionado en Alcañiz 38 refugios antiaéreos con una capacidad para más de cinco mil personas, y ya habían sido utilizados cuando las sirenas alertaban de algún peligro aéreo.

Pero la soleada tarde de aquel jueves 3 de marzo, que había invitado a salir a la calle y a los diversos lugares de esparcimiento a cientos de alcañizanos, las sirenas no avisaron de lo que se avecinaba. No hubo alerta previa y el ataque cogió a todos desprevenidos, jugando, lavando en el río, haciendo instrucción los soldados, viendo una película en el cine...

La orden del bombardeo había sido dada pocas horas antes, a la una del mediodía, en la base aérea de Logroño, a 15 aviones bombarderos Savoia Marchetti S-79, pertenecientes a la aviación legionaria italiana que estaba combatiendo junto a las tropas del general Franco. Los aviones formaban tres escuadrillas, cada una compuesta de cinco aparatos; la primera iba cargada con 50 bombas de 100 kilogramos, las otras dos llevaban un total de 120 bombas de 50 kilogramos. La orden era clara: bombardeo del pueblo de Alcañiz.

No había objetivo alguno, ni de tropas ni de edificios. Tenían que alcanzar la ciudad y lanzar todas sus bombas en un tiempo de 10 segundos cada escuadrilla.

A las cuatro y diez de la tarde, 14 aviones italianos (uno se averió por el camino y tuvo que regresar), descargaron en la ciudad 10 toneladas de bombas. El pue-



Mandos del ejército de Franco suben por la calle Mayor de Alcañiz el 14 de marzo de 1938, pocos días después del bombardeo

blo se vio absolutamente envuelto por nubes de polvo, humo y fuego. Los lugares más concurridos fueron los más castigados. Los niños y mujeres que se encontraban en el cuartelillo y en la Glorieta, así como los militares que se hallaban haciendo instrucción en el cuartelillo y en el campo de fútbol ubicado en Capuchinos fueron los que engrosaron, en mayor medida, las listas de muertos y heridos. A los efectos de la metralla de las bombas se sumaron los de las balas de los cazas que acompañaron a los bombarderos.

Los dos hospitales que funcionaban en Alcañiz, con una capacidad para unos 400 heridos, se vieron desbordados en la primera hora. Se usaron pasillos y escaleras, se colocaron dos heridos

por colchón, pero fue necesario desviar heridos a pueblos y ciudades, cercanos y lejanos, por no ser posible atender a todos. Se agotaron rápidamente las vendas, el alcohol, la sangre, la anestesia... Durante toda la tarde y toda la noche se estuvieron recogiendo personas heridas y muertas. Restos de los cuerpos mutilados se hallaron entre los escombros durante los días siguientes. Los reconocibles se acumularon en hileras en la iglesia de San Francisco y luego fueron llevados a fosas comunes, donde fueron enterrados.

Nunca sabremos el número exacto de heridos y de muertos. No se guardó ningún dato. Las cifras que se barajan son siempre muy altas. Tal vez la más fiable sea la dada por el oficial del juzgado que tuvo que tratar de identificar los cadáveres: más de quinientas personas. A esta falta de datos contribuyó decisivamente una voluntad gubernamental de ocultar lo sucedido en la ciudad de Alcañiz aquella tarde del 3 de marzo de 1938.

La comarca que quiso ser provincia

JOSÉ IGNACIO MICOLAU ADELL

Hasta los años treinta del siglo XIX, el concepto de Bajo Aragón o Tierra Baja era más bien un concepto puramente geográfico: la zona llana, en oposición a las tierras altas del sur de Aragón. Se identificaba con lo que había sido la parte más septentrional del Corregimiento de Alcañiz, entre 1711 y 1833. Pero en la segunda mitad de dicha centuria, la idea de *Bajo Aragón* adquiere cierta singularidad, un nuevo carácter. Por ello, no resulta casual que el primer semanario aparecido en Alcañiz, entre 1867 y 1869, se llamara *El Bajo Aragón*.

A nuestro modo de ver, hay dos elementos que ayudan a comprender el proceso de construcción de cierta identidad bajoaragonesa durante el siglo XIX: por un lado, la larga duración de la división en corregimientos –y la identificación del Corregimiento de Alcañiz con la Tierra Baja– debió dejar su huella en las mentalidades colectivas, y, por otro, la división provincial de noviembre de 1833, que desde la comarca bajoaragonesa será permanentemente cuestionada. El Bajo Aragón, de ser un simple espacio geográfico, pasó a tener un cierto particularismo territorial, que no llegó a traducirse en un movimiento político específico, pero que, como ha escrito el profesor Forcadell, en la segunda mitad del siglo sí acabará perfilándose, de la mano de una cierta élite cultural burguesa, como una identidad comunitaria, “una construcción móvil y cambiante” que se expresará tanto política como culturalmente.

A lo largo del XIX se hace patente la necesidad de ordenar las circunscripciones administrativas del Antiguo Régimen; el instrumento será la división del país en provincias. Ya en la guerra de la Independencia, se trazó una estructura provincial que, para el caso aragonés, fijó prefecturas en Huesca, Zaragoza y Teruel. Esta primera ordenación del territorio fue poco respetuosa con los límites históricos del antiguo reino de Aragón. Así, la zona de Alcañiz, por ejemplo, se asignó a la prefectura de Tarragona. Pronto fue preciso una reforma para alcanzar una mayor eficacia administrativa: el 11 de junio de 1812, el mariscal del Imperio Luis Gabriel de Souchet decretó la división de Aragón en cuatro intendencias provinciales: Zaragoza, Huesca, Teruel y Alcañiz.



Mapa del antiguo corregimiento de Alcañiz (Tomás López, 1785)

Aunque fuera también efímera, la organización administrativa del Trienio liberal (1820-1823) tiene el interés de haber inspirado la división provincial de 1833. Aragón, según aprobaron las Cortes el 27 de enero de 1822 quedó distribuido en cuatro provincias: Huesca, Calatayud, Zaragoza y Teruel. Como es lógico, muchas ciudades solicitaron a las Cortes que se les tomase en consideración a la hora de la ordenación provincial. Así lo hicieron Alcañiz –con el apoyo del diputado Valentín Solanot– y Caspe, que, con sus respectivas áreas de influencia, quedaban incorporadas a la provincia de Zaragoza.

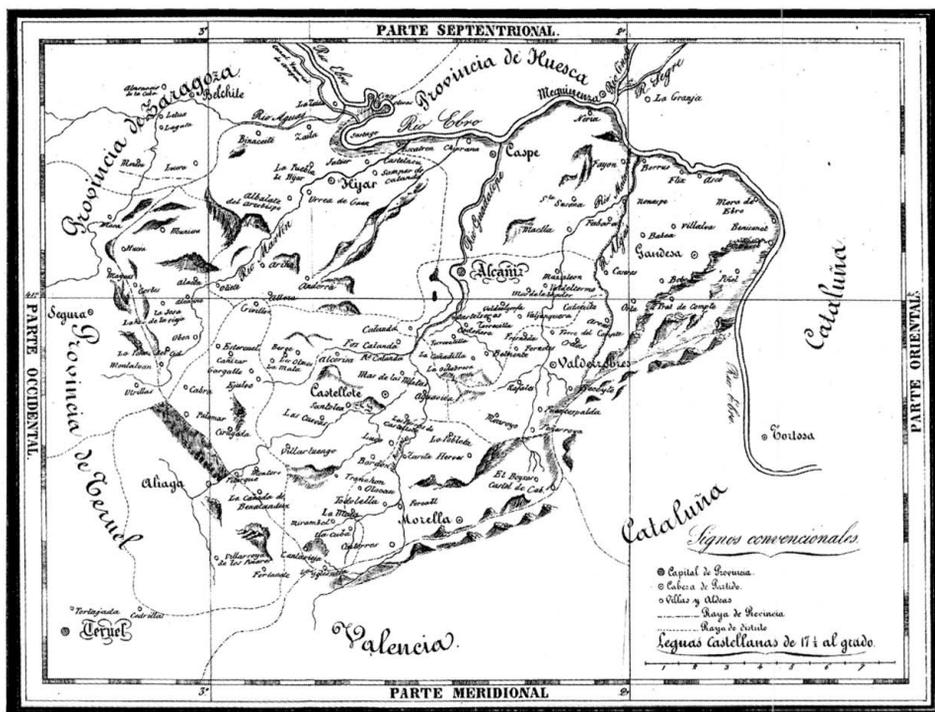
Diez años después del regreso al poder de Fernando VII, se publica el Real Decreto de 30 de noviembre de 1833 que fija la división provincial de España. En el proceso de elaboración subsiguiente, llevado a cabo durante la década absolutista, participó, junto al ingeniero José Agustín Larramendi, el ministro de Gracia y Justicia Francisco Tadeo Calomarde, cuestionado político absolutista, natural de Vilella (Teruel), quien, al parecer, tuvo una intervención decisiva en la redistribución territorial de las provincias aragonesas. En este sentido, la provincia de Zaragoza, al incorporar la desaparecida de Calatayud, tuvo que reducirse por el este, de forma que la comarca de Fraga pasó a integrar la provincia de Huesca, y singularmente por el sur, lo que implicó que el Bajo Aragón pasara a la de Teruel. Con rapidez el Ayuntamiento de Caspe rechazó su inclusión en dicha provincia por “las ningunas relaciones existentes con esa ciudad”. Se estimó su queja y sólo el área de Caspe quedó agregada a la provincia de Zaragoza, pues con el resto del Bajo Aragón se pretendió dimensionar suficientemente la nueva provincia turolense. El rechazo de esta ordenación provincial no sólo llegó de los municipios afectados, sino también de avezados políticos e intelectuales, como Pascual Madoz que, en su famoso *Diccionario*, calificó de “demarcación defectuosísima” la de Teruel por lo que afectaba al Bajo Aragón.

El 7 de abril de 1840 el Ayuntamiento de Alcañiz manifestó también su descontento en una exposición a las Cortes, tanto por la división provincial como por la posterior distribución de la provincia en partidos judiciales, que asignaba al partido de Alcañiz solamente 13 municipios. Tras la abdicación de la reina regente y el ascenso al poder del general Espartero, la situación parecía muy favorable para

una eventual revisión del decreto de 1833, de la que el propio Espartero se manifestó partidario. El 19 de enero de 1842 el Ayuntamiento de Alcañiz trasladó un primer acuerdo de los partidos judiciales de la Tierra Baja por el que solicitaban fuese Alcañiz cabeza de la provincia “que trataba de aumentarse en Aragón”. En octubre de 1843, aunque con la negativa del Gobierno, se dejaba la puerta abierta “para tomarlo en consideración a su tiempo”.

Sin embargo, durante la década moderada el ambiente no era el más propicio para reconsiderar la división provincial. No obstante, desde el Ayuntamiento de Alcañiz –tal vez pensando que el no haber sido sede episcopal había perjudicado sus aspiraciones políticas– se solicitó en 1849, aunque sin éxito, una “silla episcopal” y, más adelante, en 1861, un obispo auxiliar, también con resultado negativo.

Con la revolución progresista de julio de 1854 se abre un nuevo periodo de esperanza para las pretensiones bajoaragonesas. El 22 de junio, la recién constituida junta de Valderrobres, declaró su partido judicial “separado de la provincia de Teruel y pasado a la provincia de Zaragoza”, con la aceptación inicial de la junta zaragozana. También el barón de Salillas, presidente de la Junta de Gobierno de la ciudad de Alcañiz, viajó a la capital aragonesa con igual propósito y quedaron agregados a Zaragoza los partidos judiciales de Alcañiz, Híjar, Valderrobres y Castellote. No obstante, la reacción de la Junta de Gobierno de la provincia de Teruel no se hizo esperar. El 28 de julio de 1854 emitió un duro comunicado contra la



Mapa de la nueva provincia de Alcañiz, cuarta de Aragón, en el Atlas Nacional de Mr. Dufour (1852)

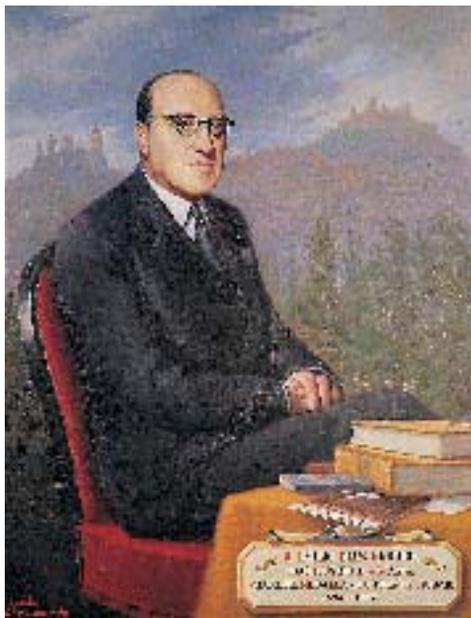
de Zaragoza en el que calificaba la agregación de “antipolítica, por satisfacer intereses locales en tiempos de revuelta, [fomentando] la discordia en medio de la lucha”, “antifraternal, porque la provincia de Zaragoza se apropiaba... de los mejores y más ricos partidos” y “antieconómica, porque arranca... a una multitud de pueblos de su centro de administración..., da ocasión al fraude... y a la disminución de las rentas públicas, trastornando todo el orden establecido”. Sin duda, la reacción de la junta turolense y su mayor peso político hizo reconsiderar su posición a la junta zaragozana. La segregación bajoaragonesa había durado menos de un mes: por una Real Orden de 14 de agosto se dispone que vuelvan a quedar incorporados a la provincia de Teruel los cuatro partidos de Alcañiz, Híjar, Valderrobres y Castellote.

Si durante la década moderada la solicitud de una sede episcopal o de un obispo auxiliar había sido el pretexto, desde el Bajo Aragón, para seguir cuestionando la ordenación territorial, en los años de la revolución de 1868 y de la Primera República lo que se señaló fue la necesidad de un subgobernador civil para la comarca, a cuenta del insurgente carlismo que acechaba de nuevo al territorio. En la larga etapa de la restauración monárquica, la reivindicación particularista del Bajo Aragón tomará cuerpo –al calor también de nuevos movimientos políticos como el municipalismo y el regionalismo– en las posiciones de los regeneracionistas bajoaragoneses.

Pero será durante la Dictadura de Primo de Rivera cuando el desencuentro provincial alcance su punto máximo. El nuevo régimen autoritario que, retóricamente, pretendía acabar con la *vieja política*, impulsó un Estatuto Municipal (1924) y otro de carácter provincial (1925) que, al permitir la formación de mancomunidades, parecía abrir la puerta de cara a “rectificar –según decía el nuevo Estatuto– la división provincial vigente”. Así lo vieron los diputados bajoaragoneses Carlos Esteban y Miguel Soler que, con la oposición frontal de la Diputación Provincial de Teruel y del Gobierno Civil –que acabó suspendiendo una asamblea de municipios bajoaragoneses el 23 de agosto de 1925–, convocaron reuniones y asambleas, durante más de dos años, con el objetivo de solicitar o bien la formación de una nueva provincia con la Tierra Baja o la agregación de la comarca a la provincia de Zaragoza, alternativa por la que finalmente optaron los alcaldes de Híjar, Alcañiz y Valderrobres en un extenso informe elevado al Gobierno el 20 de noviembre de 1925. Tampoco en esta ocasión se verían satisfechas las esperanzas de cambio. La Dictadura de Primo de Rivera no llegó a desarrollar la reforma administrativa prometida y las aspiraciones bajoaragonesas quedaron frustradas de nuevo.

Al lado de los problemas políticos, sociales y religiosos que están en cuestión en los años 30 del siglo XX, el asunto que nos ocupa, aunque no desaparece del panorama político, forzosamente había de quedar en segundo término. En el espacio de los partidos políticos y sindicatos es donde las tensiones derivadas de la división provincial tendrán su más clara manifestación. Por un lado, la reordenación del territorio ya formaba parte del ideario anarcosindicalista de la CNT, puesto en práctica durante la Guerra Civil por el Consejo de Defensa de Aragón, con sede en Cas-

pe. Por otro, la Falange –un partido político marginal en sus inicios, pero con una relativa implantación en Alcañiz y el Bajo Aragón– será precisamente quien aliente de nuevo la vieja reivindicación particularista del Bajo Aragón. Primero, ofreciéndose Alcañiz, en mayo de 1938, para acoger los servicios e instituciones del Estado hasta la reconstrucción de la capital provincial. Y, un año después, Emilio Díaz Ferrer –uno de los falangistas más relevantes de la inmediata posguerra– remite al general Franco un *Informe sobre el estado de la provincia de Teruel, antes y después de la Guerra de Liberación, en sus aspectos económico, cultural, político y social*. Recogiendo fundamentalmente el espíritu de la reivindicación bajoaragonesa de los años veinte, y la posición de la Falange anterior a la contienda, “defiende una reforma administrativa total de la provincia”. Pero aquí la posible provincia bajoaragonesa no fue más que un espejismo después de una guerra cruel. A diferencia de la Restauración, e incluso de la Dictadura de Primo de Rivera, en esta ocasión los anhelos bajoaragoneses fueron sólo la pequeña batalla de algunos políticos alcañizanos. A la postre, quedó claro que los tiempos no estaban para secesionismos de ningún tipo. El nuevo régimen iba a ser el más centralista de la historia de España y la provincia, el perfecto instrumento de esa política.



Retrato de Emilio Díaz Ferrer realizado por José Gascón en 1968

Auge y decadencia de la moderna industria aceitera en la comarca del Bajo Aragón durante el siglo XX

LUIS GERMÁN ZUBERO

A mediados del siglo XIX la industria aceitera constituía la segunda rama industrial en Aragón y su producción estaba destinada principalmente al consumo alimentario. Sin embargo, durante la segunda mitad del siglo XIX, en contraste con el fuerte crecimiento olivarero aceitero del sur peninsular, más orientado a los consumos industriales, se produjo el estancamiento e incluso ligero descenso de la superficie de cultivo del olivar aragonés (de representar el 4,7% en 1858 pasó al 2,8 en 1888).

Desde los años ochenta, la crisis agraria, vinculada en el caso del aceite de oliva a la creciente llegada y competencia de otros aceites vegetales y grasas animales, afectó especialmente a la oleicultura española meridional; por ello, en 1900 el peso del olivar en Aragón –38 mil hectáreas– remontó al 3,1% del español.

Durante la segunda mitad del ochocientos la capacidad industrial aceitera de Aragón se situó por encima de su peso olivarero: en 1890 era el 4,8% de la española, en 1900, el 6,6%.

La superación de la crisis agraria exigió mejorar los procedimientos de producción aceitera. En este ámbito, cobró un notable protagonismo la difusión de la prensa hidráulica en la moderna elaboración aceitera que vino a sustituir a las tradicionales prensas de viga, de husillo y de rincón.

En la comarca del Bajo Aragón, contamos ya con su pionera presencia desde mediados de la década de los ochenta: así, en Alcañiz, la Contribución Industrial de 1885 muestra que la almazara de Pascual Ardid contenía una moderna prensa hidráulica. En 1886, varios empresarios franceses asociados en la Sociedad Comercial de Importación y Exportación promovieron en Alcañiz una nueva fábrica aceitera, que al poco tiempo pasó al control de la Unión Franco-Vasca de Mauricio Brieu y Cía. (sociedad domiciliada en Lequeitio, Vizcaya), y que contaba en 1890 con tres prensas, aumentadas a seis pocos años después, cuando el cronista Taboa-

da (1898) aportaba noticias de sus características: “se elaboran 4.500 kg de aceite diarios y reciben ocupación 40 hombres”. Por esas fechas, el tortosino Tomás Roselló y Cía. promovió en Alcañiz una fábrica de aceite de orujo (con una capacidad de 10.000 L diarios). A este moderno núcleo fabril aceitero se incorporó en esos mismos años del cambio de siglo el establecimiento del alcañizano Antonio Soler, con dos prensas; y poco después el de Vicente Pont, con otras dos prensas hidráulicas. En conjunto, en 1905, las fuentes fiscales recogen la existencia en esta localidad de cuatro fábricas y 11 prensas, además de la fábrica de orujo.

Durante el primer tercio del siglo XX asistimos al fuerte crecimiento olivarero-aceitero en Aragón: la superficie de cultivo alcanzó casi las 90 mil ha (el 4,8% del total español) y tendió a concentrarse en las comarcas bajoaragonesas (partidos de Alcañiz, Valderrobres, Híjar y Caspe, que sumaban la mitad de la superficie) y sureste de Huesca. Este crecimiento fue especialmente notable durante las dos primeras décadas del novecientos, dado que tras la I Guerra Mundial la difusión de la técnica del refinado de aceites de mala calidad supuso una dura competencia a los aceites finos, que eran la mayor parte de los aragoneses. Así, el peso de la producción aceitera aragonesa situada durante la segunda década del novecientos en torno al 6,1% de la española quedó reducida a casi el 4% durante el quinquenio republicano.

En este contexto, durante el primer tercio del siglo, se expansionó el núcleo fabril aceitero alcañizano. En 1930, la Contribución Industrial recogía la existencia de 13 empresas que sumaban 28 prensas hidráulicas, cinco de ellas –y la fábrica de orujo, propiedad de los aceiteros Brieu, Pont, Durán– localizadas en el paseo Andrade, ronda que conecta los puentes de la ciudad. En Calanda, seis industriales contribuían con otras 10 prensas.



La prensa hidráulica modernizó el proceso de producción del aceite

La industria aceitera de la provincia de Teruel, concentrada en la Tierra Baja, debía contar en 1930 con un censo total en torno a 200 prensas hidráulicas. Los apuntes sobre la industria aceitera de la provincia de Teruel del Consejo de Industria (1931) para ese año señalaban, además, una capacidad media por prensa de 70 hl/día para una temporada laboral anual de unos 50 días. Una producción, indicaba el informe, casi toda ella destinada a la exportación.

Las comarcas del Bajo Aragón, en definitiva, concentraban en esos años la mayor parte de las prensas hidráulicas aceiteras de Aragón, que producía en torno al 4% del aceite español. Así, el informe *Momento Industrial de 1935* sobre la provincia de Teruel recogía los siguientes municipios aceiteros con

Producción de aceite y crecimiento económico en el Bajo Aragón, 1700-1835

ANTONIO PEIRÓ ARROYO

Durante la segunda mitad del siglo XVII y a lo largo del XVIII tuvieron lugar en Aragón diversos procesos de especialización productiva. En unas zonas la especialización consistió en el aumento de la producción de cereales; en otras, de la producción textil; y, en otras, de la de aceite. Entre estas últimas se encontraba el Bajo Aragón.

En 1768 el Corregimiento de Alcañiz –que agrupaba un extenso territorio, formado por la mayor parte de las actuales comarcas del Bajo Aragón, Matarraña, Bajo Martín, Bajo Aragón-Caspe, Andorra-Sierra de Arcos, Cuencas Mineras y Maestrazgo– tenía 16.259 habitantes, que habían pasado a ser 18.063 en 1786 (en el censo más fiable de todo el periodo) y 20.344 en 1797. Alcañiz era el principal centro administrativo, al ser la residencia del corregidor. También era la localidad más poblada de la comarca y la única que superaba los cinco mil habitantes (5.265 en 1768, 5.542 en 1786 y 7.092 en 1797). Le seguía Calanda (2.572, 3.028 y 2.614 habitantes, respectivamente), y otras siete poblaciones tenían más de mil habitantes: Alcorisa y Castelserás (estas dos superaban los dos mil habitantes a fines de siglo), Mas de las Matas, Aguaviva, Monroyo, La Codoñera y Molinos.

A lo largo de todo la centuria tuvo lugar un crecimiento lento, pero continuado, de la población. Aunque la mortalidad debida a epidemias –que antes había tenido un papel muy importante como reguladora del volumen de la población– no desapareció del todo, en la segunda mitad del siglo su carácter fue local. Las defunciones sólo superaron a los bautismos simultáneamente en Alcañiz y Calanda en los años 1760, 1766, 1771 y 1804, aunque hubo también crisis locales, las más importantes en Alcañiz en 1746, 1750-1751 y 1778.

La industria estaba concentrada en Alcañiz, donde existían varios gremios, aunque estaban poco diferenciados y sólo había uno por actividad: tejedores (de lienzo, lana y tafetán); confección (había dos: el de sastres y el de pelaires, sombrereros y tintoreros); alpargateros y sogueros; zapateros y guarnicioneros; madera (carreteros, cuberos, canteros, escultores, albañiles y carpinteros); metal (herrerros, cerrajeros, buidadores, cuchilleros y caldereros); fabricantes de alumbres; cereros y confiteros.

Fuera de la capital, la actividad casi exclusiva era la agrícola y la producción de aceite era la más importante. En 1769 casi el 60% del valor de la producción agrícola comarcal procedía del aceite, el 37% de los cereales, y el 3% restante del vino y otros productos. En algunas poblaciones, el olivar había pasa-



Magnífico ejemplo de prensa tradicional de viga conservado en la almazara de Jaganta

do a ser casi un monocultivo. En esa fecha, el aceite fue la única producción agrícola en Foz-Calanda, superó el 75% del valor de la misma en Valdealgorfa y Torrecilla de Alcañiz, y el 50% en cinco localidades más.

El mismo año Alcañiz era la primera población aragonesa en producción de aceite, pero en 1792-1796 había dejado ese lugar a Caspe. Aunque las cifras son aproximadas, entre ambas fechas la producción de aceite había aumentado en algunas localidades un 42% y podía alcanzar las 171.000 arrobas, unos 238 hectolitros.

Un volumen importante de la producción se dedicaba a la exportación. El comercio se hacía a través de cuatro rutas. La más importante utilizaba la vía del Ebro hasta Zaragoza, donde se dividía en dos direcciones: una hacia Navarra, Bilbao y San Sebastián, y otra hacia la zona del Sistema Ibérico aragonés, que seguía el curso del Jalón y el Jiloca y se prolongaba hacia la provincia de Soria. La segunda, fluvial y marítima, iba por el Ebro hasta Tortosa y desde allí a Barcelona. Las otras dos rutas seguían vías terrestres, una a Cataluña y otra a Valencia (por Vina-roz), vendiéndose el aceite en una amplia zona del reino de Valencia.

No todos los excedentes se exportaban. Una parte era transformada en las jabonerías. En Alcañiz había ocho en 1769, que habían aumentado hasta veintiséis en 1796 y producían en esta fecha 70.000 arrobas aragonesas de jabón (unas 885 t). A comienzos del siglo XIX también las había en Alcorisa (dos), Calanda y La Codoñera.

Otra producción de gran importancia era la seda. En 1769 esta gran comarca producía 14.909 libras (unos 5.200 kg, sin Aguaviva), cifra que aumentó has-

ta fines de siglo (en Calanda pasó de 280 a 4.000 libras). Era especialmente notable en Foz-Calanda (donde el valor de la seda duplicaba el de la población agrícola), así como en Berge y Mas de las Matas.

En los últimos años de la centuria las buenas cosechas de aceite y la intensificación del plantío del olivar en amplias zonas de Aragón crearon problemas de comercialización para el aceite y el jabón. La guerra de la Independencia también supuso inconvenientes para la exportación de aceite y el número de fábricas de jabón en Alcañiz se redujo de veintiséis a tres.

Sin embargo, la gran crisis se produjo en tiempo de paz y fue debida al hundimiento de los precios agrarios, general en toda Europa tras el final de las guerras napoleónicas. Desde 1817 descendió el precio del aceite, con un mínimo en 1828 y una lenta recuperación posterior. También contribuyeron a la crisis las malas condiciones climáticas: en 1815 y 1822 hubo sequías en la ribera del Guadalupe, coincidiendo la primera de ellas con una plaga de insectos.

La helada del invierno de 1829-1830 afectó a todo el Bajo Aragón. Aunque en Alcañiz y Calanda no se perdieron del todo los cereales y los árboles, se helaron y perdieron frutas y hortalizas. Para el olivar el desastre llegó con la cosecha de 1831, cuando se agusanaron las olivas. Estas crisis provocaron más problemas de comercialización, al interrumpirse durante algún tiempo el flujo de exportación.

En definitiva, a comienzos de la década de 1830 el Bajo Aragón afrontaba la crisis política en un estado de crisis económica, cuya salida no era ni mucho menos evidente si no tenían lugar transformaciones dirigidas a diversificar la producción. La situación no afectaba por igual a todas las poblaciones. En general, las que habían conseguido mantener cierta especialización sufrieron menos los efectos de la crisis. Pero en aquellas en que el olivar era prácticamente un monocultivo, los efectos combinados del hundimiento del mercado y de la helada de 1829 tuvieron que ser desastrosos. En definitiva, lo que había sucedido después de la guerra de la Independencia (especialmente, después de 1818) fue el hundimiento de una forma de vida, que ya no podía recuperarse.



Valdealgorfa. Restos de un antiguo molino aceitero

Principales industriales aceiteros de Alcañiz y Calanda (1930)

ALCAÑIZ	N.º de prensas hidráulicas	CALANDA	N.º de prensas hidráulicas
Brieu y Cía.	4	González Buj, Pedro J.	2
Pont y Gimeno	3	Celma, Pedro	2
Durán y Cía.	3	Crespo, Eloy.....	2
Soler, Antonio.....	3	Fomento Industrial	2
Palos Antonio, Vda. de.....	3		
Palos, Pilar, Vda. de.....	2		
Ruiz Paricio, Ángel.....	2		

al menos cinco prensas hidráulicas: Alcañiz (25 prensas), Calanda (18), Torrevelilla (8), Valdealgorfa (6); y en la comarca del Matarraña Calaceite (18), Valjunquera (13), Valderrobres (12), La Fresneda (9), Cretas (6), Arens de Lledó (5). El cuadro se completaba con el núcleo bajoaragonés zaragozano: Caspe (21 prensas en 1930) y Maella (9).

Tras la guerra civil, entre 1940 y 1970, asistimos al estancamiento y tendencia a la baja del complejo olivarero-aceitero aragonés: el peso superficial del cultivo pasó del 4,3% en los años cuarenta al 3,9 en los sesenta (todavía casi 80 mil ha); el peso productivo olivarero bajó del 3% al 2,4%; y el peso aceitero pasó del 3,3% al 2,6%. Un cultivo poco intensivo en Aragón que ofrecía menores rendimientos olivareros relativos, pero que siguió contando con un peso industrial superior a su peso olivarero (mejores niveles de rendimiento industrial) y una capacidad molturadora superior a la producción aceitera aragonesa (durante los sesenta, 3,8% frente al 2,6).

Si en 1950 en las comarcas bajoaragonesas turolenses (partidos de Alcañiz, Valderrobres e Híjar) estaban censados 158 establecimientos aceiteros, en 1958 su número se había reducido a 99, con un total aproximado de 120 prensas hidráulicas. En la actual comarca del Bajo Aragón, la evolución de fábricas con más de tres establecimientos aceiteros muestra ya esta tendencia declinante:

	Alcañiz	Alcorisa	Calanda	La Codoñera	Torrevelilla	Valdealgorfa
1950	9	7	10	3	5	5
1958	5	6	5	3	1	5

Alcañiz todavía contaba con las mayores: la antigua fábrica de Brieu, ahora propiedad de los hermanos Corthay (con 5 prensas hidráulicas), y la de Miguel Soler (3 prensas), que exportaban envasada parte de su producción. Excepciones en un mundo empresarial muy atomizado.

Junto con las almazaras, Alcañiz contaba en esos años con dos fábricas de aceite de orujo, la pionera de Brieu, Pont y Durán, desde 1941 propiedad de B. Omedas, que triplicó en los cincuenta su capacidad (a 60.000 L) y la nueva fábrica de Jabonera Bilbaína, S. A. (50.000 L). Instalaciones orujeras menores existían asimismo en la mayor parte de los principales municipios aceiteros (varias de ellas de Jabonera Bilbaína); así, por ejemplo, Calanda contaba con una instalación de 20.000 L (IRAJ, S. L.). Esta industria del orujo cobró especial importancia coyuntural durante los años autárquicos ante la ausencia de importaciones de aceites industriales.



Alcañiz. Fábrica de aceite en el paseo de Andrade

Durante los años cincuenta el Sindicato del Olivo (1950) estimaba que en torno a la mitad de la producción de las comarcas bajoaragonesas se exportaba, mientras que los restantes destinos se centraban en hostelería (20%), industria conservera de pescados (20%) y en el consumo interior (10%).

Desde principios de los años setenta se ha agudizado la decadencia del complejo olivarero-aceitero en Aragón. A partir de 1972 en que se impulsó un tardío *Plan de Reestructuración del olivar* en España, esta reconversión se produjo con una clara redistribución territorial del cultivo: reducción en el nordeste peninsular frente al incremento relativo en el sur peninsular, acompañado de una notable mejora de su eficiencia productiva y transformadora. En Aragón, se ha producido la reducción del cultivo a menos de 50 mil ha, especialmente del regadío (el olivar es en gran medida sustituido en las comarcas bajoaragonesas por los frutales), y se ha agudizado la caída del rendimiento medio olivarero que, al hacerse extensivo, se sitúa ya en los años noventa casi en torno a un tercio del medio español. La producción olivarera y aceitera aragonesa han disminuido hasta representar en los años noventa sólo el 0,9% de la española, aunque ya durante los ochenta tuvo incluso un rendimiento industrial inferior al medio español.

Entre mediados de los setenta y los ochenta se redujo a la mitad el censo de almazaras activas en Aragón (de 238 a 124), hasta contabilizar sólo algo más del centenar al finalizar el siglo. Y ha tendido también a concentrarse más la localización de la producción en las comarcas bajoaragonesas, de forma que en esa fecha, esta zona turolense contaba con unos sesenta pequeños establecimientos. En el que fuera notable distrito olivarero-aceitero, Alcañiz, sólo resta ya una pequeña almazara.

En definitiva, se trata de un sector que muestra una gran debilidad y marginalidad en el ámbito agrario (pequeñas explotaciones familiares de secano con baja densidad de plantación) y que precisa consolidar su producción mediante su capitalización y reconversión al regadío. Desde el ámbito industrial, está protagonizado por

un débil tejido empresarial muy minifundista (la mitad, pequeñas cooperativas) que precisa avanzar en su capitalización, modernización de instalaciones (difusión del sistema continuo) e inserción en los mercados (ampliación del *marketing* frente a la comercialización a granel) para consolidar un producto de calidad que ha sido reconocido y apoyado institucionalmente en el año 2000 por el Gobierno de Aragón con la Denominación de Origen de *Aceite del Bajo Aragón*. Dificultades desde el lado de la oferta que, sin embargo, cuentan desde el de la demanda con incentivos vinculados ahora a un claro aumento del consumo per cápita de aceites de calidad.

Bibliografía

Diputación General de Aragón. Departamento de Agricultura, Ganadería y Montes, *La industrialización y comercialización agraria en Aragón. Subsector Aceite de oliva*, Zaragoza, 1989.

GERMÁN ZUBERO, Luis, “La industrialización de Aragón: atraso y dualismo interno”, en Jordi Nadal y Alberto Carreras (dir. y coord.), *Pautas regionales de la industrialización española, siglos XIX y XX*, Ariel, Barcelona, 1990, pp. 185-218.

GERMÁN ZUBERO, Luis y PINILLA, Vicente, “Medio siglo de decadencia del complejo olivarero-aceitero en Aragón (1940-1990)” en *Actas del I Curso de Verano Interdisciplinar sobre el aceite de oliva: ciencia, economía y salud*, Centro de Estudios Comarcales del Bajo Aragón-Caspe, Zaragoza, 2001, pp. 321-333.

GOBIERNO DE ARAGÓN. Departamento de Agricultura, Ganadería y Montes, *La industrialización y comercialización agraria en Aragón. Directorio de la Industria Agroalimentaria*, Zaragoza, 1992.

MINISTERIO DE AGRICULTURA. Dirección General de Industrias Agrarias, *Estudio sobre el sector de extracción de aceite de oliva*, Madrid, 1979.

MINISTERIO DE ECONOMÍA NACIONAL. Consejo de Industria, *Apuntes para el momento de la Industria española en 1930*, 2 vols., Madrid, 1931.

MINISTERIO DE HACIENDA Y ECONOMÍA. Dirección General de Industria, *Momento actual de la Industria en España. Teruel, Alicante y Castellón. 1935*, Madrid, 1937.

PÉREZ MORENO, L., “Estudio químico-industrial y posibles mejoras de la industria bajoaragonesa”, *Teruel*, 23, Teruel, 1960, pp. 5-82.

PINILLA, Vicente, *Entre la inercia y el cambio. El sector agrario aragonés, 1850-1935*, Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación, Madrid, 1995.

PINILLA, Vicente y GERMÁN ZUBERO, Luis, “La producción de aceite en Aragón: crisis, modernización y estancamiento, 1890-1935” en *Actas del I Curso de Verano Interdisciplinar sobre el aceite de oliva: ciencia, economía y salud*, Centro de Estudios Comarcales del Bajo Aragón-Caspe, Zaragoza, 2001, pp. 311-320.

RAMÓN, R., “El comercio exterior de los aceites catalanes”, en *Actas del I Curso de Verano Interdisciplinar sobre el aceite de oliva: ciencia, economía y salud*, Centro de Estudios Comarcales del Bajo Aragón-Caspe, Zaragoza, 2001, pp. 275-309.

SINDICATO PROVINCIAL DEL OLIVO DE TERUEL, *XIII Congreso Internacional de Oleicultura. Zona de Alcañiz (Bajo-Aragón)*, Madrid, 1950.

TABOADA, Eduardo Jesús, *Mesa Revuelta. Apuntes de Alcañiz*, Alcañiz, 1898.

THOMAS, R., “Estudio sobre la riqueza oleícola de Alcañiz. Su proceso y modo de superarla”, *Teruel*, 29, Teruel, 1963, pp. 5-88.

De las Artes



Página anterior:
Alcañiz. Detalle de la portada de la iglesia
parroquial de Santa María la Mayor

MANUEL SIURANA ROGLÁN

Desde que Pierre Lavedán publicara en 1935 su obra *La arquitectura gótica religiosa en Cataluña, Valencia y Baleares*, en la que marginaba al reino de Aragón de sus estudios sobre este estilo artístico, una gran mayoría de los investigadores, bebiendo de las fuentes *lavedamianas* siguieron su mismo camino, dando por buena la *mudejarización* del arte bajomedieval en nuestro reino. Afortunadamente, en 1952 Leopoldo Torres Balbás devolvió su ser al gótico aragonés, poco antes de que el tierrabajino Gonzalo Borrás comenzara sus estudios, en los que, a pesar de ser, o precisamente por ser, un gran especialista en el arte mudéjar, no desdeñó el interés por el arte gótico, a cuyo estudio y divulgación ha dedicado diversas obras. Simultáneamente, a través de su tarea docente, ha impulsado múltiples estudios entre sus discípulos, que, en mi caso concreto, fructificó en la publicación del libro *La arquitectura gótica religiosa en el Bajo Aragón Turolense* (IET, 1982), que no fue más que la realización del

proyecto que el propio Gonzalo Borrás había planteado cuando, en 1967, publicó, en el número 38 de la revista *Teruel*, un estudio sobre “La iglesia arciprestal de Santa María la Mayor de Valderrobres (Teruel)” y en 1975 otro sobre “Algunas iglesias góticas del Bajo Aragón” (en el volumen X de *Estudios de Edad Media de la Corona de Aragón*).

De los citados estudios, unidos a otros monográficos y a la importante aportación de Miguel Cortés (*El gótico en Teruel: la escultura monumental*, IET, 1985), se constata la magnitud del foco gótico bajoaragonés, del que nos han llegado múltiples ejemplos localizados a lo largo y ancho de las comarcas administrativas que conformaron el Bajo Aragón histórico y de cuyo análisis se adivinan dos claras fases constructivas, la primera en torno al segundo cuarto del siglo XIV, hasta la irrupción de la Peste Negra, y la segunda entre la última década del siglo XIV y el primer cuarto del siglo XV, sin que podamos obviar otras obras posteriores que puntualmente van más allá de este ámbito cronológico.

Los motivos socioeconómicos, las vinculaciones religiosas y especialmente la proximidad con las tierras catalanas, justificarían la existencia de este importante foco gótico

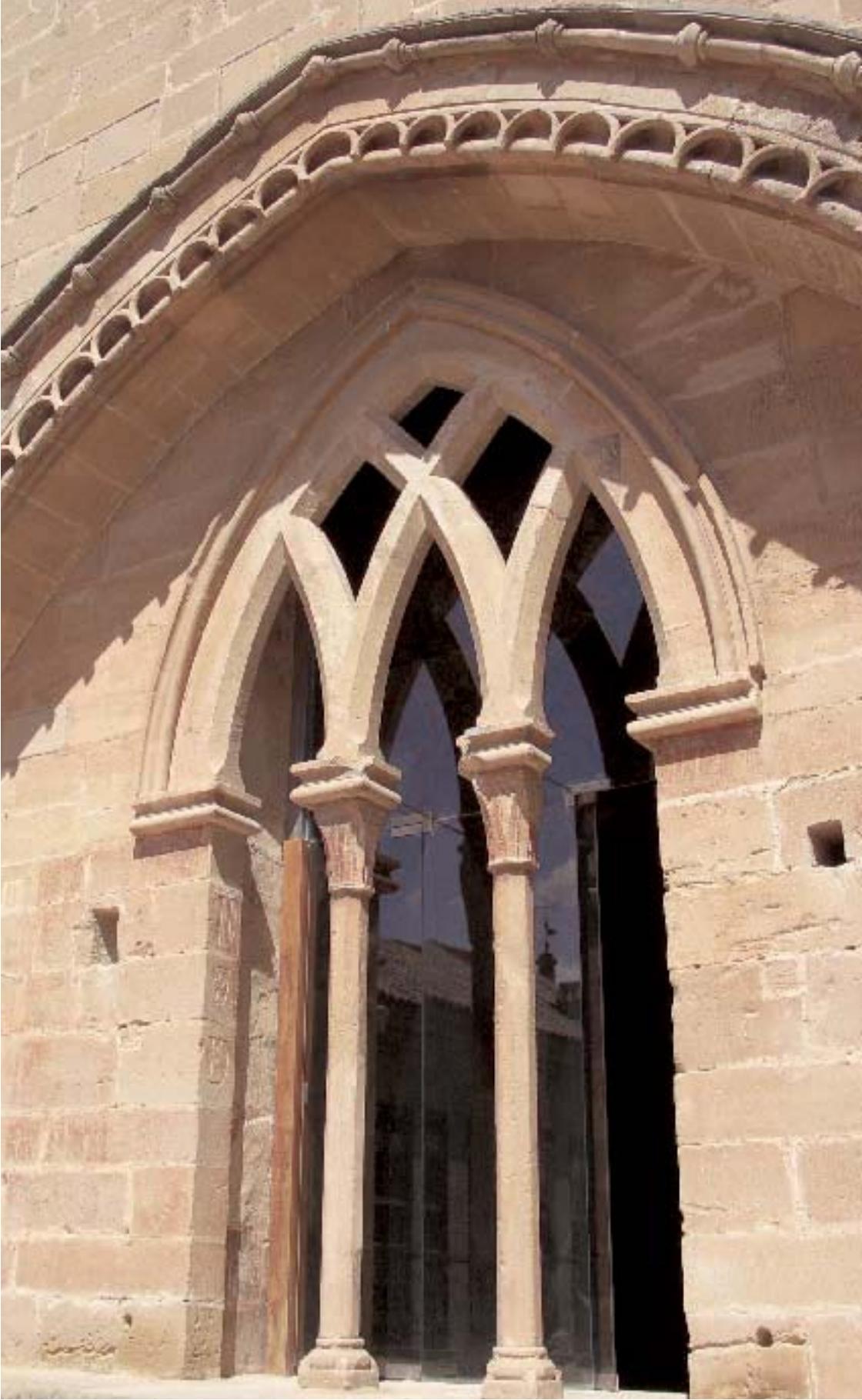


Iglesia parroquial de La Ginebrosa.
Ventana gótica

apenas invadido por el predominante mudejarismo de otras tierras aragonesas. En este contexto, algunas obras, como las colegiatas de Alcañiz y Caspe, y la arciprestal de Valderrobres, ejercieron de centros difusores sobre sus distintas zonas de influencia, donde el efecto contagio se propagó con gran éxito, aunque sólo limitado al gusto por el nuevo estilo y no al mimetismo estructural de los citados arquetipos, que excedían las posibilidades económicas de los pequeños núcleos urbanos y de las hermandades y cofradías. Así pues, en general, se acabó por imponer un tipo de edificio sencillo, de nave única, sin crucero ni girola ni arbotantes, con ábside poligonal, con cubiertas que oscilan entre la bóveda de cañón apuntada y la crucería, sin desdeñar el techo de madera, con capillas laterales entre los contrafuertes de cada tramo y excepcionalmente radiales en el

ábside. Edificios, por lo demás, de reducidas dimensiones, impregnados de ruralismo y de reminiscencias románicas, con escasa decoración, salvo excepciones, en las que, además de abundante ornamentación vegetal, se incluyen temas religiosos del Antiguo y del Nuevo Testamento.

Tras la reconquista de las tierras bajoaragonesas, la orden de Calatrava y la diócesis cesaraugustana se esforzaron en promover la construcción de un primer grupo de iglesias, ermitas y fortalezas que, dada la época, segunda mitad del siglo XII, estarían más próximas al estilo románico que al gótico, como la recientemente descubierta iglesia de Ráfales. A continuación se emprendió, ya en los siglos XIV y XV, una segunda fase constructiva plenamente gótica que englobó a la mayoría de templos y castillos erigidos en esta comarca. Muchos de estos templos, a su vez, fueron modificados con aportaciones posteriores o derruidos para erigir en su lugar edificios más amplios, más modernos y ajustados a los gustos cambiantes de una nueva época, aprovechando cualquier excusa (pequeño incendio, amenaza de ruina...) para reedificarlos totalmente o para revestirlos de ornamentos modernos, lo cual fue especialmente habitual entre los siglos XVII y XVIII, en plena eclosión barroca. No es desdeñable en este sentido la influencia que tuvo la construcción del Pilar en Zaragoza y, aquí mismo, de la colegiata de Alcañiz (tal como han demostrado los estudios de Teresa Thomson), que desencadenaron un proceso mimético en otros muchos lugares, mayor cuanto más cerca del foco alcañizano se estuviera, lo que explicaría que los restos góticos escaseen más en la comarca administrativa del Bajo Aragón y sean mucho más abundantes en la del Matarraña, más alejada de la *capitalidad* alcañizana.



Actualmente, en la comarca administrativa del Bajo Aragón son pocos los restos góticos visibles y sólo podemos apreciarlos en la primitiva torre y esquina de un tramo de la colegiata alcañizana, únicos elementos que quedaron de la que fue una obra de incalculable valor, a caballo entre el gótico catalán y el castellano; en algunos restos del castillo calatravo y en la lonja de Alcañiz, una de las pocas obras civiles góticas que, dentro de nuestras tierras, se pueden encuadrar en este estilo. También, aunque en menor medida, son destacables los restos del castillo de La Mata de los Olmos, algunos elementos ornamentales del palacio Ardid, la iglesia de La Ginebrosa y, con matices, la iglesia de La Cañada de Verich.

En otras páginas de este libro se habla ya con profusión del castillo y de la colegiata de Alcañiz, por lo que aquí nos centraremos en las demás obras, la más destacada de las cuales es la lonja de Alcañiz, obra del siglo XV, que recuerda a la *loggia* de Florencia y que es fruto del desarrollo del poder civil y del despegue económico y social que experimentó el Bajo Aragón al final de la Edad Media. Se trata de un edificio que permite disponer de un espacio para usos comerciales, financieros y de negocios, del que se proveyeron todas las ciudades de la Corona aragonesa y del que Alcañiz, como centro comercial del Bajo Aragón, no podía prescindir. Es una obra de cantería formada por tres grandes arcadas apuntadas con molduras finas, apoyadas sobre pilares con delgadas columnas adosadas, de las que la central y la izquierda tienen el intradós festoneado con pequeños arcos trilobulados. Sus capiteles están decorados con elementos vegetales, pero en los más exteriores se representan sendos ángeles, que portan el escudo de la ciudad, destacando el de la iz-



La lonja de Alcañiz es uno de los pocos ejemplos de arquitectura civil gótica en el Bajo Aragón

quierda, que se contrapone a un ser maligno, lo que delata una clara simbología protectora del poder concejil. La construcción en el siglo XVI del ayuntamiento, que cierra un ángulo de la plaza con la lonja, forzó la transformación del piso alto para su adaptación estética al nuevo conjunto construido. Se formó una galería



Elegantes tracerías góticas en una ventana del palacio Ardid de Alcañiz

superior con nueve arcos de medio punto sostenidos por columnas de orden toscano, en grupos de tres sobre cada uno de los arcos de la lonja, guardando la verticalidad del pilar. Sobre ellos se repite la división mediante tres grupos de óculos enmarcados en lunetos, y cierra finalmente la fachada un alero muy saliente, que, junto con la imposta que separa la arcada apuntada y la galería, forma una unidad arquitectónica con el ayuntamiento. Esto, en conjunción con las variantes estilísticas, denota su adición posterior, al igual que la de un relieve dieciochesco con la representación de la Santísima Trinidad situado en el extremo de la galería.

Obras menores son la torre prismática de La Mata de los Olmos y el palacio Ardid de Alcañiz. La primera, de unos cinco metros de lado y construida con piedra sillar, ha sido referenciada por Cristóbal Guitart, que la sitúa entre los siglos XIV y XV. La segunda, ejemplo de conservación de elementos ornamentales góticos, muestra en su primera planta dos ventanas rectangulares, con uno y dos maineles, enmarcadas por un alfiz y con tracería gótica de sabor isabelino, mientras que en la segunda planta se abre una ventana más pequeña rematada por un arco apuntado con el intradós trilobulado.

De la tan abundante arquitectura religiosa únicamente queda la iglesia de San Bartolomé de La Ginebrosa, que mantiene la estructura gótica del siglo XIV en el ábside y en el primer tramo de la nave, con capillas laterales, rectas por fuera y poligonales por dentro. Las ventanas del ábside son apuntadas y la decoración exterior se basa en unos sencillos canecillos que rodean la parte gótica y que reproducen cabezas humanas, similares a las representadas en la comarca del Matarraña.

Por último, la iglesia de San Blas, de La Cañada de Verich, es un templo cuyo aspecto recuerda a las obras que durante los siglos XIV y XV se construyeron en la comarca del Matarraña. Su estructura, dividida en ábside y tres tramos cubiertos con bóveda de crucería, invitaría a considerarla de dicha época. Pero las portadas, los materiales utilizados, los elementos sustentantes, la ausencia de ventanas y algún elemento ornamental nos inducen a pensar que estamos ante una obra que, si catalogamos como gótica, es de las muchas que se edificaron en las zonas rurales a lo largo del siglo XVI, fruto más de la pervivencia de invariables populares que de una asimilación estilística.

El castillo de Alcañiz

TERESA THOMSON LLISTERRI

El castillo que durante siglos fue símbolo del poder opresor que la Orden de Calatrava ejerció sobre la ciudad, es hoy uno de sus elementos consustanciales y emblemáticos. Su origen, aunque todavía no bien definido, hay que relacionarlo con los castillos construidos en el territorio fronterizo con el mundo islámico. En el estado actual de los estudios, se puede afirmar que Alcañiz ya había quedado bajo dominio cristiano en tiempos de Alfonso I (posiblemente en 1117), pero que no fue reconquistada definitivamente hasta 1157, por Ramón Berenguer IV, quien en su carta puebla se reservó para sí el “castillo de Alcañiz”. De esto se deduce que antes de esta fecha ya existía una construcción defensiva que se reconocía con esta denominación, y que posiblemente se trataba de un sencillo bastión defensivo construido por Alfonso I, que seguiría el modelo o tipo románico conocido como *donjon*. Lo que sí se conoce ya con certeza es que, en 1179, el rey Alfonso II donó el castillo y la villa de Alcañiz a la Orden de Calatrava, momento a partir del cual se convirtió en la capital de la encomienda aragonesa. Todo parece indicar que, precisamente, tras la donación a la Orden de Calatrava, ésta realizaría o iniciaría la construcción del castillo-convento que, aunque modificado, hoy conocemos, y que se



Conjunto medieval del castillo calatravo de Alcañiz

ajustaba a las necesidades de una orden de carácter militar y religioso como la de Calatrava. De ahí que sus principales dependencias fuesen las de carácter defensivo, la capilla y el claustro. Su estilo artístico –próximo al Císter- apunta también a que la construcción se debió llevar a cabo entre finales del siglo XII y principios del XIII, en torno al año 1200.



Aspecto actual del claustro

Este castillo fue sede y lugar de residencia de los comendadores, administradores, priores y alcaides de la Encomienda Mayor y Priorato de la Orden de Calatrava durante el tiempo que tuvo efectividad el señorío y constituye un claro ejemplo del intenso mecenazgo artístico de los calatravos en el Bajo Aragón.

Es uno de los castillos más monumentales de Aragón. Y en él se distinguen dos partes bien diferenciadas: el ya aludido castillo-convento medieval de los calatravos y el palacio de los comendadores del siglo XVIII. El interés del castillo calatravo original es extraordinario, pues –tal como han demostrado las últimas excavaciones realizadas en el ala oeste- se trataría de una de las primeras construcciones españolas en las que se aceptaría el modelo *Felipe Augusto* que empieza a triunfar en Europa alrededor del año 1200. Se trata de un modelo de castillo de planta regular (generalmente cuadrada o rectangular), flanqueado por torres defensivas, con adarve que recorre sus murallas y con patio interior. En el caso de Alcañiz, probablemente, con cuatro torres en las esquinas y otras intermedias en sus lados mayores. De los restos de mayor antigüedad –siglos XII y XIV- destacan la capilla románica dedicada a Santa María Magdalena, el claustro protogótico, la torre del Homenaje gótica y la torre de Lanuza (reformada en el siglo XVI).

La iglesia de Santa María Magdalena fue una de las estancias más importantes del castillo calatravo, en la que se celebraban actos tan solemnes como el armamento de sus caballeros. Fue, además, la primera parroquia de Alcañiz. A ella se accede por un atrio o pórtico que es en realidad la planta baja de la torre del Homenaje. Tiene una de las escasas portadas románicas del Bajo Aragón definida por arquivoltas de medio punto que descansan sobre pares de columnas acodilladas en las jambas.

Esta capilla conserva en su interior una obra de gran interés dentro de la escultura funeraria del renacimiento aragonés: el sepulcro de don Juan de Lanu-

za, virrey de Aragón y comendador mayor de Alcañiz, obra realizada -en alabastro- por Damián Forment, en 1537. Destrucciones sucesivas han sido la causa de su progresivo y acentuado deterioro, lo que ha motivado su reciente consolidación.

En diversas zonas de estas dependencias medievales –tanto en los paramentos exteriores como en los interiores- se conservan interesantes pinturas murales góticas. Algunas de ellas presentan una novedosa temática civil. Debe interpretarse como un *complejo pictórico* rico y variado, fruto de la participación de varios artistas y del encargo de diversas personalidades que cronológicamente se localizaría, aproximadamente, entre 1290 y 1375. Algunas de estas pinturas fueron *arrancadas* y se conservan en el salón de sesiones del Ayuntamiento. En ellas están representadas la Rueda de la Fortuna y una figura trovadoresca.

A toda esta parte medieval que se acaba de describir hay que añadir el gran palacio de los comendadores, construido en el siglo XVIII, en su ala sur. Es el



Galería interior del palacio de los comendadores del castillo de Alcañiz



El palacio de los comendadores, construido en el siglo XVIII

resultado de una importante reforma barroca llevada a cabo por Felipe V, en 1728, para el infante don Felipe. Su fachada principal continúa la tradición del palacio aragonés del tardo-renacimiento. Está flanqueada por dos torres y dividida en tres plantas: la inferior, de piedra sillar, y las dos superiores, de ladrillo. En la planta noble se abren balcones y en la superior se desarrolla la característica galería aragonesa –creada por la sucesión de vanos definidos por arcos de medio punto- y coronada por un gran alero. En el centro se dispone la portada acogida por un gran arco de medio punto. Por esta puerta de ingreso se accede al patio interior del castillo, en el que se construyó –en su lado

sur- una bella galería o pórtico interior.

En este palacio se refleja la evolución histórica de todo el conjunto en el que está incluido. Durante el siglo XIX sufrió un alto grado de degradación y decadencia al utilizarse únicamente para fines militares. Sirvió de alojamiento de tropas durante la guerra de la Independencia y fue un punto clave para la ocupación militar francesa de la comarca. Más adelante recobró su importancia estratégica como enclave en la defensa de la causa liberal frente al carlismo dominante en el Bajo Aragón. Este castillo mantuvo su condición de *calatravo* hasta su desamortización en 1856, fecha

en la que pasó a ser propiedad del Estado, quien lo cedió, a su vez, al Ministerio de Guerra, por lo que a partir de entonces se usó esporádicamente como cuartel: el atrio y la iglesia fueron utilizados como almacén y polvorín, en él se ubicó una cárcel militar y sobre la torre del homenaje se superpuso una construcción de ladrillo utilizada como oficina de telégrafo óptico. A finales de siglo, el Ministerio de Guerra pensó en la posibilidad de su demolición; idea que, de nuevo, se planteó el propio Ayuntamiento de Alcañiz cuando en 1918, dado el estado lamentable del conjunto, solicitó al Estado (Ministerio de Guerra) la entrega del edificio para su derribo.

Lograron frenarse estos impulsos destructivos y en 1925 se declaraba “monumento arquitectónico-artístico... el castillo interior o alcázar-fortaleza primitivo”. En los años 40 se inician pequeñas obras de consolidación que irán aumentando progresivamente. Son de gran importancia los trabajos dirigidos por Fernando Chueca Goitia entre los años 50 y 70, y la habilitación –desde 1968 y con proyecto de José Luis Picardo- del antiguo palacio barroco como Parador de Turismo. En fechas recientes se ha llevado a cabo una importante ampliación de estas instalaciones hoteleras, que ha supuesto la actuación, fundamentalmente, en el ala oeste del antiguo conjunto, la que acogió en origen al refectorio y la sala capitular.



La portada del claustro antes de ser restaurada, con el rótulo que identificaba su uso como dependencia cuartelaria

Las Casas Consistoriales del Bajo Aragón

CONCEPCIÓN LOMBA SERRANO

Entre el rico patrimonio arquitectónico bajoaragonés destaca un amplio conjunto de casas consistoriales construidas durante los siglos XVI y XVII.

Su existencia en villas como Alcañiz o Alcorisa se justifica por la importancia que tales municipios alcanzaron durante la Edad Moderna. Pero la proliferación aludida, la masiva construcción de consistorios notables en pequeñas poblaciones como Belmonte de San José, Castelserás, La Codoñera, Torrecilla de Alcañiz o Torrevelilla —a las que habría que sumar otras igualmente sobresalientes en su alrededor— debe entenderse en el seno de una coyuntura histórica que defendía la autonomía de los mencionados gobiernos municipales frente al omnímodo poder de la Encomienda de Calatrava, cuya sede se situaba en Alcañiz. Los restantes, los

que no formaban parte de esta administración aunque sí de la comarca, responden al deseo de los respectivos municipios por evidenciar su poder.

La arquitectura consistorial, en cualquiera de estos casos, funciona, pues, con un doble significado: el puramente funcional y el simbólico. Y ambos conceptos condicionaron su configuración arquitectónica, mientras que su cronología —la mayoría de ellas fueron levantadas entre el último cuarto del siglo XVI y la primera década de la centuria siguiente— determinó el lenguaje artístico empleado.

En efecto, todas las casas consistoriales responden a un esquema similar que conjuga sabiamente su función simbólica y estructural, adecuándose a la moda artística imperante. Se trata de un modelo arquitectónico que, en síntesis, podría definirse de la manera que se desarrolla a continuación.

La mayoría de ellas se ubica en las plazas mayores, y sólo en el caso de que este lugar estuviese ya ocupado se erigieron en la calle Mayor, al objeto de garantizar la preeminencia del edificio.



El ayuntamiento de Alcañiz desde los porches de la lonja en una postal de comienzos del siglo XX

Su definición estilística fue también semejante. El lenguaje clasicista empleado –aquel concepto de *manierista* que barajábamos hace algunos años parece que está quedando subsumido en otro más amplio denominado *clasicismo*–, llegó a tierras bajoaragonesas afianzándose de una forma absoluta durante el último tercio del siglo XVI, y se prolongó durante los primeros años de la centuria siguiente. Y llegó, decía hace algún tiempo, gracias a la construcción del consistorio alcañizano, al que siempre he supuesto basado en el conocimiento constructivo de las nuevas formas arquitectónicas que, por aquellas fechas, se imponían en Italia y, poco más tarde, en España. Los edificios restantes, con excepción de los levantados en Calanda, La Mata de los Olmos, Los Olmos o Torrelvella, emularon su sistema constructivo de forma consciente; de hecho, cuando en 1576 se firmó el contrato para construir el consistorio de La Codoñera, se especificó que debía ser “a lo romano, que su cornisa fuera

de orden jónico”, y lo que todavía es más significativo “que los maestros que la dicha obra hicieren... seys columnas con sus basas y chapiteles conforme estan hechos los de la casa de la villa de Alcañiz...”. Poco importaban, pues, las ideas de los maestros que levantaron el edificio, Esteban Salbre y Juan Salbre, ya que el concejo les obligó a construirlo siguiendo las pautas marcadas por la villa de Alcañiz.

La armonía, la proporción, la severidad incluso, fueron algunas de las características que el clasicismo bajoaragonés asumió de manera precisa. La ornamentación fue escasa, ya que por toda decoración se incluyeron los escudos de armas, las molduras que enmarcaban portadas y ventanas, o que delimitaban los diferentes cuerpos en que se estructuraba el edificio, o los aleros; eso sí, en este caso los artífices pusieron todo su empeño en embellecer dichos edificios con airosos y volados rufes que, en ocasiones, empleaban un par de ménsulas para alcanzar mayor vuelo e incluían rosetas en los plafones interiores.

De esta manera se construyeron hermosos edificios levantados, generalmente, en piedra –un material empleado, al menos, en la fachada principal–, cuyas fachadas evi-





Ayuntamiento de La Mata de los Olmos

denciaban las diferentes funciones que los gobiernos municipales ejercían: políticas, de representación y administrativas.

La fachada principal era normalmente la más notable, organizada en tres cuerpos en altura. En su planta baja se situaba, indefectiblemente, la gran portada de acceso, que solía abrirse en arco de medio punto, flanqueada por un par de ventanas; en ocasiones, sin embargo, ésta aparecía en el interior de la lonja, abierta al exterior a través de dos o tres arcos de medio punto, que servía para menesteres diversos –mercados, reuniones, juegos...–, tal y como aparece en Calanda, La Mata de los Olmos y Torrecilla de Alcañiz. Una línea de impostas convenientemente resaltada la separaba de la planta noble, en la que se situaban una secuencia de ventanas adinteladas,

más o menos ornamentadas en jambas y dinteles, cuyo lugar central solía ser ocupado por el escudo de la ciudad. Y, por fin, tras una nueva línea de impostas, el segundo cuerpo, en el que se ubicaba la típica galería de arcos sustentada, en el caso de Alcañiz y La Codoñera, por elegantes columnas o, en las demás, por pilares. Se remataban con ligeros rufes contruidos en ladrillo o mediante aleros, cuyo vuelo y decoración aumentaba en función de la importancia del edificio.



Los Olmos. Lonja de la Casa Consistorial

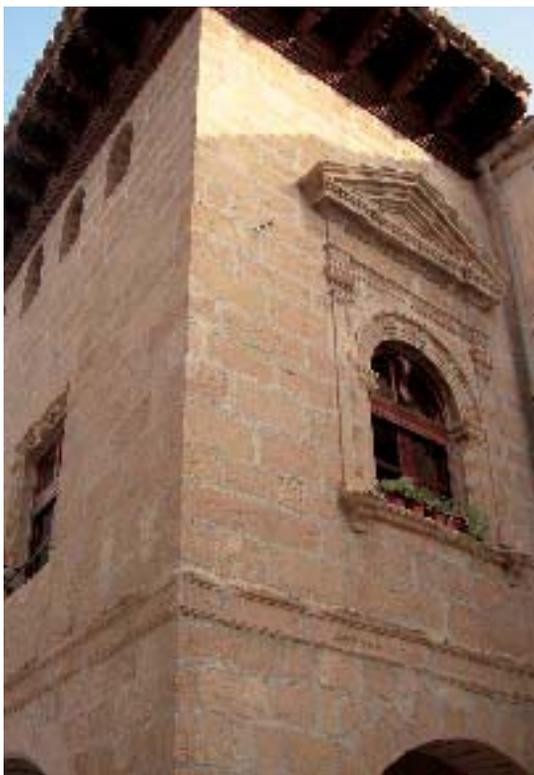
Las fachadas restantes mantenían una estructura similar, sólo que desprovistas de lonjas y con menor ornamentación.

El interior se organizaba también de manera semejante. En la planta baja la diferencia estribaba en la inclusión ya comentada de la lonja o en la presencia de un patio o zaguán que ocupaba su lugar -algunos de ellos provistos de hermosas columnas con basas y sucintos capiteles- y del que partía la caja de escaleras; a ambos la-

dos se disponían dos estancias como mínimo. Así sucede en Alcañiz y en Valdealgorfa, por ejemplo. En la planta noble la pieza principal era el gran salón de sesiones, en el que se reunía el concejo, abierto al exterior a través de los mencionados balcones o ventanas; mientras que en la crujía posterior se ubicaban otras dos salas al menos, empleadas como escribanías y archivos. Y en la última planta se incluía un gran solanar y algunas otras dependencias, cuya función dependía de la existencia o no en la localidad de otros edificios de carácter municipal: pósitos o graneros, almacenes...

Así fueron concebidas las casas concejiles de Alcañiz, levantada entre 1565 y 1570; la de La Codoñera, erigida entre 1576 y

1579; la de Torrecilla de Alcañiz, de fines del siglo XVI; y la de Valdealgorfa, construida entre 1601 y 1602. Todas ellas se adscriben al foco bajoaragonés, una denominación que acuñé cuando hace ya algún tiempo me ocupé de estudiar las casas consistoriales en Aragón durante la Edad Moderna, junto al que se desarrolló un tipo de construcción algo más severa, carente de columnas en sus galerías y con ventanas adinteladas en su lugar, como las erigidas en Los Olmos y La Mata de los Olmos. Edificios estos últimos más sencillos, pero concebidos con el mismo carácter edilicio e idéntica simbología que los ya mencionados y que completan este espléndido conjunto arquitectónico del Bajo Aragón.



Torrecilla de Alcañiz. Casa consistorial

El arte barroco en la comarca del Bajo Aragón

TERESA THOMSON LLISTERRI

Templos

El Bajo Aragón va a recibir a lo largo de la primera mitad del siglo XVII las novedades aportadas por un nuevo estilo artístico: el barroco. En el ámbito de la arquitectura religiosa esta transformación se reflejará en el progresivo abandono del modelo característico del siglo XVI: iglesia de nave única con cabecera poligonal, capillas laterales entre los contrafuertes y bóvedas de crucería estrellada. Modelo que en esta comarca está magníficamente representado por la iglesia de Santo Domingo de Alcañiz.

Sin embargo, este cambio del lenguaje artístico no es drástico, sino que se va a aceptar progresivamente. Buen ejemplo de ello es un grupo de iglesias que responden a un *modelo de transición*, calificadas por Santiago Sebastián como gótico-barrocas, en las que conviven elementos *tradicionales*, como las mencionadas bóvedas de crucería estrellada, con otros ya característicos del barroco. A este grupo pertenece el soberbio templo parroquial de Alcorisa.

Uno de los modelos ya plenamente barrocos que se adoptan en la zona es el propuesto por Vignola en la iglesia del *Gesú* de Roma, basado en el de la basilica tradicional a la que se añade un centro de atención protagonizado por la cúpula situada sobre el crucero. El denominado modelo *vignolesco* se sustenta en la ideología emanada del concilio de Trento, que resume san Carlos Borromeo en la siguiente frase: “Una iglesia deberá ser de planta en forma de cruz, de acuerdo con la tradición”. Para lograrlo se eleva la altura de la nave central, de la nave crucero y de la cabecera respecto de las naves laterales, con lo que se define la característica estructura de cruz latina. Esta tipología está perfectamente representada en esta comarca por los templos parroquiales de Valdealgorfa y Foz-Calanda.

Como simplificación de este modelo hay edificios que carecen de crucero, lo que da lugar a iglesias de tres naves en las que las laterales se conciben a modo de capi-



Seno. Interior de la iglesia parroquial

llas comunicadas entre sí. Siguen este tipo los templos parroquiales de Aguaviva, Calanda, La Mata de los Olmos y Los Olmos, así como la iglesia del Carmen de Alcañiz.

Pero, sin ninguna duda, el gran *detonante* de la arquitectura barroca aragonesa –como de todos es sabido– es la construcción de la gran basílica del Pilar de Zaragoza. El impacto recibido en todo el Bajo Aragón tuvo tal dimensión que se puede hablar de un auténtico foco geográfico dentro de la arquitectura barroca aragonesa, centralizado o *dinamizado* por la antigua iglesia colegial de Alcañiz. Estas iglesias son de tres naves, cubiertas la central y los brazos de la nave crucero con bóveda de cañón con lunetos; las laterales, con bóveda

de arista; y el crucero, con cúpula. La planta rectangular y la igualdad de altura de sus naves suponen la recuperación de la típica iglesia salón o *ballenkirche* utilizada con tanto éxito en Aragón durante el siglo XVI; idea que, sumada al uso del pilar *doble* o *pilarista* que permite elevar considerablemente la altura del edificio, dan como resultado la creación de un espacio interior amplio y unitario. Esta tipología se aplicó en numerosas iglesias de la actual comarca del Bajo Aragón. Destacan entre ellas la de san Francisco de Alcañiz y los templos parroquiales de La Cerollera, Belmonte de San José y Seno, aunque en este último hay cierta variación en el sistema de abovedamiento de las naves.

La propia iglesia de Santa María la Mayor de Alcañiz (antigua colegial) y las parroquiales de Mas de las Matas y Castelserás presentan este modelo en lo que se puede denominar *versión ampliada*, pues en ellas la anchura del cuerpo de naves se amplía considerablemente al añadirse capillas laterales.

Es interesante también mencionar que en algún caso –como ocurre en la iglesia parroquial de Berge– se aplica el característico abovedamiento pilarista basado en la sucesión de bóvedas o *casquetes*.

Además de los modelos descritos, es necesario mencionar un grupo de iglesias en los que se suceden varias etapas constructivas, una de ellas barroca. Como ejemplo se pueden citar las parroquiales de La Ginebrosa y La Codoñera.

En el conjunto de la arquitectura religiosa barroca y, por lo tanto, en los templos, tienen un especial protagonismo dos elementos: la portada y la torre-campanario. La portada –concebida en la mayor parte de los casos como *portada-retablo*– es

la auténtica *carta de presentación* de la iglesia. Progresivamente se va a dotar de un mayor valor decorativo, conseguido en buena medida por la presencia cada vez más notoria de la columna salomónica. Un magnífico ejemplo lo constituye la portada de la iglesia del antiguo convento del Carmen de Alcañiz.

Este mismo modelo de *portada-retablo* se repite en otros templos como el parroquial de Belmonte y el de Valdealgorfa. En otros casos, como en la iglesia parroquial de Mas de las Matas, aunque la estructura de la portada es similar, en los soportes se combinan la columna salomónica y el estípite.



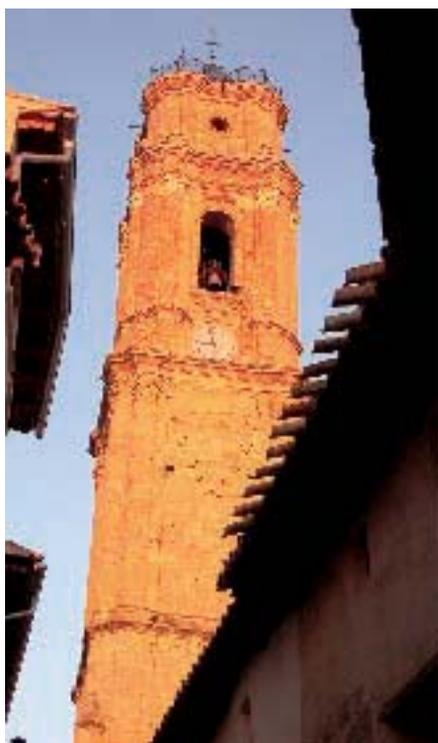
Belmonte. Portada de la iglesia parroquial

Campanarios

A lo largo del siglo XVII y, sobre todo, durante el siglo XVIII se levantó un buen número de torres-campanario en las poblaciones de la comarca del Bajo Aragón. Han adquirido un ostensible protagonismo tanto en el volumen del templo en el que se incluyen como en el propio conjunto urbano, cuya silueta dibujan o perfilan en la mayor parte de los casos. Su construcción contribuyó, sin duda, a la transformación de la imagen de estas localidades y a la definición de una *personalidad* que se ha mantenido, casi invariable, hasta el momento actual.

Por su carácter de torre-campanario cumplen simultáneamente una función cívica y religiosa. Sus campanas no sólo invitan al devoto a acudir a las diversas ceremonias religiosas sino que sus toques marcan absolutamente el *tempo* de la vida cotidiana de la población. Su alegre volteo es el protagonista de los actos festivos (llamando e invitando a la fiesta), alertan en casos de emergencia y hasta nos acompañan con su triste sonido a la hora de la muerte.

En sus características arquitectónicas confluyen la tradición mudéjar y las novedades *clasicistas* introducidas por obras de la envergadura de la monumental torre de la Seo de Zaragoza. En su construcción se suele utilizar tanto la piedra sillar, generalmente limitada a su parte inferior, como el ladrillo, con el que se levantan los cuerpos superiores; aunque hay casos, como en Aguaviva, donde sólo se utilizó piedra sillar. Es importante subrayar que el uso del ladrillo y algunos de los motivos decorativos que con él se realizan deben enmarcarse dentro de la tradición mudéjar: muchos de estos campanarios muestran ladrillos en saliente y en esqui-



Belmonte de San José. Torre-campanario de la iglesia parroquial

nilla o bien los característicos rectángulos en resalte que enmarcan los vanos y recuerdan al antiguo alfiz. Magnífico es el trabajo decorativo en ladrillo que ornamenta la torre de la iglesia de escolapios de Alcañiz (templo iniciado en 1770) y el de las torres de las parroquiales de Alcorisa (siglo XVII), Berge (segunda mitad del siglo XVIII), Seno (siglo XVIII) y Valdealgorfa (siglo XVIII). En ellas pueden observarse también numerosos elementos clasicistas, como pilastras, columnas, entablamentos, superposición de órdenes, etc.

En algunos casos, la construcción de estas torres se prolongó notablemente en el tiempo. Así lo confirma la documentación conservada alusiva a las diversas actuaciones llevadas a cabo en la torre del templo parroquial de Valdealgorfa. Su primer cuerpo –de buenos sillares y planta cuadrada– fue realizado en los primeros años del siglo XVIII por Juan de Zorita, quien

en 1706 cedió a Martín Lozano las obras de conclusión tanto de esta torre como del resto de la iglesia parroquial. Sin embargo, por diversas razones, las obras debieron paralizarse; y la torre no se concluyó hasta que el 3 de enero de 1743 se contrató a Valero Catalán para ello. En 1799 Melchor Genzor inició la realización del chapitel de piedra, y, finalmente, el 4 de enero de 1800 se colocó su cruz de remate. Por tanto, la construcción de esta torre se dilató a lo largo de casi cien años.

Por su esbeltez y elegancia destaca la torre-campanario de Mas de las Matas, obra realizada por José Dolz (con la ayuda de Francisco Dolz) a mediados del siglo XVIII (entre 1736 y 1761) y que tradicionalmente se ha relacionado con la torre de la Seo de Zaragoza (diseñada por Juan Bautista Contini en 1681). Las similitudes son notables: en ambas se usa el ladrillo como material principal de construcción y se reserva la piedra para los elementos decorativos; sus esquinas están *redondeadas* (lo que suaviza el paso de la planta cuadrada a la poligonal); y las dos están rematadas por un chapitel bulboso escalonado.

Especial monumentalidad tiene la torre de la iglesia parroquial de Belmonte de San José. Es una obra realizada básicamente por José Sastruz mayor y José Sastruz menor en los años setenta del siglo XVIII, de cuya construcción aporta numerosos datos el Archivo Histórico de Protocolos de Alcañiz.

Vista de la torre-campanario de la iglesia parroquial de Valdealgorfa en 1961





Fachada de la iglesia parroquial de Mas de las Matas, con su airosa y esbelta torre

En cuanto a la estructura de estas torres-campanario, la mayor parte son torres mixtas, que combinan un primer cuerpo de planta cuadrada (que generalmente forma parte del edificio) y otro u otros de planta octogonal. Esta forma y el empleo del ladrillo con un claro sentido decorativo se han interpretado como *pervivencias mudéjares*. El paso entre ambas plantas suele suavizarse con pilastras o bien achaflanando las esquinas, que presentan perfil cóncavo o convexo. En cambio las torres de Belmonte, de La Cerollera y de La Codoñera no tienen esta estructura mixta, sino que todos sus cuerpos son de planta cuadrangular, aunque en los superiores las esquinas están redondeadas.

Ermitas, santuarios y conventos

En esta comarca, durante el periodo barroco, además de los numerosos templos construidos ex novo o modificados, se edificó un buen número de ermitas. La mayoría son obras de gran sencillez, localizadas en un enclave sobreelevado próximo a la población. En otros casos superan el concepto de ermita y constituyen auténticos santuarios, como el de Nuestra Señora de los Pueyos de Alcañiz.

Son también muy interesantes los conventos y conjuntos monásticos de esta comarca, algunos desgraciadamente en muy mal estado como el antiguo convento del llamado Desierto de Calanda. Estos edificios resultaron afectados en el siglo XIX por la Desamortización y fueron, en su mayor parte, abandonados o utilizados para otros fines.

Algunos -como, por ejemplo, el convento de franciscanos de Alcañiz- sólo han conservado su iglesia; otros han tenido más fortuna y ha sobrevivido también el claustro. Es lo que ha ocurrido con el convento de carmelitas alcañizano, cuyo claustro -vinculado a la tradición renacentista y con interesante decoración barroco-mudéjar- aún puede contemplarse en la actualidad integrado en el edificio de Juzgados.



Ermita de San Pedro de Jaganta

El convento del Desierto de Calanda

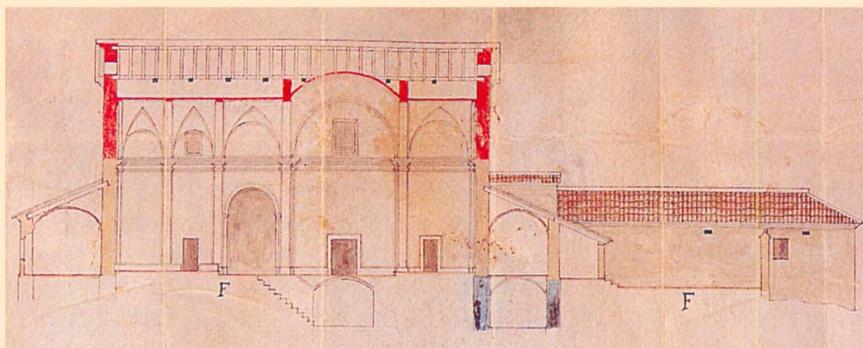
TERESA THOMSON LLISTERRI

Este convento se construyó en un bello paraje poblado de pinos, romeros, jaras, tomillos y aliagas, entre los ríos Guadalope y Mezquín, en la falda de la sierra de La Ginebrosa. Este emplazamiento se localiza en el término municipal de Calanda, aunque, tal como indica Ramón Mur en su novela *Sadurija*, “en un enclave casi equidistante de los núcleos urbanos de Calanda, Torrevelilla, La Cañada de Verich y La Ginebrosa... a más de una hora a pie o en cabalgadura”.

Estaba incluido en la provincia carmelitana de santa Teresa, que englobaba los reinos de Aragón y Valencia. Su origen se remonta a finales del siglo XVII y se relaciona, precisamente, con el nacimiento de dicha provincia de la orden de carmelitas descalzos. Estos religiosos, atraídos por la belleza del enclave, decidieron fundar un monasterio en la antigua torre Alginés o Ginés, propiedad de la orden de Calatrava. Para ello, el 29 de septiembre de 1680 acordaron pagar (cada 22 de septiembre) 23 libras, 6 sueldos y 8 dineros jaqueses de feudo y pensión anual a la Encomienda de Alcañiz. Tras esta donación y concesión, el convento fue fundado por el hermano Antonio de Jesús María (Antonio Tello), tras la correspondiente autorización del rey Carlos II, y se dedicó a san Elías. El día 22 de septiembre de 1682 se tomó posesión del mismo y se colocó el Santísimo Sacramento. Ese mismo año se iniciaron las obras de construcción que se prolongarían hasta 1701. Tras sufrir un gran incendio los días 28 y 29 de enero de 1705, como consecuencia de los acontecimientos derivados de la guerra de Sucesión (asalto y destrucción ejecutados por un grupo de más de 200 hombres dirigidos por el alcañizano Luis de Ram), fue restaurado en 1707. A esta obra pertenece, precisamente, la mayor parte de los restos que hoy se conservan. A raíz de la visita efectuada por la orden de Calatrava en 1719 a sus propiedades (entre las que seguía contándose este convento), se informa de las obras de reforma que en él se habían llevado a cabo y del proyecto de construir “una gran iglesia”. Templo que se concluyó en 1728 y que hoy se conserva, aunque en estado ruinoso.

El diseño de este gran complejo conventual se plasmó en dos pergaminos conservados en el Archivo Histórico de Protocolos de Alcañiz. De su observación se deduce que tuvo iglesia (con cripta, bóvedas de lunetos y cúpula en su capilla mayor), hospedería, y zona propiamente conventual, con sus correspondientes celdas para los religiosos, claustro, refectorio, librería, etc.; todo ello complementado con otras dependencias *secundarias* como cocinas y despensas, aljibes, graneros, hornos, etc. y estancias tan curiosas como la utilizada para las mortificaciones.

La librería mencionada en este documento albergó una magnífica colección de libros destruida en gran parte por los franceses a principios del siglo XIX. Este



Planos del convento del Desierto de Calanda

convento, además, asumió la formación de los jóvenes de las familias de mejor posición de la zona, por lo que se puede afirmar que la cultura y la educación estuvieron históricamente vinculadas a este edificio.

En 1835, a raíz de su desamortización, fue abandonado por los religiosos. A esta exclaustación general sucedió –entre 1835 y 1837- el incendio y destrucción del convento. El retablo mayor, otros retablos menores y sus dos campanas fueron trasladados a la iglesia del Pilar de Calanda, aunque, desgraciadamente, ninguna de estas obras se ha conservado. En 1842 el edificio fue vendido a favor de Antonio Calvo y desde entonces ha mantenido su condición de propiedad privada.

Actualmente este antiguo conjunto conventual presenta un aspecto ruinoso, del que todavía permanecen en pie varias zonas importantes, como la monumental fachada principal de la iglesia, la gran cúpula de su capilla mayor (que parece sostenerse gracias a hilos invisibles), las arquerías de su sobrio claustro, etc.

La regularidad de su planta, los elementos clasicistas incorporados y su propia monumentalidad provocaron que en ciertos ambientes se conociese a este convento como *el Escorial aragonés*. Entre las historias que se cuentan sobre él destaca la que relata cómo, tras una gran helada acaecida la noche de los Inocentes de 1829, los *descalzos* del Desierto tuvieron el capricho de tomar chocolate sobre la superficie helada del llamado pozo del Estrechillo o Estertillo. Y todavía más interesantes son los sucesos recogidos en la *Historia monástica...* de Manuel de san Martín. Especialmente curioso es el que narra el extraño suceso protagonizado por la reliquia (calavera de un venerable religioso de la orden) que presidía la gran mesa del refectorio de este convento:

...Estando una noche dos hermanos en la cocina friendo pescado, llevaban su conversación sin respeto al silencio que en aquella hora tan encarecidamente nos impone nuestra Regla, pareciéndoles que el trabajo y sus circunstancias los dispensaban por entonces de la obligación de callar.

Con esta persuasión hablaban sin reparo ni escrúpulo, cuando de repente advirtieron un ruido extraordinario en el refectorio. Estaba abierta la ventana del repartidor; llegáronse a ella con luz a explorar y nada vieron. Atribuyendo el pasado ruido a alguna contingencia desconocida de ellos, continuaron su trabajo y su conversación, y por segunda vez oyeron un golpe, con más estrépito que el primero. Repitieron su exploración por el repartidor y vieron que la calavera de la mesa traviesa, estando ellos mirando hacia ella, dio un salto y se puso en medio del refectorio y luego desde el medio del plano del refectorio, en otro salto, vino a parar al plano de la misma ventana del repartidor. Y con esto, llenos de sobresalto, conocieron su culpa de inobservancia y fracción del silencio, cesaron de hablar penetrados de temor. Y así, la calavera en otros dos saltos se volvió a la mesa prioral, en donde se conserva hasta el día de hoy, la misma idéntica que por respeto a este suceso no se han atrevido a mudarla ni ponerla de pintura...

Para concluir este breve apunte sobre este soberbio edificio, querría subrayar el gran valor del conjunto del que forma parte (definido por el propio edificio conventual y por ermitas, peirones, fuentes, nevera, almazara, etc.) y el inmenso valor del entorno paisajístico en el que se halla inmerso, el cual mantiene todavía vivo el ambiente de paz y sosiego que cautivó hace más de trescientos años a los religiosos carmelitas.

Sus restos constituyen un puente evocador y nostálgico hacia el pasado. El silencio que sobrecoge al visitante cuando se acerca a él parece romperse ante su grito agónico de anhelo de supervivencia. Grito que podría silenciarse de llevarse a cabo un interesantísimo proyecto de recuperación de este monumento, cuyo objetivo es hacer de él un centro de creación y debate artístico, en coincidencia con el plan europeo de *Red de Centros Culturales de Reencuentro*, lo que permitiría su integración en el contexto del desarrollo cultural y turístico del Bajo Aragón y lo convertiría en un elemento clave de dinamización del mundo cultural aragonés. Confiemos, por tanto, en que vuelva la cultura a alojarse entre sus muros y que renazca el espíritu humanístico que tuvo en el pasado. Y que la *maldición* que parece perseguirle desde su construcción –en forma de fuego, saqueos, ataques violentos y abandono– no se torne esta vez en la indiferencia y desidia que firme su cruel y definitiva sentencia de muerte.



Convento del Desierto de Calanda

Arquitectura civil

Durante los siglos XVII y XVIII en el Bajo Aragón se construyó un número considerable de edificios de carácter civil que se adaptan a la concepción urbana barroca caracterizada por su regularidad y trazados lineales. La mayor parte de las casas palaciegas de esta época prolongan las tipologías propuestas y definidas en el siglo XVI, enriquecidas, eso sí, con motivos decorativos barrocos. Esta pervivencia del modelo de palacio renacentista –que se identifica por sus nobles fachadas de sillerías, sus grandes portadas adoveladas y, en muchos casos, por sus arquerías o galerías superiores– dificulta enormemente la datación de estos edificios. Es difícil determinar –si no se cuenta con apoyo documental– si fueron realizados con anterioridad y *redecorados* posteriormente al gusto barroco o si fueron construidos de nueva planta en los siglos XVII y XVIII.

Entre las grandes edificaciones palaciegas de la comarca erigidas en el periodo barroco destaca, sin duda, el palacio de los Comendadores de Alcañiz. Además, otras muchas poblaciones conservan nobles edificios que responden al modelo de tradición renacentista antes mencionado. Entre ellos podría citarse la magnífica casa-palacio del barón de Andilla, o casa de los Puig, de Valdealgorfa, de principios del siglo XVII.



Valdealgorfa. Escudo de la casa del barón de Andilla

Además de estos palacios de soberbias fachadas de sillería, durante los siglos XVII y XVIII se construyeron en la comarca del Bajo Aragón otros edificios igualmente interesantes pero que se ocultan tras fachadas menos suntuosas. Buen ejemplo de ello es la Casa Membrado de Belmonte de San José, construida en 1724 por Joseph Membrado Ejerique y que, tal como recuerda una de sus rejas, heredó en 1743 Matías Membrado. En ella nació y murió Juan Pío Membrado (1851-1923), cofundador y primer presidente de la sociedad regeneracionista *Fomento del Bajo Aragón*. En el interior se conservan unas notables puertas talladas y un salón con pinturas murales de carácter decorativo.

Por otro lado, dentro del ámbito de la arquitectura civil, hay que incluir también un conjunto de obras tan interesantes como fundamentales para la vida cotidiana de estas poblaciones, como son molinos, hornos, fuentes, presas y azudes, acequias, etc. Entre las fuentes destaca la de Alcorisa, obra de buena cantería, definida por una bóveda de cañón transversal y que conserva la fecha inscrita de 1782. En cuanto a puentes y molinos, muchos fueron los construidos o remodelados durante estos dos siglos, como ha permitido constatar la documentación conservada en el Archivo Histórico de Protocolos de Alcañiz. Así sabemos que, entre otras, se ejecutaron obras de reforma en los molinos olearios de Belmonte de San José, Cañada de Verich y Valdealgorfa, y en los molinos harineros de Alcañiz y Valdealgorfa. No hay que olvidar que al tratarse de obras utilizadas continuamente exigían periódicas reformas y la sustitución de las piezas que sufrían más desgaste: prensas, rúejos, etc. Por último, entre las diversas obras hidráulicas llevadas a cabo en estos dos siglos sobresale, sin du-

da, la monumental presa de Calanda diseñada, en 1788, por Juan de Villanueva, arquitecto oficial de la Corte y autor de obras tan señeras como el Museo del Prado. Además de las construcciones de nueva planta, se hicieron también trabajos de reforma y mantenimiento en conjuntos hidráulicos preexistentes, como los efectuados en el *Río Alto* de Alcañiz, nombre con el que era conocido el canal o acequia molinar que abastecía de agua al Molino Mayor harinero, y que, desde el azud, discurría paralelo al recinto amurallado (Muro de Santiago).



Calanda. Restos de la gran presa de Juan de Villanueva (1788)

Escultura barroca

La escultura durante este periodo muestra todavía una fuerte dependencia de la arquitectura. La mayor parte se realiza para el monumento (*escultura monumental*) y se desarrolla fundamentalmente en dos campos: en las portadas en piedra de los principales edificios religiosos de la comarca y en los múltiples motivos en estuco que decoran sus interiores.

Las portadas ofrecen un campo perfecto para el desarrollo del trabajo escultórico. En algún caso, como en el templo de Santa María la Mayor de Alcañiz, se extiende el relieve con profusión por toda su superficie, mientras que en otros se limita a sencillos motivos decorativos que embellecen y enfatizan las zonas de mayor interés de la portada.

En cuanto al trabajo en estuco, éste supera ampliamente su función de simple revestimiento arquitectónico, con lo que pierde el carácter de *arte decorativa* y se integra perfectamente en lo que conocemos como escultura monumental. Estas obras se concentran en unas zonas determinadas (cúpulas, claves de las bóvedas, capiteles o ventanas) y en su iconografía se observa un claro predominio de los temas reli-



Portada principal



Calanda. Iglesia parroquial decorada con estucos

giosos. En ocasiones, es el propio marco el que invita a la utilización de unos determinados temas. Así, en las pechinas de las cúpulas suelen representarse grupos de cuatro personajes, habitualmente los evangelistas o los Padres de la Iglesia, tal como puede contemplarse en la iglesia parroquial de Berge, o, de forma más ocasional, temas marianos, como sucede en la iglesia de Santa María la Mayor de Alcañiz. En otros casos es un tema central el que inspira todo un programa iconográfico, como puede verse claramente en las capillas dedicadas a la Pasión de Cristo de las que son buenos ejemplos la existente en la parroquial de Berge y la capilla de la Soledad de la iglesia de Santa María la Mayor de Alcañiz.

Otro ámbito de aplicación de la labor escultórica es el soporte móvil o mueble. Ejemplos representativos son las cajas de los órganos, las bellas puertas talladas y, sobre todo, los numerosos retablos que se realizaron en esta época en la comarca. De la mayor parte de éstos se conserva sólo su mazonería y en muchos casos considerablemente restaurada tras la última guerra civil.

En cuanto a la escultura exenta o estatuaria, el número de obras que han pervivido es menor, debido, lógicamente, a su mayor vulnerabilidad. Es muy importante subrayar que, a pesar de ser exentas, todas estas esculturas forman parte de un conjunto –portada o retablo–, que les aporta su verdadero carácter pero que a la vez las condiciona y *aprisiona*. Esta dependencia del marco explica que el simple cambio de ubicación de una obra, aun en el mismo retablo, produzca su total *deformación*. Esto se observa perfectamente en las imágenes del retablo de Valdealgorfa, *reorganizado* tras la destrucción de las tres esculturas centrales en la guerra civil española.



Alcañiz. Imagen de San Valero en la portada de la iglesia de Escolapios

En cuanto a los materiales, se usa la piedra para labrar las esculturas de las portadas y la madera para las imágenes alojadas en retablos. De las primeras, aunque han sido muchas las pérdidas, todavía se conservan algunos muy buenos ejemplos como la Virgen con el Niño de la iglesia parroquial de Valdealgorfa o la imagen de san Valero del colegio de escolapios de Alcañiz. En ellas se aprecia un incremento progresivo de la movilidad, con la utilización del *contraposto* y la disposición diagonal de los brazos, tal como puede observarse igualmente en las imágenes de las portadas de las iglesias alcañizanas del Carmen y de Santa María la Mayor.

También han llegado hasta nosotros algunas obras interesantes de imaginería en madera, aunque en

este ámbito sí que las pérdidas sufridas han sido tremendas. Conviene recordar que los retablos de este periodo son fundamentalmente escultóricos, por lo que la mayor parte de sus imágenes se encargan –como revela la documentación– de cuerpo entero y de todo relieve. Paulatinamente el uso de hornacinas disminuye, sustituidas por peanas, lo que proporciona mayor libertad a las figuras respecto de su marco arquitectónico. Esta evolución se percibe muy claramente al comparar los retablos mayores de la parroquial de Valdealgorfa y de la iglesia del Carmen de Alcañiz, ambos llevados a cabo por el mismo escultor, Jaime Nogués, a principios del siglo XVIII, pero diez años más antiguo el de Valdealgorfa, que tiene la mayor parte de sus figuras dispuestas en hornacinas. Dicho retablo fue diseñado inicialmente con baldaquino o tabernáculo, aunque más tarde se cambió el proyecto original y se realizó el retablo que hoy se conserva. Sí se conservan los baldaquinos realizados para la ermita del Loreto de La Codoñera y la capilla de la Soledad de la iglesia de Santa María la Mayor de Alcañiz.

La pintura barroca en el Bajo Aragón

Son escasos los estudios sobre la pintura de este periodo y reducida la información que proporcionan los fondos de protocolos notariales (se limitan, básicamente, a datos de la vida privada de los pintores: capitulaciones matrimoniales, testamentos, etc). Esto contrasta con el importante patrimonio que se nos ha legado, el cual, aunque visiblemente mermado –sobre todo, por la destrucción masiva del patrimonio religioso que supuso la última guerra civil– es más considerable de lo que tradicionalmente se ha estimado.



Iglesia parroquial de Valdealgorfa. Lienzo del retablo de la Divina Pastora, obra de Pedro Llovet



Iglesia parroquial de La Codoñera. Pinturas murales recientemente descubiertas

De acuerdo con el soporte pictórico elegido se puede hablar de pintura mural y de la denominada pintura de caballete. Las obras localizadas hasta el momento están ubicadas mayoritariamente en edificios religiosos, pero es lógico pensar que debieron realizarse también pinturas murales en las grandes casas palaciegas.

Es interesante el conjunto de lienzos conservado en la iglesia de Santa María la Mayor de Alcañiz, distribuido en la actualidad por diversas capillas del templo y sobre el que todavía no se ha llevado a cabo un estudio riguroso. Aunque los retablos son predominantemente escultóricos en esta época, como ya se ha indicado, y, por lo tanto, la pintura es in-

existente o queda relegada a un segundo plano, constituye una magnífica excepción el retablo de la Divina Pastora de la iglesia parroquial de Valdealgorfa (recientemente restaurado), en el que el protagonismo recae sobre su gran lienzo central.

En cuanto a la pintura mural, perviven algunos restos en la iglesia parroquial de Berge, concretamente en un pilar decorado con figuras intercaladas de santos y Virtudes, así como en la parroquial de La Codoñera, últimamente descubiertas. Excepcional debió ser el conjunto realizado por Francisco Plano y su hijo Felipe en la capilla de la Soledad de la iglesia de Santa María la Mayor de Alcañiz (1732), obra que quedó oculta al efectuarse su redecoración en estuco a finales del siglo XVIII. En el ámbito de la arquitectura civil, un buen ejemplo de decoración pictórica mural lo constituye la fachada lateral de la casa consistorial de Calanda, de carácter conmemorativo (hace alusión a uno de los hijos ilustres de la villa, Francisco Cascajares y del Castillo) y en la que consta la fecha de 1752.

Muchas de las pinturas murales de esta época han sido objeto de numerosos *retques* posteriores lo que hace imprescindible efectuar un análisis preciso que permita su identificación. Estas *restauraciones* debieron ser frecuentes tras la guerra civil, como demuestra el testimonio de José Blanc Sanmartín (*Toda una vida: memorias de un calaceitano*), que fue uno de los artífices de las practicadas en la iglesia parroquial de Valdealgorfa y en la ermita de San José de Belmonte.

Otras manifestaciones artísticas barrocas

La **orfebrería** de este periodo puede estudiarse a partir de los numerosos inventarios de iglesias conservados en los que se alude a los tesoros o *jocalías* que había en ellas: cálices, patenas, candelabros, cruces, paces, palmatorias, incensa-

rios, relicarios, etc. Así queda reflejado, por ejemplo, en el inventario realizado en 1702 de lo contenido en la iglesia de Santa María Magdalena del castillo de Alcañiz y en el de 1778 que hace relación de las piezas conservadas en la sacristía de la parroquial de Torrecilla, ambos conservados en el Archivo Histórico de Protocolos de Alcañiz. La mayor parte de estas obras no han llegado hasta nuestros días y han sido reemplazadas por piezas modernas.

Fueron también frecuentes en la época los encargos de imágenes sagradas de busto o de cuerpo entero elaboradas en metales nobles, normalmente plata. Eran, por lo tanto, obras de orfebrería que, a la vez, se acomodaban a los gustos escultóricos del momento.

Gran desarrollo alcanzó igualmente el llamado **arte del metal**. Fundamentalmente en hierro y en menor medida en bronce, se elaboraron cruces y veletas de remate para las torres y cimborrios de templos parroquiales, conventos, santuarios y ermitas; trabajos de metal para revestir y decorar sus puertas de madera; campanas; y, sobre todo, numerosas obras de rejería. El templo del Pilar de Calanda conserva precisamente una magnífica reja en el antepecho del coro, y además son muchos los edificios de carácter civil que todavía muestran preciosos balcones en hierro forjado, curiosos picaportes y otros detalles en metal.

Otra manifestación artística del Bajo Aragón en este momento es el **arte del vidrio**. Varios documentos aluden a la fabricación de este material (hornos y molinos), aunque de obras concretas sólo tenemos constancia documental de las vidrieras encargadas al vidriero zaragozano José Dueñas en los años treinta del siglo XVIII para la capilla de la Soledad de la iglesia de Santa María la Mayor de Alcañiz. Desgraciadamente no se han conservado, como tampoco otras similares que debieron decorar otros edificios de la comarca.

En cuanto a la **organería**, varios son los documentos de capitulación relativos a órganos encargados especialmente a lo largo del siglo XVIII. En ellos se especificaba que debían realizarse “según arte y de buen metal, de toda bondad y con toda perfección”, lo que revela el interés que despertaba esta actividad. En cuanto a sus autores, a los que se alude como maestros organeros o maestros de hacer órganos, un apellido destaca siempre unido a esta actividad: Turull. Desde 1699 y durante generaciones esta familia estuvo íntimamente ligada a la localidad bajoaragonesa de Calanda y su labor, desarrollada tanto en Aragón como en las tierras limítrofes castellonenses, fue unánimemente reconocida. Tres son los



Valdealgorfa. Detalle del órgano de la iglesia parroquial



Belmonte. Secreto del órgano de la iglesia parroquial

grandes testimonios de su arte en nuestra comarca: los órganos de los templos parroquiales de Belmonte (1747), Valdealgofra (1756) y Calanda (1734; aunque no se conserva ni la caja ni el instrumento). Sólo queda una incógnita aún por develar acerca de esta familia de maestros organeros: el porqué de su desaparición repentina y definitiva de Calanda a principios del siglo XIX.

Del barroco al neoclasicismo. Tomás Llovet

El alcañizano Tomás Llovet (1770-1848) es una figura fundamental dentro de la escultura aragonesa de la primera mitad del siglo XIX y el máximo representante del neoclasicismo en el Bajo Aragón. Pertenece a la que ha sido denominada primera generación neoclásica aragonesa por su asunción de un lenguaje artístico decidida-

mente clasicista. Entre 1811 y 1848 fue director de Escultura de la Academia de Nobles y Bellas Artes de San Luis de Zaragoza, en la que él mismo se había formado. Desde este cargo ejerció un protagonismo y una capacidad de control en el ámbito artístico aragoneses verdaderamente relevantes.



Alcañiz. Antigua postal que muestra el retablo mayor de la iglesia de Santa María la Mayor antes de su transformación

Sin embargo, de su extensa producción artística son muchas las obras que desgraciadamente se han perdido. Es importante subrayar que además de su labor escultórica, también desarrolló su actividad profesional en los campos de la arquitectura (por ejemplo, en la ya mencionada ampliación de la ermita de la Virgen de Pueyos de Alcañiz) y de la pintura.

Como escultor, fue notable su participación en los retablos de la iglesia colegial de Santa María de Alcañiz.

En 1798 acordó con la junta de fábrica de dicha iglesia la ejecución de las imágenes y relieves del retablo mayor, una obra -hoy profundamente transformada- elaborada de acuerdo al diseño del arquitecto Francisco Rocha con la aprobación de la Real Academia de San Luis. Para este mismo templo realizó cinco retablos más destinados a las capillas laterales: en 1830 se comprometía a su finalización en el plazo de cuatro años.

Además de estas obras alcañizanas, Tomás Llovet hizo otros trabajos de escultura en distintos lugares de la actual comarca del Bajo Aragón. Así, se tiene constancia de que en el año 1812 llevó a cabo una imagen de la Virgen del Pilar en madera sobredorada para Calanda -que se sacó durante años en procesión pero que no se ha conservado-; y también parece reconocerse su mano en dos bajorrelieves que decoran el presbiterio de la iglesia parroquial de Castelserás, con los temas de la Anunciación y del Nacimiento de la Virgen enmarcados en grandes medallones circulares.

Bibliografía

BENITO MARTÍN, Félix, *Inventario arquitectónico: Teruel*, Diputación General de Aragón, Zaragoza, 1991.

Boletín de Historia y Geografía del Bajo Aragón, Centro de Estudios Bajoaragoneses, Zaragoza, 1982 (Zaragoza, 1907-1909).

BORRÁS GUALIS, Gonzalo, "Arte", *Enciclopedia Temática de Aragón*, tomos III y IV, Moncayo, Zaragoza, 1987.

BORRÁS GUALIS, Gonzalo, *El arte mudéjar en Teruel y su provincia* (Cartillas Turolenses, 3), Instituto de Estudios Turolenses, Teruel, 1987.

ESTERAS MARTÍN, Cristina, *Orfebrería de Teruel y su provincia. Siglos XIII al XIX*, Instituto de Estudios Turolenses, Teruel, 1980.

FACI, Roque Alberto, *Aragón Reyno de Christo y dote de María Santísima*, Diputación General de Aragón, Zaragoza, 1979 (impresión de José Fort, 1739 y 1750).

MADOZ, Pascual, *Diccionario Geográfico Estadístico Histórico de España y sus posesiones de ultramar*, Madrid, 1845-1850.

MIRAVET, Ricardo, *El órgano de la Basílica Arciprestal de Morella*, Ayuntamiento de Morella, 2000.

RINCÓN GARCÍA, Wifredo, *Un siglo de escultura en Zaragoza (1808-1908)*, Caja de Ahorros de Zaragoza, Aragón y Rioja, Zaragoza, 1984.

SEBASTIÁN LÓPEZ, Santiago, *Inventario artístico de Teruel y su provincia*, Ministerio de Educación y Ciencia, Madrid, 1974.

SEBASTIÁN LÓPEZ, Santiago, *Visión panorámica del arte turolense* (Cartillas turolenses, 18), Instituto de Estudios Turolenses, Teruel, 1996.

THOMSON LLISTERRI, Teresa, *Las Artes en el Bajo Aragón en la primera mitad del siglo XVIII. Estudio documental*, Centro de Estudios Bajoaragoneses, Alcañiz, 1998.

THOMSON LLISTERRI, Teresa, *Las Artes en el Bajo Aragón en la segunda mitad del siglo XVIII. Estudio documental*, Centro de Estudios Bajoaragoneses y Ayuntamiento de Alcañiz, Alcañiz, 2002.

Iglesia de Santa María la Mayor de Alcañiz

TERESA THOMSON LLISTERRI

De la edificación gótica -de la que fuera iglesia colegial de 1407 a 1851- sólo se ha conservado su magnífica torre-campanario y una pequeña esquina del edificio que define perfectamente la orientación del antiguo templo gótico. La torre estaba situada en la zona de los pies de la iglesia, adosada a la nave de la Epístola (derecha). Se construyó durante la primera mitad del siglo XIV, y en el XVI se le añadieron las últimas hileras de piedra y un sencillo cuerpo de ladrillo (para acoger a la campana del reloj) que fue sustituido en varias ocasiones por otro tipo de remates. Esta obra es una de las torres góticas más notables de la antigua Corona de Aragón. Tuvo, además de la típica función cívico-religiosa de las torres campanario, una finalidad militar, al concebirse como habitación-refugio. A ello hay que añadir su valor simbólico, pues su construcción debió responder al deseo de la Ciudad de rivalizar con el poder de la Orden de Calatrava, simbolizado por su castillo y, más concretamente, por su gran torre del Homenaje.

A principios del siglo XVIII se tomó una decisión importantísima para el patrimonio artístico de Alcañiz: la demolición del templo gótico de Santa María la Mayor. Consultada la valiosa documentación conservada en varios fondos documentales, podemos llegar a conocer o, por lo menos, a intuir los motivos que propiciaron la construcción de un nuevo templo. Si bien desde finales del siglo XVII se constatan alusiones al mal estado del templo gótico, es a principios de los años treinta del siglo XVIII cuando la idea de demoler el antiguo templo y construir uno nuevo empieza a germinar en el ánimo del Cabildo y del Ayuntamiento. Parece ser que el *desencadenante* fue el incendio del retablo mayor, suceso que aconteció en octubre de 1731 y que afectó a la columna inmediata al coro. Esto obligó a que ese mismo año se formase una junta de fábrica en la que estaban representados el cabildo de la colegial y el Ayuntamiento; y si bien, en principio, esta junta tenía como objetivo la reforma del templo antiguo, pronto, en 1733, se planteó la posibilidad de la construcción de una nueva iglesia. La decisión definitiva se tomó tras desplomarse el 2 de agosto de 1735 la columna mencionada, lo que produjo el derrumbamiento de una parte de la nave. Sin embargo, es muy importante señalar que si bien el mal estado de la obra gótica era evidente, lo cierto es que en la decisión de derruirla fue fundamental el deseo de tener una iglesia de mayor capacidad y acorde con el gusto de la época, simbolizado por el monumental templo del Pilar de Zaragoza.

Tras demolerse el edificio medieval, en 1736 se inició la construcción de la gran iglesia barroca que acogió en su fábrica la antigua torre gótica y la recién concluida capilla de la Soledad. Respecto a la capilla del *Santo Cristo y María San-*

tíssima de la Soledad, varios documentos relatan cómo llegaron estas imágenes de mano de un peregrino, cómo fueron más tarde recogidas en la iglesia y los acontecimientos milagrosos que ello produjo. Se proyectó dicha capilla como una obra independiente y unitaria, por lo que bien podríamos hablar de una pequeña iglesia adosada a un gran templo, y fue bendecida el 15 de noviembre de 1732, de ahí que, lógicamente, se conservara al derruirse el antiguo templo medieval. De hecho, cuando el 25 de agosto de 1735 don Tomás Crespo de Agüero, arzobispo de Zaragoza, autorizó la demolición del antiguo templo gótico, fue él quien insistió en que se debía preservar tanto la torre antigua como esta capilla del Santo Cristo.



Vista general de la iglesia parroquial de Santa María la Mayor de Alcañiz

El templo barroco se realizó conforme a los planos de Domingo de Yarza, maestro de obras del Pilar. En 1757 se bendijo la primera parte y en 1783 finalizaron sus obras, aunque la ejecución de su decoración interior se prolongó hasta bien avanzado el siglo XIX.

El templo barroco se realizó conforme a los planos de Domingo de Yarza, maestro de obras del Pilar. En 1757 se bendijo la primera parte y en 1783 finalizaron sus obras, aunque la ejecución de su decoración interior se prolongó hasta bien avanzado el siglo XIX.

La planta de esta iglesia sigue el esquema básico del Pilar de Zaragoza, pudiéndose considerar un trasunto de ésta: planta rectangular de tres naves de igual altura, crucero alineado, capillas laterales y cuatro torres en sus ángulos. El proyecto pilarista que tanta influencia tuvo fue el que Felipe Sánchez realizó entre 1674 y 1678 (alterado con numerosas actuaciones posteriores), que presentaba la típica planta de salón –usada ya con gran éxito en el siglo anterior en Aragón– y el soporte basado en la idea de superponer a un pilar cruciforme el fragmento de un gran entablamento y sobre éste un pilar menor -soporte que Diego de Siloe ya usó en 1527 en la catedral de Granada-, lo que permite elevar considerablemente la altura del edificio.

Si bien es cierto que el paradigma para la arquitectura religiosa barroca de Aragón fue el Pilar de Zaragoza, la iglesia colegial de Alcañiz sirvió como hilo conductor o transmisor de la misma idea en todo el Bajo Aragón. De este modo, el llamado *modelo pilarista* se repite en obras como la iglesia de San Francisco del propio Alcañiz y en los templos parroquiales de un buen número de poblaciones de esta zona: Castelserás, Belmonte, La Cerollera, etc.

La gran portada principal de la iglesia de Santa María sigue la estructura básica de la típica portada-retablo barroca, aunque en este caso con la pronunciada monumentalidad que la caracteriza. Está concebida de acuerdo a una clara



Antigua imagen del interior de la iglesia con el coro en su ubicación primitiva

composición piramidal, que crea un ritmo ascendente subrayado por los elementos curvos de su zona central: arco de ingreso, dosel de la Virgen y arco mixtilíneo de la ventana superior. En ella se aúnan perfectamente la idea barroca de movimiento con un impresionante sentido de armonía y belleza plástica.

El interior está en la actualidad profundamente transformado, pues refleja una desnudez ajena al propio espíritu barroco con el que se concibió. La pérdida de la mayor parte de los retablos e imágenes que *decoraban* el templo y la eliminación del gran coro situado a la entrada han acentuado en exceso su amplitud espacial. La decoración escultórica interior se concentra en

los motivos en estuco que decoran las pechinas de sus cúpulas, la zona alta de sus esbeltos pilares y los marcos de las ventanas. También tiene un considerable interés su retablo mayor, obra neoclásica de Tomás Llovet profundamente alterada tras los desperfectos sufridos en la última guerra civil.

El templo –declarado Bien de Interés Cultural el 27 de mayo de 1988– conserva valiosas obras pictóricas. Destaca entre ellas un interesante conjunto de pintura gótica atribuido por Fabián Mañas (1979) al taller de Domingo Ram, uno de los pintores más importantes de Aragón de finales del siglo XV, representante de la *época de oro* de la pintura aragonesa, correspondiente a los llamados *primitivos aragoneses*.

Este conjunto se conserva en la sacristía, al igual que un segundo grupo de pinturas que rivalizan en interés con aquél. Se trata de un conjunto pictórico renacentista compuesto por obras tradicionalmente atribuidas al llamado *maestro de Alcañiz*. Están datadas en las dos primeras décadas del siglo XVI (alrededor de 1520) e inscritas dentro de la corriente valenciana.

Bibliografía

- CID PRIEGO, Carlos, *La Colegiata de Alcañiz*, Instituto de Estudios Turolenses, Teruel, 1956.
- MAGDALENA LACAMBRA, Federico, *La iglesia colegiata de Alcañiz. Apuntes históricos*, El Noticiero, Zaragoza, 1944.

El Modernismo en el Bajo Aragón

TERESA THOMSON LLISTERRI

En las primeras décadas del siglo XX, tal como ocurre en el resto de Aragón, en esta comarca se reflejan los nuevos aires del modernismo. Periodo en el que convive –como ha sido subrayado por M^a Pilar Poblador– con los historicismos y eclecticismos decimonónicos. Son características sus formas orgánicas y ondulantes, los motivos decorativos vegetales y la clara influencia del *estilo floral* del modernismo catalán.

Es importante recordar que la arquitectura modernista es, básicamente, un fenómeno urbano, vinculado a aquellos lugares en los que existía una burguesía acomodada. Por ello resulta lógico que en el Bajo Aragón la población que conserve más edificios modernistas sea la de Alcañiz. De todos modos, en las construcciones alcañizanas de este periodo tiene un gran peso la tradición de la arquitectura popular, por lo que en muchos casos, el nuevo *lenguaje artístico* se limita a determinados elementos como obras de rejería, sencillos motivos decorativos vegetales aplicados a sus fachadas, o balcones de planta curva o sinuosa.

Entre los edificios modernistas de Alcañiz destacan los correspondientes a los números 14 y 15 del Paseo Andrade, y el construido por Eduardo Jesús Taboda en el número 14 de la calle Alejandro.

La casa ubicada en el número 14 del Paseo Andrade –construida en 1925 y diseñada por su propietario, el ingeniero Vicente Gimeno– presenta las características propias de la estética modernista unidas a *pinceladas* o influencias de procedencia levantina. La aplicación de numerosos elementos cerámicos (tanto en el exterior como en el interior), la abundancia de decoración vegetal y el perfil sinuoso de su remate son propios de la arquitectura modernista. La *estética levantina* se manifiesta en las rejas, en el diseño de la puerta principal y, de nuevo, en los elementos cerámicos. En su interior presenta una bella escalera y un interesante zócalo o *arrimadero* de cerámica de Manises.

El edificio correspondiente al número 15 del Paseo de Andrade, de principios del siglo XX, está estructurado en dos plantas, con un cuerpo central y dos laterales. El protagonismo de toda la fachada recae en su cuerpo



Alcañiz. Casa modernista del Paseo Andrade, nº 15

central: enmarcado por hiladas de sillares, con un óculo central y rematado por un pequeño frontón de perfil curvo, flanqueado por *jarrones* de forma esférica.

Otro interesante ejemplo de la arquitectura modernista en Alcañiz lo representa la *casa Taboada*. Edificio ubicado en la calle Alejandro número 14, fue profundamente reformado por iniciativa del notario e historiador Eduardo Jesús Taboada Cabañero (1865-1938), autor, entre otras muchas obras, de *Mesa Revuelta*, quien lo recibió como herencia en 1908 tras el fallecimiento de su madre. En 1911 Taboada solicitaba al Ayuntamiento autorización para ocupar parte de la vía pública mientras durasen las obras de derribo y reconstrucción de la fachada principal del edificio. Este proyecto inicial debió modificarse y aunque en principio sólo se pensaba actuar en su fachada, más tarde se reformó prácticamente la totalidad del inmueble. En 1912 las obras ya estaban concluidas, pues en dicho año se inició la actividad comercial en la ferretería instalada en la planta baja. En cuanto al arquitecto responsable de su diseño, en este momento sólo se cuenta con el testimonio oral de los descendientes del señor Taboada y de él únicamente recuerdan que procedía de Cataluña. Este último dato quedaría confirmado o, por lo menos, reforzado, por el sello que marca la procedencia barcelonesa del pilar de hierro fundido localizado en la fachada y de otro conservado en el interior. A ello se une, desde luego, la tradicional conexión de Alcañiz con la zona del Levante.

La fachada principal muestra varios elementos de estética modernista: su sinuoso cuerpo de remate, decorado con un gran motivo de forma oval; las formas también ondulantes de la planta o perfil del voladizo de sus balcones; las barandillas de forja con sencillos motivos florales; y los motivos decorativos de temática vegetal que enmarcan sus vanos. También son interesantes las decoraciones florales que adornan su patio de entrada o vestíbulo.

También en el Teatro de Alcañiz influyó la estética modernista, fundamentalmente en la decoración interior (por ejemplo, en las barandillas de sus palcos) y en espacios concretos como la llamada *sala de las palmeras*. Esta influencia es lógica dado el origen social de sus impulsores: la pequeña burguesía local representada por la Sociedad Liceo de la Unión. Sin embargo, el momento de su construcción, finales del siglo XIX, no favoreció una aceptación plena del nuevo estilo, ya que el Modernismo aragonés tiene una cronología relativamente tardía, por lo que -tal como ya se ha indicado- hay que esperar al siglo XX para ver sus primeras manifestaciones. Este teatro se inauguró el 15 de agosto de 1890, con la representación de la obra de Benito Illana titulada *Alcañiz por dentro*, y su construcción fue dirigida por Alejandro Mendizábal, arquitecto e ingeniero zaragozano.

Otros edificios alcañizanos incorporaron algún elemento próximo a la estética modernista, como el situado en el número 3 de la calle Blasco (antes calle Juego de Pelota) y aquéllos que aplicaron en sus fachadas elementos de forja o

hierro colado decorados con elementos vegetales. Magníficas eran las barandillas de dos edificios gemelos situados al inicio del Paseo Andrade que acaban de ser derruidos. Y también tienen interés los miradores o tribunas del edificio situado en el Muro de Santiago, 3. Todos estos elementos deben interpretarse únicamente como *ecos* de la estética modernista.

Como ya se ha indicado, el modernismo fue fundamentalmente un fenómeno urbano, asociado a poblaciones con una burguesía influyente. Por ello, en esta comarca se manifiesta especialmente, aunque con cierta timidez, en Alcañiz. De todos modos, el hecho de que los edificios modernistas sean consecuencia de iniciativas puntuales de particulares, con suficientes recursos económicos para costear los correspondientes encargos, y de que su construcción fuese utilizada como signo de *distinción social*, posibilita la aparición de algún ejemplo en localidades relativamente pequeñas, como ocurre con la casa Buñuel en Calanda. Este edificio, que se levanta en la plaza principal de la población, fue mandado construir por el padre del cineasta Luis Buñuel a su regreso de Cuba, donde consiguió *hacer fortuna*. Se llevó a cabo en 1900 por el afamado arquitecto aragonés Ricardo Magdalena Tabuena. Tal como ha destacado Ascensión Hernández, su decoración “pone de manifiesto cómo el modernismo se introdujo progresivamente en la arquitectura aragonesa a través de la asociación con la arquitectura más tradicional y ecléctica”. En él conviven el eclecticismo de su exterior con el marcado modernismo de su interior, bien visible en una cancela y diversos elementos de hierro forjado, en la pintura mural decorativa del salón principal con motivos geométricos y florales, en las formas sinuosas de sus chimeneas y mobiliario, etcétera.



Calanda. Casa Buñuel

Bibliografía

HERNÁNDEZ MARTÍNEZ, Ascensión, “La casa de D. Luis Manuel Buñuel en Calanda y su relación con la arquitectura de Ricardo Magdalena”, en *La Historia Local en la España Contemporánea. Estudios y reflexiones desde Aragón* [actas del I Congreso de Historia Local de Aragón, Mas de las Matas (Teruel), 3-5 de julio de 1997], Universidad de Zaragoza y L’Avenç, Barcelona, 1999, pp. 305-311.

POBLADOR MUGA, María Pilar, *La arquitectura modernista en Zaragoza: revisión crítica*, Diputación General de Aragón, Zaragoza, 1992.

POBLADOR MUGA, María Pilar, “La arquitectura modernista en Alcañiz: La casa Taboada”, en *La Historia Local en la España Contemporánea. Estudios y reflexiones desde Aragón* [actas del I Congreso de Historia Local de Aragón, Mas de las Matas (Teruel), 3-5 de julio de 1997], Universidad de Zaragoza y L’Avenç, Barcelona, 1999, pp. 451-465.

Las antiguas neveras: conservación, comercio y uso de la nieve

ALBERTO BAYOD CAMARERO

Actualmente se está llevando a cabo un detallado trabajo de inventario de los antiguos pozos de nieve y hielo natural que existieron en Aragón. Por el momento, se han localizado referencias de cerca de quinientas neveras. De esta cifra, alrededor de sesenta depósitos pertenecen al territorio del llamado *Bajo Aragón histórico*, entre los que están incluidos los antiguos pozos de nieve de la actual comarca del Bajo Aragón.

De las veintitrés neveras bajoaragonesas que han sido catalogadas, nueve se encuentran en un buen estado de conservación, manteniendo su estructura y cubierta por completo, y dos de ellas, las ubicadas en las poblaciones de Belmonte de San José y Cañada de Verich, son actualmente visitables, tras haber sido objeto de una oportuna revalorización patrimonial. También se ha recuperado con fines turísticos la antigua nevería de Alcañiz, que funcionaba como una tienda de almacenamiento y distribución de la nieve. En otras seis poblaciones todavía quedan restos materiales de los citados depósitos de nieve, en su mayoría perfectamente visibles, y en nueve casos se conoce el lugar donde estaban emplazados gracias a noticias orales o documentales.

Algunos de estos pozos presentan unas características especiales por su emplazamiento en parajes aislados de una gran belleza paisajística. Entre ellos, es destacable la nevera de origen eclesiástico que existía para el aprovisionamiento del convento de carmelitas descalzos del Desierto de Calanda, situada junto a las impresionantes ruinas del citado cenobio. Dicho depósito se conserva limpio y en perfecto estado, con la bóveda que cerraba el pozo y la abertura cenital por la que se accedía a su interior.

Como claro ejemplo de nevera de montaña o aprovisionamiento es reseñable la que todavía existe junto al Mas del Caubet, en el término de La Cerollera, que conserva en buen estado los restos del antiguo pozo, realizado en mampostería y con el ajuste de la piedra en seco. Su situación en una zona elevada atravesada por dos importantes vías de comunicación entre la costa y el interior, tenía, entre otras, la finalidad de suministrar hielo a



Interior de la nevera de Belmonte de San José

los arrieros que transportaban pescado fresco hacia el interior del valle del Ebro.

No obstante, la mayor parte de los depósitos que se localizan en esta comarca se corresponden con las características neveras *urbanas*, situadas en los alrededores de cada localidad y cuya finalidad principal era el abastecimiento permanente de la población. Por su apreciable estado de conservación y la gran capacidad de almacenamiento de nieve que permitían, tienen un gran atractivo monumental los depósitos existentes en los municipios bajoaragoneses de Alcorisa, Belmonte de San José, Calanda, Cañada de Verich, La Ginebrosa (2), La Mata de los Olmos y Valdealgorfa. Su fábrica constructiva se conserva en su totalidad, mantienen la cubierta en pie y presentan unas características que les confieren un valor singular.

De entre ellas destaca la nevera urbana de Belmonte de San José, convertida en un símbolo monumental de la población y referente de esta desaparecida labor artesanal. Aparece ya documentada en 1636, año en el que se produjo una muerte por accidente en su interior, y tiene unas imponentes medidas de 8 m de diámetro por 9 m de altura. Está dotada de una impresionante cubierta realizada con tobas calcáreas y sostenida por dos arcos cruzados de sillería. En ella se sitúa la abertura por donde se empozaba la nieve. La fábrica del pozo es de mampostería, con ajuste de la piedra en seco, y en el fondo del mismo se puede apreciar el túnel de desagüe, que es transitable en su interior. Ha sido la primera nevera rehabilitada en Aragón (1993), para lo cual se hizo necesario extraer una ingente cantidad de vertidos que colmataban el depósito y dotarla de un acceso adecuado para facilitar su visita. Actualmente, esta importante intervención de revalorización del patrimonio se ha completado con una serie de paneles de interpretación que informan de sus características y del funcionamiento de esta antigua actividad.

Otra de las neveras recuperadas en la comarca en los últimos años ha sido la de la localidad de La Cañada de Verich. Su cubierta constituye un magnífico ejemplo de las características falsas bóvedas realizadas por aproximación de hiladas de piedra, que disponían de una abertura cenital en el centro por donde se empozaba la nieve y que servía de cierre a la construcción. Las grandes dimensiones del pozo (casi 8 m de diámetro por 9 m de altura), su estructura de piedra realizada en tres fases, alternando mampostería en seco y sillería tosca rejuntada con argamasa de cal, y el pequeño arbellón utilizado como desagüe, son apreciables desde el interior gracias al actual acceso subterráneo hasta su base, realizado a imitación de las antiguas galerías mineras de la

zona, tan habituales en dicha población hasta hace muy poco tiempo. Su única referencia histórica localizada nos remonta al año 1784.

Otras dos neveras bien conservadas están situadas en el casco urbano de las localidades de Alcorisa y Calanda. En esta última, conocida como la *nevera de Crespo*, también es posible el acceso a su interior, lo que permite al visitante contemplar una extraña y atractiva planta con forma de cruz y pozo central. Actualmente ha sido adquirida por el Ayuntamiento y está en proceso de acondicionamiento y puesta en valor. En la población de La Ginebrosa se da la circunstancia de la existencia de dos interesantes neveras en las afueras de su casco urbano. Ambas se encuentran en un buen estado de conservación y recientemente se ha procedido a su limpieza y consolidación. En una fase posterior, se pretende dotarlas de un contenido museístico y paneles de interpretación para poder apreciar sus singulares características y valor cultural.



Cubierta de la nevera de La Cañada de Verich

También en las poblaciones de Valdealgorfa y La Mata de los Olmos existen dos grandes e importantes neveras urbanas conservadas en su totalidad, aunque todavía con restos de vertidos en su interior. Ambas están documentadas desde el siglo XVII (la nevera de Valdealgorfa fue construida en el emplazamiento actual entre los años 1683 y 1685, al edificarse la bóveda fija y forrarse de piedra las paredes del pozo) y en los dos casos existe ya un compromiso firme para llevar a cabo su recuperación patrimonial.

Asimismo, también se conservan restos materiales apreciables de otros pozos de nieve en las afueras de los núcleos urbanos de Agua viva, La Codoñera y Los Olmos. En el caso de La Codoñera, la provisión de nieve a la población está documentada desde fines del primer cuarto del siglo XVII y la nevera, remodelada en 1680, todavía da nombre a una de las vías públicas de la localidad.

Por el contrario, en las poblaciones de Berge, Foz-Calanda y Mas de las Matas los pozos de nieve urbanos con los que contaba cada localidad desaparecieron y tan sólo hay noticias orales de su pasada existencia.



Exterior de la nevera de La Mata de los Olmos



En Castelserás, todavía se denomina tradicionalmente como calle de la Nevera a una de sus vías públicas. En esta población y en las localidades de Alcañiz, La Cerollera y Torrecilla se conservan abundantes noticias históricas sobre sus depósitos de nieve en documentos de los siglos XVII, XVIII y XIX, que hacen referencia a su funcionamiento en el pasado y explotación comercial. El contrato de arrendamiento del abasto de nieve más antiguo que se ha localizado es el formalizado para la población de Castelserás en el año 1622. Las últimas referencias escritas que testimonian el uso de las neveras bajoaragonesas se remontan a finales del siglo XIX (Alcañiz, 1894), aunque la tradición oral describe un funcionamiento residual durante el primer tercio del siglo XX, compartiendo escena con las boyantes fábricas de hielo artificial que ya en 1924 anunciaban su presencia en Alcañiz (Polo Norte).

Un caso especial lo constituye la nevería de Alcañiz, que era el lugar destinado a almacén temporal y punto de venta de la nieve recogida y conservada en las neveras. Estaba situado en el centro de la ciudad y recibía aportes de los tres pozos comunales con los que contaba la población: la nevera de San Juan y los pozos de hielo de La Estanca y el Despeñador de Gasca, éste último remodelado en 1669-1672. Cuando no había existencias en la localidad, también se vendía la nieve almacenada en neveras situadas mucho más lejos, como la emplazada en la población de La Mata de los Olmos, tal como sucedió en los años 1657 y 1816. En la citada *tienda* alcañizana, empleada para la distribución de nieve y hielo natural, se reutilizó una estancia subterránea preexistente, excavada en la roca arenisca del subsuelo de la actual plaza de España, para almacenar dicho producto. El citado depósito está actualmente musealizado con paneles explicativos y simulaciones de herramientas, así como reproducciones de la disposición de la nieve en los pozos, etc., constituyendo un espacio singular en el que se recrean diversos aspectos de esta olvidada actividad preindustrial. Su privilegiada situación, bajo la oficina comarcal de Turismo de Alcañiz, lo convierte en un lugar ideal para ser visitado y adquirir la información necesaria para seguir la Ruta de las Neveras.



Vista de la nevería de Alcañiz, acondicionada para la visita

Lo esencial sobre las neveras

- **Su función:** el almacenamiento de la nieve y el hielo natural para su posterior explotación comercial.
- **Una dura actividad:** consistía en la recogida de nieve durante el invierno y su almacenamiento por capas, alternadas con paja, en el interior de estos sólidos depósitos subterráneos, para facilitar su conservación y uso durante la época más calurosa del año. En zonas inferiores a los 500-600 metros, las nevadas eran menos abundantes y también se empozaba hielo natural, obtenido al desviar cursos de agua hacia balsas de poca profundidad, aprovechando así las fuertes heladas invernales.
- **Tipología habitual:** planta circular, amplia capacidad, paredes de los pozos forradas de piedra, túnel de desagüe y cubierta fija abovedada, que mejoraba el aislamiento, realizada por aproximación de hiladas de piedra o ladrillo o con arcos de sostén y en la cual se situaban los accesos al interior del depósito.
- **Época de funcionamiento:** desde finales del siglo XVI, fomentado por la literatura médica de la época, hasta finales del XIX, en que desaparecen ante la progresiva introducción del hielo artificial. Coincide con un periodo de bajas temperaturas denominado como *Pequeña Edad del Hielo*.
- **Tipos de neveras:** urbanas, cercanas a las poblaciones y utilizadas para asegurar un abastecimiento permanente a cada localidad; o de abastecimiento, emplazadas en zonas de montaña alejadas y cuyo fin era garantizar la provisión de nieve en años de escasez, siendo transportada, en ocasiones, desde distancias realmente largas.
- **Explotación:** existencia de una amplia red de depósitos de almacenamiento para la distribución comercial de la nieve por toda la geografía peninsular, que funcionaban habitualmente entre los meses de mayo y octubre mediante contratos de arrendamiento anuales.
- **El uso cotidiano de la nieve:** era un artículo de primera necesidad destinado a la elaboración de refrescos y bebidas frías, la conservación de alimentos frescos y, fundamentalmente, a un uso con fines terapéuticos para tratar los síntomas de numerosas enfermedades.

Bibliografía

BAYOD CAMARERO, Alberto y BENAVENTE SERRANO, José Antonio, "Neveras y pozos de nieve o hielo en el Bajo Aragón: el uso y comercio de la nieve durante la Edad Moderna", *Al-Qannís*, 8, Taller de Arqueología, Alcañiz (Teruel), 1999.

ONA GONZÁLEZ, José Luis, "Una industria milenaria desaparecida. Neveras y pozos de hielo en Aragón", *Trébede*, 16-17 y 18, 1998, pp. 23-32 y 13-24.

Artistas plásticos en el Bajo Aragón contemporáneo

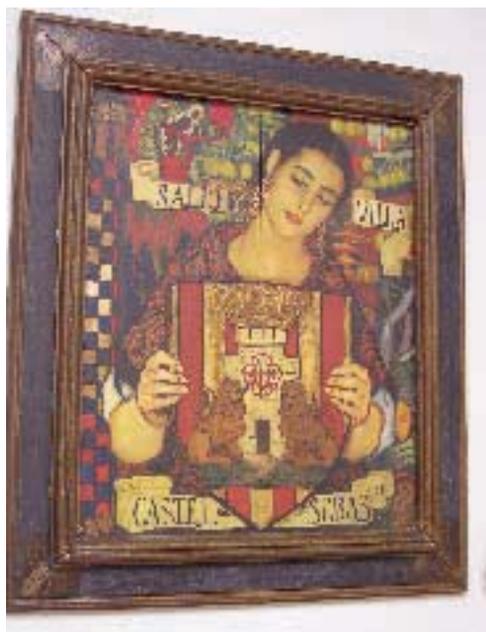
RAFAEL ORDÓÑEZ FERNÁNDEZ

Como en otros muchos aspectos, también la ciudad de Alcañiz, por su historia y por la significación demográfica y económica, social y política, cultural en suma de la secular capitalidad que ha ejercido en esa singularísima porción del territorio turolense que hoy denominamos Bajo Aragón (cuyo carácter ha sido siempre tan acusado que tiempo atrás estuvo llamada a conformar una cuarta provincia, cuya capital hubiese sido naturalmente Alcañiz), juega un papel muy destacado en el inmediato pasado y en el presente más cercano de las artes plásticas contemporáneas en esta comarca.

Esa preeminencia de lo alcañizano, que ha sido relevante en los aspectos formativos y decisiva (especialmente a partir del último cuarto del siglo XX) en cuanto se refiere a la promoción de los artistas de la comarca y a la difusión de su obra, no supone la falta de artífices, algunos muy estimables, en otras localidades del territorio comarcal, aunque lógicamente su actividad se haya focalizado hacia la capital bajoaragonesa y, sobre todo (como sucede también con algunos artistas alcañizanos), hacia la capital de Aragón y otras grandes ciudades más o menos próximas y afines, como Valencia, Barcelona, Madrid.

Si no somos demasiado rigurosos con las fronteras administrativas, es obligado citar a dos grandísimos artistas nacidos en el ámbito geográfico y cultural del Bajo Aragón: el maellano Pablo Gargallo (1881-1934), escultor universal y una de las figuras fundamentales del arte del siglo XX, y el también extraordinario escultor Pablo Serrano (1908-1985), nacido en el cercano Crivillén. Y recordar las vinculaciones con Castelserás –familiares y amistosas, pero también creativas– de Francisco Marín Bagüés (1879-1961), sin duda uno de los más valiosos pintores que ha dado Aragón en la pasada centuria.

Si Gargallo y Serrano son buen ejemplo de artistas formados y proyectados al mundo desde otras tierras, ya que salieron de la suya a edades tempranas, lo mismo cabe decir con absoluta propiedad del pintor Valero Lecha (1894-1976), nacido en Alcorisa y



Blasón de Calteaserás, obra del pintor Francisco Marín Bagüés

desde Calteaserás al difícil e irreductible mundo de la pintura con unas obras tan contenidas como vigorosas, en la mejor tradición del expresionismo español.

Entre los muchos pintores aragoneses que se han dedicado preferentemente al paisaje, siguiendo las secuelas del postimpresionismo y todas sus derivaciones, podemos hablar de un pequeño grupo con planteamientos técnicos muy sólidos y resultados expresivos ciertamente notables, y en ocasiones cercanos a la abstracción, del que forma parte Miguel Navarro Centelles (1923), artista nacido en Torrelilla.



Obra de Juan José Vaquero Foz, pintor natural de Calteaserás

trasterrado a El Salvador, país centroamericano donde llevó a cabo una ingente labor profesional, en la práctica y la docencia de la pintura.

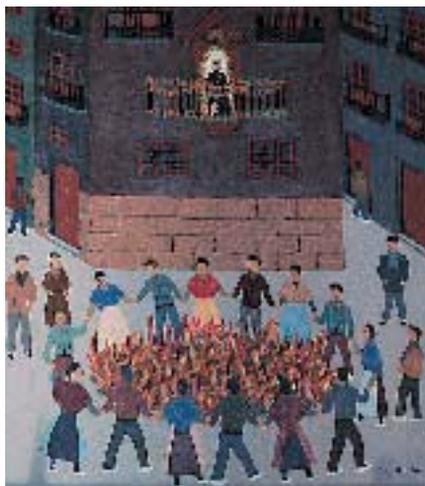
Aunque Molinos conserva y expone parte de su obra, fue Foz-Calanda el lugar de nacimiento de Eleuterio Blasco Ferrer (1907-1993), cuya singular personalidad creativa, en los campos del dibujo, la pintura y sobre todo la escultura, estuvo siempre orientada por sólidas convicciones ideológicas en el ámbito humanista del anarquismo.

Muchos años después de que Marín Bagüés pintase con verdadera fruición el Gallopuente, otro artista tenaz y apasionado, Juan José Vaquero Foz (1927), esta vez hijo del propio pueblo, se lanzaba

Pueblo natal de Luis Buñuel, ese genio del cine y la soledad ensordecedora, Calanda ha sido también cuna de tres artistas plásticos tan peculiares como sorprendentes: Francisco Boira (1924-1996), pintor tardío profundamente crítico en sus planteamientos conceptualistas, matéricos y objetuales; José Lamiel (1927), dibujante, pintor –y escultor imprevisto en ocasiones– de las formas y las vidas humildes; y Luis Hinojosa (1948), dibujante preciso y orfebre riguroso hasta la quintaesencia de la pasión geométrica, pero sobre todo escultor

empeñado en señalar los límites, el volumen, la música, los aires circundantes y el color indeciso de los sueños.

Si volvemos de nuevo a la ciudad de Alcañiz, la nómina de artistas a lo largo del último siglo es mucho más extensa, sobre todo en el ámbito de la pintura. Podemos considerar pionero a Ceferino Cabañas (1880-1950), cuya principal actividad profesional estuvo relacionada con la ilustración y la pintura decorativas, tanto en el campo editorial como en proyectos arquitectónicos. Artista modesto pero estimable que abrió el camino para un nutrido grupo de creadores, la mayoría de formación autodidacta y en la estela del género historicista o del postimpresionismo, como Gregorio Villalengua (1886-1969), Cristóbal Sierra (1893-1957), Alejandro Insa (1908-1967) y Raimundo San Nicolás (1918-1976), si bien algunos otros se formaron académicamente e hicieron de la docencia del arte su profesión principal. Es el caso del excelente postcubista Miguel Delgado (1910-1985), cuyos certeros retratos, bodegones y paisajes urbanos le convierten en el más importante pintor alcañizano de los primeros tres cuartos del siglo XX, y del no menos destacable acuarelista José Gascón (1912-1988), virtuoso practicante de una técnica en la que logró registros de gran interés, pero apenas conocidos como consecuencia de su escasa actividad pública.



Las hogueras de San Antón inmortalizadas por la pintura naif de Enriqueta Trullenque

Junto a estos artífices de perfil más convencional, Alcañiz ha dado también algunos ejemplos de pintores que podemos situar en los márgenes de las tendencias al uso, entre los que destacan, por una parte, el imaginativo, quizá surrealista y casi apocalíptico Domingo Villalengua (1921), y por otra la encantadora e inefable Enriqueta Trullenque (1910-2001), genuina representante de la pintura naif, cuya temática se circunscribe tanto a las tradiciones alcañizanas que los referentes emocionales cualifican todavía más los muchos valores artísticos de su trabajo y le confieren un gran interés sociológico.

Por lo referido a la escultura, disciplina mucho más compleja y parca en practicantes, la gran figura alcañizana del pasado siglo es sin duda Francisco Rallo (1924), que como heredero directo de la mejor tradición escultórica zaragozana –fue discípulo de Félix Burriel– ha desarrollado en la capital de Aragón una prolífica y muy diversa carrera profesional, en la que la estatuaria pública ocupa un lugar importante.

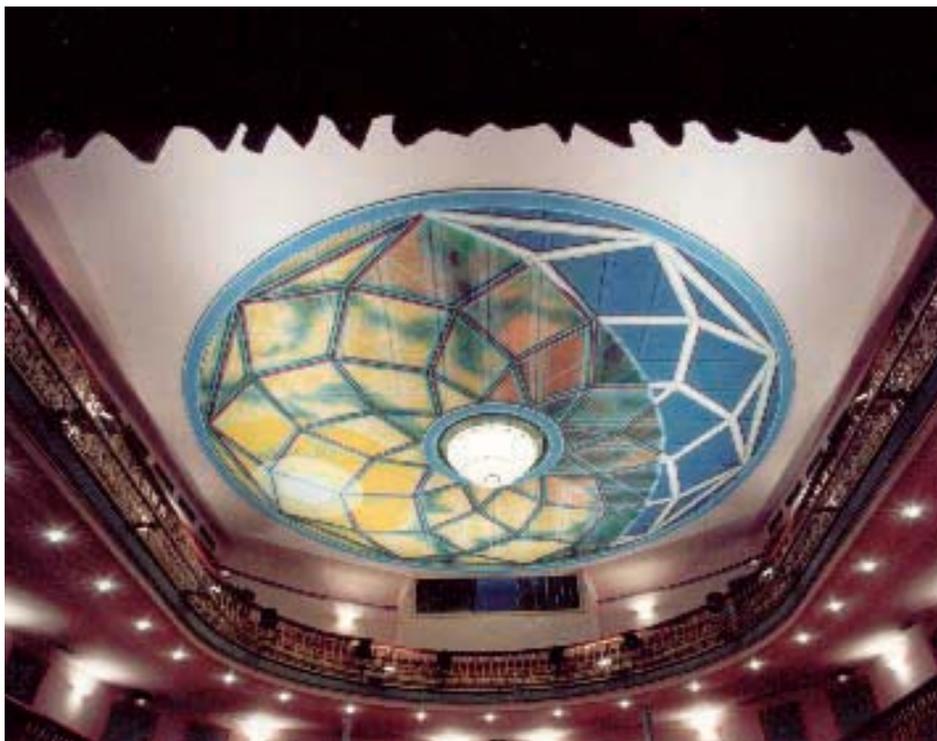
El último cuarto del siglo XX ha sido muy fructífero para el arte del Bajo Aragón y especialmente en Alcañiz, donde destaca por méritos propios la figura del pintor Enrique Trullenque (1951-1990), proteico creador plástico, escritor incisivo



Obra del artista Enrique Trullenque, utilizada como cartel conmemorativo del segundo centenario de la muerte de Nipho (2003)

pero lúdico y gran activista cultural cuyas iniciativas y proyectos tuvieron trascendencia nacional. A su misma generación pertenecen los pintores Antonio Boira (1951), de larga trayectoria casi oculta durante los últimos años, y Álvaro Lombarte (Peñarroya de Tastavins, 1954), muy volcado ahora en su actividad de impresor, y el ceramista Fidel Ferrando (1955), principal representante de las tendencias más innovadoras y creativas en una disciplina que cuenta en Alcañiz con excelentes profesionales (entre los que podemos citar a Paz Benavente y Teresa Vicente); y a la inmediata el escultor Alberto Ibáñez (1957), que a lo largo de los años ochenta realizó trabajos interesantes, y los pintores Ángel García Rueda (1958), cuya inconfundible obra —especialmente paisajes, pero también bodegones, interiores y retratos— se sitúa en torno a una suerte de neocubismo de connotaciones totalizadoras, y Joaquín Escuder (1961).

Joaquín Escuder, dibujante y pintor de múltiples registros, muralista (es autor del magnífico techo de la sala del Teatro Municipal de Alcañiz) y profesor universitario de Bellas Artes, además de fotógrafo y eventual diseñador gráfico, es un creador plástico total, en el más amplio sentido de los términos. Y es también el artista contemporáneo bajoaragonés que ha desarrollado hasta hoy la carrera pro-



Omphalos, pintura mural de Joaquín Escuder en el Teatro Municipal de Alcañiz

fesional más completa, diversa y significativa, en la que siempre destacan el rigor conceptual de todas sus propuestas, la extraordinaria calidad técnica de los recursos utilizados para desarrollarlas y los eficaces, muy personales y siempre emocionantes resultados expresivos de cada una de sus obras, todo lo cual nos permite considerarle, a comienzos del siglo XXI, el más importante artista bajoaragonés actual.

Aunque naturalmente los artistas más jóvenes continúan renovando el extenso y diverso panorama del arte alcañizano y bajoaragonés. Practican además con notable solvencia conceptos y lenguajes tan dispares e imprescindibles como los que identifican y definen la pintura de Rubén Vidal (1970), figurativa y contenida en sus valores plásticos y literarios, y Susana Fuertes (1978), que confirma con exigente desparpajo la permanencia e interés del expresionismo de naturaleza abstracta, tendencias ambas que han sido decisivas a lo largo de las tres últimas décadas para el desarrollo y proyección de las artes plásticas en el Bajo Aragón contemporáneo.

Luis Buñuel

AGUSTÍN SÁNCHEZ VIDAL

Es bien conocida la vinculación de Luis Buñuel Portolés con su pueblo natal. De allí eran sus dos progenitores. Su padre, Leonardo Buñuel, logró dar el salto, económicamente hablando, gracias a la gran fortuna amasada en Cuba al frente de una ferretería. El Desastre de 1898 le hizo regresar a Calanda para desposar a una joven de diecisiete años, María Portolés, quien el 22 de febrero de 1900 daba a luz a Luis, el primogénito de sus siete hijos.

Cuando poco después de su nacimiento la familia Buñuel se trasladó a Zaragoza, el sonido de los tambores de la Semana Santa ya se había instalado para siempre en sus tímpanos y no tardaría en hacerlo en la banda sonora de alguna de sus películas más famosas, como *La edad de oro*, *Nazarín* o *Simón del desierto*. En esta última hasta se puede escuchar el pregón calandino.

Sus vivencias infantiles quedarán tan marcadas por ese ambiente rural que, según sus propias palabras, cuando en 1917 se traslada a Madrid, se sintió como un cruzado a quien de pronto pusieran con su caballo en medio del tráfico de la Quinta Avenida de Nueva York.

Exageraba un poco, porque ya en Zaragoza había frecuentado algún burdel y el cine (que un posterior amigo suyo, Louis Aragon, definiría como “el burdel de los sueños”). Y también las páginas de Darwin y Fabre. De manera que cuando llega a la capital ya no es ni virgen ni creyente, a pesar de los denodados esfuerzos de sus mentores jesuitas para enderezar sus turbulencias.

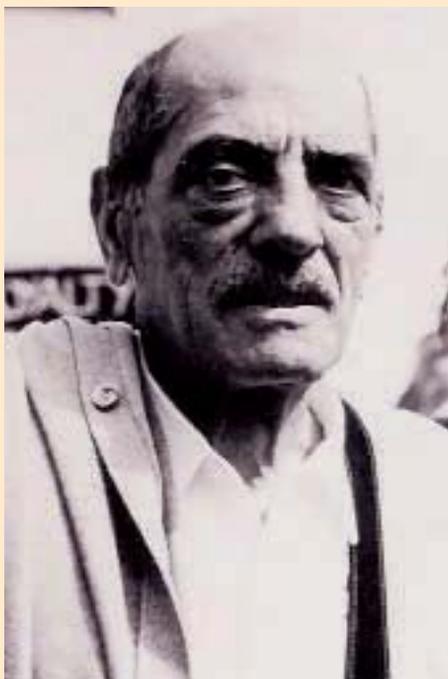
Unas turbulencias que recorren su cine de cabo a rabo. Como ya he insistido en alguna otra ocasión, lo que hace más interesantes a los personajes de Buñuel es que rara vez son de una pieza. Antes bien, suelen debatirse entre las subidas al cielo y los abismos de pasión, entre el deseo y sus penumbras, entre la libertad y sus fantasmas. Y a los tambores de Calanda les corresponde a menudo dejar constancia de tal fragor físico y metafísico.

El “ruido de los pensamientos”, que diría Gracián. O el acatamiento de la exhortación de Maeterlinck a “mantener abiertas las grandes vías que llevan de lo que se ve a lo que no se ve”.

Quizá sea ahí donde resida el verdadero talento de Buñuel, en su capacidad para ocuparse de las cuestiones más metafísicas y peliagudas sin

que en él se acuse el sonsonete del predicador ni las rimbombantes parrafadas del teórico. Le basta poner a un perro atado al eje de un carro, como en *Viridiana*, para obligarnos a compartir sus dudas sobre la libertad y la caridad. Que no son pocas.

Es una forma nada simplista de mostrar sus preocupaciones. Yendo más allá de la opacidad vanguardista. Con una puesta en escena que integra e incluso oculta su complejidad de propósitos bajo enunciaciones visuales de transparente apariencia clasicista, que hacen todavía más eficaces las imágenes, irracionales e irreductibles, que horadan con sus fognazos ese dispositivo fílmico.



Luis Buñuel en el Festival de Cannes de 1974

El impacto de semejantes redobles del inconsciente colectivo equivale en la banda sonora al ojo seccionado de *Un perro andaluz*, violación de la mirada que sólo se zurce y restaña al final de *Ese oscuro objeto del deseo*. Entre esas dos imágenes transcurre toda su filmografía. Acompañada, en los mayores momentos de crisis, del estruendo que provocan sus paisanos al pelear -como contra un himen- con el parche ensangrentado del tambor.

En *La edad de oro* el escándalo y terremoto derivan del encontronazo de las doctrinas de Cristo y Sade en el interior de la cabeza del protagonista. En *Nazarín* y *Simón del desierto*, del modo en que tan místicos personajes han de bregar con la terca realidad de un cuerpo del que quisieran desentenderse.

Gracias a esa estrategia, el realizador instala su cine y sus personajes en el ambiguo territorio de la carnalidad, sumiéndolos en todas las grandezas y servidumbres del ser humano abandonado a su propia condición.

Es verdad que Luis Buñuel resultó ser, a la postre, español hasta los tuétanos. Todo lo peculiar que se quiera: muy viajado y cosmopolita; rara avis en un país atrasado que ni siquiera contaba con industria fílmica cuando él comenzó a hacer cine. Donde sólo pudo rodar tres películas, y dos de ellas le fueron prohibidas...

También es cierto que se trataba de un aragonés de pies a cabeza, a quien con los años le fueron aflorando en el rotundo rostro los rasgos campesinos heredados de sus antepasados. No tiene sentido negar las evidentes relaciones de Buñuel con su tierra de origen. Todavía menos lo tendría insistir excesivamente en ellas.

Quizá el terreno más adecuado sea aquél en que las mantenía el propio cineasta: en el de la naturalidad. Sin énfasis, sin localismo alguno, sin provincianismo, sin quedarse en lo anecdótico o en lo accesorio. Pero también sin complejos.

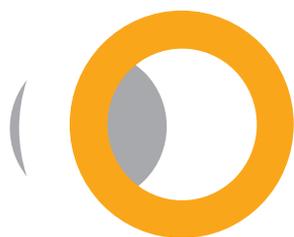
Lo consiguió yendo a lo esencial, que en su caso deriva de una consideración muy meditada de cuestiones de mucho calado: la muerte, la religión, el sexo, las relaciones entre el instinto y la cultura, etc. Y, sobre todo, dando una soberana lección de cómo utilizar elementos autóctonos sin por ello perder la más universal capacidad de convocatoria.

Con su muerte, en 1983, se cerraba todo un capítulo de la historia del cine, porque Luis Buñuel no admite escuelas ni discípulos. Para ello habría que clonar su mirada irrepetible y suscribir su peculiarísimo mundo. Un universo amasado con las vivencias más primarias, pero también con el más sofisticado surrealismo parisino. También, la rica tradición cultural española, la vitalidad de México y el *tercer cine*, la solidez de su oficio y la nitidez de su puesta en escena, su imaginación siempre a punto para lograr imágenes inolvidables con los recursos más cotidianos, su sentido del humor, su insobornable entereza moral, su capacidad poética para alcanzar el lirismo sin caer en la condescendencia, su respeto por los seres vivos hasta la última brizna de hierba, la ternura nada sensiblera con la que construye los personajes, su capacidad de cuestionar todo lo establecido, su valentía a la hora de introducir la cámara en las zonas más oscuras del deseo y las más pantanosas del subconsciente...

En esa tesitura, los tambores que siguen reclamando la resurrección de la carne en el mismo lugar donde Miguel Pellicer recuperó su pierna amputada y enterrada, alcanzan toda la envergadura de un exorcismo.

De los Hombres

IV



Página anterior:
Casa tradicional de Belmonte de San José

JOSÉ RAMÓN VILLANUEVA HERRERO

En el Bajo Aragón histórico, dividido en la actualidad en cinco comarcas distintas, la prensa escrita tuvo un gran florecimiento. Sin remontarnos a la existencia de la imprenta judía de Híjar, ya en 1487, y recordar además que en esta tierra nació Francisco Mariano de Nifo (Alcañiz, 1719-Madrid, 1803), el creador del periodismo moderno en España, aludiremos solamente a la prensa comarcal de los siglos XIX-XX.

Las primeras imprentas bajoaragonesas se sitúan nuevamente en Híjar: son las de Ulpiano Huerta (1854) y Manuel Delgado (1861), los cuales pocos años después trasladaron sus establecimientos tipográficos a Alcañiz. Se sabe igualmente de la existencia de imprentas en Valdebrores y, posiblemente, en Calaceite.

La prensa bajoaragonesa, de una vitalidad excepcional durante este periodo, fue impulsada por una pequeña burguesía local, que, desde ella, defendía sus ideas políticas, sus intereses económicos y también, a veces como coartada, los anhelos de regeneración y progreso de la comarca mediante un amplio programa de reformas. Sorprende la inexistencia de prensa carlista y la casi nula presencia de publicaciones de signo obrero, lo cual nos sitúa, pues, en una comarca mayoritariamente afín al conservadurismo, hegemónico en el Bajo Aragón durante aquellos años. Digamos igualmente que la práctica totalidad de los títulos, de no indicarse lo contrario, se publicaron en Alcañiz y, la mayoría, tenían una periodicidad semanal. No obstante, en la actualidad, se conservan una mínima parte de los títulos reseñados.



Membrete de la imprenta Delgado, con orla tipográfica modernista



La Voz de Alcañiz, ejemplo de prensa regeneracionista (1903)

los intereses morales y materiales” del Bajo Aragón, a la vez que asume un papel didáctico al considerar que el periodismo debe servir “para ilustrar al pueblo”.

Mención especial merece la prensa de signo regeneracionista. Ésta, al margen de la ideología de sus directores y propietarios, pretendía defender lo designado como “intereses materiales del Bajo Aragón” y lograr la cohesión de la comarca; para ello abogaba por objetivos concretos como el desarrollo minero, las comunicaciones, los regadíos y pantanos y el fomento de la agricultura, que son temas recurrentes en sus páginas. En este sentido, el papel de Santiago Contel Marqués, publicista republicano promotor de la Asamblea Regionalista del Bajo Aragón (Alcañiz, 24 de octubre de 1897), resulta relevante. Gracias a su impulso se publicaron títulos como *La Alianza* (1880-1881), primer periódico diario bajoaragonés, *El Porvenir del Bajo Aragón* (1887) o *El Porvenir de Aragón* (1887), desde el que se defendía con entusiasmo el ferrocarril de Val de Zafán, según Contel “uno de los más importantes de Europa”. Dentro de esta prensa de aires regeneracionistas, surgieron igualmente *El Confín aragonés* (Calaceite, 1884), en donde empezó a



Ejemplar de *La Voz del Bajo Aragón* (1884)

Este breve, casi telegráfico recorrido por la historia de la prensa comarcal se inicia con *El Bajo Aragón* (1867-1869), el primer periódico que se publicó en nuestra tierra y cuyo título manifiesta una inequívoca afirmación comarcalista. Fue continuado por dos periódicos, de idéntico nombre, que se consideraran sus sucesores, editados en 1894 (2.ª época) y 1898 (3.ª época). En su primer número (1 de septiembre de 1867), se fija como objetivo el “fomento de los intereses morales y materiales” del Bajo Aragón, a la vez que asume un papel didáctico al considerar que el periodismo debe servir “para ilustrar al pueblo”. Mención especial merece la prensa de signo regeneracionista. Ésta, al margen de la ideología de sus directores y propietarios, pretendía defender lo designado como “intereses materiales del Bajo Aragón” y lograr la cohesión de la comarca; para ello abogaba por objetivos concretos como el desarrollo minero, las comunicaciones, los regadíos y pantanos y el fomento de la agricultura, que son temas recurrentes en sus páginas. En este sentido, el papel de Santiago Contel Marqués, publicista republicano promotor de la Asamblea Regionalista del Bajo Aragón (Alcañiz, 24 de octubre de 1897), resulta relevante. Gracias a su impulso se publicaron títulos como *La Alianza* (1880-1881), primer periódico diario bajoaragonés, *El Porvenir del Bajo Aragón* (1887) o *El Porvenir de Aragón* (1887), desde el que se defendía con entusiasmo el ferrocarril de Val de Zafán, según Contel “uno de los más importantes de Europa”. Dentro de esta prensa de aires regeneracionistas, surgieron igualmente *El Confín aragonés* (Calaceite, 1884), en donde empezó a escribir Santiago Vidiella, *El Fomento* (1886), *La Comarca* (1887-1890), dirigido por Eduardo J. Taboada, *Alcañiz* (1895) (conmemorativo de la llegada del ferrocarril), *El Porvenir* (1896), *El Nuevo Bajo Aragón* (1896), *La Opinión del país* (1901), *Heraldo de Alcañiz* (1901-1902) (dirigido por Eusebio Mullerat y “defensor de cuanto tienda a engrandecer el Bajo Aragón”) o *La Voz de Alcañiz* (1903).

No menos importante es la existencia de publicaciones políticas. Entre la prensa monárquico-conservadora, podemos citar el semanario católico *La Voz del Bajo Aragón* (1883-1885), dirigido por Jerónimo Blasco, y *La Lealtad* (1891-1896). En cuanto a los periódicos afines al liberalismo monárquico, aparecen *El Bajo Aragón* (3.ª época) que, dirigido por Eduardo J. Taboada, se convirtió en el portavoz del liberalismo sagastino en la comarca.

Especialmente destacable resulta la prensa de la oposición republicana, entre la que hay que señalar *El Independiente aragonés* (1894), promovido por Ambrosio Jimeno; *El Trabajador* (1884), dirigido por Contel, que se define como “defensor de la clase obrera”; *El Eco del Guadalupe* (1881-1905), el cual, a partir de 1895 dejó patente su línea afín al federalismo y en el que firmó colaboraciones literarias, llamadas *paliques*, el escritor republicano Leopoldo Alas, *Clarín*; o *El Bajo Aragón* (2.ª época), que osciló entre el republicanismo y el respaldo al liberalismo sagastino.

Tras el desastre de 1898 e iniciado el siglo XX, se consolidó en el Bajo Aragón un largo periodo de hegemonía conservadora al quedar la comarca bajo el férreo control del caciquismo de Rafael Andrade. Es entonces cuando aparece *Tierra Baja* (1905-1928?), el más longevo periódico bajoaragonés, dirigido por Manuel Foz, y fiel portavoz del caciquismo andradista. Igualmente, en 1930 apareció *La Tierra Baja*, efímero órgano de Francisco Javier Cervantes, otro cacique conservador de fuerte implantación en los distritos de Alcañiz-Híjar.

Por su parte, los liberales se opusieron al andradismo con periódicos tales como *La Semana liberal* (1907-1908); *La Nueva semana liberal* (1909-1912); *La Tribuna* (1911-1913), afín a la línea liberal-demócrata de Canalejas; *El Pueblo* (1913-1918), dirigido por Manuel Asensi, Leopoldo Asensio y Manuel Gimeno Lizana que, además de definirse como “regionalista aragonés”, promovió la construcción del pantano de Santolea; o *Bajo Aragón* (1922) que impulsó con entusiasmo la terminación del ferrocarril de Val de Zafán-San Carlos de la Rápita.

En estos años destaca un título que retoma el espíritu regeneracionista. Se trata de *Fomento del Bajo Aragón* (1912-1915), órgano de la asociación de idéntico nom-



El Pueblo, semanario en el que publicó el joven Ramón J. Sender



Izquierda, semanario portavoz del republicanismo bajoaragonés (1933-1936)

bre, la cual se definía como “una sociedad de amigos de la cultura y del progreso de este país en todos los órdenes” y en la que se integraron, entre otros, Juan Pío Membrado, Epifanio García Ibáñez o David Gascón Catalán que, por aquel entonces publicaba en Castelserás *La Voz Regional*. En esta línea, no debemos olvidar el *Boletín de Historia y Geografía del Bajo Aragón* (1907-1909), que realizó una meritoria labor de divulgación histórico-cultural.

Años más tarde se publicó *La Voz de Alcañiz* (1928), un interesante semanario gráfico, sin tendencia política definida, dirigido por un joven periodista alcañizano de larga trayectoria: Mariano Romance Roda.

Frente a todos estos títulos, surgió una curiosa publicación, *Rebeldía* (1916), desde la que no sólo se combatía al andradismo, sino también al sistema político y social imperante. Se definía como “semanario republicano socialista autónomo” y, por primera vez, defendió en el Bajo Aragón ideas socialistas, anarquistas, librepensadoras y anticlericales, lo cual explica su rápido cierre y la detención de sus jóvenes redactores, encabezados por Augusto Lagunas, por parte de las autoridades.

Proclamada la Segunda República, aparecen títulos que apoyan con entusiasmo la nueva legalidad, tales como *Democracia* (1931) e *Izquierda* (1933-1936), que se define como “portavoz del republicanismo bajoaragonés”. Por su parte, en estos mismos años, Mariano Romance publicó dos semanarios gráficos: *Amanecer* (1933) y *El Regional* (1935).

Con la guerra civil, el Bajo Aragón se convirtió en un importante enclave político y militar de la zona leal a la República. Es por ello que en Alcañiz se editaron títulos como *El soldado popular* (1936); *Liberación* (1937), órgano de la columna Macià-Companys, lo cual explica que muchos de sus textos estén escritos en cata-

lán; o el libertario *Veinticinco División* (1937-1938). Mucha mayor importancia tuvo *Cultura y Acción*, diario publicado en Alcañiz entre noviembre de 1936 y marzo de 1938, órgano del Comité Regional de CNT-FAI y que, con una tirada de 10.000 ejemplares, tuvo una extraordinaria difusión, no sólo en Aragón sino también en amplias zonas de Cataluña y Valencia.

Durante la dictadura franquista, desapareció la prensa plural en una comarca que, como hemos visto, había tenido tanta vitalidad. No obstante, hay que citar la existencia de *Bajo Aragón*, suplemento publicado en el periódico zaragozano *Amanecer* entre 1951-1954, dirigido por Mariano Romance y en el que empezaron a colaborar jóvenes periodistas como Pilar Narvió o Alfonso Zapater. Señalamos igualmente *Tierra Baja* (1955-1959), suplemento comarcal del diario tuluense *Lucha* que, bajo la dirección de Armando Galán, pretendió articular un vínculo, hasta entonces inexistente, entre la capital de la provincia y el Bajo Aragón. Al igual que el título anterior, se trataba de un bisemanario en el que colaboraron periodistas veteranos como David Gascón o Manuel Gimeno.

Recuperada la legalidad democrática, tras un lento despertar y varios intentos fallidos, no es hasta 1987 cuando, al iniciar su publicación *La Comarca*, el Bajo Aragón histórico volvió a tener un medio de prensa escrita propio. Con el paso de los años se ha ido consolidando hasta el punto de convertirse en medio de comunicación sólido, que ha extendido su actividad y creado, con el mismo nombre, un grupo empresarial con su propia emisora de radio y canal de televisión.

Recientemente aparecieron dos títulos nuevos en la intención de defender los intereses comarcales: *La Prensa de la Tierra Baja* (2000-2002) y *La Hora del Bajo Aragón* (2002-2003). Tampoco podemos olvidar publicaciones locales tales como *El Masino* (Mas de las Matas, 1982-), *Balcei* (Alcorisa, 1989-), *Kolenda* (Calanda, 1989-) así como multitud de boletines locales diversos: la pluralidad actual resulta todo un símbolo de la pujanza de la prensa y de la conciencia comarcal.

Valga este apretado repaso para destacar la importancia que la historia de la prensa escrita ha tenido en el Bajo Aragón, reconocimiento del que fue muestra también la celebración en el año 2003 del 200 aniversario del fallecimiento de Francisco Mariano Nifo.



Cabecera del periódico *Tierra Baja* (1905-1928)

Francisco Mariano Nipho, inventor del diarismo

DARÍO VIDAL LLISTERRI

Desde la China antigua a nuestros días pasando por la Roma republicana, puede rastrearse el propósito de crear cauces de difusión de las novedades de la política y el comercio entre quienes se sintieran interesados o aludidos por ellas. En lo que se refiere a Europa, por dejar atrás la arqueología, los primeros intentos se concretaron en publicaciones de carácter más o menos periódico llamadas tradicionalmente *gacetas* y *mercurios*. Pero el verdadero reto consistía en acercar las noticias a los ciudadanos cada día. Los primeros ensayos datan ya del siglo XVII. El año 1633 por obra del impresor Ritzch; el año 1660, también en Alemania, a través del *Leipziger Tageszeitung*; y en 1695 se operaron varias tentativas en Londres, también fugaces.

Pero el siglo XVIII fue decisivo en esta historia porque en 1702 se publicó el *Daily Courant* del impresor Sam Buckley, que duró hasta 1735, y el año 1758 don Francisco Mariano Nipho y Cagigal fundó en Madrid el *Diario Noticioso, Curioso-Erudito y Comercial Público, y Económico* que pervivió hasta 1918 y puede considerarse el primero de la Europa continental.

Desgraciadamente, la figura de Nipho no se sustrajo al descrédito que durante siglos sufrió España y era imposible encontrar referencias a él en los manuales de autores extranjeros, lo que le condenó a la inexistencia incluso en su propio país. A tal punto que cuando Pedro Gómez Aparicio, autor del único compendio enciclopédico de *Historia del Periodismo Español*, o José Altabella, se referían a él, podían parecer un poco provincianos como quien hace de lo propio el centro del universo. Ésa es la razón de que Nipho, vilipendiado por los intelectuales españoles coetáneos cuya obra sometía a crítica, y a causa de ello ignorado por los tratadistas extranjeros posteriores, no haya sido valorado por su aportación a la cultura y su contribución decisiva en el alumbramiento de la sociedad de la comunicación.

La obra ingente

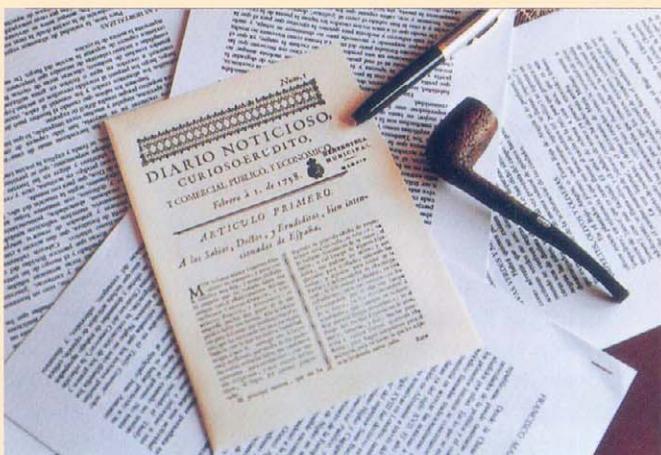
Nipho, pese a ese concertado silencio, fue el primer periodista en sentido estricto, ya que tuvo plena conciencia de que iniciaba una actividad nueva, y poseyó vocación, voluntad y propósito de formar e informar a sus lectores. Así como los editores de las otras publicaciones, incluido el *Daily Courant*, eran impresores que pretendían seguir trabajando cuando no tenían encargos de libros y bandos municipales, Nipho era ajeno al gremio. No tenía que hacer periódicos para dar ocupación a la imprenta ni hallar pretexto a su actividad, has-

ta el punto de que tuvo que asociarse al tipógrafo Juan Antonio Lozano para llevar a cabo su proyecto.

Asimismo mientras Buckley publicaba en el *Daily Courant* sólo noticias, sin otra glosa porque, según decía, estimaba que los lectores poseían suficiente criterio para interpretarlas por sí mismos, Nipho no sólo difundía los consabidos avisos, los horarios de las diligencias, la cotización de los granos y mercaderías, los reclamos de compraventa (“Noticias del Comercio”), la relación de objetos y animales perdidos, y las ofertas y demandas de trabajo agrupados en el epígrafe de “Amos y Criados”, sino que incluía artículos de opinión, crítica de libros y espectáculos, crónicas del extranjero, editoriales, y discursos morales y políticos. Y además, hacía vocear las noticias a los vendedores callejeros, introdujo la publicidad, inventó la suscripción, y utilizó como correo para sus corresponsales palomas mensajeras que volaban todos los días desde las capitales europeas hasta Madrid, para depositar los sutiles rollitos de papel escrito en el columbario de la casa de la calle de las Infantas “cerca de los Capuchinos de la Paciencia” en que el periódico tenía la redacción y la imprenta. Algo que no se le hubiera ocurrido nunca a quien no viviese la fascinación de la noticia ni se sintiera un verdadero *diarista*. Una solución inimaginable para quien no hubiera concebido su tarea como una vocación. Una ocurrencia que sólo se explica en el pionero que alienta y vive pensando en abrir nuevos cauces a una original y novedosa actividad humana.

El periodista alcañizano concibió tan certeramente el periódico diario que, salvo las aportaciones de la reciente e innovadora tecnología, no ha experimentado ya ninguna modificación sustancial hasta nuestros días. Pero nadie, o muy pocos, supieron o quisieron entender la labor que se propuso y le tildaron de escritor sin talento, cuando en su *Diario*, como en las restantes publicaciones, pretendía únicamente servir noticias a su público, fragmentos significativos de las novedades literarias, y orientaciones de carácter moral, fiel a la inclinación ética de tantos ilustres aragoneses.

Por ello, don Mariano Nipho no acometió con el mismo espíritu el *Diario* que sus otras publicaciones, descendientes de las *gazetas* y *mercurios* con que se inició el balbuciente periodismo. Una profesión se define tanto por la función como por la intención. Y en el *Diario Noticioso* Nipho ideó no sólo los principios de la nueva actividad sino su nombre: la tituló *diarismo*. Y sus cultivadores, *diaristas* como él mismo se hacía llamar. Las gacetas, los mercurios y otras publicaciones de carácter más o menos periódico –aunque dudosamente periodístico– eran cosa de intelectuales, escritores y eruditos que difundían sus creaciones casi siempre mediocres, en tanto que el *Diario* fue tarea de un ilustrado que quiso comunicar noticias, cultura y opinión sin aspirar al prestigio personal, con una idea de la justicia y una honestidad acrisolada que le llevó a



Número uno del primer periódico diario que apareció en la Europa continental, fundado por Nipho en 1758

afirmar que “en tocando a asuntos que se dirijan al Bien Público, ni a mi mismo me perdono”.

Gracias a eso, el *Diario Noticioso, Curioso-Erudito, y Comercial Público, y Económico* se consolidó y salió cada día a la calle con alguna interrupción y sobresalto, durante más de siglo y medio, pese a las primeras aprensiones que le hicieron escribir: “Ya está el Diario en la palestra, la murmuración armada, la envidia muy sobre sí, la desconfianza de parte del temor, el pueblo (de Madrid) dividido en bandos y yo advirtiendo los movimientos de todos”. Mas pese a los embates de la envidia, la empresa fue tan exitosa que le sobrevivió ciento sesenta años, tras cambiar varias veces de cabecera y haberse llamado sucesivamente *Diario Noticioso, Diario Noticioso Universal, Diario de Madrid* y *Diario de Avisos de Madrid*, en 1918, ostentando el título de *Diario Oficial de Avisos de Madrid*, cuando concluía aquella dolorosa contienda europea que llamaron *La Gran Guerra*, que trastocó todos los valores, enseñó a asesinar con gas mostaza, utilizó los aeroplanos entonces inocentes para matar a los hombres desde el cielo, y clausuró una era histórica en que aún cabía la piedad. El mismo año en que el consistorio de Alcañiz, su pueblo, presidido por don José Bríos Bardavío –me temo que pariente del que escribe–, acordó *némine discrepante*, demoler el castillo que lo remata y corona, despreciando el pasado, la cultura, la identidad y la inteligencia, para mejorar, sanear y hermohear el paraje, construyendo un ensanche con casas modernas.

Un horror del que hubiera podido dar noticia aún el *Diario* que Nipho fundó, y que hubiese supuesto acabar con conjuntos arquitectónicos y torres románicas, góticas y dieciochescas, un patrimonio histórico irrecuperable y la más

valiosa colección de pintura gótica civil de España. Menos mal que, como recordaba en un trabajo reciente el historiador José Ignacio Micolau, el Ministerio de la Guerra se opuso a su destrucción reivindicando su propiedad y el Estado se apresuró a ponerlo a recaudo de los propios alcañizanos declarándolo Monumento Nacional en 1925.

Pero, con todo, el *Diario* no es más que parte de su ingente obra, aunque sin duda la de mayor trascendencia. Al margen de él, tradujo, escribió dramas, comedias, versos, ensayos e infinidad de obras hasta alcanzar casi el centenar, buena parte de las cuales se hallan inéditas todavía. Y fiel a su arraigada vocación de comunicador concibió, fundó y editó más de veinte publicaciones periódicas, como *El Bufón de la Corte*, *El Correo de Madrid* o *de los ciegos* porque lo distribuían los invidentes, el *Correo General de España*, el *Correo General de Europa*, el *Correo General Histórico*, el *Diario Estrangero*, que aparecía semanalmente pese a su título, como el *Diario de los Literatos de España*, el *Duende Especulativo sobre la Vida Civil*, *La Estafeta de Londres*, *El Filósofo Aprisionado*, *El Murmurador Imparcial*, *El Pensador Cristiano*, *El Pensador Histórico*, *El Novelero de los Estrados y Tertulias*, el popularísimo *Caxón de Sastre*, y la *Guía de Litigantes*, que fue una suerte de vademécum jurídico.

El hombre

Francisco Sebastián Manuel Mariano Nipho y Cagigal, hijo póstumo de don Sebastián Nipho y de doña Manuela Brígida Cagigal, nació en Alcañiz donde fue bautizado el día 10 de junio de 1719 por el regente mosén Miguel Pastor, con alguna sospecha de ser adulterino, y lo sacó de pila y amadrinó doña Isabel Pastor, en la iglesia colegiata de Santa María la Mayor. Murió en Madrid el 10 de enero de 1803 a los 84 años, cinco antes de la invasión francesa, recibiendo tierra con el hábito de la Orden de la Santísima Trinidad de Calzados, en el templo conventual adscrito a la parroquia de San Sebastián. Pero en su larga vida jamás olvidó su condición de alcañizano de la que se sentía orgulloso como atestigua su rotunda afirmación en el *Diario Estrangero*: “Yo soy aragonés, y lo que una vez emprendo con ánimo de continuarlo, lo seguiré contra todo el torrente de los preocupados, contra toda la chusma de los tontos, contra todo el orgullo de los presumidos”.

Su árida vida afectiva, marcada por la prematura orfandad y el despego de su madre, el enfrentamiento con sus hijos Manuel Deogracias y María Justina, y el alejamiento de su mujer, hizo que se consagrara por entero al estudio, el trabajo, los libros, las traducciones, las comedias y sus periódicos, de modo que, acuciado por la soledad, en alguna ocasión llegó a lamentarse de que “para [él] no [había] más alivio que el trabajo, ni otra consolación que el escribir y más escribir”.

JOSÉ IGNACIO MICOLAU ADELL

Aunque ceñidos a los estrictos límites territoriales de la comarca administrativa, no son escasos los nombres bajoaragoneses que pueblan las páginas de catálogos y relaciones de escritores aragoneses. En el *Aganipe de los cisnes aragoneses celebrados en el clarín de la Fama*, del cronista Juan Francisco Andrés de Uztarroz –que fue impreso en Amsterdam en 1785– ya se elogia como poeta al alcañizano Juan Sobrarias, destacado médico y humanista así como impulsor del Renacimiento y el Humanismo en Aragón. En mayor medida están representados en la monumental obra del canónigo Félix Latassa, *Bibliotecas Antigua y Nueva de Escritores Aragoneses* (1796-1802), que fue aumentada y refundida en forma de diccionario biográfico-bibliográfico por Miguel Gómez Uriel entre 1884 y 1886. A caballo entre los siglos XIX y XX, el despertar regionalista dará sus frutos provinciales y comarcales en publicaciones periódicas como la *Miscelánea Turolense* (1891-1901) de Domingo Gascón y

Guimbao y el *Boletín de Historia y Geografía del Bajo Aragón* (1907-1909), dirigido por Santiago Vidiella. También interesan a nuestro propósito repertorios como la *Relación de escritores de la provincia de Teruel* (1908), del mismo Gascón, o la *Galería de alcañizanos ilustres y de destacadas personas populares* (1959), de mosén Joaquín Buñuel, fruto más tardío de un mismo espíritu.

De la Edad Media

Desde muy temprano, las tierras del Bajo Aragón ocupan un lugar en la literatura de la Edad Media. Alcañiz, como veremos en estas páginas, es la capital política y cultural de este amplio territorio desde el siglo XII. Tempranamente aparece ya en el *Cantar de Mío Cid* (c 1207), en el verso 936: “tierras d’Alcañ[i]z negras las va parando”.

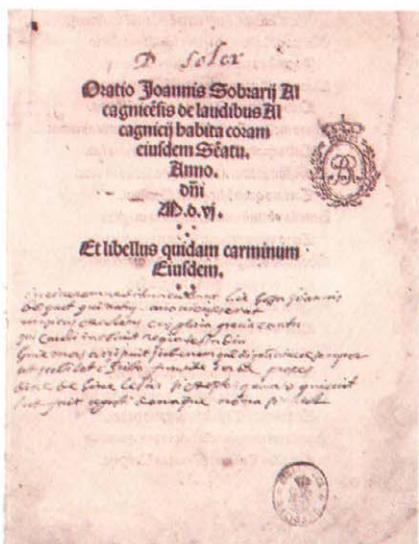
En las postrimerías del siglo XV, con anterioridad a la expulsión de los judíos en 1492, esta minoría vivía en un contexto de presión social y cultural por la tendencia autori-

taria y centralizadora de la monarquía hispánica. En este ámbito hay que enmarcar la actividad de Joshua ha-Lorki, destacado rabino alcañizano que, una vez cristianizado, se llamará Jerónimo de Santa Fe. Médico del Papa Luna y escritor, es autor de un tratado, en árabe, sobre las cualidades terapéuticas de las plantas *Gerem ha-Ma'ilot*, escrito antes de renegar del judaísmo. Tras su conversión publicó dos libros anti-judíos: *Ad convincendum perfidiam judaeorum* (Augsburgo, 1468) y *De judaeis erroribus ex Talmud* (Zurich, 1552), en los que señala que todas las profecías sobre el Mesías se han cumplido en Jesús.

Humanismo y Renacimiento

El siglo XVI es para la ciudad de Alcañiz un verdadero siglo de oro. En ese periodo coincide un destacado grupo de humanistas que cultivarán el derecho, la docencia, la medicina, practicando también la poesía latina o la crónica histórica. Este grupo de humanistas, nacidos en Alcañiz entre 1475 y 1525, está formado, fundamentalmente, por Juan Sobrarias Segundo, Pedro Ruiz de Moros, Bernardino Gómez Miedes, Domingo Andrés y Juan Lorenzo Palmireno. Todos ellos dan los primeros pasos de su formación en la *academia* de Alcañiz y prosiguen sus estudios en Valencia y en Italia; una vez finalizados, muchos regresan a su patria, otros emigran; pero en la obra de todos ellos quedará el reflejo de ese localismo, en el mejor sentido de la palabra, tan típico de la literatura aragonesa.

Juan Sobrarias Segundo (c 1574-1528) fue médico, destacado poeta hispanolatino e introductor del humanismo en Aragón. Al más veterano del grupo de humanistas alcañizanos le debemos, entre otras obras, sus *Dísticos morales*, publicados entre 1510 y 1535, así como un espléndido *Discurso sobre las alabanzas de Alcañiz* pronunciado en presencia del *Consello* del mismo en el año del Señor de 1506.



Oratio de laudibus Alcagnicij de Juan Sobrarias (1506)

Pedro Ruiz de Moros (c 1515-1571) se formó, como otros españoles de su época, en Italia. Discípulo del jurista Andreas Alciato, recibió una sólida formación en Derecho civil y canónico. A lo largo de su vida, llena de vicisitudes y desengaños, fue profesor de griego en la Universidad de Bolonia y catedrático de Derecho Romano en la de Cracovia. Su obra principal, *Decisiones de rebus in sacro auditorio Lituanico ex appellatione iudicatis* (Cracovia, 1563), trata sobre Derecho Civil. Como era habitual en la época, casi toda su poesía es de carácter laudatorio.

Bernardino Gómez Miedes (c 1520-1589) fue canónigo de la catedral de Valencia y obispo de Albarracín. Entre sus obras cabe destacar, por su enorme erudición, los *Cinco libros de comentarios en torno a la sal* (1579). En su época tuvo gran aceptación su *Historia de don Jaime de Aragón el Conquistador* que, en 1582, imprimió el valenciano Pedro de Huete. De su dedicación a la medicina es buena muestra su obra *Enchiridion o manual contra el morbo articular que llaman gota...* (1589).



El Latino de repente, obra de Lorenzo Palmireno (1573)

Domingo Andrés (c 1525-1598) fue alabado como poeta por Blasco de Lanuza, Félix Latassa, Nicolás Antonio o Ignacio de Asso. Ha sido estudiado con profundidad por José María Maestre y destaca fundamentalmente su labor como pedagogo y poeta. De sus primeros estudios en Alcañiz pasó al *Studi General* de Valencia. Aceptó el ofrecimiento del concejo y volvió a Alcañiz como preceptor de la Academia. Perdió gran parte de su obra, nos queda su *Poecilistichon (Poesías Varias)*, última parte de un desaparecido *Códice de Alcañiz*.

De todo el grupo de humanistas alcañizanos del siglo XVI es Juan Lorenzo Palmireno (1524-1579) el que ha despertado mayor interés en los últimos años, en obras recientes se le considera una figura de especial significación en el humanismo español. Inició sus estudios en Alcañiz y los continuó en Valencia. A instancia del concejo alcañizano volvió a su villa natal para colaborar en la reconstrucción de las humanidades, venidas a menos tras la muerte de Sobrarias. Al poco tiempo se trasladó a la Universidad de Zaragoza. Su obra fue ingente, abarcaba desde la retórica al teatro pasando por la gramática griega y latina, la composición y didáctica del latín, la paremiología además de guías de estudio, traducciones, discursos, opúsculos y literatura devota. Entre sus obras cabe mencionar también una serie de comedias con finalidad pedagógica, *El latino de repente* (1573), *El estudioso de aldea* (1568) y *El estudioso cortesano* (1573).

Los siglos XVII y XVIII

Durante el siglo XVII Alcañiz sigue siendo un centro cultural a tener en cuenta aunque sin la proyección nacional e internacional que tuvo en el quinientos. A diferencia del siglo anterior, ahora marcan la pauta los escritores religiosos que desarrollan su labor en torno a los conventos. Fue destacada la aportación de los miembros de la orden de Santo Domingo, o de predicadores, cuyo convento de Santa Lucía, funda-

do en 1397, sirvió –como ha escrito Taboada– *de universidad literaria* a un buen puñado de alcañizanos y de *escuela elemental o superior* del grupo de humanistas alcañizanos al que nos hemos referido. Entre los dominicos alcañizanos del siglo XVII destacó fray Tomás Ramón (1569-1640). Muy celebrado en su época como orador sagrado, publicó un gran número de obras religiosas, sermones y devocionarios, así como una curiosa *Nueva premática de reformatión contra los abusos de los afeytes, calzado, guedejas, guarda-infantes, lenguaje crítico, moños, trajes y exceso en el uso del tabaco* (1635).

Aunque más conocido por su famosa *Instrucción de música sobre la guitarra española*, impresa en Zaragoza en 1674, conviene mencionar aquí al músico y sacerdote Gaspar Sanz y Celma (1640-1710). Natural de Calanda, fue profesor en la Universidad de Salamanca y tradujo del italiano *El hombre de letras* (1678) del jesuita Daniel Bartoli y unos *Ecos sagrados de la fama...* de Inocencio XI (1681).



Portada del libro de Vittorio Messori sobre el milagro de Calanda

El *Milagro de Calanda* –como hecho sobrenatural proclamado por el arzobispo Pedro Apaolaza en 1641 por el que Miguel Pellicer recuperó la pierna derecha que le había sido amputada–, con todo su protocolo de actas notariales, declaraciones, procesos, sentencias y recepción real, generó un buen número de textos literarios que alcanzan hasta nuestros días. De este asunto, que casualmente tiene lugar en los difíciles años de la separación de Portugal y la guerra de Cataluña, se han ocupado desde un poeta coetáneo, Jerónimo de San José, hasta un escritor italiano de hoy, Vittorio Messori, además de Andrés de Uztarroz, el padre Feijoo o el antiguo rector de la Universidad de Zaragoza, Miguel Sancho Izquierdo que, natural de Calanda, le dedicó un opúsculo en 1978.

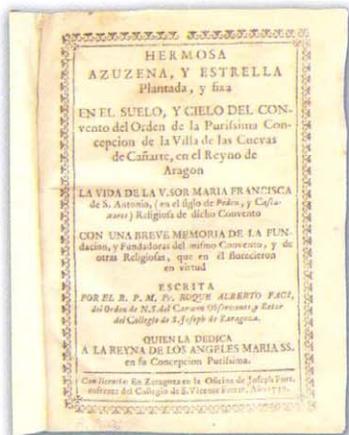
Hasta la segunda mitad del siglo XVIII, la impronta religiosa sigue marcando la vida literaria de los autores bajoaragoneses. Entre ellos destaca el carmelita, nacido en La Codoñera, Roque Alberto Faci (1684-1744). Bibliotecario del colegio de San José de Zaragoza, destacó por su extraordinaria laboriosidad, que queda patente en los 52 títulos salidos de su pluma que señala Latassa. En 1979, su gran obra *Aragón, Reino de Cristo y dote de María Santísima* (1739-1750) se benefició de una edición facsímil promovida por la Diputación General de Aragón. De toda esta extensa producción bibliográfica nos interesa traer a estas páginas su *Hermosa azuzena y estrella plantada y fixa en el suelo y cielo del Convento del Orden de la Purissima Concepcion de la Villa de las Cuevas de Cañarte...* (1737), que versa sobre la malograda vida de una joven poeta alcañizana, María Francisca de Pedro (1714-1734).

Por caminos similares transcurre la más larga vida de Luisa Herrero Rovira (Calanda 1711-Valdeatorfa 1777), que también vistió el hábito de San Francisco, en este caso en el convento de la Concepción y San Roque de Valdeatorfa. Escribió en verso un *Diálogo entre la esposa y el esposo* cuando apenas contaba trece años, así como un

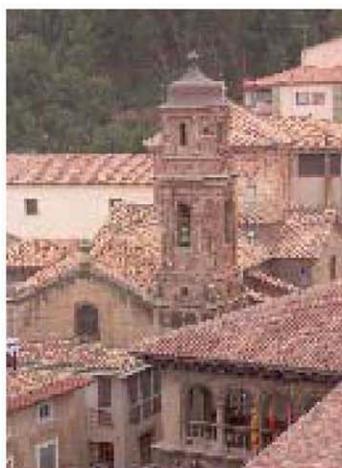
gran número de poemas sobre Cristo: *Cristo en el Jordán*, *Cristo crucificado*, *Cristo en el cenáculo*... Y asimismo cultivó gozos, letrillas y dances, como el *Dance al Santísimo Sacramento* que se escenificó en Albalate del Arzobispo en 1760, o el *Dance al patriarca San José*, representado en La Codoñera en 1720.

A lo largo del siglo XVIII una minoría ilustrada comparece también en la vida pública del Bajo Aragón: aristócratas, funcionarios, clérigos y militares son los protagonistas de una nueva época. Es el tiempo de las Reales Sociedades de Amigos del País y de un renovado impulso en el campo de la historia y la erudición. Desde 1729, con la llegada a Alcañiz de las Escuelas Pías, el colegio San Valero ocupa un lugar central en la vida cultural de Alcañiz y su comarca. Destacaron por su labor intelectual y educativa el padre José Jericó de la Concepción (Alcañiz, 1707-Roma, 1786), que cultivó la literatura y la historia; por los mismos años nació en Mas de las Matas Benito Feliu de San Pedro, destacado filósofo y teólogo; aunque nacido en Mazaleón, en 1748, estuvo muy vinculado al colegio alcañizano el padre Pío Cañizar de San Sebastián, destacado latinista e historiador, que formó parte de la Real Academia de la Historia y de la de Nobles y Bellas Artes de San Luis de Zaragoza; de igual modo el zaragozano padre Marcelino Boira de San Ildefonso dedicó a Alcañiz su obra *De Alcagnitii laudibus* (1779); y finalmente, el padre Benito Esteban de San Antonio (Alcañiz, 1761-1825) destacó tempranamente como escritor con un *Elogio latino del rey don Jaime el Conquistador*. Algunos de estos autores, en el último cuarto del siglo XVIII, promovieron numerosos certámenes literarios y academias. El propio concejo alcañizano también celebró literariamente la llegada al trono de Fernando VI con la edición, en la imprenta zaragozana de Francisco Moreno, de unos *Júbilos de la ciudad de Alcañiz en la aclamación del el Rey Nuestro Señor Don Fernando el sexto de Castilla, y tercero de Aragón, en los días seis, siete y ocho de Noviembre de el corriente año 1746*.

Aunque realizara su labor literaria en Madrid, no podemos obviar la figura de Mariano Nifo (Alcañiz, 1719-Madrid, 1803). Fue un escritor extraordinariamente prolífico, pero la obra que le ha dado merecida fama –pues de algún modo representa un cambio de paradigma en el mundo de las letras– fue su *Diario noticioso, curioso-erudito y comercial, público y económico* (1758), considerado el primer periódico diario de la Eu-



Obra del padre Faci sobre el convento de Cuevas de Cañart



El colegio de Escuelas Pías fue un importante promotor de la vida cultural alcañizana en el siglo XVIII

ropa continental. Interesado por el teatro escribió *Idea política y cristiana para reformar el actual teatro de España...* (1769). En el terreno estricto de la creación literaria, gran parte de su obra se recoge en una *Colección de los mejores papeles poéticos y composiciones dramáticas de don Francisco Mariano Nifo*, que dio a la imprenta su hijo, Manuel Deogracias Nifo, dos años después del fallecimiento de su padre.

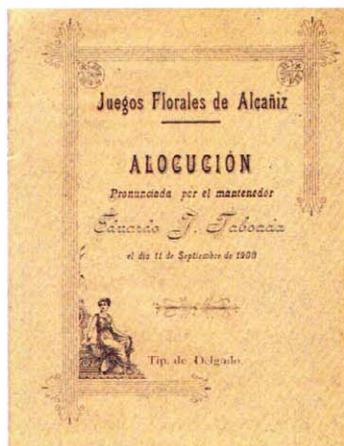
Los siglos XIX y XX

La vida literaria del siglo XIX en el Bajo Aragón, inevitablemente provinciana, tiene dos ámbitos fundamentales: el teatro –con una primera etapa presidida por la actividad del Liceo de la Unión (1844-1881) y una segunda, en plena Restauración, que tiene su arranque en la construcción de un pequeño coliseo en 1890, en cuya inauguración se presentó la zarzuela *Alcañiz por dentro*, de Benito Illana–; y la prensa periódica, que además de poemas, pequeñas narraciones, cuentos y crónicas de la vida literaria en Madrid, acogió, excepcionalmente, a relevantes escritores como Leopoldo Alas *Clarín* en *El Eco del Guadalupe* de 1882, y Ramón J. Sender en las páginas de *El Pueblo* en 1918.

Los escritores bajoaragoneses de la época publican con afán en el más de medio centenar de cabeceras de prensa que vieron la luz desde 1867, fecha fundacional del primer semanario: *El Bajo Aragón*. Este semanario recoge en su cabecera un concepto geográfico que estará presente en la inmensa mayoría de los papeles impresos de la tierra baja de Aragón, tanto en el siglo XIX como en el XX. Allí fueron a parar los artículos, las proclamas y los versos de republicanos como Ambrosio Gimeno (1822-1884) –que publicó en 1882 un curioso ensayo titulado *La mujer ante el hombre*–; del padre Nicolás Sancho (1801-1883), que cultivó la poesía mística en las publicaciones periódicas de su tiempo; y de Gaspar Bono Serrano Salvador (1806-1879), fecundísimo escritor

clasicista de más altos vuelos, merecedor de multitud de distinciones y títulos y que compaginó su vocación literaria con el destino de capellán castrense. En 1870 publicó una *Miscelánea religiosa política y literaria*. También alcañizana y de muy abundante producción fue Concepción Gimeno de Flaquer (1850-1919), que vivió en Francia, Portugal y México. Defensora de un feminismo de corte conservador, en 1872 fundó en Madrid *La ilustración de la mujer*; y en México *El álbum de la mujer*. Entre sus muchas obras, *La mujer española* (1877) y *La mujer ante el hombre* (1882) merecieron los elogios de grandes escritores coetáneos como Juan Valera o Víctor Hugo.

El movimiento ideológico del regeneracionismo, con dos figuras aragonesas tan destacadas como Lucas Mallada y Joaquín Costa, tuvo excepcional

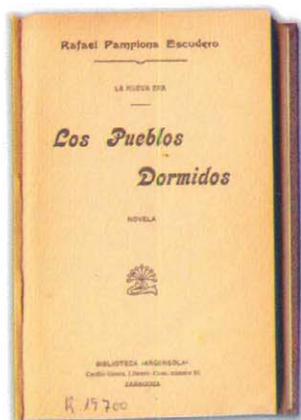


Juegos Florales celebrados en Alcañiz en 1900

arraigo en el Bajo Aragón. Por otra parte, con el comienzo de siglo y a imitación de Cataluña, Alcañiz organiza sus propios Juegos Florales, con el protagonismo indiscutible del erudito notario Eduardo Jesús Taboada (1865-1938). De la mano de una minoría social ilustrada se cultivan las señas de identidad de carácter local, se redescubre el pueblo, sus tradiciones, su tónica nobleza, con cierta nostalgia del pasado. Incluso un viajero francés, Achille Fouquier, que había visitado Alcañiz en 1874, se propone retratar algunos de los rasgos de la ciudad “antes de que desaparezcan por efecto de la inflexible ley que obliga a la humanidad a modificarse y renovarse continuamente”.

Hasta la guerra civil, formando en las filas de ese costumbrismo ruralista, son varios los escritores que hacen de Alcañiz el escenario de sus fabulaciones. En primer lugar, si atendemos a la cronología de los libros, hay que citar a Rafael Pamplona Escudero. Miembro destacado del partido conservador, era doctor en Derecho y profesor mercantil. En su época, alcanzó cierto renombre literario con su obra *Cuartel de inválidos*. Su novela *alcañizana*, de corte rural y costumbrista, *Los pueblos dormidos* (c 1910) es un alegato contradictorio entre la necesidad progresista de que los pueblos despierten de su letargo y de su apatía, y la defensa de valores tradicionales. De menor ambición literaria es *Fútbol-Club* (1925), de Alberto Gil Losilla, que apareció en la colección *La Novela de Viaje Aragonesa* de la que él era director. Esta novelita está ilustrada con unos hermosos dibujos de Ángel Rael y, sobre todo, de Honorio García Condoy. Gil Losilla fue un autor muy vinculado a la ciudad de Alcañiz –pues enviaba colaboraciones a periódicos locales como *La Voz de Alcañiz* (1928-1929) y *Amanecer* (1933)–, hasta el punto que acabó haciendo alcañizanos a los personajes de su *película cómica* titulada *Dos baturros en Madrid* (1958). Sin embargo, la novela más estrictamente localista de esos años es, sin duda, *La Farándula Menglanista* (1928), del alcañizano Casimiro Taboada Lasala. Aunque de escaso valor literario, tiene cierto interés desde el punto de vista histórico pues se trata de un verdadero ajuste de cuentas con el caciquismo local.

En el amplio marco de la literatura popular –a la que se comienza a prestar atención en el último cuarto del siglo XIX–, convendría incluir a Mariano Espallargas, pastor de oficio y celebrado poeta alcañizano que mereció los elogios de su paisano Bono Serrano. Cultivó la poesía mística y religiosa en décimas y espinelas, publicando en la imprenta de Vicente Esteban *Poesías de un pastor alcañizano* (1896). Pero en nuestro ámbito, es en los años veinte del pasado siglo, cuando esta literatura se toma en consideración, especialmente de la mano de musicólogos y folkloristas. En 1927, a expensas de la Diputación Provincial, se imprime la *Colección de cantos populares de la provincia de Teruel*, del presbítero Miguel Arnaudas Larrodé, maestro de capilla de la catedral de la Seo de Zaragoza. Dividida la obra en los diferentes partidos judiciales, destaca el de Alcañiz, con más de sesenta páginas dedicadas a gozos, auroras, cantos de ciego y de bodega, jotas y albas. También por esos



Los pueblos dormidos, novela de Rafael Pamplona Escudero (ca.1910)

años, en 1923, el alcañizano José Betés publica *La aparición de la Virgen del Motesanto en la villa del Villarluengo. Agosto 1522*. Con criterios más actuales, *Lo Molinar: literatura popular catalana del Matarranya y Mequinensa* (1995-1996) –obra colectiva, dirigida por Artur Quintana– da cuenta de la rica tradición literaria en catalán en las comarcas del Matarraña y Bajo Aragón, que prácticamente no aparece en la obra de Arnaudás.

Terminada la guerra civil queda truncada la rica tradición periodística del Bajo Aragón. La escasa vida literaria se reduce a un sucedáneo de Juegos Florales que tiene lugar en las fiestas de Alcañiz, donde rivalizan poetas locales y foráneos. En los años cincuenta, algunas tertulias como la alcañizana *El Cado* son la muestra de una nueva situación en la que confluye el papel político de sus integrantes, perfectamente adictos al régimen, con un cierto interés por el cultivo de las letras. Así, son asiduos de esta tertulia, antiguos miembros de la Unión Patriótica de Primo de Rivera, como el castelse-rano David Gascón Catalán, autor del poemario *Siluetas y perfiles* (1960), más interesante como crónica cultural de la época que como obra literaria; algunos falangistas cultivados como Emilio Díaz; periodistas autodidactas como Mariano Romance; y militares con vocación africanista como Ángel Domenech, autor entre otras obras de unos interesantes *Cuentos de Ifni* (1952).

Dos figuras del exilio y dos del interior no pueden faltar en este balance de los ecos y paisajes literarios del Bajo Aragón. Un lugar especial merece, sin duda, la obra de Ramón J. Sender. Los recuerdos de su adolescencia alcañizana “el tiempo que pasó en aquella pequeña e irregular ciudad olivarera del Bajo Aragón” fueron a parar a *Crónica del Alba* (1942-1967), una de las más grandes novelas de la España contemporánea. Por otra parte, independientemente de su dedicación principal al cine, el derecho y la filosofía respectivamente, es estimable la producción literaria de los calandinos Luis Buñuel, Miguel Sancho Izquierdo y Manuel Mindán. Buñuel, con su gran aportación como guionista y también como creador literario, como puede verse

en *Mi último suspiro*, memorias publicadas en 1982, y en la recopilación que Sánchez Vidal hizo de su obra literaria. Miguel Sancho Izquierdo –al que lógicamente se le recuerda más por su faceta de profesor de Derecho y rector de la Universidad de Zaragoza– manifestó una temprana vocación literaria: en 1917 publicó un “episodio lírico en verso”, *La tarde del combate*, y una zarzuela en dos actos, *Telva la gitana* (estrenados en 1913). No le acompañó el éxito pero permaneció su interés por la literatura, que se refleja en artículos y conferencias así como en sus recuerdos, *Zaragoza en mis memorias* (1899-1929), publicados en 1979. En cuanto al sacerdote Manuel Mindán, son también sus obras de carácter memorialístico las que aquí nos interesan: *Recuerdos de mi niñez* (1992) y *Testigo de noventa años de historia* (2000).



La tarde del combate y Telva la gitana, Miguel Sancho Izquierdo (1917)

En el último medio siglo no ha sido abundante la creación poética. Un libro de versos dedicados a Alcañiz por Gustavo Adolfo, *¡Salve, Alcañiz!* (1973), un hermoso poema de Rosendo Tello en *Confesiones en vísperas de domingo* (1996), y una estimable colección de sonetos, *Por tierras de Alcañiz*, de Amador García Luengas (2004), son lo reseñable de una corta cosecha. Mención aparte merece la obra, en catalán y en castellano, del poeta y cantautor Tomás Bosque. Nacido en La Codoñera, fue conocido durante los años de la transición con dos discos: *Cuando los tiempos vienen difíciles* (1977) y *Tomás Bosque* (1978), marcados por la preocupación social pero también por los temas intimistas y amorosos. Ha continuado publicando sus poemas en diversas antologías y colabora habitualmente, como columnista, en el semanario *La Comarca*. De más marcado carácter local es la obra en catalán del también codoñerano José Miguel Gràcia Zapater: *Davall d'una olivera* (2002) y *Finestrons i finestretes* (2004).

Aunque hoy en día el viaje no tiene la aureola mágica de la época romántica, todavía hay escritores que, andando por estos parajes, cultivan el género, como Clemente Alonso Crespo en *Teruel adentro* (1986), José Antonio Labordeta con su *Aragón en la mochila* (1988) y Miguel Mena en *Paisaje del ciclista* (1993), o escritores tan excepcionales como Joan Perucho, en cuya obra dejaron huella estos paisajes de la tierra baja aragonesa, como puede verse en su reciente antología bilingüe *Hojas de las fronteras. Entre Gandesa y Alcañiz* (2003). Si consideramos la memoria como la huella del camino de la vida, podríamos incluir aquí, por un lado, la trayectoria del médico Galo Leoz Ortín, discípulo de Cajal, recogida por Antonio Bergua en *Galo Leoz Ortín: ciencia y rebeldía* (1988), y por otro, los recuerdos de un empeño infatigable, la defensa y recuperación de la lengua catalana del Bajo Aragón en *La vall de Balat: memoria de l'Aragó 1948-2003* (2003), de Artur Quintana i Font.

Para terminar este recorrido por las figuras, paisajes y ecos literarios en el Bajo Aragón de los últimos años, es obligado mencionar a los periodistas. La alcañizana Pilar Narvió, que fue corresponsal en Roma y en París y subdirectora del diario *Pueblo*, publicó en 1959 *Historia de un perro borracho* y, en 1971, *La mujer y el 'management'*, con ilustraciones de Máximo. Ramón Mur Gimeno, redactor de *El Correo* y director del semanario *La Comarca*, es autor de *Saduriya: anales secretos de la casa Membrado*, exitosa novela publicada por el Centro de Estudios Bajoaragoneses en 1990. También el prolífico escritor Antón Castro, cuya obra literaria cabalga entre el Maestrazgo y el Bajo Aragón, ha glosado algunas figuras bajoaragonesas en entrevistas y reportajes y en *Aragoneses ilustres, ilustrados e iluminados* (1993). Y, por último, Darío Vidal, alcañizano, que realizó su carrera periodística en Barcelona, redactor de *Tele Exprés* y de *La Hoja del Lunes* y, posteriormente, columnista de *ABC* en su edición aragonesa. Aunque ha dedicado gran parte de sus afanes a la investigación y divulgación de la gastronomía aragonesa, es el de más extensa obra literaria. Autor de dos libros de viaje bien distintos: *A mitad de camino los Monegros* (1971), enriquecido con dibujos de Julián Grau Santos, y *Primer vuelo* (1977), con fotografías de Oriol Maspons; en *Siete ensayos aragoneses y un apócrifo* (1986), con prólogo de Pedro Laín Entralgo, y *Periodismo y literatura* (1993) ha cultivado el ensayo; y ha dado también a la imprenta dos recopilaciones de artículos, *Glosas veniales* (1981), con prólogo de Juan Luis Cebrián, y *Harina de este costal* (1996), que seducen por su “concisión y límpida agudeza” en palabras del que fue primer director del diario *El País*.

La lengua y la literatura catalanas en la frontera del Bajo Aragón

ARTUR QUINTANA I FONT

Siete de los veinte ayuntamientos de la comarca del Bajo Aragón son de lengua catalana. Se trata, en concreto, de Aguaviva, Belmonte de San José, La Cañada de Verich, La Cerollera, La Codoñera, La Ginebrosa y Torrevelilla. En estas localidades se habla catalán desde la conquista cristiana en el siglo XII, cuando fueron invadidas por gentes procedentes mayoritariamente del Pallars y de la Ribagorza, y es posible que en el pasado la lengua catalana tuviera mayor extensión en la comarca. A partir del siglo XIII el catalán aparece en la documentación como lengua oficial al lado del latín, y se mantiene como tal hasta la abolición de los fueros a principios del XVIII. De estos años se conservan abundantes textos, mayoritariamente de carácter notarial y administrativo, especialmente en los archivos de Alcañiz y del arzobispado de Zaragoza. A partir del siglo XVIII y hasta la década de los sesenta del siglo XX la lengua catalana se usó en estas localidades únicamente como lengua oral; para el uso escrito se utilizó el latín y todavía más el castellano. La presencia del catalán en el escrito durante aquellos años se redujo al uso, dentro del texto latino o castellano, de algunas voces ca-



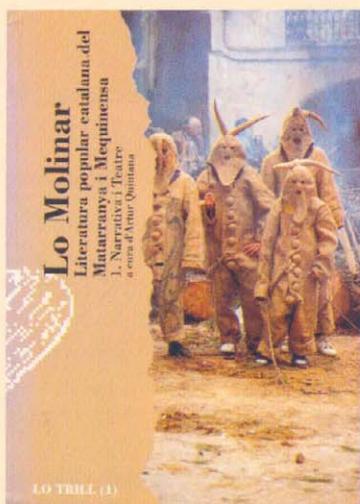
Mapa lingüístico de la Comarca del Bajo Aragón (elaboración del autor)

talanas, especialmente nombres de lugar y de persona, en formas más o menos latinizadas o castellanizadas, como Lombarte por Llombart, Bosque por Bosc o Bonfil por Bonfill, etc. A finales del siglo XVIII o a principios del XIX debió de popularizarse el término *chapurriau*, calificativo negativo que se usaba para designar el catalán hablado en la comarca, y en general en Aragón.

En los últimos años del franquismo se creó en Aragón un clima favorable a la recuperación del catalán como lengua escrita, y que en la comarca se inició con la labor de Tomàs Bosque, de La Codoñera, como escritor y cantautor en catalán a partir de 1968. La actual Constitución Española indica en su artículo 3.2. que las lenguas no castellanas serán oficiales junto con el castellano, y de ahí se infiere la oficialidad de la lengua catalana en la comarca del Bajo Aragón. El Estatuto de Autonomía de Aragón de 1982 ignoró la disposición constitucional, obstaculizando así el proceso que, de acuerdo con la Constitución, debería llevar a la oficialidad del catalán en Aragón, y en consecuencia en la comarca del Bajo Aragón. La proyectada Ley de Política Lingüística de Aragón contempla dicha oficialidad del catalán junto al castellano, pero hasta hoy esta ley no ha sido aprobada por las Cortes. En 1984 diversos alcaldes y concejales de los territorios de lengua catalana de Aragón, y entre ellos algunos del Bajo Aragón, firmaron la llamada *Declaració de Mequinensa* en la que se rechazaba el calificativo de *chapurriau* para el catalán en Aragón y entre otras medidas de fomento de esta lengua, se pedía su enseñanza, que se inició en diversas localidades aragonesas de lengua catalana, pero en ninguna de las de la actual comarca del Bajo Aragón.

Si bien, en La Ginebrosa, desde 1997, se imparte una enseñanza contrastiva, mayoritariamente dentro del área de lengua castellana pero no únicamente, que aprovecha así de forma positiva el bilingüismo castellano-catalán de los alumnos y su entorno. En 1989 se fundó ASCUMA, entidad adscrita al Instituto de Estudios Turolenses, y que de alguna manera coordina los esfuerzos para la normalización y fomento del catalán en la comarca. A través de las publicaciones de esta asociación, así como también del periódico alcañizano *La Comarca*, y de publicaciones como el *Boletín del Centro de Estudios Bajoaragoneses* de Alcañiz, *Tarayola* de La Ginebrosa y *Coses del lloc* de La Codoñera, se han ido manifestando diversos poetas y articulistas en catalán, como el ya citado Tomàs Bosque, de La Codoñera, Carmeta Pallarés, de La Ginebrosa y José Miguel Gracia, de La Codoñera, que recientemente ha publicado el poemario *Davall d'una olivera*, el primer libro en catalán de un autor de la comarca; anteriormente, en 1990, Ramon Mur, de Belmonte, había incluido numerosos fragmentos en catalán en la novela *Sadurija*.

En 1995 ASCUMA publicó *Lo Molinar* donde se recoge gran parte de la literatura popular catalana –cuentos, leyendas, canciones, refranes...– del Bajo Aragón.



En *Lo Molinar* se publica buena parte de la literatura popular catalana del Bajo Aragón

La Ley de creación de la Comarca del Bajo Aragón de 3 de mayo de 2002 ha oficializado en el artículo 1.1.1 el nombre catalán de los ayuntamientos de lengua catalana de la comarca, junto a la denominación castellanizada anteriormente vigente, es decir, *la Codoñera* junto a La Codoñera, *la Canyada de Beric* junto a La Cañada de Verich, etc.

La lengua catalana actualmente hablada en el Bajo Aragón pertenece al catalán occidental, y dentro de éste al noroccidental, con algunos rasgos propios del meridional o valenciano. Característico de todas esas hablas es el vocalismo átono de cinco vocales, vocalismo en el cual se basa el catalán literario, frente al sistema de tres vocales átonas propio de la mayor

parte de las hablas catalanas orientales. Muy típico es el diptongo *ia* en voces como *tiarra*, *cial*, *mial*, *piau*, *corriau*, *priau*, etc., en que se convierte toda *e* tónica abierta del catalán occidental general. Este diptongo, aun cuando no sea exclusivo de las hablas catalanas de la comarca (se encuentra también en algunos puntos de las comarcas del Matarraña, de *Els Ports* y de *L'Alcoià*), es aquí general. En el consonantismo hay pérdida de la *-r* final (cantar pronunciado *cantà*), si bien el catalán de Aguaviva la mantiene.

La *v* y la *b* se confunden (*veu* y *beu* se pronuncian *beu*), y mientras en Aguaviva, La Ginebrosa, Torrelvella y La Codoñera *ce*, *ci* y *ç* se distinguen de *s* (*cent* y *sent* suenan distinto), ambos sonidos se confunden en *s* en el resto del territorio (*cent* y *sent* suenan *sen*). Se pronuncia la yodización del nexa *ix* (*caixa* suena así, no *caxa*). Hay ensordecimiento de la *s* y de *ge*, *gi* y *j*, el llamado *apitxat*, en La Ginebrosa, Torrelvella y La Codoñera (la casa roja suena aquí la *cas-sa rotxa*). En Aguaviva, La Ginebrosa y en Torrelvella *-tz-* suena *dd*, y ensordece en La Codoñera: *dotze*, *tretze*, *setze* suenan en las tres primeras localidades *dodde*, *tredde*, *sedde*, y en La Codoñera *doce*, *trece*, *sece*.

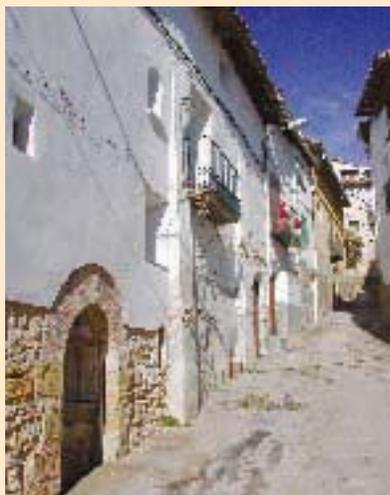
Los grupos finales *-nt* y *-lt* suelen perder la *t*, especialmente en el primer caso, excepto en el catalán de Aguaviva, habla extraordinariamente próxima al catalán clásico. El grupo *-tl-* pierde la *t*: *ametla*, *guatla*... se pronuncian *amela*, *guala*... En bastantes localidades el sufijo *-ada* y su plural y diminutivo pierden la *-d-*, de forma que *treballada*, *treballades*, *treballadeta*, *treballadetes* suenan *treballà*, *treballaes/treballaix*, *treballaeta*, *treballaetes*. La *-v-* se suele perder,

lo cual afecta especialmente a los imperfectos de indicativo: *cantaves, cantave, cantàvem...* suenan *cantaes/cantaix, cantae, cantàem...*

En morfología se observa el uso de *lo, los* para el artículo determinado masculino como en el período clásico. Este artículo se suele apostrofar por fonética sintáctica después de vocal: *que lo cavall* puede pasar a *que'l cavall*. Son generales los plurales del tipo *hòmens* frente a *homes* de otras zonas. Para las formas átonas de los pronombres se usan las llamadas formas plenas, *me, te, se, lo, los, ne*, formas que pueden apostrofarse de manera parecida al artículo determinado: *Que ne té* puede sonar *Que'n té*. Los posesivos clásicos se usan sólo con algunos nombres de parentesco: *mon pare, sa germana*, y algunos pocos casos más: *en ma vida*; en los demás se han generalizado las formas pronominales de la lengua clásica, partiendo de las del masculino: *és la meua, la teua cullera, lo meu lloc...* En los demostrativos es característico el sistema de tres demostrativos: *este, (e)ixe, aquell*, propio también de gran parte del catalán en Aragón y en Valencia, frente al resto del dominio que con pocas excepciones usa únicamente un sistema de dos demostrativos. En algunas localidades se oye *enta/anta* al lado de *cap a*, cara a generales.

Los paradigmas verbales son los siguientes. Presente de indicativo: *canto, cantes, cante, cantem, canteu, canten; prenc, prens, pren, prenem, preneu, prenen; partixco, partixes, partix, partim, partiu, partixen*. Presente de subjuntivo: *canta, cantos, canto, cantem, canteu, cànton; prenga, prengues, prengue, prenguem, prengueu, prenguen; partixca, partixques, partix, partim, partiu, partixquen*. El imperfecto de indicativo es del tipo general *cantava, perdia, sentia*. El indefinido simple es desconocido y solamente se usa el perifrástico, como en la mayor parte del dominio lingüístico: *va cantar, va pendre, va sentir* y no *cantà, prengué, sentí*. Los participios del pasado son las formas generales catalanas: *cantat, perdut, sentit*.

En el léxico destacan formas tan clásicas como *desvindre's* o *vespra(da)* que en muchas zonas son propias solamente de la lengua literaria. Obsérvense también las muchas voces compartidas únicamente con las hablas catalanas occidentales: *bes, carrasca, corder, esfar-datxo, espill, faena, farnaca, panis, pigota, rabosa, romer, timó*, etc.



La Ginebrosa es una de las localidades de lengua catalana del Bajo Aragón

DARÍO VIDAL LLISTERRI

Como en todas las comunidades campesinas, los mitos y las tradiciones populares del Bajo Aragón han estado vinculados siempre al fluir de las estaciones, las labores del campo y la cíclica reiteración de los tiempos litúrgicos. Los hitos del existir eran la recolección de la oliva, la siega, la trilla y la siembra. Y cuando se miraba al cielo, que era casi siempre, se hablaba de Adviento, Navidad, Epifanía, Cuaresma, Semana Santa, Pascua y Pentecostés.

La existencia y la subsistencia en una comunidad rural no han sido nunca fáciles pero tampoco despiadadas como en el desierto urbano. En un ámbito abarcable de exigencias primarias y economía elemental con necesidades muy parejas y recursos similares, la única tentación ha sido la envidia. Sobre todo si cada cual no es consciente de sus límites y sus metas, atempera su ambición y vive más en armonía con el medio y con los hombres. Seguramente no alcanza a ser feliz, pero es menos desdichado que el morador de las ciudades porque sabe extraer toda su sustancia al más mínimo suceso. Los dioses o los santos están en su lugar con un cometido preciso, igual que el médico, el herrero, el boticario, el alguacil, el cura y el maestro. Las mujeres y los hombres no pueden accederse y se desean hasta crear una atmósfera que lo impregna todo de manera que la bipolaridad de los sexos preside todas las manifestaciones, desde *los tambores* de la Semana Santa de Alcañiz y Calanda, a las fiestas más explícitas como *los mayos* y las piadosas romerías cargadas de erotismo. Las muchachas son la recompensa y la meta, y sólo se dan al más esforzado y el mejor; en tanto que ellos deben hacerse acreedores de esa predilección superándose ante los otros y ante sí mismos para merecer un lugar en la comunidad.

Esa estética concepción del existir fundada en el valor, demandaba habilidad, ingenio, esfuerzo, denuedo y una decidida aspiración a la excelencia, que podía malograrse con la provocación y la majeza, capaces de degradar la porfía y convertir la apuesta y la broma en una acción molesta aunque no rozase lo humillante ni el mal gusto, porque en tal caso era frecuente que las chanzas desembocaran en una pen-

dencia que no excluía la sangre, ya que el desagravio cruento formaba parte del rito. La broma como travesura no resulta ofensiva porque sorprende e incomoda pero no disminuye ni rebaja, y suele comportar más esfuerzo y molestia para quienes la ejecutan que para el que la sufre. De modo que si a unos recién casados les tapian la puerta de la casa por la noche y a otro le han subido el carro al *gallinar*, después de descubrirse la burla, bromear y reír, cabía esperar que los propios amigos bajaran el carro y franquearan la puerta, sin perjuicio de las chirigotas y las pullas de que serían objeto durante meses, quedando alguna de estas fechorías como hitos de feliz recordación en la memoria colectiva.

Un tópico común en la sociedad postindustrial, seguramente para consolarse del éxodo del campo, consiste en vituperar la monotonía de la vida rural. Nada menos cierto. Todos esperaban el próximo acontecimiento festivo ideando las más imaginativas ocurrencias y no había mes en que no se celebrase uno por lo menos. Cabe suponer por supuesto que no serían dichosos del todo, pues según se dice la felicidad no reside en este mundo, así es que aunque no debían temer el desahucio de la casa, ni el embargo del jornal, ni el despido, ni la expropiación de la finca para levantar bloques, corrían el riesgo de las plagas del campo, la *pedregada* que arruinaba la cosecha, y el rayo que devastaba cultivos y rebaños. Pero sus interlocutores eran los santos, que resultan bastante más humanos y misericordiosos que los directores de los bancos. Aunque el comportamiento y la actitud de los mortales *clementes et flentes* no diferían mucho, ya que quien se halla a merced del poder desmedido recurre siempre a la impetración temerosa, la negociación tramposa, la promesa como un modo de celestial soborno y la acción de gracias, que, a la manera del arrepentimiento, puede ser sincero de contrición o un banal gesto de atrición.

Carnaval y Cuaresma

También el Carnaval oculta un rito propiciatorio descendiente de las Lupercales y de otras fiestas que acaso los romanos habían ya heredado de otras culturas y que aúnan la magia simpática para procurarnos la felicidad, con un ritual irrespetuoso y sacrílego capaz de liberar desordenadamente toda la tensión acumulada en un año de obediencia, dominación, injusticias, impulsos reprimidos, cólera silenciada y esclavitud tal vez, con el propósito de que la multitud de los silenciosos experimentase durante algunas jornadas la equívoca sensación de independencia y libertad que procura el ejercicio de la crítica, y el desahogo de la burla que, aún consentida, es capaz de mitigar los cíclicos estallidos de furor incontrolado *tan contrarios a la sosegada gobernación de los pueblos*. La irreverente entronización de Nemo, el rey bufo de la fiesta, que trastocaba el orden divino de la jerarquía establecida directamente por Dios -*Rex Gratia Dei*-, permitía reemprender la vida a los vasallos con una nueva energía y la sensación de haber sido vengados. Después de descararse, esto es *des-cararse*, que es seguramente, a reserva de lo que opinen los filólogos, quitarse la cara o la careta para aliviarse diciéndole a alguien cuatro frescas a la cara, la clase de tropa se muestra por un tiempo más conformadiza y dócil porque decir lo que se piensa es un ejercicio higiénico y li-

berador que no nos está permitido habitualmente, pues tal vez lo que ganásemos en salud mental lo perderíamos en convivencia, y el hombre es, aunque no queramos reconocerlo, no sólo un ser social sujeto a convenciones sino también un animal gregario y cobarde. Cobarde hasta tal punto que para *des-cararse* necesita casi siempre ponerse un antifaz y tomarse unas copas, lo que no deja de crear una cierta frustración.



Alcañiz. Santuario de Nuestra Señora de los Pueyos, al que se acude el Domingo del Voto desde 1738

El Carnaval y la noche de San Juan, como en alguna medida ciertas romerías, servían para relajar la creciente tensión, consintiendo en épocas en que casi nada estaba permitido que estuviese casi todo tolerado sin excluir la gula y la lujuria durante unas horas, como sucedía en la imprudente procesión nocturna de los mozos y las mozas a la ermita de San Miguel de Alcañiz, en que iban, comían, bebían, dormían y regresaban el siguiente amanecer, no sin menoscabo de la virtud, hasta que el diligente arciprestazgo quitó la ocasión prohibiendo la romería.

No puede extrañar que el Cielo castigase tanta liviandad ni que el señor párroco tomase sus medidas. El caso es que san Pedro cerró varios años las compuertas del agua hasta que las piadosas rogativas y la contrición de los pecadores le movieron a piedad y la lluvia regó el término con prodigalidad. Por ello, el 28 de abril de 1738 “el Concejo de Corregidor y Regidores de la ciudad de Alcañiz, acordó con voto solemne ir perpetuamente una vez cada año a la ermita de Nuestra Señora de los Pueyos a dar gracias por el beneficio del agua recibida”, instituyéndose el Domingo del Voto.

Es sabido, de todos modos, que las piadosas salidas al campo daban ocasión a encuentros honestos entre el bullicioso mocerío y a algún discreto retozo, cuando no al comercio lúbrico imposible de ocultar por mucho tiempo. Pero también hubo y hay excepciones nimbadas de castidad, como la laica fiesta de *la Folla* en Alcorisa donde los solteros comían, bebían y corrían vaquillas, o la caminata a la ermita de El Llovedor de Castellote, en la que los varones excluyen no sólo el trato sino también la presencia de las mujeres, limitándose en otro tiempo a hacer exhibiciones de habilidad, fuerza y combate, sin otro aliciente que el tonificante vino tinto y un reparador potaje de judías blancas con caracoles del que apenas si queda recuerdo.

Sin embargo estos jocundos encuentros constituían un mecanismo social para que hombres y mujeres se mirasen relajadamente, se tocasen furtivamente, uniesen las manos, rozasen sus caderas y sus bustos, aspirasen sus alientos en la danza y se olieran ansiosamente pugnando por adivinar sus cuerpos.

Fe, temor, pasión, recato, pecado, deseo, religiosidad, audacia y culpa, fueron el lecho mítico de aquel mundo mágico. Tal sucedía con la Semana Santa, en que la trágica conmemoración litúrgica era incapaz de desterrar en el ánimo de los jóvenes el fogoso bullir de la primavera, aunque se percibía también el ambiente penitencial y el fervor de los mayores, creando una compleja mescolanza de sentimientos contrapuestos que daban razón de que ningún pesar es absoluto y ninguna dicha completa en un mundo imperfecto. Así es que lo que hoy se percibe desde fuera como un capricho festivo en los pueblos *de tambores*, fue en otro tiempo un compromiso inefable, como lo demuestra el hecho de que estando la ciudad de Alcañiz rodeada de carlistas y vigente la ley marcial que prohibía tocar, los tamborileros hacían que descolgasen desde los balcones sus tambores, que eran izados cuando acudían los piquetes de vigilancia con riesgo cierto de su vida, para cumplir un compromiso que nadie les exigía, y que un siglo después, durante la guerra de 1936, con la población en manos de la izquierda radical y abolidas las procesiones, los cultos y las imágenes, siguieran saliendo las procesiones del Pregón y del Santo Entierro con sus tambores, aunque naturalmente sin pasos, sin túnicas, sin símbolos religiosos y sin sacerdotes porque habían sido fusilados. ¿A qué necesidad da salida ese comportamiento, a qué mito explicación?

En cuanto a aquella contención impuesta por las normas estrictas de la religión, no niego que pudo tener cierto encanto masoquista y que aquel querer y no poder resultaba doblemente incitante. Ahora ha cambiado todo y resulta más soso. Entre otras razones porque ya no es posible subvertir las normas. Pero es que, además, a la fiesta que es centrípeta y acerca en una afirmación de identidad, se ha impuesto la vacación centrífuga, superficial, expansiva y dispersa, que está concebida para huir. Y eso hasta el punto de que los visitantes que vacan para huir de sus lugares de origen porque han perdido ya su identidad, impiden que la festejen los que optaron por el reencuentro con la comunidad matriz, de tal manera que los advenedizos convierten a los autóctonos en motivo de estudio y en rareza antropológica, reduciéndolos a mero *objeto*. Es el comienzo de la globalidad uniformadora que nos conduce a la aculturación planetaria y crea una sociedad distante, universal y plana, de espectadores sin actores. Pero de estas cuestiones puede hallarse información en otro apartado.

San Jorge y las flores bendecidas

El día de San Jorge sólo se ha celebrado tradicionalmente en dos poblaciones del Bajo Aragón: en Torrecilla, donde las familias salen a comer al campo, y en Alcañiz en que se reúnen a hacerlo en el parque de La Glorieta, después de haber dejado perder a finales del siglo XIX una hermosa tradición que comenzó a recuperarse con éxito sorprendente hace cosa de diez años: el ofrecimiento por parte de los hortelanos a las chicas a las que querían declarar su amor de un *ramico de bienquerer*, confeccionado por ellos mismos con flores de primavera y cuya aceptación significaba el consentimiento formal de la relación. A la recuperación de



Un *ramico de bienquerer* confeccionado con hierbas y flores silvestres, para declararse a la amada

esta secular costumbre, se ha incorporado la celebración de *El Vencimiento del Dragón* desde el año en que se cumplió el milenario de la batalla de Alcoraz, donde san Jorge luchó al lado de las huestes de don Pedro I para conquistar Huesca, nueva capital del *Reyno*.

Santa Cruz

Quien pronunciara mil veces con unción el dulce nombre de Jesús el día de Santa Cruz no debía temer a tormenta ni tronada, ni a rayo ni centella. Un mito que, obviando a santa Bárbara bendita abogada de las tempestades, recurre a la mediación de Dios Hijo directamente para ahorrarse trámites. Sin embargo, cuando la tempestad luminosa descargaba su furia desatada, la piedad de los temerosos hacía bueno aquello de que nadie se acuerda de Santa Barbara hasta que truena, e impetraban con buena guarnición de padrenuestros y avemarías: “Santa Bárbara bendita / que en el cielo estás escrita / con papel y agua bendita, / los moros en la piedra, / los cristianos en la cruz. / Padrenuestro. Amen Jesús”.

El mito es una suerte de clave para la comunicación mágica con la otra orilla. Una especie de falsilla mediante la que nuestros mayores pretenden guiar nuestra caligrafía por la traslúcida página en blanco de la vida. Una suerte de parábola iniciática te-

jida de metáforas que la mayor parte de las veces desdeñamos como fabulaciones pueriles. Sin embargo, cuando ahondamos en esos mensajes a primera vista ingenuos, percibimos su profunda sabiduría. Un saber que nuestros antepasados han deseado transmitirnos en clave para que no nos ciegue su deslumbrante verdad, su claridad insufrible, ya que sólo merecen la certeza quienes tienen el suficiente arrojo para esforzarse en adquirirla: sería imposible revelársela a los que no tienen el coraje de mirarla de frente.

El hecho de que la vida vista con perspectiva carezca de sentido pues no parece más que una burlona reiteración, resulta una dura verdad que no todos podrían sobrellevar. Y aunque así fuera, el diáfano enunciado de una verdad no suele dar frutos ya que la comprensión exige una participación activa del receptor: una actitud que comporta esfuerzo y complicidad para que cada cual suponga haberla descubierto por sí mismo y sin la ayuda de nadie, que es como nos parece más valioso lo que aprendemos. Mas los sabios que nos precedieron prefirieron alertarnos del cíclico destino de los mortales mediante el relato de una irrelevante historia individual, tal como el tejer y destejer del manto de Penélope en espera de Ulises, o el dramático mito de Sísifo que pretendió engañar a los dioses fugándose del Hades y Plutón le condenó a que subiera una peña a lo alto de una montaña una y otra vez durante toda la eternidad, pues cada vez que la dejase rodaría hacia abajo. Una metáfora del eterno comenzar de cada día. Aunque en comunión con la naturaleza, esa reiteración suele ser menos un retorno obsesivo que un asidero donde dirigir la mirada o aferrarse como a algo fijo e inmutable mientras el tiempo se desliza apresuradamente a su término. Desde ese punto de vista, el retorno de los hitos conocidos es un dulce lenitivo.

Cuando el día de Santa Cruz los devotos alcañizanos temerosos de santa Bárbara acuden en romería a la humilde ermita de la Virgen de la Peña desdeñando sor-

prendentemente la de la santa que campea en la cima de un cabezo, para proferir mil veces el dulce nombre de Jesús, suponen que ésa es la manera precisa de hacerse entender, no se sabe bien si por Dios Hijo, por santa Bárbara bendita o por la Virgen de la Peña, para que no les envíe la furia del rayo, la exhalación, la centella y las chispas del cielo a devastar las haciendas, fulminar el ganado o cobrarse sus vidas. Expresan ese día con la salmodia del nombre de Jesús la incertidumbre, el miedo, la súplica y la esperanza. Mas las instancias sobrenaturales no responden hasta el día en que el cielo fulgura y las descarnadas garras del fuego se hincan en la piel de la tierra sin que nadie sepa nunca si se detuvo el rayo que les estaba destinado o no corrieron el riesgo de perecer fulminados.



Valdealgorfa. Ermita de Santa Bárbara

En Aguaviva entre tanto, ese 3 de mayo se reclutaban las mujeres casa por casa con objeto de impetrar ayuda al cielo para el hogar y para el pueblo, así como la protección de las cosechas que traerán la prosperidad (“Dulce clavo, dulce cruz, / Dulce nombre de Jesús”) y en Alcorisa ascienden por El Calvario hasta la ermita del Sepulcro rezando las letanías de los santos para bendecir los términos y la mies como en Alcañiz con la Bendición de las Espigas, en Las Parras de Castellote con la romería a la ermita de *La Malena* donde se recuperan con *coc rápido* y dulces *rollas*, y en La Codoñera, con mirada más pragmática, pretenden tanto como bendecir *matar el gusano*, pues tienen por cierto que el agua bendita tendrá la propiedad de alejar todas las plagas.



Con rogativas y otros actos religiosos se invoca la protección divina para los campos

Damos a la fuerza azarosa de los elementos el vasto poder que les atribuyen nuestra fe y nuestra ignorancia, lo mismo que los pueblos animistas de la Amazonia y el África subsahariana, ya que la estructura del pensamiento mágico es idéntica para todos. Y esperamos haber hecho llegar nuestras preces o nuestros gestos a las potencias sobrenaturales que nos gobiernan, bien sea con la monótona salsmodia del nombre de Jesús mil veces repetido (“Dios me guardará del rayo, / la centella y el nublado, / que el Día de Santa Cruz / dije mil veces ‘Jesús’ / Jesús, Jesús, Jesús, Jesús / Jesús, Jesús, Jesús, Jesús/...””) o con las avemarías desgranadas en los misterios del rosario, como un *mantra*, en la cresta de un cabezo desde el que se divisa la vasta extensión del cereal creciendo en la fresca mañanica del día de la Bendición de las Espigas, para que no se malogre la cosecha que comienza a verdear los campos.

Durante la primera quincena de mayo –*el mes de las flores*– se bendicen rosas en dos localidades, sin que nadie sepa explicar su significado. En Valdealgorfa, el primero del mes –Domingo de la Rosa– cada mujer va a bendecir la suya coincidiendo con el relevo anual del prior de la cofradía de san Martín y María Magdalena, cuya festividad se celebra con lucidos festejos y la única competición de juegos tradicionales aragoneses de toda la comarca. En este caso sin pretexto alguno, el segundo domingo se celebra la Fiesta de la Rosa en Alcañiz, con bendición de las flores en el convento de San Gregorio Magno de las madres dominicas.

San Juan

Difícilmente podrá explicarse nadie qué rara conexión existe entre los caracoles, san Juan y la buena fortuna, pero en el Bajo Aragón no dejan pasar la ocasión de comerlos esa noche en compañía de los amigos *por si acaso*, aunque no sean supersticiosos como aquel samordo precavido que aseguraba no serlo “porque ser supersticioso trae mala suerte”. Lo cual no deja de ser cierto porque si salimos de casa temiendo la adversa fortuna, lo más probable es que cometamos cuantos errores puedan acarreararnos la desgracia.

Claro que son demasiadas las cosas inexplicables de esa noche mágica del solsticio de verano en la que se han acumulado prácticas y creencias en estratos sucesivos, como si se tratase de un yacimiento arqueológico –que lo es–, con los restos de tradiciones, mitos y leyendas de todas las culturas que han rendido culto al sol, sin que sean las más difíciles de entender las hogueras que representan el fulgor del renacimiento desde la muerte invernal, dando aliento a una nueva vida purificada por el fuego. De ahí arranca la elaboración de ciertos alimentos salutíferos; la preparación de determinados filtros de amor, la búsqueda del trébol, la ejecución de ritos propiciatorios, la recogida de agua lustral y la ablución del rostro antes del amanecer como las gentes de Belmonte en *el barranco*, las mocitas de Aguaviva en los lavaderos, y las de La Cañada en *las piletas* y la *Fonsanta*, mientras que las de La Cerollera prefieren lavarse en *las balsas* con los chicos después de haber cenado todos juntos. Del

baño corito en manantiales, lagos y corrientes no hay noticia, pero sí de los sortilegios del agua. Por ejemplo, las chicas de La Ginebrosa y La Codoñera echaban al agua antes de salir el sol unos papeles enrollados en los que habían escrito el nombre del amado y era signo de buen augurio que se desenrollase y quedase el nombre al descubierto. El misterioso influjo de esa noche se dejaba notar también en la elaboración de ciertas bebidas como el vino nogado o licor de nueces, para los que han de recogerse los frutos precisamente la víspera de San Juan.



Procesión de la fiesta del Misterio en Aguaviva

Los sanroques, que tan fervoroso culto reciben durante las noches agosteñas en sus hornacinas de las calles alcañizanas y otras poblaciones del Bajo Aragón, tantas veces castigado por las epidemias, son una impetración y una negociación para que, a cambio de las plegarias y las promesas, los poderes

sobrenaturales representados por el santo les preserven del azote de la peste, las fiebres y el cólera, que diezmo la población de Alcañiz en sólo quince días de agosto durante 1885. No dista mucho esta actitud, en el fondo, de aquellos ritos propiciatorios con que los pueblos primitivos aplacaban la ira de los elementos o ponían de su lado las fuerzas de la naturaleza, a cambio casi siempre del sacrificio humano en fechas muy remotas y de animales a medida que fueron cobrando respeto por la vida de los semejantes. Tal vez, por esas adherencias tan poco cristianas del catolicismo, pese a ser tan cálidas y humanamente comprensibles, la Reforma adoptó una postura poco transigente con las prácticas devotas, en un intento de devolver su pureza al cristianismo, inclinado como tantas veces el judaísmo al recidivante culto a *los ídolos*.

Trece días después, el 28 de agosto, se conmemora el Santísimo Misterio de Aguaviva que supuso la recuperación de un *lignum crucis* extraviado en un incendio que devastó la iglesia y el hallazgo en el altar mayor de una gran hostia doblada que envolvía tres de menor tamaño, teñidas de sangre, que nos remite otra vez al sacrificio —ésta vez de la divinidad— como sucedió con los Corporales de Daroca. Un evento que se rememora piadosa y solemnemente todos los años decorando las calles por las que ha de pasar la procesión con suntuosas y bellas alfombras de serrín teñido para formar dibujos ornamentales y coloristas.

Pasada la tórrida canícula, la Tierra Baja comenzaba a recobrar el pulso y se reanudaba la vida. Primero se honraba a los Fieles Difuntos y para endulzar el triste recuerdo se remataba el rezo de las tres partes de rosario con los dulces *buesos de santo* de mazapán. En La Cañada, los familiares reunidos al tocar las campanadas de la medianoche rezaban por los deudos y los amigos fallecidos mientras asaban castañas, boniatos y membrillos.

El día de San Silvestre, los niños de Alcañiz recorrían las casas de los familiares, lo mismo que los de La Codoñera y otras muchas poblaciones, demandando el *cabó de año* —último vestigio de un vetusto rito de renovación que aconseja desprenderse de los alimentos del año que termina para renovarse en el nuevo—, y los mozos de Aguaviva se refugiaban en una especie de choza en la plaza para ir en busca de ese tardío aguinaldo a casa de sus madrinas cuando se hacía de día.

El *cabó de año* se solicitaba con una cestita de mimbre reservada para ese comedido en la que se recogía una cosecha de orejones, pan de higos, pequeños quesos de pastora acordes con la edad de los demandantes, turrón de guirlache, hostias o nieblas de turrón de almendra, peladillas, y en Alcañiz unas piecitas de mazapán con forma de jamones, embutidos, anguilas y muñecos.



El queso de pastora, cuajado con estambres de flor de cardo azul, tiene la forma de los rodetes de trapo que se ponían en la cabeza para llevar la cántara

Los santos de capa

En una sociedad cada vez más artificiosa y desarraigada de la naturaleza y de la tierra, las hogueras de San Antón con la bendición de los animales, algunos con menos fortuna que los otros como el gallo del desfile de *la cabilla* en Las Parras de Castellote, al que el jinete más hábil arrancaba la cabeza, no son ya como una sagrada ordalía, lo mismo que el trote de *la encamisada* que se alumbraba con antorchas en Estercuel o *la bochiganga* de Foz-Calanda, que hacía burla de sus compadres relatando en verso sus torpezas subido en una mula, fiesta que llaman *mochiganga* en el Mas de las Matas, donde el recitado se refería tanto a los vecinos como al Ayuntamiento y era acompañado con la mímica y los gestos de los acompañantes para regocijo del pueblo. Tampoco es ya un rito de participación el reparto del pan bendito de tantos lugares y el exclusivo baile de *El Reinao* en Los Olmos, ni una suerte de ingenuo *auto sacramental* la representación de la *sanantonada* con la pugna del diablo y el ángel en La Ginebrosa y la mitad de la comarca, ni un regocijo popular ver pasar el *gorrinico de San Antón* alimentado por los vecinos y libre todo el año por las calles como un recuerdo de *la dula*, para ser subastado el día del santo en La Mata de los Olmos y en otras poblaciones, donde por cierto a los niños nunca los ha traído la cigüeña ni han venido de París, sino de la ermita de *El Dulce* según refiere José Alberto Pellicer en *Bajo Aragón. Fiestas y Tradiciones*. No puede extrañar a quien sepa cómo anda allí trastocada la función de los santos, porque a san Cristóbal no se le pide el feliz término de los viajes sino que les defienda de las tormentas, aunque para ahuyentarlas se queman los pollizos de olivera que se bendijeron el Domingo de Ramos como en casi toda la comarca, del mismo modo que las enramadas no las preparaban los enamorados para las Cruces de Mayo como todo el mundo, sino el Sábado Santo igual que en Los Olmos, y las preces contra el cólera y la peste se dirigen a san Marcos y no a san Roque, y la fiesta de las mujeres no es el día de santa Águeda sino el de la Virgen del Rosario, y la solicitud del *cabo de año* la formulan los niños no el día 31 de diciembre sino el de los Santos Inocentes.

Todo el año era antaño fogata y no sólo se encendían en san Juan para celebrar el solsticio de verano, ni luego en los *santos de capa* sino también la noche de Santa



Celebración de la festividad de Santa Águeda en Torrecilla de Alcañiz

Águeda por entre cuyas llamas danzaban y saltaban como locas *bacantes* las mujeres de todas las edades cantando coplas atrevidas (“Santa Aguedeta, Aguedeta / Santa Aguedeta, Aguedón –cantaban en Alcañiz desvergonzadamente–/ que a mí me guarde la teta / y a mi marido el pezón”) mientras se obsequiaban y obsequian con las dulces tetas de santa Águeda, o *la vestían de Luz* como en Foz-Calanda, de la misma manera que el roscón del milagro san Blas, abogado de las dolencias de la garganta, se donaba piadosa y caritativamente a los dolientes cuando apenas hoy representan nada porque nuestra fe vacilante recurre antes a los fármacos que al consuelo de los Cielos. Pero estas prácticas nutrieron durante siglos la esperanza de los hombres.

Todas esas tradiciones, inspiradas en mitos antiquísimos, mueven a acciones y comportamientos propiciatorios o vindicativos importados desde las primitivas religiones animistas. Es apasionante descubrir que cuando las fiestas cristianas no enmascaran mitos anteriores, el suceso no pasa del acontecimiento litúrgico: dos mil años no bastan para edificar un mito. Ahí tenemos el ejemplo de *la Virgen de agosto* que festeja la ascensión de María Santísima al cielo, tan devota y piadosamente celebrada en todo el territorio como para que la familia Mur, que custodia desde hace más de un siglo la *Virgen de la Cama* en uno de los dormitorios de su casa de Belmonte de San José, la saque en procesión el 15 de agosto esperando la ascensión, y que sin embargo no ha sugerido a los fieles ninguna manifestación peculiar porque fue probablemente de inspiración exclusivamente cristiana. Al revés de lo sucedido con *los Mayos*, perdidos en la comarca desde hará más de un siglo sin que lo fueran las enramadas en homenaje de la Virgen o *las amadas*, que siguen perviviendo todavía no sólo en La Codoñera sino en otros muchos lugares.



Bellísima y sobrecogedora Virgen de la Cama, alojada en la casa de la familia Mur en Belmonte de San José

También las hogueras de San Juan, tan extendidas en otros tiempos, son ahora en el Bajo Aragón apenas un vestigio, acaso porque desde Navidad, en que las familias torrecillanas se ofrecían *el aguinaldo*, a la primavera, no pierden la ocasión de encender fogatas para honrar a los *santos de capa*, esto es a san Antón, cuya fiesta y fogata pagaban en Seno los que habían tenido animales enfermos y habían sanado, san Valero *el ventolero*, san Blas, que es abogado del dolor de garganta, san Lázaro, patrón de los quemados y santa Águeda, intercesora de los pechos femeninos, que aun sin llevar capa ha despertado siempre la más ardorosa devoción de las bajoaragonesas, así como otros menos abrigados pero de igual manera milagrosos. Se comienza en Torrecilla de Alcañiz el 16 de enero, víspera de San Antón, que vive la *fiesta de los borrachos* con bailes, cantos y libaciones, jugando a *la morra* y quemando la más grande zueca de olivera que se hallaba en el término: es *la tronca*, que se consume durante días, tomando el mismo nombre de *el tión* que en Navidad esparcía munificente las golosinas entre los niños junto al fuego del hogar. La misma víspera, el hondo y grave suspiro de una gran caracola marina convoca a los varones de Valdealgorfa para ir unos a cazar y otros a cortar la leña del santo que traían por la tarde en caballerías enjaezadas y llenas de campanillas, que prendían en la plaza mientras danzaban los hombres solos hasta el amanecer en que cantaban las albadas, rondaban a las chicas, iban a mi-



Hoguera en Castelserás

sa, comían y bailaban con ellas. Cuatro días después, los vecinos de Castelserás tejían un verdadero rasca-cielos de leña presidido por el árbol más alto del término y en ningún caso menor de 18 metros –ni mayor de 24 para evitar que dañe las casas de la plaza mayor–, que se convertirá en la gran hoguera de san Sebastián entre cuyos rescoldos se aventuraban con arrojo los mozos antes, quemándose la ropa con frecuencia y chamuscándose el cabello y aun la piel para talar el gran tronco humeante en torno al cual se había bailado *el rodat* ciñéndose audazmente a las llamas, como los bailadores de La Cañada de Verich en la fogata de la noche de San Blas.

Con uno u otro pretexto, se sigue haciendo fuego en las calles todo el año, venga o no a cuento, como en Belmonte, donde se prendían pequeñas hogueras en la calle todas las noches de octubre y una enorme la noche del Pilar, igual que en Castelserás, Torrevelilla donde asaban membrillos y maíz bailando a los sones de la gaita, o en La Codoñera que ardían hasta la noche de Todos los Santos, y de las que partían a las siete de la mañana las cuadrillas de mozos para rondar con *coplas de aurora* a las chicas casaderas, desde octubre a mayo, entre disparos de escopeta –ahora cohetes– tan estremecedores como los arcabuzazos de Beceite para san Antón, después de haber pasado la noche entre chanzas, buen humor y vino tinto de la cosecha, al que se hacía colchón con tajos de lomo a las brasas, longaniza, pellas, morcilla, tocino humeante, magra y aromática papada, veniales entretenimientos con que solían abreviarse las noches de vigilia invernal a la intemperie, mientras la *rosada* blanqueaba los olivares.

Leyendas

La huella de las leyendas se ha borrado en el Bajo Aragón con más celeridad que sus costumbres, si no se han materializado en comportamientos, como es el caso del día de San Agustín en que Aguaviva celebra el Santísimo Misterio de las formas de la comunión ensangrentadas, dejadas por tres figuras de blanco, que al parecer eran san Pedro, san Pablo y san Lorenzo, sobre el ara del altar recién incendiado, junto a un *lignum crucis* reaparecido, un día de 1475.

El suceso extraordinario de Alcorisa se produjo cuando estaba reunido el Concejo para elegir patrón y un mendigo se acercó a pedir limosna. Lo alojaron y cuando al cabo de ocho días penetraron en la estancia alarmados por su silencio había desaparecido dejando en su lugar una talla de san Sebastián. Una historia que se repite punto por punto en el caso de Castelserás. Pero en Alcorisa han tenido trato frecuente con los poderes celestiales, como es el caso de la Virgen del Portal, que se apareció en la oquedad de un tronco de árbol bajo la advocación de Montserrat y se le rindió culto allí mismo hasta que fue trasladada al actual emplaza-

miento. Algo no muy distinto sucedió con la figura del Santo Sepulcro hallada en el lugar en el que un ciego percibía destellos de luz desde hacía días y que fue alojada en la ermita que se consagró en 1570 a tal fin.

El patronazgo de san Macario tiene origen taumatúrgico y se funda en el hecho de que un pastor de Andorra la Vieja consiguiera, por su intercesión, que se curase un niño desahuciado por la ciencia en la población aragonesa, y que al conocer la feliz intercesión del santo, acudió para dejar una imagen suya que fue subida al monte y custodiada en una ermita desde la que, los días de tormenta, un sacerdote eleva preces para que los rayos no dañen a los rebaños y las cosechas. Una historia de complejo sincretismo en que entra a la parte la misma santa Bárbara, muy diferente a la lineal y candorosa de la devoción pilarista calandina, justificada según la tradición porque uno de los nueve paganos conversos que presenciaron con Santiago la venida de la Santa Madre de Dios en carne mortal a Zaragoza, era de Calanda. Pero la historia más popular y devotamente sentida es la del milagro que la Virgen operó en *Miguel Pellicer, vecino de Calanda* reimplantándole la pierna que le había seccionado un carro.

En La Mata de los Olmos se tiene por cierto que la Virgen del Olivar, que inspiró a Tirso de Molina *La dama del olivar* como antes la fundación del monasterio consagrado a su advocación en Estercuel, se apareció a un pastor del pueblo, un hecho reconocido por las poblaciones del contorno ya que cuando acuden a él en romería desde Crivillén, Oliete, Lécera, Alloza y el propio Estercuel, ceden el paso a los devotos de La Mata para que encabecen la procesión.

No sorprenden ni resultan imaginativos los mitos de las apariciones de imágenes de santos pues se hallan en el origen de muchos patronazgos y la mayor parte de las ermitas, si bien son muy pocas las leyendas conservadas que no guarden relación con lo sagrado. En Alcañiz se recuerdan aún, de entre las muchas perdidas, algunas de carácter laico como la de la *casa embrujada* en la que se oficiaron misas negras y no llegó a ocuparse; la de la peña de la Encarnación que dará origen al fin del mundo; la de la cueva de la *Infernallera* que constituye una de las entradas del averno; la del ermitaño, el Pasadizo del Diablo, el Pozo de la Sangre y la de la Fuente de la Loba que dio origen a la fundación de la ciudad del mismo modo que otra loba, la Capitolina, asociada a la peripeicia de Rómulo y Remo explica el origen de Roma.



Amuleto alusivo al milagro del cojo de Calanda (1640). Anverso y reverso

Las fiestas de la comarca del Bajo Aragón

FRANCISCO JAVIER SÁENZ GUALLAR

Los pueblos de la comarca del Bajo Aragón son grandes, se disponen a lo largo de las vegas de los ríos y se encuentran notablemente distanciados entre sí. En estos municipios las casas, de varias alturas, se apiñan en torno a la iglesia, el ayuntamiento y la plaza mayor en calles perfectamente delimitadas y diferenciadas. Las calles, además, están densamente pobladas por vecinos que hasta hace muy poco se dedicaban mayoritariamente a la agricultura. En este contexto, las relaciones de vecindad eran muy formales e intensas, y se ritualizaban periódicamente a través de la celebración de fiestas de calle en torno a las capillas u hornacinas con el santo titular o el patrono de la calle que existen en muchas de ellas. Las que se hacían, y aún se hacen, en la calle de santo Domingo en Alcañiz, en la de la Virgen del Campo en Calanda o en la calle de san Ramón Nonato en Alcorisa, por ejemplo, han sido siempre de las más destacadas.



Alcorisa. Comida popular de las Fiestas de Primavera

El cambio social de los últimos años, que en general no produjo grandes pérdidas de población en estas localidades bajoaragonesas, sino a veces lo contrario, pero sí un aumento de la movilidad social y física, trastocó este tipo de relaciones vecinales y su expresión ritual y provocó que muchas celebraciones de calle se perdieran, aunque algunas se han recuperado recientemente. Al mismo tiempo, han aparecido otras nuevas fiestas de barrio, de asociaciones, conmemorativas, promocionales, deportivas, etcétera, y se han potenciado o revitalizado las tradicionales de oficio, género y edad. En este sentido, por ejemplo, las fiestas dedicadas en estos pueblos a san Antón, san Blas y santa Águeda han recibido un nuevo impulso. En Mas de las Matas, para las fiestas de san Antón destaca *la mochiganga* o recitado de

los dichos al santo, en los que de manera jocosa y satírica se hace un repaso crítico a todo lo sucedido en la localidad durante el año. Para san Blas, en Torrecilla de Alcañiz aparecen los *despertadores*, que con sus rezos y cantos callejeros al amanecer convocan a la gente a los primeros actos religiosos del día. También hay despertadores, aunque para otras fechas, en Calanda, La Codo-

ñera e Híjar. Las fiestas en honor de santa Águeda, protagonizadas exclusivamente por mujeres y en las que nunca faltan las célebres pastas llamadas *te-tas de Santa Águeda*, han tomado un gran auge en los últimos tiempos, como reflejo sin duda de la nueva situación que ocupa la mujer en la sociedad actual.

Entre las nuevas fiestas podemos citar, por ejemplo, el *Vencimiento del Dragón*, en Alcañiz, que tiene lugar el 23 de abril para san Jorge, y en la que el acto central tiene lugar en la plaza del ayuntamiento cuando el desarrollo de la celebración se ve interrumpido por un dragón que es derrotado por san Jorge al arrojarle un ramo de flores silvestres. En Alcorisa, la Asociación Club Paraíso Caracas es la responsable principal de la organización de unas variadísimas Fiestas de Primavera, en las que destaca una multitudinaria comida popular en la calle para todo el que quiera acudir. Belmonte de San José viene organizando desde hace unos años la recreación festiva de *la Concesión de la Carta Puebla*, y Mas de las Matas está preparando para este año la del *Regreso del Comendador*.

Los pueblos bajoaragoneses tienen en su entorno cercano varias ermitas, entre las que no suelen faltar una dedicada a santa Bárbara y el Calvario, fácilmente reconocible por las catorce estaciones, en forma de peirones o pequeñas capillas, que jalonan el camino hasta el edificio principal. En cada población, la ermita más importante está dedicada al patrono o patrona de la localidad, y a ella acuden en primavera para bendecir los campos o al final del verano dentro de los actos de las fiestas mayores. En Alcañiz, por ejemplo, visitan el santuario de la Virgen de Pueyos; en Belmonte, la ermita de san José; en Berge, el santuario de la Virgen de la Peña; en Calanda, la iglesia de la Vir-



El día de San Jorge, 23 de abril, celebra Alcañiz *El Vencimiento del Dragón*

gen del Pilar; en La Codoñera, la ermita de la Virgen de Loreto; en Mas de las Matas, la ermita de santa Flora; en Valdealgorfa, el santuario de la Virgen del Buen Suceso, etcétera. Existe una fuerte identificación y vinculación entre cada población y su santuario (en Alcañiz un voto perpetuo obliga a la ciudad a acudir al santuario de la Virgen de Pueyos todas las primaveras el día del *Domingo del Voto*), hasta el punto de que no es frecuente que estos pueblos visiten formalmente las ermitas de las localidades vecinas o participen en romerías supralocales o comarcales.

Las fiestas mayores siguen celebrándose en los días que les corresponden, tanto sea invierno como verano. No se han producido cambios de fechas como en otros lugares, ya que estas localidades del Bajo Aragón siguen manteniendo en general población suficiente. El ejemplo más evidente lo tenemos en Castelserás, donde festejan a san Sebastián, su patrón, durante varios días del mes de enero. El acto central de las fiestas es el encendido de una monumental hoguera, seguramente la más grande de todo Aragón. El domingo anterior al día 20 de enero, los miembros de una comisión creada por el ayuntamiento cortan el álamo o chopo más alto, de entre 18 y 24 metros, que encuentran en la ribera del Guadalupe y lo trasladan a la plaza mayor donde, con la ayuda de cuerdas, lo encajan en el *rollé*, o agujero destinado a tal efecto que existe frente al edificio del ayuntamiento. Desde ese día, y hasta la víspera de la fiesta, se va acarreado la leña necesaria para construir la monumental hoguera, que en su base, sobre una capa de arena, está formada por *zuecas* de olivera verdes, encima de las cuales se coloca todo el resto de los troncos y ramas. El día

19, después de que la *cercavilla* o pasacalles por el pueblo recoja a los invitados importantes, a las autoridades, a los miembros del ayuntamiento y a la reina y las damas y los lleve hasta la casa consistorial, los *caramballeros*, a las diez de la noche, encienden la hoguera. El intenso calor que desprende la montaña de fuego que se produce hace que las personas que rodean la hoguera para observar más directamente la fiesta tengan que retirarse fuera de la plaza. En ese momento, cuando el fuego alcanza su máxima intensidad, los más audaces se acercan a la hoguera para bailar el *rodad*, una especie de jota en la que cada danzante, con los brazos en alto, al tiempo que gira continuamente sobre sí mismo, tiene que dar una vuelta completa alrededor de la hoguera, lo que se le recompensa con un generoso aplauso. Ya de madrugada, cuando la hoguera



Baile del *rodad* en la hoguera de Castelserás

pierde sus llamas, los mozos más atrevidos comienzan a entrar en las brasas pisando sobre las *zuecas* de olivera para intentar cortar con hachas el álamo o chopo central. El calor que asciende del suelo es todavía tan fuerte que, al no poder dar muchos golpes seguidos, normalmente son necesarios todavía muchos relevos hasta que el árbol cae. Entonces, el mozo que lo consigue recibe el reconocimiento y la admiración de los presentes.

Todas las fiestas mayores de estas localidades tienen algún aspecto singular o de interés, pero habría que destacar especialmente las de Aguaviva, con su procesión del Santísimo Misterio, que discurre por calles en las que se ha confeccionado una alfombra de serrín coloreado formando motivos ornamentales, y las de Mas de las Matas, con un espectacular desfile de carrozas que es la referencia obligada para los de toda la comarca.



Detalle del desfile de carrozas de Mas de las Matas

La vitalidad de estos municipios de la comarca del Bajo Aragón se refleja también en las numerosas ferias, exposiciones y muestras, oficiales o no, que se organizan a lo largo del año. Antiguamente las ferias coincidían con las fiestas; en la actualidad priman más los aspectos económicos y comerciales, pero no por ello dejan de programarse actos festivos. El calendario ferial de la ciudad de Alcañiz es un buen ejemplo de lo que decimos: Salón del Riego y la Maquinaria Agrícola (febrero), Totálica, la feria total (marzo), ExpoRústica (mayo), AutoClassic, feria del vehículo clásico (octubre), y ExpoGuay (diciembre).

Bibliografía

- ARNAUDAS LARRODÉ, Miguel, *Colección de cantos populares de la provincia de Teruel*, Instituto de Estudios Turoleses, Teruel, 1982 (reed.).
- BELTRÁN MARTÍNEZ, Antonio, *San Antón en las fiestas bajoaragonesas*, Ibercaja, Zaragoza, 1995.
- BURGUÉS, José P., *Religiosidad popular en Torrecilla de Alcañiz*, Instituto de Estudios Turoleses y Ayuntamiento de Torrecilla de Alcañiz, Teruel, 1989.
- PELLICER LUCAS, José Alberto, *Bajo Aragón. Fiestas y tradiciones*, Certeza, Zaragoza, 1997.
- SÁENZ GUALLAR, Francisco Javier, "Fiestas de calle y fiestas de barrio: los 'San Roques' de Alcañiz y el cambio social", *Boletín del Centro de Estudios Bajoaragoneses*, 6, 1992, pp. 149-177.
- SÁENZ GUALLAR, Francisco Javier, "El contenido etnográfico de la obra de la pintora naif alcañizana Enriqueta T. Durán", *Seminario de Arte Aragonés*, 46, 1994, pp. 373-400.
- SÁENZ GUALLAR, Francisco Javier, *La fiesta en Teruel* (colección Aragón-LCD), PRAMES, Zaragoza, 2000.
- SERRANO SANZ, Antonio, *Que diremos del... La fiesta de San Antonio y la Mochiganga en Mas de las Matas*, Grupo de Estudios Masinos, Mas de las Matas, 2002.

La Semana Santa en el Bajo Aragón

FRANCISCO JAVIER SÁENZ GUALLAR

Introducción

La Semana Santa bajoaragonesa, con sus atronadores tambores y bombos sonando sin descanso, es la manifestación popular más original, espectacular y conocida de la comarca e incluso de la provincia. A ello ha contribuido, sin duda, la figura del cineasta calandino Luis Buñuel con algunas escenas de sus películas, y con escritos como éste de sus memorias tituladas *Mi último suspiro*:

Es una ceremonia colectiva impresionante, cargada de una extraña emoción, que yo escuché por primera vez desde la cuna, a los dos meses de edad [...] Ignoro qué es lo que provoca esta emoción, comparable a la que a veces nace de la música. Sin duda se debe a las pulsaciones de un ritmo secreto que nos llega del exterior, produciéndonos un estremecimiento físico, exento de toda razón [...] Los tambores, fenómeno asombroso, arrollador, cósmico, que roza el inconsciente colectivo, hacen temblar el suelo bajo nuestros pies. Basta poner la mano en la pared de una casa para sentirla vibrar. La naturaleza sigue el ritmo de los tambores que se prolonga durante toda la noche. Si alguien se duerme arrullado por el fragor de los redobles, se despierta sobresaltado cuando éstos se alejan abandonándolo.

En los últimos tiempos, muchas otras poblaciones de fuera de la comarca han incorporado a sus Semanas Santas el toque del tambor y el bombo, a imitación de lo que ocurre aquí, y se ha generalizado su presencia en las procesiones y la convocatoria de exaltaciones instrumentales, retretas, exhibiciones, encuentros, muestras, concursos, etcétera. Sin embargo, se olvida que lo verdaderamente significativo de la Semana Santa en el Bajo Aragón no es la existencia de tambores y bombos, que encontramos prácticamente en todas las Semanas Santas del país acompañando a las bandas de cornetas, sino la forma que en se tocan en la comarca bajoaragonesa, es decir, de manera multitudinaria e ininterrumpida durante dos días seguidos y no solamente en cofradías y durante las procesiones, sino también, y especialmente, al margen de ellas, fuera de los tiempos, formas y lugares establecidos.



Bombo con las huellas de sangre dejadas por horas de continuo tocar

El momento de mayor expectación de la Semana Santa bajoaragonesa, y el que últimamente las televisiones eligen para retransmitir, ya no es ninguna procesión en particular, sino el de *romper la hora* o de comenzar a tocar, que se realiza de manera colectiva en cada población, excepto en Alcañiz, y en el espacio público de mayor capacidad, normalmente las plazas mayores o las de la iglesia. Aquí se van congregando los tamborileros poco a poco hasta que llega la hora. A una señal del alcalde, o del invitado de turno, el sobrecogedor silencio reinante es roto por un atronador estruendo producido por cientos de tambores y bombos sonando al unísono. Poco después, los tamborileros abandonan la plaza en cuadrillas que compiten y se *pican* entre ellas mientras rondan las calles. De vez en cuando descansarán, repondrán fuerzas comiendo y bebiendo copiosamente y se volverán a juntar para acompañar a las procesiones.

El tocar el bombo de forma enérgica y continuada durante horas provoca, en ocasiones, que los nudillos de la mano que lleva la maza sangren abundantemente e incluso queden en carne viva. Para unos, los menos, esto es una prueba evidente de que no se sabe manejar el instrumento. Para otros, por el contrario, es la consecuencia inevitable de tocar el bombo como se debe hacer, es decir, con fuerza y vigor, con *hombría*.

El origen de los tambores

En relación con las razones por las que se incorporaron tambores a la Semana Santa del Bajo Aragón, y en la forma en que lo hicieron, existen diversas teorías. La más difundida propone que los tambores se añadieron a los desfiles procesionales para intentar reproducir el estruendo de las convulsiones de la naturaleza ocurridas en el instante de la muerte de Jesucristo en la cruz: “En esto el velo del Santuario se rasgó en dos, de arriba abajo; tembló la tierra y las piedras se rajaron” (Mateo, 27, 51-52). Pero esto parece una interpretación a posteriori y que además

no aclara el papel de los tambores fuera de las procesiones y de los actos religiosos.

Una segunda hipótesis, muy conocida también, atribuye, por el contrario, un origen profano a la tradición. Según esta teoría, el tránsito entre el invierno y la primavera, en el que se sitúa la Semana Santa, sería el fin del letargo de muchos animales y también de los muertos, que estarían tentados de volver al mundo de los vivos. Para protegerse de ellos y para ahuyentarlos y conducirlos hasta el lugar de su descanso final, en muchas culturas se habría recurrido desde antiguo a producir ruido violento con todo tipo de instrumentos y cacharros. Esto explicaría la presencia de matracas y carracas en este tiempo y en muy diferentes contextos y algunos extraños rituales que se celebraban hasta hace muy poco en nuestra comarca dentro de las iglesias, como *matar a María*, *despertar a los santos* o el *matajudíos*, en los que al final del *oficio de tinieblas* la gente, armada con palos y piedras, golpeaba el suelo, los bancos, los confesionarios, y todo lo que quedaba a su alcance produciendo un ruido atronador. En algunos casos, rituales muy semejantes tenían lugar también en las calles de muchos pueblos del Bajo Aragón. La introducción de los tambores se habría realizado, pues, para encauzar y formalizar esta tradición, en la que algunos observan elementos propios del carnaval.

No obstante, si se observa lo que sucede en otros lugares de España donde también se toca el tambor de forma muy parecida a como se hace en nuestra comarca, es necesario tomar en consideración una tercera posibilidad. En Baena, Cuenca, Mora-



Inicio de la procesión del Pregón de Alcañiz

talla o Mula, por ejemplo, quienes tocan el tambor reciben el nombre de *judíos*, y en grupo constituyen *turbas de judíos*, de ahí el nombre de *Las Turbas* que se da a la famosa procesión de Cuenca. El papel de estas turbas de judíos en las procesiones es el de mofarse y burlarse del sufrimiento de Jesucristo con tambores y bombos, antiguamente destemplados, o también con clarines como en Cuenca. Pueden cometer determinados excesos y en algunos casos incluso parar o interrumpir la procesión. Y al igual que en la Semana Santa bajoaragonesa, siguen tocando sus instrumentos una vez que acaban las procesiones y los actos religiosos, incluso con más entusiasmo y dedicación si cabe.

En este mismo sentido, se puede pensar que los tamborileros bajoaragoneses no hacen sino interpretar también, como en los lugares citados, dentro de la gran representación de la pasión y muerte de Jesucristo que es la Semana Santa, el papel de *judíos*. En la procesión del Pregón de Alcañiz, por ejemplo, todos los elementos que la constituyen pertenecen al Antiguo Testamento (la creación del mundo, la expulsión de Adán y Eva del paraíso, las doce tribus de Israel, etcétera), no hay nada que tenga que ver con la pasión y muerte de Jesucristo. Pero al mismo tiempo, los trajes y caperuzos con los que deben vestirse quienes simulan ser *judíos*, suponen a su vez una burla y escarnio hacia uno de los pueblos históricamente más rechazados por el conjunto de la sociedad española, al que se hace responsable precisamente de la muerte de Jesucristo. En Cabra (Córdoba), por ejemplo, “para aspirar al honor de una plaza en estas tribus o turbas de judíos, era preciso que el solicitante tuviera lo que llaman los inteligentes buena sangre, esto es, que descienda de cristianos viejos sin mezcla alguna de otra mala raza, ni de moriscos, ni de recién convertidos a la nuestra santa Fe Católica. Y si preguntáis, lectores míos, la causa de tan severo escrutinio, os dirán con gravedad las viejas del país que todo ello es necesario para que la costumbre de representar anualmente su papel no influya en sus hábitos y creencias”.

Alcañiz e Híjar, curiosamente, las dos localidades, junto con Calanda, donde desde más antiguo se toca el tambor y el bombo, fueron importantes focos de cultura judía. En el Bajo Aragón, la incorporación de estos *judíos de la broma*, como se les denomina en las localidades mencionadas, habría sido controlada y regulada más que en ningún otro lugar a través de los numerosos bandos municipales y otras normas de carácter restrictivo promulgados por los poderes públicos locales; de esta manera los tambores habrían quedado integrados con más normalidad en las procesiones, aunque siempre con la posibilidad de tocar con total libertad fuera de ellas.

Finalmente, aún se han propuesto algunas otras teorías, más discutibles, sobre los motivos de la aparición del tambor en la Semana Santa bajoaragonesa. Una de ellas, por ejemplo, habla de una posible influencia de las bandas militares, muy abundantes en los acuartelamientos existentes en la comarca durante gran parte del siglo XIX, que habrían prestado sus tambores como ayuda para marcar el paso de los desfiles procesionales, pero que tampoco explica su presencia fuera de las procesiones.

Una fiesta popular

La Semana Santa es la conmemoración católica de la pasión y muerte de Jesucristo en la cruz, según se narra en el Nuevo Testamento. En este sentido, pues, se trata de una celebración de raíz estrictamente religiosa. Sin embargo, la incorporación en el Bajo Aragón del toque del tambor y del bombo la convierte en una gran fiesta popular llena de significados sociales y culturales, no todos ellos estrictamente religiosos.

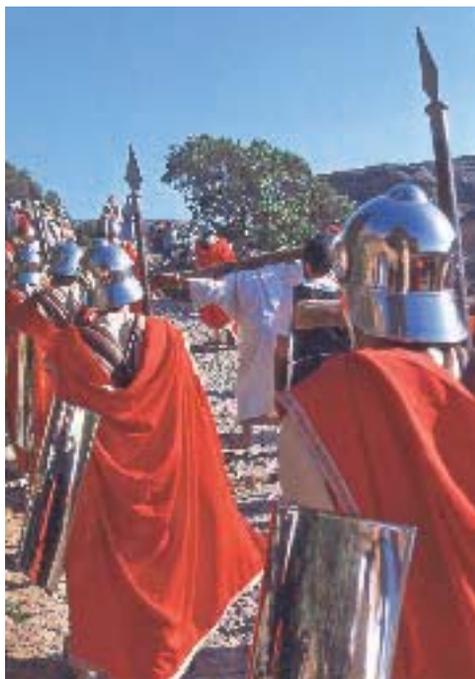
En cualquier caso, pues, independientemente del origen y sentido último de la tradición de los tambores, lo verdaderamente reseñable de esta costumbre son los dos modos tan diferentes de practicar el ritual que se dan según se vaya en procesión o se esté fuera de ellas, circunstancia que se va alternando a lo largo de todo el tiempo que dura la celebración.

Por una parte, con la participación en las procesiones, se reafirma, de manera simbólica, el orden establecido: los diferentes sectores sociales intervienen en ellas según su estatus mediante cofradías, hermandades, asociaciones o agrupaciones familiares; los organizadores y los protagonistas principales son los poderes públicos, religiosos o profanos; las procesiones discurren siempre por las mismas calles y plazas principales, y comienzan y terminan con unos horarios fijos y establecidos previamente; todos los participantes deben llevar túnica, y del mismo color; sólo se pueden interpretar determinados toques marcados de antemano; se toca el tambor anónimamente dentro del conjunto o en grupos familiares; y existen rígidas normas que regulan la forma de participar en todos los aspectos.

Pero, por otra parte, cuando las procesiones finalizan, el ritual del toque del tambor, una vez desligado de ellas, rompe, transgrede, también de forma figurada, ese orden: entonces desaparecen de la celebración los privilegios de origen social; ya no es obligado vestir la túnica o está permitido llevarla sin tercerol; se pueden interpretar todos los toques, e incluso improvisar, y por el tiempo que se quiera, frecuentemente hasta caer exhausto o hasta que sangran los nudillos de las manos; no se toca ya el tambor en grupos familiares, sino individualmente o en cuadrillas que compiten unas



El cese del toque en Calanda



El Drama de la Cruz de Alcorisa

con otras; se toma posesión de todo el espacio urbano y ya no hay ninguna norma que respetar. Entonces el ritual del tambor adquiere un carácter lúdico, de liberación, catártico.

Por último, hay que decir que en la comarca del Bajo Aragón, para Semana Santa, aparte de los tambores y bombos, encontramos otras manifestaciones populares de interés, como la *lucha* que llevan a cabo el Sábado Santo en Calanda, una vez finalizada la procesión, el centurión Longinos –vestido con una anacrónica armadura medieval, recuerdo de la que le regaló Felipe IV a Miguel Pellicer, el cojo del milagro– y el capitán de los romanos o *putuntunes* en torno al paso del sepulcro. En Alcorisa, la representación del llamado Drama de la Cruz lleva ya más de un cuarto de siglo comprometiendo a

un gran número de alcorisanos. Y en Alcañiz, la procesión de Las Palometas, una peculiar versión de las tradicionales *procesiones del Encuentro* del domingo de Resurrección, en la que varias palomas salen de una gigantesca granada de tela que contiene una imagen de la Virgen del Carmen y se abre cuando se encuentra con el palio bajo el que se cobija la custodia, lleva celebrándose desde tiempo inmemorial.

Bibliografía

MICOLAU ADELL, José Ignacio y SÁENZ GUALLAR, Francisco Javier, *La Semana Santa del Bajo Aragón. Antología*, Centro de Estudios Bajoaragoneses, Alcañiz, 1984.

ORTIZ-OSÉS, Andrés, *El simbolismo de las tamboradas en el Bajo Aragón*, pregón de Semana Santa de 1991 (colección Pregón, 3), Centro de Estudios Bajoaragoneses, Diputación Provincial de Teruel y Ayuntamiento de Alcañiz, Alcañiz, 1992.

OTEGUI PASCUAL, Rosario, *Nosotros y los otros. La identidad bajoaragonesa a través de los tambores*, pregón de Semana Santa de 1996 (colección Pregón, 9), Centro de Estudios Bajoaragoneses, Diputación Provincial de Teruel y Ayuntamiento de Alcañiz, Alcañiz, 1997.

PLASTINO, Goffredo, *Tambores del Bajo Aragón* (colección Aragón-LCD), PRAMES, Zaragoza, 2001.

RÚJULA, Pedro (coord.), *Entre tambores. El Bajo Aragón durante la Semana Santa*, Ruta del tambor y el bombo, Zaragoza, 2002.

SEGURA RODRÍGUEZ, Lourdes, *La Semana Santa en el Bajo Aragón* (Cartillas Turolenses, 7), Instituto de Estudios Turolenses, 1987.

VV. AA., *Alcorisa, Santos Montes*, Museo Provincial de Teruel, Teruel, 2003.

La gastronomía tradicional del Bajo Aragón

DARÍO VIDAL LLISTERRI

Dicen los geólogos que el Bajo Aragón fue el fondo de un océano del periodo arcaico. Tal vez por eso ciertos parajes transmiten una desolación silenciosa, como La Salada Grande y La Salada Pequeña de Alcañiz, lagunas fósiles brillantes de sal sin agua, que hacen el espejuelo –la *luneta* dicen los niños allí– a las aves que migran del África hacia el norte invitándoles a beber un agua que no tienen, engañosamente. Pero a sus orillas crece una flora autóctona habituada a la sal y la sed, y un repertorio de bestezuelas y alimañas que las reconocen como su raro hábitat natural.

Sin embargo el paisaje del Bajo Aragón no es ése, sino un horizonte de bajos cabezos poblados –o despoblados– de pinos y carrascas, *ginestas*, romero y tomillo, salpicados siempre de enormes rocas areniscas teñidas de negro, ceniza, arcilla y almagre por el sol despiadado y el musgo de las umbrías que forma mullidas alfombras quemadas. Rocas que parecen llovidas del cielo durante algún oscuro y antiguo cataclismo telúrico. Cabezos cubiertos de pedrejones inmensos con perfil de fortaleza, que dan acceso a cuevas y refugios, en ocasiones custodios de pinturas y grabados de remotos antepasados cazadores, y entre uno y otro promontorio, estrechos vallecicos tendidos –*las vales* y *valillas*– en que se escalonan, abancalados, penitenciales olivos centenarios retorcidos, torturados y dolientes, con mutantes hojas azulencas, verdes, cenicientas, plateadas y espejeantes, según la estación del año, la luz del cielo, la hora del día y el capricho de Dios, que para eso manda.

En ese paisaje de seco, pródigo en aceituna, caza y cereal que se torna jocundo, luminoso, reidor, ubérrimo y alegre en las huertas umbrías de frutales que crecen junto al Guadalope serpenteante, que se persigue a sí mismo bajo la fronda tupida de los árboles, se funda y explica la cocina tradicional de la Tierra Baja.

Con esos mimbres, las hacendosas amas de casa bajoaragonesas, excelentes cocineras en su mayoría, han sido capaces de crear una cocina original, apetitosa, sin-

gular y muchas veces irrepitable, lo que bien mirado puede que sea negativo porque resulta difícil de exportar.

Suponen los sabios que cuando el hombre pasó de desgarrar con los colmillos los alimentos crudos y los sometió al calor, comenzó por asarlos al fuego, luego los preparó al rescoldo envueltos en anchas hojas y en el Neolítico comenzó a cocerlos en agua o freírlos en grasa utilizando como recipientes grandes conchas de molusco, cáscaras secas de ciertos frutos de dimensiones cumplidas e incluso calaveras de animales que inspiraron pronto los cuencos de cerámica capaces de soportar la acción del fuego. De manera que el recipiente representa la aurora de la cocina.

Las hortalizas

Pues bien, la variedad de alimentos vegetales del Bajo Aragón nos deja seguir la evolución de la cocina desde las raras verduras asadas al rescoldo a los fritos y los hervidos, aunque antes se sirviesen de hierbas que hoy ya no existan o hayan sido sustituidas por otras susceptibles de ser cultivadas. Pero lo cierto es que nos han quedado vestigios de aquellas preparaciones. Por ejemplo, en las masadas y las casas de labor era frecuente cenar patatas enteras, ajos, cebollas y espárragos asados al *calibo* o rescoldo, y alcachofas en su tiempo, aliñados con aceite y sal, acompañados con una cumplida rebanada de pan blanco y un traguico de vino.

Con los nuevos cultivos y la incorporación de los más recientes frutos de ultramar fueron agregándose las picantes berenjenas, el dulce calabacín, los perfumados pimientos e incluso el aguazoso tomate, todo bien sazonado en caliente y rociado generosamente con el delicado aceite bajoaragonés. La forma abreviada, a base de patata, cebolla y calabacín asados lentamente, desmenuzados aún calientes, sazonados y aliñados con abundante aceite de la tierra, tiene incluso nombre propio:

se llama *chanfúz güertero*. Otra forma humilde y dignísima de honrar los productos de ultramar son las que ya en viejos recetarios llaman indistintamente *patatas a la alcañizana*, *patatas a la importancia*, y *chuletas de huerta*, que se cortan a rodajas, se rebozan, se fríen y se las deja cocer luego con abundante ajo y perejil.



Hortalizas de la huerta del Guadalope

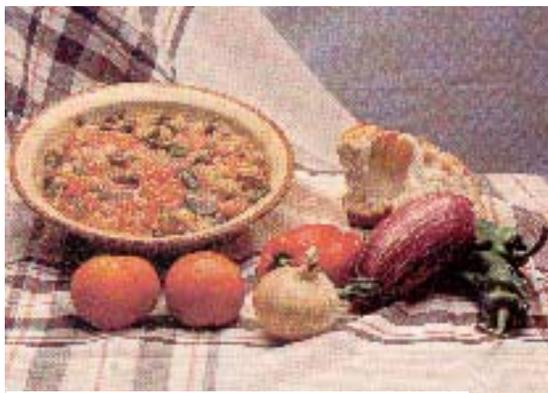
Con la contribución del agua se preparan las sabrosas verduras hervidas: acelgas, berzas, judías verdes, habas, coles, coliflores, guisantes, *espínayes* o espinacas, los cardos imprescindibles en la cena de Nochebuena y las deliciosas borrajas que parecen una metáfora de lo aragonés, tan tiernas y delicadas por dentro, y tan duras y ásperas cuando se intenta cosecharlas.

La devoción por las perfumadas y jugosas verduras del valle del Guadalope se manifiesta en la pluralidad de maneras en que las preparan los bajoaragoneses, que las cuecen, las asan, las fríen y las hornean como harían con una pieza de carne. Sólo un producto de tan excelsa calidad puede soportar sin destruirse modos tan agresivos de cocción. Para comenzar, las cuecen como primer plato con unas patatas del mismo modo que en todo Aragón, aunque con la singularidad de añadir un gajo de cebolla, que se come o se retira luego, para *ensuavecerla* sin que tome su sabor, y en ocasiones se asocian hasta dos y tres clases de verdura, como espárragos y alcachofas, o borrajas con espárragos o lo que se prefiera, si bien en esos casos suele prescindirse de las patatas aunque nunca de un chorrito generoso de aceite de la tierra que es, según los sabios y el espectrógrafo de gases, el mejor del mundo como ya se ha dicho en otro lugar.

Puestos a honrar ese aceite nobilísimo que procuran al Bajo Aragón el clima, el terreno, su altitud y la inigualable oliva *Vera* –cuyo prestigio pueden arruinar quienes plantan variedades ajenas de baja calidad y producción inmediata–, cabe decir que lo utilizan también para freír las hortalizas y no sólo los tomates y pimientos, como suelen en todas las cocinas al preparar la guarnición de los platos, sino también las borrajas rebozadas con huevo, las berenjenas, los calabacines, las cebollas, las alcachofas, los espárragos y cuanto se les ocurre.

De tal modo, preparan en Alcañiz la *fritada*, metiendo en la sartén a fuego lento, con ajos sin pelar, patatas, calabacín y cebolla, que algunos rematan incorporando unos caracoles previamente hervidos con tomillo; o el *chirigol* que consiste en pimiento, cebolla, berenjena y tomate con abundante ajo picado; o la *tomatada*, a base de tomate fresco, pimiento seco rojo un poco picante, o dulce según los gustos, que se añaden a unos trocitos de longaniza fresca de vinagre, chorizo *royo* y morcilla fritos en aceite con abundantes ajos enteros que luego se desechan. Otra fritura deliciosa es la de los tomates secos de Castelserás en la que son expertos los hortelanos de Caspe, quienes siguen preparándolos para el consumo de casa sin más aliño que el sol y la sal, y aún les basta porque les otorgan un sabor inigualable y redondo, y un perfume que evoca todas las especias.

En el terreno de lo insólito deben señalarse las *tortilletas crugues* o tortillas crudas que hacen en La Ginebrosa y que preparan en algún otro lugar como Beceite. Son en realidad unas tortillas a la paisana con las verduras cortadas muy finamente en juliana pero que se elaboran con las hortalizas simplemente lavadas y limpias, aunque sin cocer. De ahí su nombre de *crugues* o crudas.



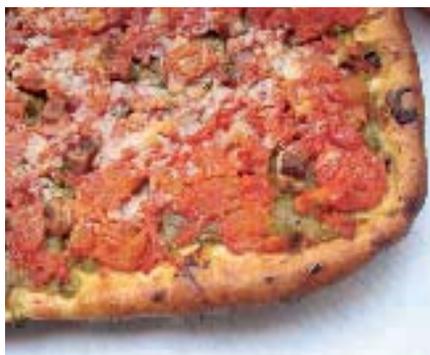
Chirigol

A mi juicio, la elaboración de las *tortilletes crugues* es una lección completa de culinaria porque exigen mimo, cuidado, atención constante al guiso, paciencia y olvido absoluto de la prisa. Las cinco condiciones necesarias para garantizar la excelencia de un guiso. Recuerdo que mi amigo Miguel Burgos, propietario del restaurante de su nombre en Tarazona, despachó amablemente a unos turistas apresurados cuando le apremiaron para que les sirviera sin demora porque tenían prisa, amonestándoles que comer era lo más importante que iban a hacer durante la jornada y sugiriéndoles que si no podían hacerlo gozando de los alimentos, era mejor que lo dejaran para cuando hubieran recuperado la calma. No se fueron, que yo recuerde, e imagino que no debió pesarles por la excelente cocina de Miguel. Pero me pareció que les hizo esperar más de la cuenta para que se serenasen.

Pues bien, las *tortilletes crugues* se hacen batiendo muy bien los huevos y añadiendo luego las hebras de verdura cruda muy picadita, a las que se da vueltas para que se mezclen bien. Después de un breve reposo, se vierten huevos y verduras en la sartén apenas templada y con muy poco aceite, y se les deja hacer lentamente, apenas con calor, para que vayan cuajándose sin quemarse. Esta desconcertante tarea puede llevar media hora y aún más, pero el resultado es excelente y el sabor de los frutos del campo, inigualable, porque han ido cocinándose al tiempo que el huevo, amorosamente, sin freírse. Debo decir que me las prepararon en una de las denominadas *cocinas económicas* de leña, y dudo que puedan prepararse en los agresivos fogones de gas, expeditivos como lanzallamas ni en la hipergaláctica vitrocerámica. Yo, cuando menos, no lo he conseguido.

Mas por llevar las cosas al extremo, en esa tierra se come la verdura también al horno, entre el pan o sobre él. Son las tortas de *recao*, que equivale a decir *recao* pero no en la acepción de mensaje personal sino en la más arcaica de “provisión que para el surtido de las casas se lleva diariamente del mercado”, si bien en la comarca se traduce restrictivamente por las frutas y las verdaderas frescas traídas del huerto para el día.

Hay tortas que exhiben el *recao* como en una bandeja colorista, y otras más discretas que lo esconden bajo una capa de masa también horneada. Y las hay saladas de hortalizas, carnes y aún pescado, y dulces con fruta fresca o frutos secos. La más frecuente es la de pimiento y tomate,



Torta de pimiento y tomate

con pequeños tacos de jamón y longaniza, pero hay también tortas de *chirigol*, de patata con bacalao, de guindas, de cerezas, de moras, de fresas, de *gallicos de nuez* y metidos en el mundo animal, las hay de huevos duros llamadas en algunos lugares *gogueras*, de arenques en salazón, de sardinitas frescas, de conejo, de adobo de cerdo (longaniza, lomo y costilla) u otras carnes, al modo del *bornazo* castellano.

Puede que en lugar alguno se rinda tal culto gastronómico a las hortalizas, preparadas aquí de cuantos modos admite la cocina. De modo que los bajoaragoneses las consumen hervidas del modo habitual o aliñadas de manera peculiar, además de fritas, hechas a las parrillas y hasta asadas al horno.

Las legumbres

La legumbre fue uno de los sustentos tradicionales, la comida de todos los días incluso del verano, de modo preferente los garbanzos y las judías o alubias. Aquéllos se tomaban casi siempre formando parte del cocido, con pellas, morcillas, chorizo, tocino entreverado, gallina, hueso de jamón y un poco de vaca o ternera, con la guarnición de unas patatas, alguna verdura y en ocasiones fideos. Aunque también es cierto que, en los tiempos malos, las familias más humildes tenían que aviarse con poco más que los garbanzos y un mundo hueso de jamón que se prestaban las comadres de casa en casa y que recibía el terrible nombre de *sustanciero*, que era la expresión de la miseria pues estimaban que si daba algún sabor, les otorgaría también algún alimento. No supone un consuelo que este triste jamón momificado se utilizase también, con unos u otros nombres, en distintos lugares de España y no fuera privativo de la Tierra Baja.

Otro plato que goza de gran predicamento son las *judías con morro y oreja*. Se trata de un cocimiento de judías, puestas a remojo previamente durante veinticuatro horas y preparadas con el acompañamiento de blanco de tocino, morcilla, oreja y morro de cerdo, de los que previamente se curan con sal colgados por un tiempo a la intemperie.

Existen otros guisos de judías que incluyen acompañamientos muy varios, como los torreznos, la sardina de cubo frita, la caza, los caracoles, la anguila al modo de Alcañiz e incluso el bacalao y el *chirigol*, como las que ha recuperado Angelines Quílez en la misma población. Y otras variantes casi penitenciales para los días en que la Iglesia imponía el ayuno y la abstinencia, que no demandan más que un pellizco de sal y una cabeza de ajos, dejando para el momento de comerlas el aliño con un chorrito de aceite y, en ocasiones, unas gotas de vinagre.

En el campo se preparaban las judías metiendo por la mañana la olla de barro que las contenía entre paja bien apretada a la que se prendía fuego y se le dejaba hacer mientras la fami-



Zancocho

lia se ocupaba de las tareas del campo. Cuando regresaban al mediodía estaba indefectiblemente hecha, sin quemarse ni secarse ni perderse, y nadie sabe por qué razón, son exquisitas.

Las sopas

A la hora de cenar, esos alimentos demasiado contundentes eran sustituidos con frecuencia por las sopas, las sopas hervidas con las que también se destetaba a los niños, u otras con acompañamiento de ajos, espárragos, tomillo, huevo y otras alegrías que incluían el pan frito. O las sopas *de menudillos de gallina*, de caldo *de partera* y *de predicador* con *tropezones* de jamón y huevo duro picado, reservados a enfermos y dolientes.

Las más sencillas de hacer aunque no las más fáciles, eran la multitud de las escaldadas, escudilladas o *esculladas* que eran –y son– las que se aliñaban con ajos y aceite crudos sobre la base de finísimas rebanaditas de pan seco con un pellizco de sal y agua hirviendo, o con el pan ligeramente tostado. Un sabio de los fogones como Teodoro Bardají decía en su libro *La cocina de Ellas* al tratar de la *sopa de pan escaldada*: “Pese a la sencilla cocinación y su escasez de especias, resulta una sopa gustosa y agradable siempre que en su preparación se empleen pan caseero y aceite de Alcañiz o sus alrededores, oro líquido de los olivares aragoneses”.

De ahí partían las hechas con agua (infusión) de tomillo, o con huevo fresco entero o batido, cuya cima está probablemente en las *sopas esculladas de monte* de Alcañiz, con pan sin tostar, agua clara, un *chitico* de tomillo y un huevo emulsionado en ella que les da el apetitoso aspecto cremoso de una *vichyssoise*. Son tan ricas y perfumadas como difíciles de lograr si no se tiene mucha práctica. Un complemento indispensable de las sopas escaldadas era el *canto* de pan asado al rescoldo, que se utilizaba como cuchara mientras todavía quemaban. De ahí arrancaban las preparadas con los ajos, el aceite y el pan frito, como las *de la tía Gonzalva* que se remataban además con un huevo entero sin batir.



Sopas de ajo

Al lado de esas sopas escaldadas, están las sopas hervidas. Ambas se llaman *de ajo* porque constituye su ingrediente capital en compañía del pan y del aceite, pero las de ajo por excelencia son, en el Bajo Aragón, las primeras. Las hervidas se preparan metiendo las rebanaditas de pan natural, tostado o frito, en la olla o la cazuela con el aceite y el ajo en agua fría dejándolas hervir. Sus variantes son tantas como la fantasía de las cocineras.

Las farinetas

En contraste con esas cenas sabrosas pero frugales, los desayunos eran muy poco apetitosos y de una solidez poco explicable: solían consistir en un plato de *farinetas* (del latín *farina/farinae*, harina), una suerte de gachas, que en otros lugares de Aragón llaman *formigos* y *fresa*, probablemente parecidas a las que antes de la romanización preparaban los iberos con harina de almortas, o el *pulte* latino a base de trigo y centeno, sólo que tras la llegada de los productos ultramarinos llevaban también en proporción variable, según los gustos, una o varias partes de harina de maíz (*panizo*), que se pretendían alegrar con tostones de pan o tocino y *papada* fritos.

No debe extrañar que quienes no despertaban con un apetito tan imperioso y apremiante, recurriesen a las sopas de ajo, y los que por las mañanas tardan a recuperar las facultades se estimulasen con una copa de aguardiente que, según decían, *mataba el gusanillo*. Los que se proponían solamente desperezarlo sin matarlo, acompañaban el trago con unas pastas. Y los más juiciosos se apretaban unos *buevos fritos en badina* con buen aceite, mucho pan, un *puñao de olivicas* y unos tragos del porrón, o los acompañaban con tocino, *pellas* o chorizo.

Los recursos de alifara

Comenzaron llamándose *lifaras* o *alifaras* los convites con que se celebraba el cierre de un trato, pero luego terminaron por designar las meriendas entre amigos, hombres siempre solos, en las tabernas, las eras, las masadas, los masicos o los campos. Son convites casi siempre al aire libre que descubren nuevas sensaciones gustativas, gracias al aire limpio e incontaminado que facilita la percepción original de los alimentos.

¿Ha saboreado alguna vez una costilla o un bistec asado al aire libre entre dos capas de brasas de leña? –pregunta *Curmonskey* a su lector–. Es un placer de dioses, se lo garantizo. ¿Y una sopa de pescado hecha sobre la piedra con fuego de sarmientos por un pescador provenzal? Esa es la cocina al aire libre: un auténtico deleite de sibaritas. ¡Y conozco a los que la prefieren a las otras tres!

En el refugio abierto de los campos los hombres jugaban a las *birlas*, la *barra*, la *tirasoga*, el *marro*, la *chaqueda* los de Calanda, las *chapas*, el *tiro de jada*, la *chueca*, las *bolas*, el *salto del palo*, la *jabeda*, la *bilorta*, el *mazo*, el *pique* y tantos otros agonismos aragoneses, para comer luego alborozados y sudorosos los ranchos, arroces y guisados que preparaban los más habilidosos, o todos a una, para finalizar la sobremesa jugando con la baraja al *guñnote*, la *pechigonga* o el burlón *chiquilitroque* alcañizano, que alternaba el ingenio y el azar con algunas acciones contundentes (“¡Tres! Chiquilitroque, / la viuda de Roque / saca la carne del puchero / bien cocida, bien asada, / con los ojos y el laurel / ¡Viva el santo San Gabriel!”) que solían iniciarse con chanzas y risotadas y terminaban casi siempre en fraterna-

les y entusiastas intercambios de bofetadas según la carta y la fortuna (“¡Al cuatro, sopapo!, ¡al cinco, pellizco!, ¡al seis, revés!, ¡al siete, cachete!, ¡a la sota, cachota!, ¡al caballo, cebada!, ¡al rey, pan!”) o, sin dar tanto rodeo, escogiendo directamente *el moscardón*, en el que sentados en corro, haciendo bocina con las manos y remedando el zumbido del insecto, se lanzaban rápidas bofetadas a quienes se distraían, volviendo a cubrirse de nuevo, lo que con las libaciones, el pique, la creciente desproporción de las respuestas y la incontenible ira acumulada en los descuidos, desembocaba en estupendas batallas campales que contribuían no sólo a entrar en calor sino también a enrojecer las orejas y a bajar la comida.

Eran propias de las *lifaras* la carne a la pastora con tajo bajo de cordero y patatas, las costillitas asadas a la teja o en el rescoldo de los sarmientos de la vid, las *judiadas*, y si se mataban unas codornices o algún conejo, se hacían en ocasiones *a la rabia*, esto es enterrados en la ceniza con brasas arriba y abajo, o entre la paja encendida, sin pelar, orear ni eviscerar, que debió ser como los comieron nuestros más remotos antepasados.

Ángel González *Corrientes* de Alcañiz guisa en estas ocasiones una caldereta de conejo con adobo de cerdo, patatas, romero, tomillo y laurel, que es como comerse todos los perfumes del monte. Y el tío Rafael Gimeno, un labrador de Valdealgorfa, superior en sensibilidad y delicadeza para sus iguales, además de excelente cazador, preparaba pacientemente y con tiempo para las mejores ocasiones, perdices curadas durante meses a la manera del jamón, que luego desmenuzaba fibra a fibra en su bodega para que sus invitados cavilasen sobre qué era lo que estaban comiendo.

Esos conciliábulos de camaradas eran las ocasiones escogidas para experimentar guisos exóticos y atrevidos con viandas desusadas, como el arroz de mochuelo de Enrique Vicente Izquierdo, o la caldereta de *fardacho* (lagarto), del que aseguran que se trata de un bocado finísimo y delicioso. Pero lo que no suele faltar casi nunca en ellos son los caracoles, bien los albigrises de monte, anchos, comprimidos, perfumados, deliciosos y finísimos llamados *baquetas* que cuestan ya casi tanto como las ostras si se encuentran en el mercado, o bien los más asequibles y comunes *de huerta*, casi esféricos, con su concha parda veteada de negro o de castaño oscuro.



Caracoles

Resultaría prolijo enumerar la variedad de sus guisos, porque la fantasía de los aventureros del paladar los hace crecer cada día, pero hay que decir que no es cierto que “valga más la salsa que los caracoles” si los caracoles saben cocinarse. Si los aprensivos probasen con los ojos vendados y los sentidos despiertos los caracoles de *lo tío Manolet* de La Ginebrosa, seguramente no podrían sustraerse a su adicción.

Después de bien lavados y reservados, se sofríen en una sartén grande unos trocitos de jamón entreverado con abundante aceite, unos dientes de ajo y guindilla, *pebrera* o *pebreta*. Se incorporan al sofrito los caracoles con un *chitico* de tomillo y un par de hojas de laurel. Cuando están a medio hacer, se sazonan dejándoles cocer durante unos tres minutos antes de agregarles un vasito de vino blanco y un polvo de harina para que la salsa tome cuerpo. En que aquél se evapora y la salsa se espesa, están ya para comer.

Tienen estos moluscos la humildad de avenirse a cualquier maridaje y hay, por ejemplo, quien los prepara incluso con adobo o parreta de longaniza, costilla y lomo de cerdo, e incluso con ciertas verduras como queda dicho en otra parte. Pero en especial suelen *decir bien* con los sofritos especiados, y les convienen el tomate y el pimiento.

Sin embargo, frente a preparaciones muy elaboradas hay otras que encarnan el ápice de la sencillez. Los hacía mi abuela Carmen de manera harto rústica y elemental, pero no he sido capaz de lograrlos ni he hallado *imitación* que pudiera igualársele. Lo único complicado y exigente es su limpieza. Y un don o una gracia especial para el punto. Se preparan con caracoles ayunos de invierno de los que se hallan hibernados, cerrados y tapiados con su propia telilla. Esos caracoles absolutamente desnitrados y purgados, se asean uno a uno repasando minuciosamente una y otra vez con la punta de un cuchillo las volutas de sus conchas por si tuvieran algo sucio, se quita la telilla y se raspan los bordes a que se había adherido. Si se quiere, puede frotarse luego uno por uno con un trapo humedecido pero sin mojar el caracol ni lavarlos en agua como se suele.

Cuando están limpios se meten en una sartén al fuego con abundante aceite para que vayan saliendo de la concha a medida que sube la temperatura lentamente y comienzan a chirriar. Cuando están, se les añade abundante sal gorda, se da una última vuelta y se sacan.

Son muy ricos y pueden acompañarse si se desea con ajolio. Pero no es imprescindible, porque resultan lo bastante sabrosos como para hacerse apetecer por sí solos. Lo que no se debe hacer en ningún caso es disfrazar la mahonesa –huevo, aceite y sal– como si fuese ajolio añadiéndole unos ajos, pues por mucho que pique le delatan su aroma y su textura, de manera que no deja de ser un remedo y una falsificación: un condimento de arrepentidos o de comensales sin coraje para enfrentarse a un ajolio bravío y agreste.

Excursión por el ajolio

Aunque el ajolio no es una salsa exclusivamente aragonesa merecería serlo por la devoción y el culto que se le rinde en el viejo *país de García*, donde apetece mucho para acompañar al aire libre algunos de sus asados a la brasa con el auxilio de un tinto recio de la tierra. Por eso enfada que, cada vez más, se sustituya por mahonesa con



Ajolío

ajos. La delicada mahonesa –y no *mayonesa*– a la que José M^a Pisa dedicó su bello discurso de ingreso en la Academia Aragonesa de Gastronomía, tiene otra vocación culinaria y otros comeditos que acompañar a unos cacaroles fritos o asados en la lata o a la teja. Es también exigente con la electricidad estática y vulnerable por las tormentas, pero más fácil de preparar si se tiene la precaución de hacerlo con huevos a la temperatura del ambiente y después de desechar *la galladura*, que es la pequeñísima

porción de materia más densa, blanquecina o transparente, que se descubre alojada entre la clara y la yema cuando el huevo está fecundado.

Los que no tienen voluntad, paciencia, muñeca, vigor o perseverancia para batir un ajolío –ajo, aceite y sal–, que no por eso lo nieguen. Nadie se escude en que lo halla demasiado picante: basta con añadir más aceite. Reconocer la inhabilidad para una tarea es una muestra de grandeza que no tienen los que están dejando perder la exclusiva y españolísima salsa de ajo y aceite. Y puede que también sea responsabilidad del Príncipe de los Gastrónomos, Maurice E. Sailland, el gran *Curnonsky*, quien con su autoridad confundió a muchos piadosos seguidores cuando decía que el ajolío se prepara “majando ajos hasta obtener una pasta sin grumos ni filamentos a la que se añade mayonesa que se mezcla hasta que el ajo quede bien repartido”.

Parecerá una audacia enmendarle la plana a un tratadista de tan reconocido prestigio, pero cualquier aficionado de estos predios sabe que eso no es alioli sino una salsa híbrida incapaz de tener descendencia. Del mismo modo que no podemos secundar su afirmación de que “el alioli es el Midí concentrado”, porque los franceses abominan del ajo, ciertamente con la exclusión de parte del sur. Para bien y para mal, el ajo como condimento y alimento es español, a tal punto que el agudo Julio Camba afirmaba que “el ajo lo mismo sirve para espantar brujas que para ahuyentar extranjeros”.

Una prueba concluyente de que el admirado *Curnonsky* se dejó llevar por el maldito chovinismo que tantos atisbos intelectuales malogra, es su afirmación de que el alioli es nativo del Midí cuando no hay recetario francés antiguo que dé razón de él, en tanto que nuestro maese Ruperto de Nola lo menciona en su *Libro de Guisados* (edición príncipe de 1477) refiriéndose al *almodrote*, que es en síntesis la salsa que aquél da por francesa pero “con buen queso rallado de Aragón”.

A este respecto conviene que deshagamos otro entuerto. El que hacen al aceite del Bajo Aragón quienes afirman que para preparar estas salsas es mejor la insí-

vida grasa vegetal de girasol. No es cierto. Lo que sucede es que el aceite –el único posible, o sea el de aceituna– es muy exigente y lábil. Y para aviar estas emulsiones hay que utilizar uno joven, de menos de cuatro décimas, conservado a resguardo de la luz y que no haya sufrido oscilaciones térmicas.

De todos modos eso es mucho pedir en un momento en que las flores no huelen, se uniforman los sabores, se hace pasar por mahonesa una pasta en que el huevo es sustituido por la leche –¡o lo que sea!– y los productos hasta ahora naturales son transgénicos. A lo más que podemos aspirar es a no enterarnos.

Los huevos

Y puesto que de huevos hablamos, vayamos con ellos. Nos referimos ya a las *tortilletas crugues* de La Ginebrosa como un plato singular y original de esta tierra, pero no deben silenciarse las cremosas tortillas de calabacín, las de alcachofas, las de ajos tiernos, las de habas y ajos tiernos, las de *tucas* silvestres y espárragos, la de *espina-yes* (espinacas) con unos dientes de ajo picados, las de cebollas fritas, las de hinojo, las de grumos de col sofrita, las aromáticas y desconcertantes de *turmas* o criadillas de tierra, las de *madrillas* de río, las de bacalao, las de tocino entreverado y otras innumerables. Por no hablar de los riquísimos *buevos en cazuela*, con espárragos, alcachofas, guisantes y las tres piezas del adobo de cerdo, parientes de los *buevos en salmorejo* de otros lugares de Aragón, o los finísimos *buevos de procesión*, versión cuaresmal de aquéllos, para antes de salir a la procesión de los tambores de *El Pregón* de Alcañiz el Viernes Santo, así como los elementales y sabrosísimos *buevos en badina* y un repertorio vasto e inacabable de otros hallazgos culinarios.

Los avíos de cuaresma

La Cuaresma era época de huevos y pescado, esto es tiempo de penitencia, sobre todo porque eran impensables los mariscos ni el pescado fresco, salvo donde había algún cauce de agua fluyente o sondormida como La Estanca de Alcañiz, que proveía a las poblaciones del contorno de barbos, tencas, madrillas, carpas y renombradas anguilas de las que el conde de Aranda hacía llegar todos los años a los reyes de Francia, María Antonieta y Luis XVI, en cubas llenas de agua, e incluso tortugas comunes que se ponían al horno boca arriba para comerlas con salsa de nueces, como hacía mi abuela Ramona.



Zancocho de bacalao

Pero como no había para todos, el común de los mortales recurría al pescado en salazón, como las sardinas arenques de *tabal* tiesas y aseadas como *guardiaciviles*, el congrio seco, y sobre todo el bacalao que se cocinaba según un recetario interminable y original, que abarcaba desde los ajoarrieros a las preparaciones con hortalizas, legumbres, arroces y otros condimentos. Mas como no se trata de hacer de esta enumeración somera un formulario, bastará con que recordemos el autóctono *abadejo con cangrejos* que ha conservado María Jesús Burgués Palomar. Se prepara sofriendo en una cazuela de barro cebolla, ajos y guindilla, para incorporar luego el abadejo desmigado y añadirle después tomate recién frito. Se avían aparte unos cangrejos de brazal en abundante aceite, sal bastante y otra pizca de guindilla, y cuando están, se mojan con un poco de vino blanco para que cuezan tres minutos antes de incorporarlos a la cazuela con objeto de que se vaya haciendo todo penetrándose de sus aromas durante unos diez minutos, rectificando de sal si es preciso. Un verdadero hallazgo del paladar.

Asados y despojos

La cocina del Bajo Aragón no es ajena a los riquísimos asados de espalda y pierna de ternasco al horno, las costillitas de cabrito empanadas o al rescoldo como las de cordero granado a las parrillas, las madejas de *cordetas* (intestino delgado) a la brasa, y un suntuoso asado de boda de pastores, como el estómago de cordero al horno relleno de longanizas, patatas, sus patitas, la cabeza troceada, el intestino anudado en *madejas*, *carrullos* y *lazos*, con sus ajitos, su perejil y tomillo marinados en aceite puro de oliva, que recibe el nombre de *menudos en tripa*, y en los raros puntos de Aragón en que también se prepara adopta los de *zambullo*, *diablo*, *bort*, *menusia*, y puede que algún otro que yo ignore. Por no hablar del vasto repertorio de asados de cerdo en que es tan pródiga esta tierra de judaizantes, conversos y cristianos nuevos, que hasta hace poco daban testimonio de su condición, con más rotundidad que con cualquier profesión de fe o proposición teológica, sacrificando el cochino en la misma puerta de la casa sin ahorrar sus chillidos, el sangriento ritual del sacrificio y el regalo de *los presentes*

a los allegados. Unos bocados sabrosos como las *lechecillas* de su cuello, el rabo ensortijado, el estómago entero a las parrillas con perejil y ajo picado, la musculosa *carrillada* aromática y golosa, y la *careta* inquietante como las máscaras de la comedia griega, mostrando la vacía oquedad de los ojos y la boca. Son las viandas que se disolverán en lentas lágrimas de grasa chisporroteando en las brasas desde la enorme parrilla, dando origen a la que Julio Camba



El *diablo* fue el plato fuerte de las bodas de pastores

reputa como “la más venerable de las preparaciones culinarias, (que) aunque vieja como el hombre, todavía hoy son muy pocos los que la saben hacer y, tan simple en teoría, casi nadie domina sus complejidades prácticas. No hay en toda la cocina universal –agrega– una cosa tan fácil y tan difícil, tan sencilla y tan complicada, tan conocida y tan sorprendente”.

No le quitaría yo la razón al ilustre periodista y sutil gastrónomo villanuevés, aunque discrepe Paul Bocuse, fiel a la tradición de su país. El cocinero francés opina, como Alejandro Dumas, que no hay ninguno comparable al asado al *espiedo* o espetón ensartando la pieza de lado a lado, aunque a mi juicio son dos maneras incomparables por distintas. Ambos coinciden sin embargo en que el asado al aire libre es infinitamente mejor que el efectuado en lugar cerrado. Y el laureado cocinero aduce que la carne asada en medio cerrado no puede evaporar ciertas sustancias ni cauterizar la capa externa que permite a la pieza retener el jugo en su interior. Y la inmovilidad de la parrilla por otra parte no facilita la circulación del aire caliente que es el que asa la masa muscular. Una y otra teoría ponen de manifiesto, en cualquier caso, que estas técnicas culinarias no son fáciles ni eran ociosos aquellos maestros asadores de otros tiempos, hoy relegados al olvido.

Aparte de las variantes comarcales de estos guisos, aún se prepara hoy, casi clandestinamente, la sabrosísima cabeza de cordero doradita al horno, actualmente en descrédito porque nos recuerda algo tan inasumible, crudo e inconveniente, como que matamos para vivir, cosa que no nos sugiere nunca un filete informe que no identificamos con un ser vivo. Hace nada, este bocado exquisito se reservaba al comensal más ilustre; hoy se tiene en menos que un despojo. No digamos nada de los pajaritos ensartados en sarmientos. Pero nadie podrá sentir remordimiento de comerlos, ya que cazarlos constituye, según las nuevas leyes de caza, un delito. No lo es, sin embargo, envenenarlos con abonos, nitratos, pesticidas, insecticidas, y otros agentes químicos que están acabando con ellos cada instante de cada día, masiva y aceleradamente. Esa es nuestra moral.

Otros manjares deliciosos han sido –dicho en pretérito, ya que ahora se quedan en los mataderos industriales– los *menudos* del pollo, la gallina o el conejo como fundamento de una sopa deliciosa, o mojados con vinagre después de fritos con unos ajitos, o hechos en salsa de tomate. Pero hay un exquisito plato propio del Bajo Aragón como la *tripa con alcachofas* de Alcañiz a base de *callos* de cordero con ajos, laurel y alcachofas previamente fritas, que se juntan para que den un último hervor con pimienta, nuez moscada y un poco tomillo, que son todo un testimonio de la sabiduría popular haciendo digerible la pesantez de ese género de tejido muscular con la *cynara* digestiva y carminativa.



Cabececas de cordero al horno

El remate

Las frutas de la huerta del Guadalope son de un perfume y un sabor excepcionales y más todavía si los cultivos se hallan en la linde del secano aunque ello pueda parecer contradictorio. Sucede lo mismo con sus olivos. Parece como si esas tierras quisieran compensar de las cosechas inciertas y el menor tamaño de los frutos, concentrando en ellos los almíbares y las esencias.

Su fama no alcanza más que al llamado *melocotón de Calanda*, pero hay otros muchos que merecerían ese honor, desde las pequeñas cerezas escarlata dulcísimas y con un característico toque ácido, a los *alberges* (albaricoques), los *abridores*, los *bigotes*, los higos, la enorme variedad de peras, y las manzanas de *orteles*, *reinetas*, blancas, cada cual tan peculiar y tan distinta como la enorme variedad de melones redondos, verdes, *escritos*, y muchos más. Pero junto al melocotón triunfante con denominación de origen, que en el Bajo Aragón llamaban *presco* –del *malum persicum* o manzana persa de los latinos–, había otras frutas de la misma familia como el *presco blanco* y la *presquilla* común o la *presquilla de canela* hoy virtualmente desaparecida, que serían dignas de los mismos o mayores elogios si hoy se conservaran.

Había incluso, por haber, hasta frutas característicamente infantiles; una suerte de frutas-juguete que nadie sino los más pequeños consumían, tales como las moras comunes, robadas a las zarzas con denuedo, rasguños y lágrimas; las acerolas que allí llamaban *acerollas* y tenían la rara propiedad de cambiar el sexo de las niñas y los niños si eran capaces de tomarse siete bien verdes, una práctica con la que nunca alcanzaron el objetivo apetecido, pero que desencadenó inesperadas plagas de cólicos y diarreas entre los más audaces; las diminutas *manzanetas de pastor* de áspera textura, pulpa agri dulce y un hueso donde debiera tener las pepitas; los almibarados *jínjoles* o azufaifas de color caoba con aspecto de balón de rugby no más grande que la uña de un dedo pulgar; y las almezas o *latones* que tenían además el doble atractivo de servir de munición para las cerbatanas de caña con que los niños se perseguían y tiroteaban en otoño durante los primeros días de colegio. Unas frutas que actualmente no apetece ni desea ningún niño...

Para eslaminarsse

Eslaminarse es casi literalmente *relamerse* en la peculiar lengua española del Bajo Aragón, de la misma manera que una codiciada cosa dulce se llama *lamín* –de donde cabe suponer que procede *laminero*– y *laminar* equivale a *lamer*, esto es, a pasear la lengua por los labios deleitosamente en busca de los últimos vestigios del perfume y el sabor de una golosina.

El ámbito de la *laminería* es prácticamente inabarcable en la Tierra Baja, aún reduciéndose a los recetarios más tradicionales, sin entrar en ensayos, averiguaciones e interpretaciones más recientes, de esas que demandan microondas e

incorporan condimentos preparados, aditivos y conservantes.

Por sólo enumerar algunos sin agotar el repertorio podríamos citar los almendrados, las almojábanas, los bizcochos, bollos de leche, torrijas comunes, *torrijas borrachas* o de Cuaresma, *borrajainas* (o torrijas de hojas tiernas de borraja), *casquetas*, cortadillos de canela, dobladillos, *soplillos*, *tortas de alma* –de calabaza amarilla y miel, o de cabello de

ángel–, las harinosas, *barinosas ciegas*, *palomicas de anisetes*, pastas de anís, pastas de nata, magdalenas, *nudetes*, roscones comunes, roscones *de zurra*, rosconetes de sartén, bollos de sartén, roscones huecos, rosquillas de almíbar, los grandes roscones de san Blas (bendecidos para curar las anginas) y los de san Valero, las tortas de Pascua, el pastel de Pascua –con huevos, adobo y masa dulce o salada–, *tortas del Santo Entierro*, tortas de Torrecilla, tortas finas, tortas escaldadas, galletas, llamadas en algunas localidades *alcañizanas*, mantecados redondos, de estrella y de corazón, *picardías*, guirlache y algún atisbo de turrones de almendra y miel.

Aun cuando estas páginas no pretenden ser un recetario, por no dejar al lector con la desazón tantállica de la ignorancia, transcribimos la fórmula de alguna delicia de fácil ejecución.

Tomen un vaso de nata de la resultante de la cocción de la leche, y mézclenla con otro de azúcar. Amásenlo con una yema de huevo y añadan lentamente la harina que admita. Cuando haya tomado cuerpo, extiendan la masa sobre el mármol, alísenla con el rodillo y vayan haciendo galletas utilizando el mismo vaso como molde. Y de ahí al horno. Éstas son las *galletas de nata* que hacía Ignacia Llisterri Mir. María Vidal Andolz transmitió la memoria de unas llamadas *picardías* que preparaba batiendo media docena de huevos en un barreño pequeño de amasar, a los que incorporaba un kilo de almendras majadas en el mortero y otro kilo de azúcar. Luego de bien amasado todo, hacía porciones y puestas en una lata de horno iban al fuego.

Las *torrijas borrachas*, que prepara en Cuaresma Angelines Quílez de Alcañiz, son la culminación barroca de las torrijas que conoce todo el mundo, así es que una vez mojadas en leche, rebozadas en huevo y fritas las rebanadas de pan, se dejan enfriar y escurrir bien y se acomodan en un recipiente que pueda ir al fuego procurando que no se toquen. Se vierte por encima un vasito de agua y dos de moscatel, unas cucharadas de azúcar, un palito de canela en rama y se deja que cueza muy suavemente hasta que el jugo se reduzca.

Sorprende comprobar que todas estas golosinas perviven en buena proporción, en tanto que se han perdido muchos de los licores que se preparaban antaño, unos



Pastel de Pascua

autóctonos –aunque fueran variantes locales como rosolis, elixires, *retacias* o ratafías, licores de nueces, de guindas, de moras, de romero, de membrillo y otros–, así como los importados, tales que el *curaçao*, que tenía gran predicamento con el de café, los de angélica, menta, y cúmel, que seguramente no tendrán una tradición de más de dos siglos, pero que se elaboraban para honrar a los forasteros y dar testimonio de hospitalidad y buena crianza, aunque daban buena cuenta de ellos los predicadores que los párrocos invitaban a las fiestas patronales. Lo peor es que en la mayor parte de los casos, nadie guarda memoria de ellos.

No quiero pensar que las amas de casa hayan conservado las golosinas que preparaban para ellas y olvidado los licores que hacían para ellos. Me inclino a suponer que, abnegadas y amantes, desean preservar la salud de sus varones siguiendo el consejo de nuestro Arnaldo de Villanova, médico de don Pedro III de Aragón, quien en el *Regimen Sanitatis* dedicado a su señor, aconseja que “en la sed que fuere fingida o falsa, que es cuando no se siente calor en el orificio o boca del estómago sino que sólo hay sequedad en la garganta o en la boca o paladar, por causa de polvo, ejercicio, calor de aire o sequedad u otras cosas como éstas, no conviene beber”. Por eso ahora van al bar.

La cultura del aceite en el Bajo Aragón

DARÍO VIDAL LLISTERRI

Las olivas, que es como se llaman las aceitunas en Aragón, nacen en los árboles: unos árboles llamados olivos, que en el Bajo Aragón pertenecen a la variedad *Vero* y que reciben el nombre de *impeltes* o *empeltres* cuando son jóvenes, y el de *oliveras* cuando al cabo de un par de centurias se hacen adultos, copudos, frondosos, anchos y patriarcales, o matriarcales si se prefiere. Al revés que los andaluces, los olivos del Bajo Aragón crecen lentamente pero se hacen robustos y casi inmortales.

Olivas verdes y negras

Habrán quienes piensen que tal aserción es una ironía y no lo es, como advertir que no existen aceitunas negras y aceitunas verdes. Las aceitunas verdes no son; simplemente están. Porque todas las aceitunas del mundo se vuelven negras cuando maduran. Aunque he oído decir que unas y otras son de distinta clase o, lo más disparatado aún, que para convertirlas en negras las tiñen. No es broma. Lo han dicho últimamente algunos *urbanitas* desarraigados, cuya familia tal vez provenía del campo. Una ignorancia culpable que expresa el grado de anemia cultural de quienes han perdido sus raíces; una muestra palpable de la *aculturación* de las ciudades.

Impeltes, olivos y oliveras

En el Bajo Aragón, o Tierra Baja de Aragón si lo prefieren, los olivos recién plantados o jóvenes —casi siempre injertos— se llaman *impeltes* o *empeltres*, en referencia a que sus brotes o rechitos (el *pollizo*) se injertan en trozos de *zueca*, que es como llaman al tocón de la raíz, para que germinen (o *tomen*) con más facilidad. El árbol de ochenta a cien años, que es aún adolescente, se llama olivo, y el



Las acogedoras y matriarcales oliveras centenarias de la Tierra Baja producen la delicada oliva Vera

adulto, de tronco ya grueso, retorcido y leñoso, recibe el nombre maternal de *olivera* como se ha dicho más arriba.

La voz *injertar*, en el diccionario de María Moliner remite a *empeltre* o injerto de escudete, y define el *empeltre* como la “variedad de olivo injertado, de pequeño tamaño, cuyo fruto es bueno para aceituna adobada negra y para aceite”. Una caracterización que concuerda con la tradicional de los olivareros de la comarca, pese a que los textos recientes confunden por ignorancia los olivos *Vero*, con su estadio juvenil de *empeltres*, como si en vez de ser la denominación de una etapa de su vida fuera el nombre específico de una variedad de aceituna. Conviene por ello no olvidar que en el Bajo Aragón

impelte o *empeltre* es todo olivo joven que procede de injerto.

A mayor abundamiento, María Moliner remite la voz *olivo* en su *Diccionario de Uso del Español*, a acebuche, aceituno, lechín, oleastro, oliva, olivera y empeltre. Y en el *Diccionario Ideológico de la Lengua Española* de Julio Casares, es idéntica la primera acepción, en tanto que la segunda se ajusta más al significado estricto de “olivo injerto”, si bien la desacertada precisión —“de oliva negra”— que le acompaña, induce a error por referirse a la oliva negra como si se tratase de una variedad distinta de la verde, lo que explica la confusión de tantos aficionados a la gastronomía.

Con toda probabilidad, la voz *impelte* —*empeltre* en la zona catalanohablante de la comarca—, es un préstamo del catalán, que denomina *empeltar* a injertar y *empelt* al injerto. De modo que, si la multitud de los confundidos en expansión poseyesen una mínima cultura o hubiesen recurrido a la Filología en el primer momento, resultaría ociosa esta huera discusión.

La oliva vera

En el Bajo Aragón se cultivan tres clases de aceituna: la *vera*, que injertada con el acebuche local da la variedad autóctona; la *arbequina*; y la andaluza *gordal*, que en la comarca se le llama simplemente *sevillana*. Ésta última no se utiliza nunca para aceite sino como oliva de mesa verde, bien sea entera o chafada; las dimi-

nutas arbequinas suelen guardarse verdes, aunque a veces se muelen también, solas o mezcladas con la autóctona; y la *Vero*, que se conserva verde o negra, y se utiliza principalmente para obtener el delicadísimo y secularmente renombrado *aceite de Alcañiz*, que de un tiempo a esta parte se denomina con toda justicia aceite del Bajo Aragón.

La *llega*, la recolección y sus modos

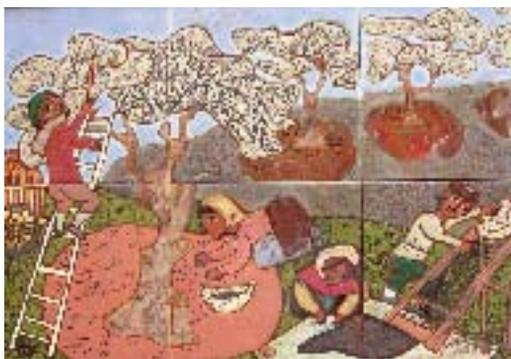
La oliva madura recién recolectada tiene la piel amoratada oscura o negra con destellos azulencos, y la pulpa, roja oscura y violácea, con el jugo sanguinolento. Es de sabor áspero e intensamente amargo, de modo que deja el paladar inservible durante largo tiempo a quien se atreve a morderla. Estas aceitunas recién cogidas se llaman *olivas vivas* y aunque así es como son aptas para el molino, resultan incomedibles en la mesa. Sólo pueden consumirse cuando están definitivamente *muertas* o, en su caso, *curadas*.

Las olivas se mueren cuando les sorprenden las heladas en el árbol o en el suelo, durante más o menos tiempo, de acuerdo con la intensidad del frío; escaldándolas con agua hirviendo; o asándolas al rescoldo entre brasas, como suelen comerse en el campo durante el tiempo de la *llega* o recolección.

En esa época, hombres y mujeres salen a los olivares al amanecer y *ordeñan* las ramas con mimo o las *varean*, según los casos, o las *abatollan* más enérgicamente si es necesario, con la larga vara o *batollo*, desde el suelo o las escaleras de palo, mientras las *llegadoras*, o allegadoras, se agachan a recogerlas una a una, delicadamente, de los tradicionales *paños de llegar* o *paños de las olivas* heredados de generación en generación, hechos de blanco lienzo, que ahora van sustituyéndose por tupidas redes de fibra sintética.

Otro modo de hacerlas asequibles al paladar es *ponerlas en agua*, esto es en salmuera, añadiendo también si se quiere alguna hierba silvestre como hinojo, tomillo o ajedrea, aunque ese modo de aliño suele reservarse a las verdes.

Las olivas verdes, que como queda dicho son negras que no han terminado de madurar, se recolectan cuando han adquirido su tamaño normal y alcanzado su nivel de desarrollo pero no han comenzado todavía a cambiar de color. Y pueden curarse de dos modos: puestas enteras en salmuera con sus hierbas, lo que exige un largo



Escena de vareado con las *llegadoras* en una pieza de la ceramista Teresa Jasa

periodo de espera, o bien chafadas o cortadas que requieren un periodo de curación mucho más breve. Las *chafadas* se golpean suavemente, para que no se separen del hueso ni se destrocen, con una maza de madera o una piedra de río bien limpia; en tanto que a las segundas se les practican unas incisiones desde la punta al pedúnculo con un cuchillo afilado. Estas segundas apenas delatan la manipulación pero son menos sabrosas que las primeras que adquieren el perfume y el sabor intenso de la preparación, a través de la porosa tumefacción que produce el golpe.

Los primeros procedimientos las hacen comestibles prácticamente en seguida, mientras que los adobos suponen largos meses de curación en las orzas o *parretas*.

Aceitunas vivas, muertas y adobadas

No es fácil dar cuenta aquí de todos los aliños con que se preparan las olivas en las distintas regiones y comarcas olivareras, que comprenden ajos, guindillas, pimentón picante, hierbas y especias. Sin embargo nos referiremos únicamente a las más usuales en el Bajo Aragón.

Las olivas verdes chafadas para consumir a corto plazo se preparan golpeándolas con un mazo de madera contra un tocón que suele guardarse para este fin y se colocan en un recipiente de cristal o de cerámica, con agua, sal y ajedrea, o con agua, sal, tomillo e hinojo. También se preparan dándoles unos cortes con un cuchillo, aunque de ese modo son menos sabrosas pero a cambio es más difícil que se descarnen en la salmuera.

Las olivas aliñadas verdes enteras se conservan mucho tiempo en recipientes de loza o cristal, a condición de que permanezcan a temperatura lo más constante posible y alejadas de la luz.



Variedad de olivas

Recién cogidas, sólo hay una manera de consumirlas: asándolas al rescoldo de la hoguera aromadas con el perfume de la *ramulla*, que es como se llaman las ramitas podadas del propio árbol; o en la plancha de la cocina, aunque no es lo mismo. Así es como las comían los recolectores o *llegadores* (allegadores), aunque no gusta a los no iniciados porque conservan con el aroma característico del fruto fresco parte de su amargor y se toman abrasando y prácticamente rebozadas en sal. Con pan casero y recio vino tinto, permiten soportar impunemente las más bajas temperaturas.

Las aceitunas sorprendidas por la helada caen al suelo formando, si son abundantes, una gran *solada*. Y si persiste el frío algunos días van arrugándose y perdiendo agua. La pulpa adquiere entonces un color pardo negruzco y son gratamente dulces. Se comen tal cual, o aliñadas con aceite y sal. Este punto de sazón puede inducirse escaldándolas con agua hirviendo o colocándolas sobre un cañizo, igual que los embutidos y los higos para secar, en el granero o el solanar orientado al norte.



Olivas muertas en barreño de mondongo

Las *mortinas* que están dejando de amargar y las *escaldadas* se pueden disponer en barreños de mondongo, o en recipientes hondos de menor tamaño según la cantidad, expuestas a la intemperie nocturna y el frío, con abundante sal gorda y mondaduras de naranja con parte de su pulpa. Y cada noche se les da vueltas hasta que estén dulces, esto es *muertas*, para comer.

Las que se pusieron a *curar* en las tinajas de barro o los grandes tarros de cristal con sólo agua y sal, podrán comenzar a comerse al cabo de unos meses, evitando tocar el agua con los dedos o cucharones que no sean de madera, porque los de metal pueden estropear toda la conserva.

Algunos no las aliñan ni manipulan si la luna no está en menguante, como sucede con el vino, pero personalmente no he podido verificar este extremo, tal vez porque no he tratado con grandes cantidades. Sí que me han ofrecido alguna vez, sin embargo, aceitunas estropeadas de las que llaman *amorçadas*, con la pulpa blanda y el olor desagradable de la *morca*, oleaza o alpechín que desprenden los desechos de las pieles y los huesos cuando llevan tiempo almacenados. La causas más frecuentes de tal desgracia pueden ser, además de utilizar objetos metálicos para su trasiego, el haberlas puesto en agua tratada con cloro de consumo doméstico, la escasez de sal y el haber metido algún fruto agusanado o maltratado.

Con las olivas negras curadas se preparaba, tradicionalmente para consumo case-ro, una sabrosísima gollería llamada *taperada*.

La taperada

La *taperada* es un manjar elaborado con *taperas*, que son, en lengua española de Aragón las que en lengua española de Castilla se llaman alcaparras, porque cons-

tituyen el principal aliño de una crema o pasta que las toma como base junto a la aceituna negra.

Se les quita la piel a unas olivas negras curadas en sal; se les extrae el hueso y se majan en el almirez, añadiendo una cuarta parte de su volumen de *taperas* y unos cuantos lomos de sardinas arenques de cubo, al gusto de los comensales, con pimienta negra en polvo si se desea, tomillo bien picado, un poco de ajo de modo que no se imponga a los otros aromas y sabores, y en ocasiones, unas pocas olivas verdes de las que se curan en casa, también majadas.

Cuando se ha convertido todo en una pasta homogénea, se añade aceite virgen, se trabaja con la mano del almirez como quien hace ajolio, para que se emulsione todo y adquiera una textura suavemente cremosa.

Es aconsejable no consumirla hasta dentro de unas horas, e incluso días, con objeto de que adquiera su untuosidad y plenitud gastronómicas.

En la actualidad el procedimiento es mucho más sencillo. Basta con adquirir una terrina de pulpa de olivas de las que se comercializan en el Bajo Aragón con la etiqueta de crema, pasta o *paté* de aceitunas negras, añadirle las alcaparras, unas anchoas en aceite —o en salmuera, bien lavadas—, tomillo pulverizado en un molinillo de café y el trocico de diente de ajo. Se mete todo en la batidora con el aceite y, cuando está, se deja reposar.

En el supuesto de que no puedan hallarse olivas verdes aliñadas de la comarca, es aconsejable prescindir de ellas, porque las envasadas sin hueso, las rellenas y las industriales en general, desvirtúan la *taperada* que, dicho sea de paso, a veces no las incorpora.

Se come sobre tostadas untadas con ajo o sin él, con huevos duros, en ensaladas, cabalgando las hojas de lechuga, con tomates a rodajas, y como salsa, en otras invenciones culinarias.

El aceite del Bajo Aragón

Actualmente están elaborándose, en muchos lugares, aceites muy notables de calidad excelente y baja acidez, de manera que el del Bajo Aragón puede no parecer tan distinto a quienes no tengan acostumbrado el paladar a su excelencia. Pero sigue siendo el único que en ocasiones *no se fabrica* ya que no exige otro proceso industrial para hacerlo comestible que el prensado. El mejor aceite del Bajo Aragón no demanda en algunas ocasiones más que esa acción mecánica elemental, lo que ha inducido a algunas almazaras a denominarlo y comercializarlo como *zum de aceituna*. Y ello es tan así que durante la campaña, cuando las olivas están aún en condiciones de ir al molino, algunos cosecheros sibaritas que estaban pagados de la calidad de las suyas, obtenían el que necesitaban al tiempo que comían, expri-

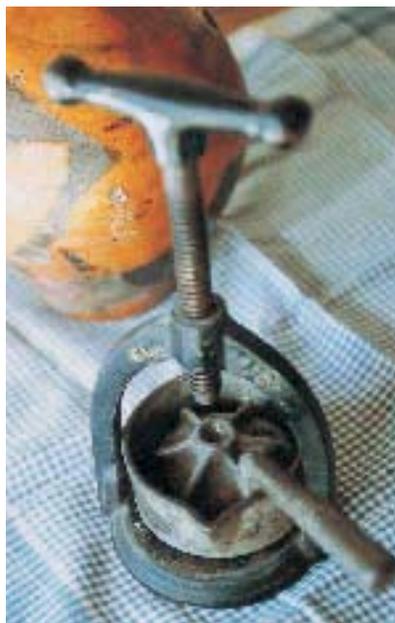
miendo un puñadito con una pequeña prensa de hierro fundido del tamaño de un almirez grande que se hacían sacar a la mesa. Es una experiencia inigualable y un placer del paladar difícil de olvidar, absolutamente imposible con cualquier otro. Como sería imposible comer unos *buevos en badina* con otro aceite, sin experimentar arcadas, irritarse la garganta y arruinarse el paladar.

La molienda comprende tres tratamientos físicos de la aceituna, que da origen a cuatro calidades distintas de aceite, y otro tratamiento químico que produce el de más baja calidad. El de primera prensada, que puede compararse al *vino de lágrima*, es el de primera calidad. La prensada de la pasta resultante del primer proceso, una vez batida con agua más o menos caliente según la calidad deseada, da el segundo aceite. Y la tercera y la cuarta, realizadas

comprimiendo la pasta de la segunda prensada una vez alojada en las capazas que se ensartan apiladas en las guías de las prensas, dan un producto de menor calidad que es sometido a dos nuevas prensadas: una a trescientas atmósferas y la otra a quinientas. La pasta resultante de la última presión es el orujo, que se emplea aún para obtener una quinta clase de aceite: el de orujo de oliva, que se extrae haciendo circular disolventes no tóxicos a alta presión por una caldera con esta pasta residual. Pese al sucesivo empobrecimiento, es evidente que el producto final es muy superior cuando se parte de materias de primerísima calidad como las olivas *veras* del Bajo Aragón. Un fruto que permitía gozar, sin refinar el aceite antes, una golosina que ningún otro hubiera consentido. Cuando aún se llevaba la cosecha a los molinos y no a la fábrica, los cosecheros celebraban el feliz remate de la campaña comiendo la *sopambofa* que compartía la familia como un sacramento antes de meter el aceite en los trujales.

La sopambofa

La *sopambofa* era una redonda *bolla* de pan que, después de atravesarla con un junco que servía de asa, se sumergía unos minutos en el aceite caliente de la segunda prensada y se rebozaba con abundante azúcar que le daba la apariencia de una melosa joya dorada y se consumía aún caliente entre la algazara de los propios. Una golosina imposible con el aceite de otro lugar, sin menosprecio de los demás, que da testimonio, igual que la *taperada* de cómo algunos alimentos penetran la Cultura de manifestaciones lúdicas.



Prensa doméstica, para obtener el aceite mientras se prepara la comida



Aceite de oliva del Bajo Aragón

En su libro *La Cocina de Ellas* —aparecido en 1935—, el gran cocinero y publicista Teodoro Bardají termina la receta de las sopas de pan escaldadas resumiendo: “Pese a su sencilla cocinación y su escasez de especias, resulta una sopa gustosa y agradable, siempre que en su preparación se empleen pan casero y aceite de Alcañiz o sus alrededores, oro líquido de los olivares aragoneses”.

Muchos años después, en un estudio sobre *El aceite de oliva en España*, Daniel Mangrané Escardó afirmaba: “La comarca de Alcañiz es la que tiene más renombre porque fue durante muchos años centro productor y mercado de aceites de primerísima calidad”. Para concluir más adelante que “esta zona puede ser considerada como la productora del mejor aceite del

mundo para mesa”. Así es que los entendidos no bromean con la que pudiera parecer una apreciación provinciana e infantil en boca de los productores. Las cualidades organolépticas no obedecen a criterios subjetivos. Y no digamos las pruebas de laboratorio.

Pero el elogio más fiable y desapasionado se funda en la analítica, la espectrografía de gases y el testimonio de científicos tan solventes como el admirado profesor Grande Covián, más convincente todavía que el paladar de gastrónomos y catadores, cuyo instinto les llevó a calificarlo como el mejor del mundo mucho antes del veredicto de la ciencia. Por eso se exporta a todos los países desde hace más de una centuria e Italia lo etiqueta, vende, comercializa y exporta como propio. Baste decir que dejando a un lado el paladar, es el más rico en grasas insaturadas y el que posee el mayor índice de vitamina E de todos los aceites de oliva conocidos.

Es más difícil explicar y explicarse las causas de esa excelencia, que algunos atribuyen a la naturaleza del suelo, al semicontinental y extremo clima mediterráneo con amplias oscilaciones térmicas, a la calidad del olivo *Vero*, y a muchas otras razones, cuando es posible que tengan similar importancia la escasa pluvio-

metría, la naturaleza del suelo, los tórridos veranos y los hielos del invierno, la altitud media que no excede los cuatrocientos metros y algunos otros datos que no se hacen visibles a nuestros ojos.

El elixir de la eterna juventud

El doctor en Ciencias Químicas Juan José Murillo, en su tesis aparecida en 1993, hace notar que el aceite bajoaragonés tiene contenidos bajos en ácidos grasos saturados, muy inferiores a los valores medios que se dan en los otros aceites de oliva —sólo el aceite de aceituna tiene derecho a utilizar ese nombre—, y contenidos superiores a los habituales en ácido oleico y linoleico. La riqueza en ácidos grasos insaturados y tocoferoles le confieren su gran valor dietético y sus características organolépticas, su aroma afrutado y armónico, y su bajo índice de acidez. Pero esas gratas sensaciones son además expresión de su excelencia última. Según el doctor Murillo, su alto contenido en ácido linoleico favorece la síntesis de las prostaglandinas con lo que mejora la actividad sexual de quienes lo consumen; modera los niveles de colesterol impidiendo la formación de placas de ateroma; normaliza y equilibra la presión sanguínea; estimula la motilidad de los músculos de fibra lisa, como el corazón, lo que hace más improbables los accidentes vasculares y el infarto de miocardio; estimula la secreción biliar, lo que aumenta la digestibilidad de las grasas; y favorece la acción de los neurotransmisores prolongando la lucidez mental durante toda la vida, que no suele ser breve para sus devotos porque el efecto antioxidante de la vitamina E constituye una verdadera terapia contra el envejecimiento.

Aunque nos proponíamos hablar únicamente de gastronomía, no es fácil resistirse a dar una buena noticia, sobre todo para contradecir aquella ironía, o aquel sarcasmo, de que todo lo que nos gusta es pecado, es delito o engorda. Alguna vez he dicho, como quien bromea, que si el desdichado doctor Fausto, obsesionado por la sabiduría última como todos los alquimistas de su tiempo —e hiperbóreo como el comisario europeo Franz Fischler— hubiese conocido este divino licor, no habría vendido su alma al diablo para evitar el deterioro de la edad, porque el aceite del Bajo Aragón es el Elixir de la Eterna Juventud que a él le obsesionó.

Los pueblos de colonización: Valmuel y Puigmoreno

SANTIAGO MARTÍNEZ FERRER

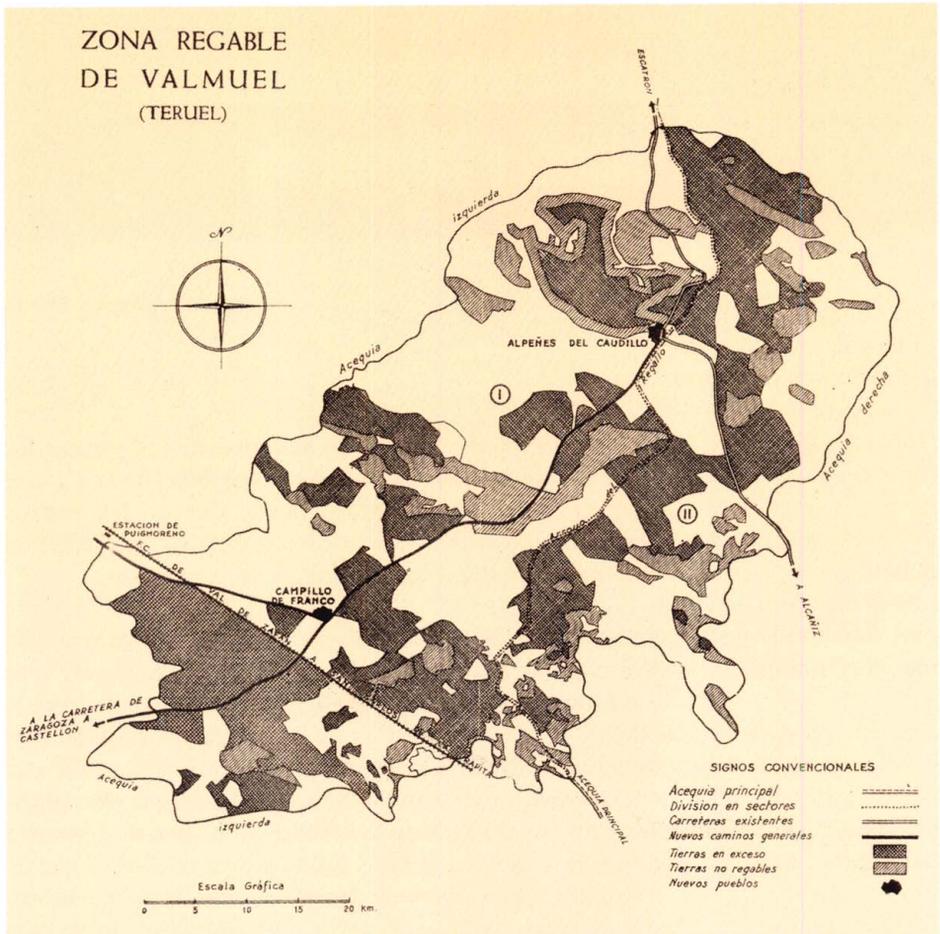
La explotación de la tierra ha sido uno de los principales factores que han contribuido a la expansión de la especie humana por todo el planeta desde que en los lejanos tiempos del Neolítico el hombre comenzó a cultivarla a la vez que aprendía a domesticar algunos animales.

En el valle medio del río Regallo distintas civilizaciones se han servido de los recursos naturales que ofrecía este fértil territorio. El cultivo de la tierra fue con toda probabilidad el nexo común entre las distintas culturas que debieron habitar esta parte de la Tierra Baja. En ella encontramos gran cantidad de asentamientos de origen antiguo que atestiguan la colonización de este territorio desde la Edad del Bronce hasta la época ibero-romana. En épocas posteriores, la distribución de la tierra dependió en gran medida del poder que ejerció en la zona la Orden de Calatrava, cuya cruz todavía se observa esculpida en la portada de la denominada *masada de la Orden*. Posteriormente predominó el hábitat rural disperso en las *masadas*, hasta prácticamente la creación de Puigmoreno y Valmuel en época franquista.



Masada, una construcción que fue habitual en el Bajo Aragón

ZONA REGABLE
DE VALMUEL
(TERUEL)



Plano de la zona regable de Valmuel (en *Vida Nueva*, nº 14, octubre de 1959)

La explotación agraria ha sido pues una constante histórica que se ha desarrollado mediante diversos sistemas en el curso de los siglos. Durante la dictadura de Franco, ésta fue una de las principales preocupaciones en una España eminentemente rural. Para paliar el lamentable estado del sector agrario, se creó el Instituto Nacional de Colonización, organismo cuyos objetivos fueron pronto orientados hacia la colonización de grandes zonas agrícolas mediante la creación de infraestructuras hídricas que permitiesen la puesta en regadío de los campos de labor. La superficie transformada en Aragón por el INC es comparable a la de otras comunidades españolas como Andalucía o Extremadura; en Aragón esta actividad colonizadora se realizó en la zona de las Bardenas, los Monegros y el Bajo Aragón, siendo Valmuel y Puigmoreno los dos únicos pueblos de colonización de la provincia de Teruel.

El paisaje de la llamada *Zona regable de Valmuel* quedaría transformado para siempre debido a los trabajos de nivelación de los terrenos, parcelamiento y construcción de acequias por las que circularía la principal fuente de riqueza de los nuevos cultivos: el agua.

El algodón, el maíz, la alfalfa, las hortalizas y los frutales fueron adueñándose del paisaje agreste de campos de cereal y antiguos cabezos poblados de romero, tomillo y lentisco.

Para comprender el verdadero alcance de la colonización es necesario darse un paseo por Valmuel y Puigmoreno. La colonización del territorio fue pensada por el INC hasta sus mínimos detalles y se programó una estructura social muy organizada y jerarquizada que permitiera la tutela permanente de los verdaderos protagonistas de esta historia: los colonos.



Aspecto de las casas del pueblo de colonización de Valmuel al poco tiempo de su inauguración (en *Vida Nueva*, nº 14, octubre de 1959)

Llegaron atraídos por la expectativa de poder poseer algún día el lote de tierra y la casa que el Instituto Nacional de Colonización puso a su disposición, con un plazo de veinticinco años para amortizarlos. Fueron, al principio, unos ciento veinte colonos procedentes de diversas poblaciones de Teruel, Zaragoza e incluso Soria, pero no todos se quedaron.

Estaban dirigidos por varios mayores, peritos agrícolas e ingenieros agrónomos, todos ellos bajo el mando del Jefe de Explotación de la zona Francisco de los Ríos. Esta amplia jerarquización permitió un fuerte control sobre los colonos y dificultó los trámites burocráticos.

El INC proporcionó a los colonos una caballería, un carro remolque y una vaca en periodo de gestación que amortizarían mediante la devolución de la cría al Instituto. De esta forma se intentó incentivar la economía familiar del colono, que disponía en la parte trasera de su casa de un corral donde poder dedicarse al cuidado de los animales.

Las viviendas, que fueron proyectadas entre arquitectos e ingenieros agrícolas, estaban diseñadas como una unidad funcional que permitía el acceso directo al corral y la permanente vigilancia de los animales.

Esta funcionalidad se observa también en el emplazamiento de ambas poblaciones junto a los campos de labor, así como en su trama urbanística que se organiza en torno a un centro de poder en el que se sitúan los edificios más representativos.



Iglesia de Valmuel con torre cuadrangular

La plaza es el espacio público desde el que se articula la vida social y en ella se emplazan los elementos más significativos, como el campanario de la iglesia, cuya estilizada figura destaca del resto del caserío, y la fuente, que adquiere un gran simbolismo. En torno a la plaza se disponen otros edificios como el consultorio médico, el edificio administrativo, la casa del maestro, el bar o el salón social.

Hubo una serie de maestros, médicos y sacerdotes que asumieron las labores de control del tiempo libre de los colonos, a los que también se aleccionó desde organismos como Acción Católica, el Frente de Juventudes o la Sección Femenina.

Valmuel y Puigmoreno fueron concebidos con la finalidad de proporcionar un hábitat cercano y confortable a los trabajadores colonos. Debía crearse un ambiente propicio y agradable donde pasar las horas de descanso y recuperar las energías gastadas durante el día.

José Borobio, Jefe del Servicio de Arquitectura de la Delegación del Ebro, fue el encargado del diseño del trazado urbanístico de Valmuel y Puigmoreno. Este

experimentado arquitecto —que había iniciado antes de la dictadura el camino hacia el racionalismo arquitectónico que se daba en los países vecinos— supo reorientar sus experiencias más avanzadas en pro de una arquitectura populista basada en modelos teóricos de la inmediata posguerra. La amplitud de las calles y la disposición de aceras y arbolado en los flancos confieren a estos pueblos de trazados orgánicos cierto grado de modernidad que los asemeja al concepto de bulvar ciudadano.



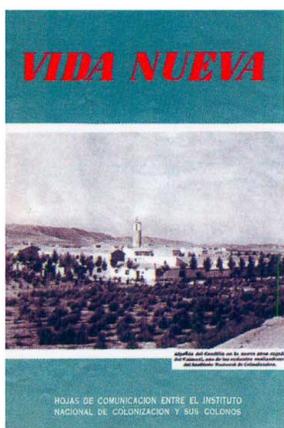
Entrada al pueblo de Puigmoreno

Hoy en día, pasear por Puigmoreno y Valmuel es sumergirse en una de las páginas de nuestra historia más reciente, que ejemplifica lo que la política de colonización supuso en su



Aspecto de una calle de Puigmoreno en el tiempo de su fundación
(en *Vida Nueva*, nº 14, octubre de 1959)

momento en el panorama económico nacional. Pero también es pasear por el escenario cotidiano de unas gentes que decidieron hacer de la agricultura su medio de vida y que, llegados de distintas zonas, fueron partícipes de la creación de una nueva comunidad cuyo nexo de unión fue, una vez más, el cultivo de la tierra.



Del presente y del futuro

V



Página anterior:
Las comunicaciones, una asignatura pendiente en la comarca

Radiografía de la comarca: las cifras

ÁNGEL ARANDA MARCO

Análisis de la población

La población de los veinte municipios de la comarca del Bajo Aragón ascendía en el año 2002 a 26.853 habitantes. Éstos se distribuyen de forma muy heterogénea: Alcañiz supera los 13.700; Calanda y Alcorisa rozan los 3.500; Mas de las Matas no llega a los 1.500; Castelserás, Valdealgorfa y Aguaviva se sitúan entre los 650 y 850 habitantes; Seno, Las Parras de Castellote y La Cañada de Verich no alcanzan, o rozan, el centenar, y el resto de municipios presenta una población de entre 150 y 450 habitantes.

Llama poderosamente la atención la gran descompensación existente y el claro caso de macrocefalia que se produce: Alcañiz tiene más del 50% de la población y le siguen de lejos Calanda y Alcorisa.

La distribución de estos habitantes en el territorio arroja una densidad media comarcal de 20,6 hab./km², muy superior a la media de Teruel (9,20) y ligeramente inferior a la de Aragón (25,14). Estos datos pueden parecer alentadores si los comparamos con la realidad de Aragón, pero al analizarlos más detenidamente se observan grandes contrastes: únicamente Mas de las Matas (48,3), Calanda (31,2), Alcañiz (29,0), Alcorisa (27,4) y Castelserás (26,6) superan la media; en el extremo opuesto Las Parras de Castellote (1,9), Seno (2,7), La Ginebrosa (3,0), Los Olmos (3,3), La Cerollera (3,8), Belmonte de San José (4,2) y, en menor medida, el resto de los municipios se presentan como desiertos poblacionales.

En el análisis de la estructura de esta población se aprecia el reducido peso de la juventud (los menores de 20 años representan el 19,55% de la población total), mientras que la proporción de mayores de 65 años es de un 23,97%, lo que da como resultado un alto grado de envejecimiento y de dependencia en la comarca.

Alcañiz es el único municipio donde la población joven (menores de 20 años) supera a la tercera edad; le siguen Alcorisa y Calanda, con una mejor relación en el por-



La Ginebrosa es ejemplo de un problema que afecta a la comarca del Bajo Aragón, la despoblación

centaje. En el extremo contrario se encuentran Las Parras de Castellote, Seno, Torrevelilla y La Cañada de Verich donde prácticamente la mitad de sus habitantes superan los 65 años.

En conjunto, los municipios de la comarca presentan una estructura envejecida, envejecimiento que ha sido progresivo en los últimos años.

Al analizar los grupos de edad se puede constatar un índice de vejez (mayores de 65 años/menores de 20 años) de 122,63%, cuando hace una década era de 88,6%. Esta diferencia se debe a que los menores de 20 años eran 6.182 en 1991 frente a los 5.184 actuales, y que los mayores de 65 años que en 1991 eran 5.480 ascienden en 2001 a 6.627.

La evolución poblacional de la comarca del Bajo Aragón ha sido negativa desde mediados del siglo XIX hasta la actualidad, si bien la pérdida de población es porcentualmente mucho menor que en otras comarcas, en torno al 34%.

En 1857 la población ascendía a 40.801 habitantes, pero en 1900 esta cifra había descendido a 32.459, y continuó disminuyendo a partir de entonces de forma más lenta hasta llegar a su mínimo de 25.597 habitantes en 1981. Desde esta fecha y hasta la actualidad la población se ha ido recuperando, pero muy lentamente, hasta alcanzar los 26.853 habitantes de 2002.

Sin embargo, esta evolución muestra unas claras desigualdades dentro de los municipios de la comarca. Así, en 1900 once municipios superaban los 1.000 habitantes cuando Alcañiz contaba con 7.700; actualmente sólo cuatro municipios superan los 1.000 habitantes y Alcañiz ha pasado a tener 13.700 habitantes. A lo largo del siglo XX únicamente Alcañiz ha aumentado notablemente su población, Calanda y Alcorisa apenas la han variado y el resto de municipios ha sufrido una pérdida poblacional progresiva.

El saldo vegetativo, obtenido de la suma de natalidad y mortalidad, es claramente negativo en la casi totalidad de municipios a lo largo de la última década, lo que forzosamente implica un descenso de población.

¿Cómo es posible, a la vista de estos datos, que en la comarca aumente el número de habitantes?

Además del movimiento natural, el otro factor que influye en la evolución de la población son los movimientos migratorios.

La emigración tuvo un papel muy importante en la pérdida de efectivos de la comarca hasta los años ochenta, pero en la actualidad su peso ha cambiado de signo y es la inmigración la que prima en el crecimiento de la población. Efectivamente, en la última década la inmigración ha sido mayor –salvo 1992 y 1996, años en los que la emigración superó a la inmigración–, llegando a compensar el saldo vegetativo y permitiendo que la población creciera sensiblemente; especialmente desde el año 2000, con un saldo positivo que supera los 400 efectivos anuales.

La población y los sectores económicos. Paro y contratación

A principios de la década de los noventa la comarca del Bajo Aragón ya había sufrido un cambio hacia la terciarización (42,8%) debido al empuje de Alcañiz, aunque la agricultura todavía suponía el 19,8% de la población activa. El sector secundario ocupaba un 37,5%, distribuido en 22,7% en la industria y 14,8% en la construcción.

Analizando los datos relativos al año 2002 se observan pequeños pero significativos cambios. Lo primero que llama la atención es la disminución de activos ocupados, aunque la población global ha aumentado. Ello se debe al envejecimiento de la población que ha afectado especialmente al sector primario, en el que el porcentaje ha descendido del 20 al 15%, sin que se haya producido un relevo generacional equivalente.

El sector terciario sigue aumentando pero lentamente, apenas tres puntos porcentuales, porque ya se partía de porcentajes altos para una comarca rural. No obstante, este sector seguirá aumentando su peso específico, máxime con la llegada de competencias a las comarcas.

El sector secundario apenas ha variado en cifras porcentuales y totales, pero sí que ha sufrido un claro desequilibrio interno: la industria propiamente dicha ha disminuido sensiblemente, mientras que ha aumentado la construcción gracias al empuje inmobiliario.

Por municipios, Alcañiz sigue representando el mayor peso en servicios gracias a su categoría de cabecera comarcal y extracomarcal; en Alcorisa y Calanda el mayor peso lo tiene el sector secundario, y en el resto de los municipios, aunque en disminución, todavía el sector primario.

El análisis del paro en la comarca del Bajo Aragón en la última década muestra unos resultados claramente positivos tanto en sus cifras como en su evolución.

Se observa por un lado cómo el paro ha descendido en la actualidad hasta situarse en algo más de la mitad del que había en 1991: porcentualmente el paro comarcal era el 5,7% en septiembre de 2003, 7,5% en 2002 y 9,85% en 1991. Son cifras

esperanzadoras, mejores que la media de Aragón y aún más en comparación con las de España. Razones para ello son el peso que todavía mantiene el sector primario, la proliferación de muchos pequeños negocios y el auge de la construcción.

Pero merece la pena analizar más detenidamente el paro y la contratación en la comarca para apreciar la existencia de fuertes desequilibrios internos.

El paro por edad, por estudios o por actividad está dentro de los cauces habituales. Por edad, es más abundante en la población de 20 a 40 años por dos razones: la primera, que es el grupo más numeroso, y la segunda, el cambio de sistema de contratación. Los mayores de 40 años suelen tener contratos fijos, mientras que en la actualidad se tiende más a los contratos temporales. Por estudios, se observa un mayor número de parados en las personas con menor nivel formativo y el menor en los técnicos de Formación Profesional.

Servicios e industria presentan los mayores porcentajes de desempleados mientras que la construcción, en auge, y la agricultura, trabajada por autónomos, casi no presenta paro.

Donde se produce un claro desequilibrio es en la distribución del paro por sexo: mientras que en Aragón casi llega al 50%, en la comarca del Bajo Aragón el paro femenino duplica al masculino.

El Sector Primario: agricultura y ganadería

La importancia del sector primario en la comarca del Bajo Aragón no viene dada tanto por su aportación total a la producción comarcal o por su peso dentro de Aragón, como por la población que ocupa, un 15%, y por seguir siendo determinante para la fijación de población en los pueblos, contribuyendo de esta forma a vertebrar el territorio.

Es cierto que existen claras diferencias entre municipios: Alcañiz o Alcorisa se sitúan en torno al 9%, Torrecilla de Alcañiz y Las Parras de Castellote superan el 70% y el resto de los municipios oscilan entre el 20 y el 60%. En cualquier caso, porcentajes todos ellos superiores a la media aragonesa.

Al analizar la distribución de la tierra por municipios se observa claramente cómo Alcañiz ocupa la tercera parte de la comarca seguido de Alcorisa y Calanda (nuevamente los tres municipios principales). Alcañiz y Aguaviva son los municipios que tienen la mayor proporción de tierras dedicadas a los cultivos herbáceos; en Calanda, Castelserás y Valdealgofra hay un predominio de los leñosos; y Belmonte de San José, La Ginebrosa y La Cerollera son los que presentan un mayor peso específico de la masa forestal. Calanda, Castelserás y Alcañiz son los municipios con mayor porcentaje de regadío sobre el total del territorio. En cuanto al barbecho éste se encuentra en función de los cultivos herbáceos, aumentando cuantas

más hectáreas se dediquen a ellos y disminuyendo cuando éstas también lo hacen.

La distribución de los usos del suelo ofrece los siguientes datos. El total de la superficie de la comarca supone el 3,1% de Aragón. La superficie cultivable ocupa el 42,3% del total lo que supone el 3,3% de la de Aragón; la masa forestal ocupa un 19% del territorio, apenas el 2,1% del de Aragón; y prados y otras superficies ocupan el 38,1% restante.



Estepa cerealista

De toda esta superficie el secano supone el 87,4% frente a un escaso 12,6% de regadío, que, por otra parte, apenas supone el 1,8% del de Aragón.

En el ámbito comarcal la distribución de la tierra cultivable está muy equilibrada: 33,43% de cultivos leñosos, 35,30% de herbáceos y 31,30% de tierras dejadas en barbecho.

Mayor desequilibrio existe en la superficie ocupada por los distintos cultivos. Dentro de los herbáceos hay un claro dominio de los cereales con un 93,29% de la tierra cultivada. En el grupo de leñosos dominan los cultivos tradicionales: el olivo con el 54,21%, seguido del almendro con el 30,84% de la superficie, aunque en los últimos años está alcanzando cierta fuerza la fruta dulce que ya ocupa un 14,15 %.

Los principales cultivos ocupantes de tierra son la cebada, el trigo blando y el maíz entre los cultivos herbáceos; el olivo, el almendro y la fruta dulce son los principales de los cultivos leñosos.

Olivo y almendro siguen siendo los cultivos más característicos de la zona y determinantes en municipios como Valdealgorfa, Torrecilla, La Codoñera, Belmonte de San José y otros, aunque por superficie cultivada sea Alcañiz la primera localidad.

El olivo, que sigue siendo el cultivo que más aporta a la producción final agrícola, no es un producto especialmente subvencionado en la zona, sin embargo los acuerdos internacionales de la Unión Europea pueden hacer descender los precios a corto o medio plazo. Es por ello que hay que hacer un esfuerzo en la diferenciación del producto con criterios de calidad en la producción y posterior elaboración a través de denominaciones de origen que den mayor rentabilidad al producto.

El almendro, por el contrario, es un producto muy subvencionado por lo que hay que buscar soluciones a su futuro en previsión de la posible pérdida de dichas subvenciones.



Cultivo de melocotones en Calanda

La fruta dulce es un sector en alza, especialmente en Alcañiz, Calanda o Castelserás gracias a la existencia de una denominación de origen, y sus buenas cuotas de mercado parecen augurarle un buen futuro.

Los cereales, tanto de secano –cebada y trigo–, extendidos más o menos por todo el territorio (especialmente en Alcañiz, Alcorisa, Calanda y La Ginebrosa), como los de regadío –maíz–, mucho más

restringidos a la zona de Alcañiz, son el cultivo que menos aporta al producto final agrícola a pesar de ocupar la mayor extensión del territorio. Por otro lado son productos sumamente subvencionados por lo que la desaparición de las subvenciones supondría su ruina y un duro golpe a la renta final del sector agrícola.

La ganadería ocupa un puesto importante dentro del sector primario, ya que aporta el 60% de la Producción Final Agrícola y, en general, está bien repartida por toda la comarca.

Dentro de este sector es el porcino el ganado que más aporta a la producción final, seguido de cerca por el avícola y el ovino.

El ganado ovino y caprino es el más extendido por toda la comarca, especialmente el de las ovejas madres que aprovechan los rastrojos y barbechos de los cultivos herbáceos. El ovino de cebo está muy concentrado en Alcañiz, Alcorisa, Calanda y La Ginebrosa; las ovejas madres están mucho más extendidas y la mayoría de los municipios supera las 1.000 cabezas, destacando Alcañiz, Alcorisa y La Ginebrosa.

La avicultura está bien representada en la mitad de los municipios de la comarca y constituye el segundo sector en aportación a la Producción Final Ganadera. Las gallinas ponedoras están muy concentradas en Alcañiz, que acapara el 90% del total. Las aves destinadas a carne están bien representadas en once municipios, entre los que destacan Calanda, La Ginebrosa y Foz-Calanda, que acaparan la mitad de la producción.

El porcino es el subsector primero por nivel de ingresos. Está presente en todo el territorio, aunque son Alcañiz, Calanda, Castelserás, Aguaviva y Mas de las Matas los municipios que acaparan la mitad de la cabaña de cebo.

En el análisis de las macrocifras se observa que la Producción Final Agrícola de la comarca asciende a algo más de 81 millones de euros, de los cuales el 60% lo

aporta la ganadería (especialmente la intensiva), la agricultura produce un 35 % y el sector forestal un residual 5%.

Las subvenciones directas recibidas ascienden a algo más de 8 millones de euros, es decir, en torno al 10% de la Producción Final Agrícola, porcentaje que en Aragón se eleva hasta el 24%. De ellas el 36% van destinadas a los cultivos herbáceos; el 31% a los leñosos, especialmente el almendro; y el 25% a la ganadería, concentradas en el sector ovino.

En cuanto a los particulares, la Renta Final Agraria por ocupado, descontadas las amortizaciones y gastos externos, supera ligeramente los 27.000 euros, de los que algo más de 6.000 son subvenciones directas.

Estas subvenciones suponen el 23% de la Renta Final cuando en Aragón supera el 44% de la Renta, que, por otra parte, es algo inferior a la de la comarca del Bajo Aragón.

A la vista de estos datos se puede decir que el sector agropecuario comarcal goza de buena salud, mejor al menos que en el resto de Aragón, aunque está amenazado por dos graves problemas: el envejecimiento del sector y la incertidumbre ante la futura política de la Política Agraria Común.

El Sector Secundario: industria y construcción

El sector secundario en la comarca del Bajo Aragón es el que más estabilidad ha presentado en la última década, después de haber crecido en décadas precedentes. Así en 1991 ocupaba al 37,3% de la población activa y en 2002 al 38%. Dentro del sector se ha producido un ligero desequilibrio en esta década ya que la construcción ha pasado del 14,8 al 17% y la industria, en cambio, ha disminuido desde el 22,7% al 21%.

Si se analizan las matrículas existentes en el año 2000 se observa que, dentro del sector, la construcción supera claramente la mitad (un 62%), la industria extractiva, energía y agua representa sólo un 5%, y la industria propiamente dicha alcanza un 33% del número de matrículas. En ésta la



Empresa de frutos secos en Alcañiz

rama de alimentación es la predominante, seguida por la metalurgia y el textil y calzado; madera y química forman un cuarto grupo, mientras que plástico, papel, material de transporte y material electrónico y óptico tienen un papel menor.

Por municipios Alcañiz ejerce claramente su capitalidad ya que cuenta con casi la mitad de las matrículas tanto totales como por sectores; le siguen a gran distancia Calanda, Alcorisa y, en menor medida, Mas de las Matas.

En cuanto al personal ocupado se observa cómo de 3.181 ocupados el 43% lo absorbe la construcción, seguida de la industria extractiva con el 22%. Dentro de la industria propiamente dicha destacan las ramas de alimentación y electrónica con el 8% y 7% respectivamente, mientras que el resto de las ramas no llegan siquiera al 5%.

Nuevamente Alcañiz, seguida de Calanda y Alcorisa, absorben la mayor parte de la población empleada, apareciendo el resto de los municipios muy alejados. Si bien el sector secundario parece asentado y estable en la comarca —ocupa a un 38% de la población activa de la comarca y es el segundo sector, tras los servicios, por su aportación a la producción final comarcal—, presenta grandes desequilibrios que deberían mejorarse para asegurar un futuro más estable y prometedor.

En primer lugar se aprecia una escasa diversificación y, aún más, una clara dependencia de dos sectores: la construcción y la industria extractiva, que representan el 68% de las matrículas y el 65% de los ocupados. El resto de la industria, incluso la alimentaria que debería ser fundamental en un medio agrario, presenta porcentajes residuales. Otra característica es el pequeño tamaño de las empresas, con 3,8 empleados por matrícula: 2,6 en construcción y 5,6 en el resto de la industria.

El Sector Terciario: servicios

El sector terciario o de servicios es el único que claramente está en alza, proceso normal en un mundo rural y con un sector industrial estancado. Entre 1991 y 2002 ha pasado de ocupar al 42,8% de los activos al 47%, que en cifras absolutas supone pasar de 3.763 a 4.039 empleados.

Alcañiz es el gran centro administrativo y de servicios de la comarca, con algo más de la mitad de las matrículas y una ocupación de cerca de los dos tercios de los trabajadores del sector; Alcorisa se vislumbra en la parte occidental de la comarca como una subcabecera de servicios.

En el año 2000 se contabilizaban un total de 2.323 matrículas de las que el 52% correspondía al comercio y reparación de vehículos, el 14% al sector inmobiliario y el 12% a la hostelería; el resto de las ramas se sitúa a gran distancia. Son unas proporciones que concuerdan aproximadamente con las de la mayoría del territorio aragonés. Los ocupados ascendían a 4.039 en el año 2002, con un claro pre-

dominio del comercio y reparación de vehículos (37%), seguido de los servicios sanitarios, veterinarios y sociales (17%), actividades inmobiliarias (11%) y hostelería (10%). El resto de las ramas presentan porcentajes muy inferiores.

Es en este momento el sector que presenta un mayor potencial, y no sólo por el número de ocupados y aportación a la producción final de la comarca sino por sus posibilidades de futuro. Me refiero especialmente, más que al plano administrativo que crecerá en los próximos años con la llegada de competencias desde la DGA, al desarrollo turístico del Bajo Aragón a través del llamado *turismo rural o de interior*; proceso en auge pero que todavía puede incrementarse mucho más aprovechando los grandes valores naturales, arqueológicos, artísticos y culturales de la zona.

Sin embargo el sector presenta en la actualidad tres claros problemas: la atomización, es decir, el escaso número de empleados por negocio en la mayoría de los casos, en especial en reparación de vehículos, comercio y bares; el promedio apenas llega a 1,7 empleados por matrícula. Hay que tener en consideración que muchos de estos negocios son familiares, pero, en cualquier caso, esta característica es un elemento que no les permite desarrollarse y competir con las grandes superficies. En segundo lugar, la macrocefalia, pues la ciudad de Alcañiz acoge los grandes centros comerciales y otros servicios y dificulta el desarrollo de éstos en otros municipios. Por último, el tercero de los problemas, a mi parecer, es la poca diversidad del turismo de la zona.



Antiguo lavadero en Castelserás. El patrimonio cultural es uno de los grandes atractivos de la comarca

La estructura económica del Bajo Aragón

MARÍA ISABEL AYUDA BOSQUE

El Bajo Aragón llegó hacia 1850, en el inicio del proceso de industrialización en España, con una agricultura relativamente próspera cuya principal característica era la fuerte especialización olivarera. De esta forma, la transformación de productos agrarios se integraba perfectamente con la agricultura, a la vez que otras industrias tradicionales, como la textil, tenían cierta relevancia. Alcañiz era con diferencia el núcleo poblacional más relevante. Desde aquella fecha, el proceso de modernización económica tuvo efectos desiguales en la comarca. Aunque ésta aprovechó la excelente calidad de su aceite —especialmente cuando se acometieron algunas transformaciones técnicas a finales del siglo XIX para orientarse hacia la exportación de este producto—, el resto de actividades industriales no cuajaron con fuerza en un territorio que, como denunciaron muchos de sus más destacados conocedores, tardó demasiado en lograr unas comunicaciones que le permitieran integrarse rápidamente en las modernas redes de transporte. Como consecuencia de todo ello, la comarca se vio afectada, especialmente después de la guerra civil, por un importante éxodo rural hacia los núcleos urbanos en expansión, debido al desarrollo que en ellos tuvo la nueva industria y los servicios.

Barcelona o Zaragoza fueron los principales destinos de una población que no encontró en su propia comarca medios de vida u oportunidades similares. Por ello no es de extrañar que en la actualidad los nacidos en la comarca residentes fuera de Aragón supongan más de un tercio de la propia población comarcal. Además, que hoy en día la población del Bajo Aragón sea en un 18,3% inferior a la que tenía en 1900 pone también de relieve que su crecimiento económico no fue suficiente para ofrecer medios de vida razonables a un porcentaje significativo de sus habitantes. Aunque estos datos sean notablemente mejores que los del conjunto de la provincia de Teruel, revelan los problemas de inserción que ha tenido la comarca en la nueva economía moderna. A pesar de todo, el nivel de vida de sus habitantes en la actualidad es considerablemente superior al que disfrutaban en el pasado.

La estructura económica actual de la comarca del Bajo Aragón no es sino un cierto reflejo de la propia configuración de la comarca, definida por el hecho de que aproximadamente la mitad de su población se concentra en Alcañiz, ciudad claramente orientada hacia el sector servicios y la industria; un 25% se sitúa en los dos siguientes municipios de mayor población, Calanda, con una actividad muy diversificada, y Alcorisa, donde es evidente el predominio del sector servicios e industria; y el otro 25% está repartido entre los restantes diecisiete municipios, de muy reducido tamaño y con un claro predominio de la actividad agraria en la mayoría de ellos. Los valores más elevados en este tipo de especialización se alcanzan en Las Parras de Castellote, Torrecilla de Alcañiz, Foz-Calanda, La Ginebrosa y La Codoñera, con un porcentaje mayor del 60% de población activa en el sector agrario. En definitiva, la propia comarca ofrece un fuerte contraste entre el importante peso de la industria y servicios en sus tres mayores municipios, y la mucho más reducida presencia de estas actividades en el resto.

Según los datos de población activa para 1991, junto con los proporcionados por la encuesta de población activa de 2001, el sector servicios es el que mayor peso tiene en el empleo de la comarca, siendo, aun con todo, algo inferior al de Aragón en su conjunto. Existe una población industrial significativa pero en un porcentaje también inferior al aragonés. La actividad agrícola ocupa un tercer puesto y su importancia es superior a la de Aragón, aunque significativamente menor que la de la provincia de Teruel. Aunque el cuarto puesto lo ocupa la construcción, es de destacar la importancia que tiene en esta comarca, ya que es el único sector en el que se alcanza una especialización notablemente mayor que la aragonesa.

La especialización agraria no es elevada si la comparamos con otras comarcas de Aragón, ya que los datos del conjunto tienen un notable sesgo por la inclusión de los de la ciudad de Zaragoza. El contraste, antes citado, entre sólo dos o tres núcleos poco agrarios y todos los demás muy orientados en esta dirección, es evi-

dente. Así, de nuevo, con datos de población activa queda clara la diferencia entre Alcañiz o Alcorisa (sólo 9% y 8% de población activa agraria) y Las Parras de Castellote (74% de población activa dedicada a la agricultura), Torrecilla de Alcañiz (67%), La Codoñera, Foz-Calanda o La Ginebrosa (por encima del 60%).

En la actualidad, y pese a su falta de tradición en este sentido, la estructura del sector primario en el Bajo Aragón muestra una clara especialización ganadera, ya que la producción



Maizal, cultivo de regadío

final del subsector ganadero es alrededor del 60% de la producción final agraria de la comarca, frente al 35% del subsector agrícola y a la mínima participación del subsector forestal. Esta baja participación es lógica dado el medio natural bajoaragonés, caracterizado por una escasa superficie forestal (16% de la superficie total) y la baja altitud y aridez del territorio.

Un rasgo destacado de la agricultura bajoaragonesa es, sin duda, la escasa importancia que en ella tiene el regadío. Aunque la comarca concentra una parte importante del regadío de la provincia de Teruel (casi una cuarta parte), ocupa sólo el 14% de la superficie cultivable frente al 25% en Aragón.

La principal singularidad entre los cultivos agrícolas es la elevada importancia del olivo, ya que en esta comarca se concentra el 21% de toda su superficie en Aragón, lo que responde a la larga historia del desarrollo de este árbol en la zona. Aunque tradicionalmente el olivo era un cultivo predominantemente de regadío, en la actualidad ha pasado a serlo de secano, en el que se localiza el 92% de su superficie. Si bien sólo cuatro municipios concentran más de la mitad del olivar comarcal (por orden de importancia Alcañiz, Calanda, Valdealgorfa y Alcorisa), los que tienen una mayor especialización olivarera (con más del 50% de su superficie agrícola dedicada a este cultivo) son La Codoñera, Valdealgorfa, Torrecilla de Alcañiz, Belmonte de San José y Torrevelilla.

Especialmente desde finales de los años cincuenta del siglo XX tuvo lugar un proceso de sustitución en el regadío de olivares por frutales, que han acabado por ser, claramente, la especialización dominante en las tierras regadas del Bajo Aragón, al representar el 33% de la superficie de regadío cultivada (en Aragón sólo es un 12%). El melocotón es la fruta principal, aunque puede hablarse de cierta diversificación, ya que éste supone un 41% de la superficie de frutales. El almendro experimentó también un importante proceso de expansión en el secano en la segunda mitad del siglo XX, hasta llegar a ocupar más del 10% de la superficie agrícola comarcal.



Campo de almendros florecidos en Valderredornos (Alcañiz)



Centro ganadero

Podemos señalar, por lo tanto, que la principal peculiaridad de la agricultura bajoaragonesa en el contexto de Aragón es su especialización en los cultivos leñosos (olivar, frutales dulces y almendro), que ocupan más de un tercio de la tierra cultivada en el Bajo Aragón, mientras en Aragón se sitúan en torno al 10%. El resto de la agricultura está caracterizada por el abrumador predominio de los cereales de invierno.

Con todo, como señalábamos anteriormente, desde el punto de vista de su contribución a la producción agraria, la ganadería es ya en el Bajo Aragón notablemente más importante que la agricultura (ocho puntos más que en todo Aragón). El porcino es la especie ganadera que ha adquirido mayor importancia, ya que representa aproximadamente el 73% de la cabaña ganadera de la comarca, una participación más importante que en Aragón, que es del 63%. En segundo lugar, y con gran diferencia, figura la ganadería ovina y caprina con un 12% de participación frente al 14% de Aragón. La fuerte especialización ganadera comarcal se explica, por lo tanto, por el auge que ha adquirido la ganadería intensiva de porcino, desvinculada del suelo y normalmente integrada verticalmente su producción. Si la ausencia de pastizales naturales limitó tradicionalmente la carga ganadera que se podía sustentar, el paso de una ganadería extensiva a otra intensiva ha producido un vuelco espectacular, que podría entenderse por la proximidad de la comarca a los grandes centros de consumo y a Cataluña, donde se sitúa el núcleo expansivo más dinámico del porcino peninsular.

La especialización agrícola y ganadera del Bajo Aragón tiene como consecuencia el configurar un sector que en términos relativos está escasamente subvencionado. Así, mientras en Aragón las subvenciones percibidas representan el 20% de la producción final agraria (PFA), en el Bajo Aragón solamente se alcanza un 10% de su PFA. A la misma conclusión se llega si observamos el porcentaje de las subvenciones sobre la renta agraria. Dentro de la comarca, los municipios en los que mayor importancia tienen las subvenciones sobre su producción final agraria son, por una parte, La Cerollera y La Mata de los Olmos, muy especializados en cereales de invierno, y por otra parte, Los Olmos, Las Parras de Castellote y Seno, por la importancia de la ganadería ovina y caprina.

La actividad industrial muestra una doble característica: su importante diversificación y también su presencia en un número elevado de municipios. Por el empleo utilizado, las actividades más destacadas son la industria alimentaria, textil, cuero y calzado, fabricación de equipo y material eléctrico, las mineras y la fabricación de productos

químicos. La especialización en la minería del lignito todavía era perceptible a principios de los noventa, a pesar de la crisis experimentada en décadas anteriores, en los municipios de Alcorisa, La Mata de los Olmos, Los Olmos y Berge, pero en los últimos años, debido al cierre de muchas de las minas de la zona y las consiguientes prejubilaciones, ha habido en ellos un incremento de la actividad agraria, sobre todo olivarera, y un aumento también de la actividad de transporte de vehículos pesados. Las actividades extractivas no vinculadas a los productos energéticos tienen también una buena implantación, tanto por el número de empresas existentes como por su presencia en varios municipios (Alcañiz, Alcorisa, Belmonte de San José y La Cañada de Verich, especialmente). La industria alimentaria tiene una fuerte concentración en Alcañiz, Calanda, Mas de las Matas, La Mata de los Olmos y Valdealgorfa. La industria de la madera se sitúa sobre todo en Alcañiz y Alcorisa, municipio éste que destaca por su industria del mueble.



Explotación de arcillas

La construcción sobresale en el Bajo Aragón tanto por la proporción de población activa empleada como por el número de empresas existentes, lo que es especialmente evidente en municipios como La Cerollera, Belmonte de San José, Calanda y Castelserás con más de un 20% de su población activa dedicada a esta actividad. Sin embargo, es en Alcañiz donde se localiza con creces el mayor número de empresas y trabajadores dedicados a la construcción.

El sector servicios es el que más peso tiene en el Bajo Aragón. En la comarca destaca con claridad la ciudad de Alcañiz, tanto por la elevada concentración que allí tienen los servicios comarcales y supracomarcales, como por el elevado número de personas empleadas en el sector (un 55% en 1991). Esta función de proveer de servicios a su entorno determina que tengan especial significación tanto los servicios públicos (educación, sanidad, administración de justicia) como los de carácter privado, y muy especialmente entre éstos los financieros, venta y reparación de vehículos y los comerciales. Estos últimos se han visto considerablemente reforzados en los últimos años por la instalación en la ciudad de comercios de tamaño medio o grande (especialmente orientados, aunque no exclusivamente, hacia la alimentación) y con radio de influencia supracomarcal.

Las actividades turísticas tienen todavía en el Bajo Aragón un nivel relativamente reducido, a pesar de la proximidad a otras comarcas que reciben un número significativo de visitantes. La escasez en la oferta de alojamientos turísticos, en comparación con el resto de comarcas de Aragón, es un buen reflejo de ello. Además, esta escasa oferta sólo se ve saturada en las fechas de Semana Santa y está infrutilizada en los



Municipios como La Cañada de Verich han sufrido una constante pérdida demográfica

nea y a núcleos económicos potentes como son Barcelona o Zaragoza, posicionan geográficamente a la comarca en una localización de la que pueden derivarse oportunidades y ventajas. El nivel de vida de sus habitantes es alto aunque, si utilizamos exclusivamente el insuficiente indicador de la renta per cápita, algo inferior a la media aragonesa (un 10% menor en 1995), pero superior a la de la mayor parte de sus comarcas (sobre 33 comarcas, sólo 10 la tienen superior). Si pensamos que el Bajo Aragón se inserta en una provincia con graves problemas de despoblación, podemos considerar que la comarca tiene una posición envidiable en dicho contexto. La economía diversificada que hemos examinado muestra, incluso en los últimos años, un indudable signo de vitalidad como es el crecimiento demográfico experimentado desde 1981 que, aunque modesto, frena una tendencia decreciente presente desde 1910. El hecho de que este incremento demográfico se explique exclusivamente por la llegada de inmigrantes, muy mayoritariamente extranjeros, pone de relieve que la economía comarcal es capaz de generar empleo suficiente para haber alcanzado en los dos últimos años con datos disponibles (2000 y 2001) saldos migratorios positivos de más de 400 personas en cada uno de ellos.

Sin embargo, algunas sombras también se ciernen sobre la Tierra Baja. Esta vitalidad comentada tiende a concentrarse muy especialmente en los núcleos más grandes, sobre todo Alcañiz y también Alcorisa o Calanda. Los municipios más pequeños siguen perdiendo población y el dinamismo económico no prevalece en ellos. De esta forma, a pequeña escala, se reproduce un fenómeno tan aragonés como es la concentración acusada de la población y la actividad económica en el municipio más importante, en este caso Alcañiz. Así, sólo esta ciudad, que desde 1940 no ha dejado de crecer, y Alcorisa y La Cerollera han tenido un crecimiento demográfico apreciable.

periodos estivales. Los informes de las oficinas de turismo señalan, además, que buena parte de las localidades del Bajo Aragón únicamente funcionan como lugares de alojamiento desde los cuales iniciar visitas turísticas a otros territorios.

El futuro del Bajo Aragón no está escrito ni predeterminado, aunque su situación económica actual puede arrojar alguna luz sobre las perspectivas que se abren. Su proximidad a un eje económico dinámico como es el valle del Ebro, a la propia costa mediterránea



La población de la comarca se ha incrementado con la llegada de inmigrantes

Esta dinámica no puede plantearse, como también ocurre en el caso aragonés, en términos de confrontación territorial. El futuro de la economía del conjunto del Bajo Aragón depende en gran medida de la vitalidad de sus principales núcleos y principalmente de Alcañiz. Que se difunda desde este centro al resto es un reto, como también lo es que toda la comarca sea capaz de aprovechar las oportunidades que en su entorno surjan para lograr un crecimiento económico significativo. Para ello no sólo es necesario voluntad sino también que determinadas políticas como la inversión pública, especialmente en infraestructuras (físicas, tecnológicas y de equipamiento), y las iniciativas emprendedoras de su ciudadanía lo hagan posible.

El Bajo Aragón: realidades y esperanzas

JOSÉ PUCHE GINER

Quizá por primera vez desde hace décadas confluyen hoy en el Bajo Aragón los factores que pueden permitirle jugar un papel relevante en el conjunto de la sociedad y la economía aragonesa, estatal y europea. Cuenta con los recursos materiales y humanos capaces de consolidar su riqueza actual, de aumentarla y de garantizar la continuidad del crecimiento. Para ello, administraciones públicas, iniciativas privadas y sociedad civil han de encontrar en qué puntos confluyen sus intereses mutuos y legítimos. Es necesaria una implicación global de todos los agentes con cualquier posibilidad de influir en el territorio para asegurar que esa potencialidad de desarrollo se convierte en una realidad y no se queda, como ha sucedido en otras ocasiones, en una simple oportunidad perdida de *subirse al tren* del desarrollo de máximo nivel.

Demografía

Demográficamente, se ha detenido o aminorado razonablemente –en ocasiones invertido– una de las principales amenazas para el desarrollo: la despoblación. Estimulados por los atractivos de la propia tierra y por los crecientes inconvenientes (precio de las viviendas, contaminación, inseguridad ciudadana, caos circulatorio, etc.) que plantea la vida en las grandes ciudades y conurbaciones, los jóvenes del Bajo Aragón no sienten ya, en general, el deseo de emigrar a Zaragoza, Barcelona o Madrid –por citar tres de las grandes áreas de acogida de inmigración bajoaragonesa– para alcanzar el grado de desarrollo personal, social y profesional que anhelan.

Afortunadamente, tampoco son habituales los éxodos masivos de población adulta que diezmaron, desde principios del siglo XX y hasta la década de los 80, los municipios más escasamente poblados de la comarca. Hay que resaltar el crecimiento poblacional en casos muy concretos, precisamente en los núcleos más poblados:

Alcañiz y, en menor medida, Calanda y Alcorisa. Este hecho, positivo en sí para los municipios receptores de población, se ha traducido a menudo en un aumento del desequilibrio demográfico comarcal: el incremento del número de habitantes en las áreas semiurbanas se hizo, hasta la aparición de la inmigración extranjera masiva a partir de la segunda mitad de los años 90, a costa de despoblar los núcleos del entorno –Bajo Aragón histórico– con menor población.

Juventud y universidad

En el freno a la despoblación también tienen mucho que ver las mayores perspectivas académicas y laborales que se ofrecen a la juventud en su propia área de origen, con lo que prefiere fijar su residencia, si le es posible elegir, en el municipio o comarca que le ha visto nacer, donde ha cursado estudios, donde tiene a la mayor parte de sus amistades. Pese a todo, en el Bajo Aragón se echan en falta elementos básicos para retener a una base de población joven que garantice su estabilidad demográfica. Por ejemplo, no existe en todo el territorio bajoaragonés ni un solo centro o agregado universitario impulsado por universidades como la de Zaragoza o sus campus satélite (Teruel y Huesca). En todo caso, hay que citar, como iniciativa destacable –y a la cual es justo reconocer que sí presta su colaboración la Universidad de Zaragoza– cursos y seminarios como los organizados en Alcañiz por el Instituto de Estudios Humanísticos –referidos al mundo clásico grecolatino y su influencia desde el Renacimiento hasta nuestros días, y a las humanidades–, capaces de reunir en la capital bajoaragonesa y su entorno a representantes del mundo académico y científico nacional e internacional; ello repercute en el dinamismo cultural interior y también en un mayor y mejor conocimiento de la realidad bajoaragonesa hacia el exterior.

Aún en referencia al mundo académico, hay que citar la gran influencia que tiene para el Bajo Aragón y comarcas circundantes un centro como el Conservatorio Profesional de Música de Alcañiz, donde se imparten diversas enseñanzas musicales para un elevado número de alumnos. También es destacable la Escuela Oficial de Idiomas, con sede en la capital comarcal, centro en el que es posible aprender inglés, francés y alemán en diversos niveles. En el ámbito lingüístico, además de la oferta escolar en determinados municipios bilingües, desde hace unos pocos años, y a iniciativa de la *Associació Cultural del Matarranya* y del Centro de Estudios Bajoaragoneses, es posible estudiar en Alcañiz también el catalán.

Estructura socioeconómica

El sector primario y parte del secundario –el relacionado con la construcción– siguen siendo los grandes pilares de la economía bajoaragonesa. El sector de los ser-





Canalización de hormigón para regadíos

vicios, también creciente en cantidad y complejidad, se concentra en Alcañiz y en otros núcleos *mayores* –Calanda, Alcorisa–, aunque su volumen de negocio, dada la escasez de mercado, aún dista de situarlo a la altura de los otros dos sectores. Con una economía de marcado corte productivo, resulta fundamental asegurar las estructuras agropecuarias e industriales actuales, así como sentar las bases que permitan su crecimiento sostenido en aras de mantener su viabilidad.

En agricultura son bienvenidas las iniciativas tendentes a asegurar la continuidad de los riegos y a garantizar la eficacia y el ahorro en el uso del agua, en un área marcadamente influenciada por sequías estaciona-

les e incluso anuales y plurianuales. Cultivos como el olivo, el melocotón y los cereales, básicos en el sector agrícola bajoaragonés, no podrán sostener el aumento de los costes productivos sin una adecuada gestión hídrica. En este sentido, los colectivos agrarios esperan con lógica impaciencia ver consolidados en todas sus fases proyectos como el canal de regadíos Calanda-Alcañiz. Ya no hay tiempo para retrasos si se quiere garantizar el futuro de una producción agrícola que, en dos de sus productos estrella –aceite del Bajo Aragón y melocotón de Calanda–, se acoge a Denominaciones de Origen que permiten asegurar la salida a los mercados nacional e internacional.

La ganadería, de menor peso económico que la agricultura, se centra especialmente en la cabaña porcina, por influencia del desarrollo experimentado en la vecina comarca del Matarraña/*Matarranya*. Las administraciones locales y autonómica no ponen trabas a la implantación de nuevas explotaciones en un área donde aún es escaso el problema medioambiental generado por vertidos como los purines y que, sin embargo, son ya un serio contratiempo en otras comarcas aragonesas, como la citada matarrañesa.

La industria, incipiente salvo unas pocas excepciones, a la hora de implantarse en la comarca busca ventajas como el bajo coste del suelo en relación con las áreas próximas a grandes conurbaciones. A la vez, se encuentra con dos graves problemas: la falta de disponibilidad de suelo y la dificultad de las comunicaciones. En este sentido, es vital para el desarrollo industrial tanto la posibilidad de recuperar el enlace con la red ferroviaria general –a principios de los 70 desapareció el tren por su baja rentabilidad económica– como la mejora de carreteras, especialmente la vertebradora N-232, en un área donde la red viaria presenta grandes deficiencias y, en puntos como

el centro urbano de Alcañiz, una saturación creciente y ya preocupante. Por otro lado, el hecho de que sólo una parte de la zona del Bajo Aragón haya podido acogerse a los beneficios del Plan Miner (subvenciones para paliar el cese de la actividad productiva y transformadora minera y para facilitar su reconversión en otros sectores industriales) ha lastrado la posibilidad de implantación de grandes industrias, que han preferido ubicarse en comarcas como Andorra-Sierra de Arcos y otras que sí se benefician íntegramente del mencionado Plan.



Estación de Alcañiz. La recuperación del tren es un reto para el futuro

Los servicios, crecientes día a día –principalmente como consecuencia del aumento de variables en la estructura social–, se concentran mayoritariamente en Alcañiz, Calanda y Alcorisa. La capital bajoaragonesa dispone de centros de enseñanza primaria y secundaria, y de un hospital comarcal que ya da síntomas de saturación, pues atiende a pacientes de todo el Bajo Aragón histórico, un área formada por decenas de miles de personas. Largas listas de espera, colapsos frecuentes de las urgencias, falta de personal especialista... son algunos de los problemas que presenta a día de hoy el Hospital Comarcal de Alcañiz, y que piden soluciones urgentes. En cuanto a otros servicios sanitarios, disponen de centros de salud Alcañiz (el segundo centro está aprobado), Calanda, Alcorisa y Mas de las Matas; el resto tienen que conformarse con un servicio médico en horario limitado y en días laborables, mientras que para las urgencias sus vecinos deben desplazarse a su centro de referencia o al hospital comarcal.

En servicios, se hace imprescindible citar el desarrollo de empresas y organismos públicos dedicados al turismo. El llamado turismo rural o turismo interior crece año tras año, desde mediados de la década de los 90, y está llamado a ser uno de los puntales económicos y sociales en el futuro inmediato –si no en el presente– del Bajo Aragón. Al amparo de esta actividad, desde el núcleo más pequeño hasta la capital comarcal ven crecer día a día la oferta de establecimientos, oficinas y entes públicos o de apoyo público, personal, proyectos culturales, etc. vinculados directamente al turismo o relacionados con este ámbito.



El turismo, motor de desarrollo de la economía bajoaragonesa

Grandes proyectos de futuro

Además del mencionado auge del sector turístico han surgido en los últimos años nuevos proyectos capaces de dinamizar el conjunto de la economía bajoaragonesa. Cabe citar: la generalización de la llegada del gas como combustible para empresas y particulares con la construcción de nuevos tramos de gasoductos –permitirá, por ejemplo, la instalación de una central de energía de ciclo combinado en Castelnou, municipio de la comarca del Bajo Martín limítrofe el Bajo Aragón–; las previsiones de ampliación de embalses y de extensión de proyectos de regadío (embalse de Santolea, canal Calanda-Alcañiz...); la definición de proyectos de conservación y rentabilización del patrimonio histórico-cultural; y, cómo no, la Ciudad del Motor.

Al amparo de la tradición del automovilismo en Alcañiz –donde se celebra anualmente desde 1965 el Gran Premio organizado por el Automóvil Club Circuito Guadalupe, que discurre por un trazado urbano–, desde diversos ámbitos se ha apostado por la creación de instalaciones permanentes dedicadas a la práctica de los deportes del motor. Con el impulso de organismos públicos (Diputación General de Aragón, Diputación Provincial de Teruel, Consejo Superior de Deportes, ayuntamientos, etc.) y el visto bueno de la iniciativa privada, nació a principios de este siglo XXI el proyecto de la Ciudad del Motor de Aragón, que se ubicará en el término municipal alcañizano; de realizarse conforme a las previsiones actuales, será un referente nacional en cuanto a la práctica deportiva y atraerá a un entramado económico, social y científico capaz de llevar el desarrollo del Bajo Aragón a cotas inéditas e insospechadas.

Medio ambiente y entorno

La todavía relativamente baja implantación industrial, junto a la escasa densidad poblacional, hace que los problemas de agresión al entorno sean puntuales y localizados, más que generalizados. Se hace necesaria, sin embargo, una mayor sensibilidad política y social dirigida no sólo a la preservación de los actuales espacios sin deteriorar, sino también encaminada a resolver las carencias actuales.

Hay que mencionar, en este sentido, la presencia continuada de factores capaces de alterar el delicado equilibrio medioambiental: la saturación de los actuales vertederos públicos controlados –paliable acaso con el vertedero supracomarcal de Alcañiz, en fase de construcción, que dará servicio a unos 70 municipios–; una falta generalizada de concienciación privada a la hora de minimizar los residuos y/o su impacto; las emisiones de empresas de mayor o menor tamaño que, a cambio del empleo y riqueza que prometen generar, pueden hipotecar el futuro medioambiental de determinadas áreas bajoaragonesas y también de comarcas y provincias circundantes; o la erosión, deficientemente paliada, provocada por las extracciones de materiales como áridos.

Cultura y ocio

Salvo excepciones como la propia capital, el conjunto bajoaragonés adolece de la falta de una oferta cultural y de ocio continuada y consolidada, acaso condicionada por la dispersión territorial y por la escasez de población. Ésta se concentra en Alcañiz (tres bibliotecas, teatro y anfiteatro municipales, un cine con dos salas y algún que otro local recreativo de entidades sociales y centros escolares) y en municipios como Alcorisa, Calanda o Mas de las Matas.

Cabe destacar las acciones emprendidas desde ayuntamientos o desde asociaciones sin ánimo de lucro, gracias a las cuales la comarca disfruta de un cierto dinamismo en la organización de actividades teatrales, musicales y de espectáculos, apoyadas a menudo económicamente tanto desde la administración autonómica y provincial –y, recientemente, también por la comarcal– como por diversos programas sociales impulsados principalmente por Cajas de Ahorro con implantación en el territorio. Sin este apoyo, cuya continuidad es previsible y deseable, sería difícil que el Bajo Aragón disfrutara no ya de montajes de la complejidad técnica y organizativa de los Festivales del Castillo de Alcañiz, sino también de otras actividades de menor envergadura.



Jornada de cicloturismo en La Ginebrosa

Por otra parte, la riqueza patrimonial bajoaragonesa, y la dedicación a menudo desinteresada de personas y entidades, permiten la presencia y pervivencia de pequeños centros culturales, como museos y centros de interpretación que juegan un papel fundamental en la conservación del legado dejado en esta tierra por miles de años de poblamiento ininterrumpido. En este campo, habrá que estar atento a la evolución del proyecto *Iberos en el Bajo Aragón*, una ruta turístico-cultural que, en torno al rico pasado ibero de la zona, ambiciona conjugar la preservación y difusión del patrimonio histórico con su utilización como motor de desarrollo económico y social.

Las nuevas tecnologías

En un área fuertemente condicionada por la orografía, la climatología y las carencias en vías de comunicación, las nuevas tecnologías ofrecen un amplio abanico de posibilidades, al ser capaces de poner en contacto rápidamente intereses coincidentes.



Estudiantes de Educación Secundaria.
Aula de informática

Internet, correo electrónico, informática –teléfonos móviles, por descontado–... son ya elementos de conocimiento y uso común y necesario en el Bajo Aragón, especialmente entre los más jóvenes, pero también, de manera creciente, entre empresas y profesionales. Sería deseable, con la apuesta firme y decidida de iniciativas públicas y privadas, que las mejoras comunicativas que ya circulan a nivel *global* pudieran implantarse rápidamente en el territorio bajoaragonés para aumentar el abanico de elementos capaces de garantizar desarrollo económico y social, colectivo y personal.

Las vías de comunicación y las posibilidades de desarrollo

Aunque el Bajo Aragón cuenta con elementos para garantizar la continuidad de su situación actual y sentar bases sólidas de desarrollo futuro, se ve lastrado por la actual red de vías de comunicación. Carreteras locales en estado lamentable –es poco rentable invertir en zonas poco pobladas pero, como pez que se muerde la cola, no van a aumentar de población sin nuevas y decididas inversiones–, carreteras nacionales de trazado sinuoso y al borde del colapso en puntos como Alcañiz, transporte público con escasa oferta horaria y la ausencia de alternativas como el ferrocarril, dicen muy poco a favor del desarrollo de una comarca. Por el bien del Bajo Aragón, es de esperar que administraciones públicas e iniciativa privada abran urgentemente puentes de diálogo y pongan sobre la mesa los proyectos de mejora que permitan solventar las actuales y numerosas carencias. Son necesarias autovías, desdoblamientos, variantes y, por qué no, enlaces ferroviarios, para asegurar que las posibilidades de desarrollo de una de las comarcas más dinámicas y emprendedoras de Aragón –y una de las mejor situadas estratégicamente– se convierten en realidades firmes y perdurables.

El aceite de nuestra tierra

JUAN BASEDA TORRUELLA

El olivo, este árbol centenario que forma parte del paisaje del Bajo Aragón, tiene su origen en Mesopotamia, en Oriente Próximo, hace aproximadamente 5.000 años, y se expandió por toda la cuenca mediterránea a través de las diferentes culturas y civilizaciones. En la época romana, el cultivo del olivo y la fabricación de aceite tuvo gran esplendor, y al río Ebro lo llegaron a llamar *oleo flumen* (río de aceite), porque a través de él se transportaba el aceite que se producía en las proximidades. No hay que olvidar que la mayor contribución agraria de Hispania a Roma era precisamente el aceite.

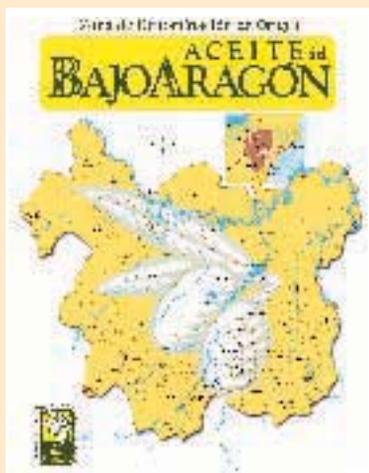
En tiempos de los Reyes Católicos fue cuando empezaron a proliferar las plantaciones a base de injertos, de ahí viene la palabra *empeltre*, nombre de la variedad típica del Bajo Aragón que caracteriza nuestro aceite.

El aceite de oliva ha tenido, tradicionalmente, una gran importancia económica y social debido a su multitud de usos y funciones: gastronomía, medicina, como conservante de alimentos, fabricación de jabón, iluminación (el aceite virgen lampante proviene de lámpara), cosmética, lubricante, etc.

En el siglo XIX y principios del XX el aceite del Bajo Aragón se cotizaba con los más altos precios en los mercados internacionales. Esto era debido a su suavidad y dulzor, características organolépticas que lo hacían ideal para todo tipo de consumidores.

La Asociación para la Defensa y Promoción del Aceite de Oliva del Bajo Aragón (ADABA) –interesada en contar con una reglamentación específica que proteja y garantice la calidad de la producción del aceite de oliva dada su importancia económica y social– solicitó el reconocimiento de la Denominación de Origen *Aceite del Bajo Aragón*.





Es por esto, y de acuerdo con la competencia que la Comunidad Autónoma de Aragón tiene en materia de denominaciones de origen, por lo que se crea el Consejo Regulador Provisional de la Denominación de Origen *Aceite del Bajo Aragón* (BOA n.º 79 del 23 de junio de 1999) y el 9 de octubre de 2001 es reconocido por la comisión de la Unión Europea como Denominación de Origen Protegida.

En la actualidad, gracias a la mecanización y a los cambios en el comportamiento de los consumidores, más favorables al aceite de oliva virgen, el cultivo ha empezado a modernizarse porque los agricultores encuentran ahora unas condiciones más propicias para el olivar.

Desde el punto de vista medioambiental, el olivo ejerce igualmente un importante papel en la zona. La aridez del Bajo Aragón queda difuminada por este árbol de hoja perenne que forma parte del paisaje desde tiempo inmemorial.

Se entiende por *Aceite de Oliva del Bajo Aragón* el aceite de oliva virgen extra procedente de aceitunas cuyo cultivo, procesado y envasado se realiza en la zona amparada por la Denominación de Origen. Los procedimientos de extracción son exclusivamente mecánicos. Por procedimientos mecánicos se entiende el molido, batido, prensado, centrifugado, decantación y filtrado, sin que el producto sufra ningún tipo de transformación que altere sus características naturales.

La comercialización de todo el aceite de oliva producido se realiza a través de las plantas de envasado existentes en la comarca que están ubicadas en las mismas almazaras, con un rendimiento suficiente para abarcar las campañas de máxima producción y obteniendo siempre un producto dentro de los parámetros de calidad establecidos.



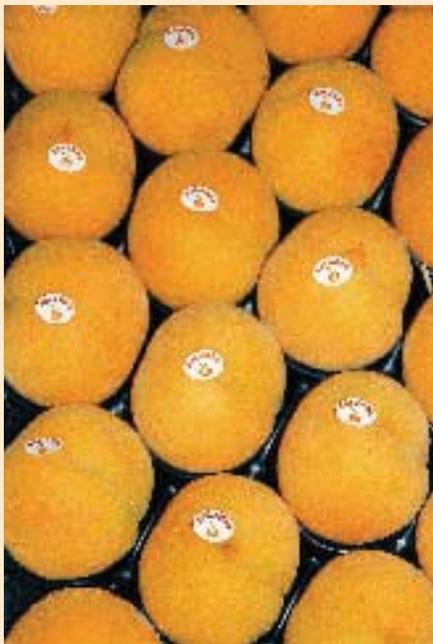
Calanda. Embotelladora de aceite

El melocotón de Calanda

MARIO MAGALLÓN CALVO
CONSEJO REGULADOR DE LA DENOMINACIÓN
DE ORIGEN MELOCOTÓN DE CALANDA

Durante los meses de septiembre y octubre, aparece en nuestros mercados una fruta singular y muy apreciada, el *melocotón de Calanda*. En la alta calidad de este fruto intervienen, además de las propias características de este melocotón (calibre, aroma, azúcar, etc.), unas técnicas esmeradas de cultivo, entre las que destaca el clásico y artesano embolsado individual del melocotón, que protege al fruto de su caída en premaduración y de algunas plagas, y le da un color amarillo limpio.

La producción de este singular fruto aparece ya descrita en documentos medievales bajo las formas de *présec* o *priscos*. A mediados del siglo XIX, el melocotón era transformado en trozos de fruta pelada denominados *orejones* (melocotón deshidratado). A finales de este siglo, en 1895, el botánico bajoaragonés José Pardo Sastrón realiza una primera descripción detallada de la producción del melocotón de Calanda. La expansión de este cultivo, originario de árboles autóctonos, se inició en los años 50 coincidiendo con el tradicional embolsado del fruto. En esta década, el nombre de *Calanda* se empieza a generalizar en los melocotones, y es a partir de entonces cuando se intensifica la fruticultura con la utilización de la clonación mediante injerto. En las décadas de los años 70 y 80 se produjo un incremento máximo de superficie, que se aproximó a las 3.000 ha. Posteriormente, debido a lo costoso y artesanal de este cultivo, la superficie disminuyó, aunque se ha incrementado sensiblemente en la actualidad por los nuevos planes de transformación de regadío, estimándose en unas 2.500 ha, de las que aproximadamente dos tercios se cultivan en Teruel y un tercio en la provincia de Zaragoza.



Melocotón de Calanda, denominación de origen desde 1999

El 70% de las explotaciones agrícolas es de tipo familiar, con menos de 2 ha de cultivo por explotación y una gran parcelación ya que el 80% de las parcelas es menor de una hectárea. Este cultivo tiene una gran importancia en la actividad económica y social de la zona debido a la cantidad de familias que dependen de esta fruta.

Hoy se entiende por *melocotón de Calanda* los frutos procedentes de los clones seleccionados de la variedad autóctona *amarillo tardío* amparados por la Denominación de Origen.

El 9 de junio de 1999 se crea el Consejo Regulador y su reglamento se aprueba el 6 de septiembre del mismo año. La Denominación de Origen *Melocotón de Calanda* nace con el propósito de garantizar la exquisitez y procedencia de este fruto que, a lo largo de los años, ha alcanzado un reconocido prestigio. Una filosofía basada en la apuesta por un producto seleccionado y sometido a un riguroso control de calidad durante todo el proceso de cultivo, recolección y manipulación.

Debido a los ataques de la mosca de la fruta (*Ceratitis capitata*) se genera una técnica que es la que realmente hace del *melocotón de Calanda* un melocotón diferente a los demás: el embolsado de la fruta.

La técnica tradicional y artesanal del embolsado individual de los frutos en el árbol se ha utilizado desde mediados del siglo XX. Se realiza entre los meses de julio y agosto. El fruto permanece dentro de una bolsa de papel parafinado hasta el momento de la manipulación, durante un periodo mínimo de nueve semanas. Se protege de esta forma al melocotón de caídas y plagas, con lo que se reduce considerablemente el número de tratamientos fitosanitarios, y se obtiene un fruto natural, sin residuo alguno. Esta bolsa crea, en su interior, un microclima especial, con el resultado de un melocotón uni-



Melocotones embolsados

forme, con una dureza, un pH y un contenido en azúcares que dan como resultado una fruta de inmejorable aspecto y presentación, y con una calidad organoléptica excelente. El consumidor tiene la confianza de estar ante un producto natural y de alta calidad, que proporciona placer al consumirlo.

Museos, centros de interpretación y exposiciones permanentes en la comarca del Bajo Aragón

JOSÉ ANTONIO BENAVENTE SERRANO

La actual comarca del Bajo Aragón ofrece un variado conjunto de pequeños centros expositivos, la mayor parte de ellos de creación reciente, a los que muy pronto se añadirán otros que se encuentran en fase de proyecto o ejecución. En el momento de redactar estas líneas tenemos noticias de los siguientes:

Museo de Mas de las Matas

Horario: Lunes a viernes de 8 a 14 h.

Sábados y festivos, previa concertación.

Dirección: c/ La Costera, 6

Teléfono: 978 848807

Gracias a la denodada labor del Grupo de Estudios Masinos (GEMA), la localidad de Mas de las Matas cuenta con el único museo, considerado con esa categoría, existente en la actual comarca del Bajo Aragón. Los distintos fondos se conservan en la Casa del Molino, si bien se están ejecutando las obras de rehabilitación de un antiguo y céntrico caserón del siglo XVIII, que se ha previsto destinar a sede del nuevo museo de la localidad. En la actualidad, el museo de Mas de las Matas consta de tres secciones: una de arqueología, en la que se exponen materiales desde el Paleolítico a la Baja Edad Media, procedentes de distintos yacimientos de la zona; otra de artes plásticas, con una variada muestra de obras de artistas contemporáneos aragoneses, y una tercera sección dedicada a paleontología, con fósiles de la zona. También el GEMA está promoviendo la rehabilitación para usos culturales y turísticos de un magnífico molino harinero del siglo XVIII, en el que se conserva en muy buen estado la mayor parte de su antigua maquinaria.



Exposición permanente de Arqueología de Alcañiz

Horario: concertar visita en la Oficina de Turismo.

Dirección: c/ Torrecilla de Alcañiz, 7. 44600 Alcañiz

Teléfono: 978 831213

En el pequeño edificio del Horno Nuevo de los Almudines se encuentra una interesante colección arqueológica, con materiales desde el Paleolítico hasta nuestros días, que custodia, desde 1987, la Asociación Taller de Arqueología de Alcañiz. Entre los fondos de la colección destacan un excepcional conjunto de piezas en piedra de época ibérica y romana con esculturas de bulto redondo de caballo, diversas estelas funerarias, dos aras y un capitel; y la colección de los padres escolapios de Alcañiz que, tras ser objeto de un estudio e inventario en detalle, fue cedida al Ayuntamiento en 1988 como fondos para el futuro museo de la ciudad. Por otra parte, un importante conjunto de piezas de época medieval, y sobre todo moderna -recuperadas en las excavaciones realizadas en los últimos años en el castillo de los calatravos, la iglesia de Santo Domingo, los torreones de Santiago, los pasadizos, etc.-, se ha instalado provisionalmente en el espacio rehabilitado del entorno de la ex colegiata, aunque necesita sustanciales mejoras.

Centro Buñuel de Calanda

Horario: todos los días, excepto lunes, de 11 a 14 h. y de 16 a 20 h.

Dirección: c/ Mayor, 48. 44570 Calanda

Teléfono: 978 846524

El Centro Buñuel de Calanda (CBC) se emplaza en el antiguo palacio de Fortón-Cascajares que ha sido recientemente rehabilitado como espacio cultural para dedicarlo a la figura y obra del cineasta calandino, universalmente conocido, Luis Buñuel. El centro, inaugurado en 2002, consta de varias secciones repartidas en tres plantas. En la planta baja se ubican la sala para exposiciones temporales, recepción e información de visitantes y tienda. En la planta noble se ubica una pequeña sala de proyecciones y un espacio de exposición estable sobre la figura y obra de Luis Buñuel. En la segunda planta se ubican talleres, aulas para seminarios, mediateca, biblioteca y oficinas de administración. El Centro Buñuel ofrece las instalaciones más modernas, tanto en su contenido como en su montaje expositivo, de los actuales centros museísticos del Bajo Aragón y utiliza tecnologías avanzadas en el campo audiovisual y multimedia. El centro tiene también como objetivos la realización periódica de una serie de actividades de divulgación, estudio, seminarios e investigación en torno a la figura de Luis Buñuel.



Exposición etnológica y Casa de Pelegrina Vallés de Torrevelilla

Horario: concertar visita en el Ayuntamiento o en la Oficina de Turismo.

Teléfonos: 978 852075 (Ayuntamiento); 978 852462 (Oficina de Turismo).

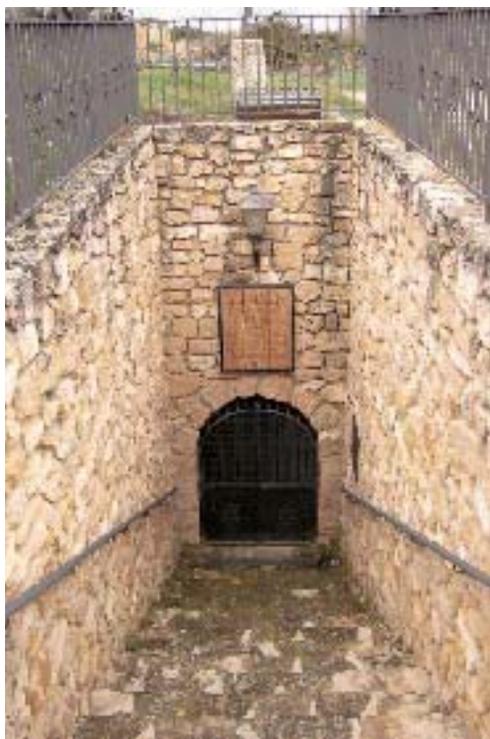
En los bajos de un antiguo caserón de Torrevelilla, de finales del siglo XIX, se encuentra instalada, desde 1996, una exposición etnológica en la que se presenta una serie de piezas y objetos tradicionales relacionados fundamentalmente con actividades agrícolas y, más específicamente, con el ciclo del cereal. En la exposición se da a conocer el proceso de preparación de la tierra, siembra, siega, acarreo, trilla y cosecha de los cereales, mediante la exposición y explicación de piezas y utensilios tradicionales dedicados a esas labores. En la planta noble de esta misma casa, construida por una adinerada familia, se conserva en muy buen estado una espléndida sala de estilo histórico-clasicista de principios del siglo XX, decorada al gusto burgués de la época con muebles historicistas, eclécticos y modernistas que bien merece la pena visitar.

Nevera de Belmonte

Horario: concertar visita en el Ayuntamiento.

Teléfono: 978 852025

Junto al núcleo urbano de Belmonte se localiza un antiguo pozo de nieve, ya documentado en el siglo XVII, que constituye por su tamaño y su conservación uno de los mejores ejemplos de este espectacular tipo de construcciones en el Bajo Aragón. Para acceder al fondo de la nevera, de 9,20 m de profundidad, se construyó un nuevo acceso lateral y se adosó una escalera metálica. En el interior del pozo se ha instalado una exposición permanente que explica todos aquellos aspectos relacionados con esta importante y cotidiana actividad económica, desaparecida de nuestros pueblos desde hace más de un siglo. A pocos kilómetros de este lugar, en el término de La Cañada de Verich, se encuentra otra nevera recuperada que también es muy recomendable visitar.



Centro de Interpretación de los botánicos Loscos y Pardo Sastrón de Castelserás

Horario: concertar visita en el Ayuntamiento.

Teléfono: 978 877101

En el interior del magnífico edificio de la Encomienda de Calatrava en Castelserás se ha instalado recientemente una pequeña exposición dedicada a la vida y obra de los ilustres botánicos bajoaragoneses de principios del siglo XX, Loscos y Pardo Sastrón, que se ha previsto ampliar y mejorar próximamente.

Centro de Interpretación de la Semana Santa de Alcorisa

Horario: concertar visita en el Ayuntamiento.

Teléfono: 978 840025



En el año 2003 se ha restaurado la iglesia de San Sebastián, patrón de la localidad de Alcorisa, en cuyo interior se ha instalado un Centro de Interpretación de la Semana Santa. En él se expone un importante conjunto de imágenes, peanas y piezas relacionadas con las procesiones y actos religiosos, como la conocida representación del Calvario, de la Semana Santa de Alcorisa y del Bajo Aragón.

Atrium: Centro de Historia de Alcañiz

Dirección: Iglesia de Santo Domingo.

Plaza de Santo Domingo. 44600 Alcañiz

Horario: abierto todos los días excepto los lunes.

Invierno: de 10 a 14 y de 16 a 19 h.

Verano: de 10 a 14 y de 17 a 20 h.

Teléfono: 978 831213 (Oficina de Turismo)

En marzo del año 2004 se inauguró *Atrium, Centro de Historia de Alcañiz*: un interesante Centro de visitantes ubicado en la antigua iglesia de Santo Domingo (siglos XIII-XVII) que ha sido objeto de una cuidadosa rehabilitación en los últimos años y de la que sorprende su magnífica bóveda de cru-



cería del siglo XVI. A través de diversos contenedores, y con profusión de medios audiovisuales, se realiza un repaso a la historia y al arte de la ciudad de Alcañiz, desde la prehistoria hasta nuestros días, con una especial atención a los humanistas alcañizanos y al devenir histórico de la propia iglesia en la que se aloja. En su interior se conservan diversas estructuras funerarias (criptas) y se expone, en el coro, una pequeña selección de piezas encontradas en las excavaciones del edificio.

Casa de la Visitación de Alcañiz

Dirección: c/ Ramón y Cajal, 18. 44600 Alcañiz

Horario: Festivos de 12 a 14 y de 19 a 21 h. Laborables, de 19 a 21 h.

Teléfono: 666 401144

Inaugurada también a principios del 2004, la Casa de la Visitación es un antiguo edificio de construcción popular situado en pleno casco histórico de la ciudad, que ha sido cuidadosamente rehabilitado y acondicionado como museo con contenido etnológico: bodega con aperos de labranza, cocina y dormitorio amueblados, sala de los relojes, ático con utensilios de la matacía del cerdo, etc. En los muros de una de sus habitaciones se descubrió y restauró un interesante conjunto de pinturas de temática religiosa que han sido fechadas en la segunda mitad del siglo XVI y que representan, entre otros motivos, la Visitación de María a su prima Isabel.



Nevería y pasadizos de Alcañiz

Dirección: Oficina de Turismo de Alcañiz. c/Mayor, 1. 44600 Alcañiz

Horario: abierto todos los días. Invierno: de 10 a 14 y de 16 a 18 h.

Verano: hasta las 19 h.

Teléfono: 978 831213

En pleno centro de la ciudad, bajo la magnífica longa gótica del siglo XV, se ubica la Oficina de Turismo de Alcañiz desde la que se accede a una serie de bodegas, pasadizos y estructuras subterráneas que constituyen uno de los espacios más sorprendentes y de mayor aceptación turística de la localidad. En una primera bodega se ubica la exposición *Alcañiz oculto*. Desde allí se accede a la antigua

nevería, totalmente excavada en la roca y con una instalación museográfica que permite comprender el funcionamiento de estos singulares espacios destinados a la conservación y venta de nieve o hielo en la Edad Moderna. Desde la nevería parten una serie de estrechos pasadizos en distintas direcciones con un largo tramo visitable hasta el Ayuntamiento y otro, bajo la c/Mayor, cuya recuperación todavía no ha finalizado.

Almazara de Jaganta

Las Parras de Castellote. Barrio de Jaganta.

Horario: concertar cita previa.

Teléfono: 978 732072



En la pequeña localidad de Jaganta, barrio pedáneo de Las Parras de Castellote, en los inicios del Maestrazgo turolense, se conserva magníficamente una antigua y pequeña almazara o molino de aceite que ha sido acondicionado y musealizado para su visita. En su interior se puede contemplar la antigua prensa de libra así como diversos utensilios y maquinaria utilizados para la elaboración del aceite de oliva

cuyo proceso tradicional de fabricación se explica mediante diversos paneles y un audiovisual.

Casa de Cultura de Calanda

Dirección: Plaza Manuel Mindán, 3. Calanda

Horario: de lunes a viernes,
de 9 a 13 y de 15 a 20 h.

Teléfono: 978 846950

En el antiguo convento de carmelitas de Calanda se ubica la Casa de Cultura en la que se suelen realizar diversas exposiciones y actos culturales. En torno al claustro del convento se ha instalado una exposi-



ción permanente con piezas de cerámicas restauradas de época ibérica halladas en uno de los yacimientos de su término municipal. En otras alas del claustro se exponen recreaciones modernas de la conocida cerámica popular de Calanda, cuya fabricación constituyó una de las actividades económicas más importantes de la localidad en los últimos siglos.

Centro del urbanismo medieval y moderno en el Parque Cultural del Maestrazgo. La Ginebrosa

Dirección: c/ San Roque, 2 (antiguo horno).
La Ginebrosa

Horario: concertar visita en el Ayuntamiento

Teléfono: 978 892546

En el antiguo horno de pan de La Ginebrosa –magnífico edificio de época bajomedieval– se acaba de instalar un centro expositivo que ofrece una interesante visión de la evolución urbanística de las poblaciones incluidas en el Parque Cultural del Maestrazgo durante la época medieval y moderna. La villa de La Ginebrosa y su propia historia urbanística sirven como ejemplo del desarrollo de este territorio.



Cuatro largas vidas del Bajo Aragón

RAMÓN MUR GIMENO

El Bajo Aragón tiene una rica historia de la que pueden hablar mejor que nadie José María Pascual, político, Darío Vidal, periodista, y Gonzalo Borrás o Montserrat Martínez, profesores de universidad. Sus ya largas vidas surgieron del Bajo Aragón en el alborar de la segunda mitad del siglo XX. Ellos han contribuido al desarrollo de nuestra comarca con competencia profesional y entrega personal, desde su saber y desde el afecto que sienten por la tierra que les vio nacer.

GONZALO BORRÁS GUALIS

(Director de la Institución Fernando el Católico y Catedrático de Historia del Arte de la Universidad de Zaragoza)

“Valdeatorgorfa y el Bajo Aragón dejaron una huella muy honda en mi vida”

Gonzalo Borrás Gualis, ligado al Bajo Aragón por nacimiento y formación, como él mismo dice, presenta una trayectoria profesional que trasciende los límites de la comunidad autónoma. Ha sido director durante varios años del Instituto de Estudios Turolenses y de la Institución Fernando el Católico, y en la actualidad lo es del Instituto de Estudios Islámicos. Dirigió la sección de arte de la Gran Enciclopedia Aragonesa, fue redactor de los dos tomos de arte para la Enciclopedia Temática de Aragón y autor, en 1985, de los tres volúmenes de “Arte Mudéjar Aragonés”.



Gonzalo Borrás es una persona de firmes convicciones que jamás oculta pero que envuelve bajo el manto de su talante moderado y conciliador. Aragonés además de aragonés, militante de izquierdas, ha conseguido labrarse la admiración y el respeto en los ámbitos sociales más dispares, incluso allí donde se le considera un adversario político. El máximo responsable de la Institución Fernando el Católico confiesa que Valdealgorfa, población en la que nació en 1940, y toda la Tierra Baja de Aragón dejaron una profunda huella en su vida.

Dicen que usted se acuerda mucho de su pueblo.

Claro, ¿quién no se acuerda de su pueblo? Uno es de donde vivió su infancia. Me acuerdo mucho de Valdealgorfa, un pueblo al que llegué cuando tenía seis años. Nací en Valdealgorfa pero, a los seis meses, porque mi madre quedó embarazada muy pronto de mi hermano Pepe, me llevaron a Peñarroya de Tastavins con un ama de cría, que allí se llama *dida*. Yo tuve *dido* y *dida*, Rafael y Carmen, dos excelentes personas. Allí estuve hasta los dos añicos en que pasé a Castelserás con mis abuelos paternos, que procedían de Fórnoles. Él se había escapado del trabajo del campo, era mozo de mulas, y se había hecho guardia civil. Nosotros somos de los Borrás de Fórnoles desde el siglo XV. Con toda seguridad, hubo una colonización de catalanes en el siglo XIV, procedente de Gerona. Los Borrás de Fórnoles.

Tiene usted, entonces, una procedencia claramente bajoaragonesa.

Mis padres fueron Gonzalo Borrás y María Teresa Gualis, un apellido también documentado en Alcañiz desde el siglo XV. De manera que toda mi familia, tanto por parte de padre como por parte de madre, es bajoaragonesa desde la Baja Edad Media. Mi padre había estudiado magisterio pero, de muy joven, a los 18 años, se le cruzó de por medio la guerra civil española. Hizo toda la contienda de sargento del ejército nacional y luego se acomodó en la Guardia Civil de cabo y llegó a ser capitán del cuerpo. La Benemérita, que en un principio fue respetuosa con la República, en Aragón se concentró en Zaragoza, zona nacional desde bien pronto. ¡Si es que la guerra le cogió a cada cual donde le cogió!

Usted tuvo unos padres muy jóvenes.

Cuando yo nací, mi madre tenía 20 años y mi padre 22. Tengo otro hermano, José, que nació 14 meses más tarde, en 1941. Los dos hemos tenido unas vidas muy paralelas porque él fue, como yo, al Seminario Menor de Alcorisa del que se salió dos años más tarde. Los dos intentamos ingresar en la Academia General Militar y no ingresamos. Los dos iniciamos Derecho, sólo que yo no acabé la carrera y él la siguió, orientándose hacia la Administración de Justicia.

En su intimidad, ¿se siente muy bajoaragonés?

Por nacimiento y formación. Valdealgorfa dejó en mí una huella muy honda no sólo por la educación que recibí en la escuela, con don Manuel que era un excelente maestro, sino también gracias al cura párroco, mosén Francisco, que nos llevó al seminario, que para muchos era la única opción que teníamos de estudiar. En la zona nuestra había dos posibilidades de hacer estudios: los que tenían cierto acomodo familiar bajaban internos a los escolapios de Alcañiz; y para los que

carecíamos de medios económicos, la única opción a nuestro alcance era ir al Seminario Menor de Alcorisa, que es a donde mosén Francisco nos encaminaba a los monaguillos. Allí pasé cuatro años y en el tercer curso estuve a punto de morir a causa de unas fiebres tifoideas, resistentes a la penicilina. Vino mi tío Ramón Gualis y me llevó a casa. En Valdealgorfa, el practicante José María Belvis, que me inyectó estreptomycinina y terramicina, me salvó la vida. Volví al seminario y de Alcorisa pasé a Zaragoza, donde hice el último curso de Humanidades y los dos de Filosofía en el nuevo seminario de Casablanca. Los veranos los pasábamos en el lugar de destino de mis padres: Caminreal, Valderrobres y Andorra.

Usted fue un alumno aventajado desde niño, ¿no?

Bueno, para mí Valdealgorfa es el lugar donde aprendo a leer, a escribir, donde aprendo latín. Una vez le dejé al maestro un poco patidifuso porque le dije: “Don Manuel, nos tiene que enseñar usted el subjuntivo porque es que ya nos lo ha enseñado el cura”. Yo aprendí el presente de subjuntivo en latín (*ame, ames, ame, amemus, ametis, amen*) antes que en castellano. Toda aquella época dejó una huella profunda en mí de forma que ahora nos reunimos cada año en Valdealgorfa los nacidos en 1940.

¿Cómo y cuándo empezó a especializarse en el arte mudéjar?

Después de terminar los estudios en 1965, pasé un tiempo de profesor becario en la universidad. Pero en 1967 falleció mi padre a consecuencia de un trágico accidente de circulación y me puse a trabajar como profesor de enseñanza media. Me fui a Catalunya y empecé a preparar, con cierta dedicación y profundidad, la tesis doctoral sobre la arquitectura mudéjar en los valles del Jalón y del Jiloca. Estuve también en Graus donde fundé un Colegio Libre Adoptado. Por entonces, en 1968, me casé y volvimos a Zaragoza donde el catedrático de arte don Francisco Abbad me reincorporó a la universidad. Y me dediqué a dar clases, ya en plena masificación universitaria. Sin haber tenido la oportunidad de completar nuestra formación en el extranjero o en seminarios de especialización, los profesores de mi generación tuvimos que asumir las máximas responsabilidades docentes junto a decisivas determinaciones políticas puesto que hay que darse cuenta de que estamos hablando ya del final del franquismo y de los prolegómenos de la democracia.

¿Usted se considera uno de esos catedráticos de universidad impulsores de la nueva etapa democrática?

Aquí había una serie de referentes. Estaban Vicente Cazcarra en el PCE y Emilio Gastón, que fundaría el Partido Socialista Aragonés (PSA), la formación política en la que yo me integré en 1977. Nos juntábamos en unas divertidas reuniones clandestinas en los capuchinos de Torrero. Por fortuna, yo salí bien en la aventura universitaria a pesar de que mi maestro, Francisco Abbad, falleció en enero de 1974, lo que me dejó sin padrino en la universidad. Ese año saqué las oposiciones a adjunto y al siguiente las de agregado, sin mentor, porque tuve la suerte de entrar en la universidad a base de una estrategia calculada de no molestar a nadie, de esperar el momento en que no hubiera candidato. En 1975 conseguí la plaza de profesor agregado en la Universidad Autónoma de Barcelona donde sólo estuve un año porque yo quería vivir y trabajar en Aragón, aunque allí hubiera tenido porvenir. Regresé a mi tierra con ánimo de participar en la vida política y me pre-

senté a las elecciones de 1977 con el PSA. Hice campaña, precisamente, en el Bajo Aragón y me reencontré con los escenarios de mi infancia haciendo propaganda política y electoral.

¿Cómo se produjo la disolución del PSA?

Pues porque se hizo un análisis erróneo de los resultados obtenidos en las primeras elecciones democráticas. Se interpretó como un fracaso que sólo saliera como diputado Emilio Gastón, cuando resulta que nunca después una formación de izquierda minoritaria volvió a tener un representante en Madrid y, como mucho, obtiene hoy uno por Zaragoza, que es lo que ocurre ahora con la Chunta y Labordeta. El PSA se disolvió, además, porque el partido iba en la federación socialista de Tierno Galván que fue el primero que se pasó al PSOE, vendiendo a todas las federaciones de partidos socialistas por un plato de lentejas, que fue la alcaldía de Madrid.

Luego fue usted concejal del Ayuntamiento de Zaragoza. ¿Qué recuerda de esa etapa?

Me presenté en la candidatura del PCE porque el partido nos encargó a Eloy Fernández Clemente y a mí la poco grata tarea de negociar el pase de la militancia del PSA al PCE o al PSOE en las mejores condiciones posibles con el fin de salvar los restos del naufragio. En este contexto, el PCE nos propuso formar parte de su candidatura al Ayuntamiento de Zaragoza en los comicios municipales de 1979. Conseguimos cuatro concejales y yo era el primero de la candidatura, como independiente. El quinto era Eloy. Sólo duré diez meses, aunque era cabeza de lista, porque el PCE vetó a Eloy y dimití. La ejecutiva del partido comunista ya tenía previsto sustituir al número dos del grupo, que iba a ostentar un cargo sindical. En lugar de que el sustituto fuera el número cinco, el PCE se obcecó en que el cargo pasara a otro del propio partido obligando a renunciar a su escaño a Eloy Fernández y a algún otro. Fue el primer comportamiento antidemocrático de un partido político al que me opuse.

¿Y a partir de ese momento?

Ya en 1979 me reincorporé a la universidad, abandonando totalmente la actividad política de modo que hasta la fecha de hoy lo único que he hecho es apoyar a la Chunta en varias ocasiones. Algunos hemos apoyado el nacimiento y desarrollo de Chunta Aragonesista porque consideramos que no se puede concentrar todo en el bipartidismo y pensamos que hay mejores maneras de administrar la democracia que la que impera en este país.

¿Su trabajo fundamental de investigación se ha centrado en la Historia del Arte?

Mi primera línea de investigación ha sido el arte mudéjar, que es un fenómeno privativo del arte español. Sólo en España, con la presencia del Islam, se ha podido dar el arte mudéjar que es la pervivencia de lo islámico tras la recuperación del territorio por los cristianos. Es un arte muy singular y específico, muy nuestro, que es a lo que yo me he dedicado y dedico. Así como en política no supe estar en el lugar oportuno en el momento oportuno, en lo profesional he tenido toda la suerte del mundo. He podido trabajar en la universidad, como yo quería. En relación con la investigación del arte en Aragón, creo que puedo decir sin vanidad que he hecho todo lo que se podía hacer.

¿Cómo contempla el panorama actual de Aragón?

Yo lo veo con optimismo y me siento orgulloso de haber contribuido al desarrollo de una fuerza política como Chunta Aragonesista que tiene un futuro prometedor con un patrimonio humano de gente joven y preparada. Aragón necesita líderes políticos con tirón y fuerza. Respecto a que todo se concentre en Zaragoza, nuestra realidad es la que es y en la capital tiene todo más eco porque aquí vive la mayor parte de la población. Por supuesto que tenemos que apoyar un desarrollo poblacional de todo el territorio, ése es nuestro gran reto, pero aragoneses somos todos y desde todos los ángulos, por supuesto que desde Zaragoza en primer lugar hemos de devolver a nuestra tierra el peso específico que se merece por su historia.

MONTSERRAT MARTÍNEZ GONZÁLEZ

(Asesora del Ministerio de Educación para asuntos universitarios)

“La formación hace personas libres”

Hija de un maestro de pueblo. De vocación tardía universitaria, tras haber pasado por la enseñanza menor. Experta en la historia más antigua de la Humanidad, catedrática en el campus de Teruel, donde, como ella dice, “está mi destino”. Esta mujer, bajoaragonesa y turo-lense a un tiempo, es Montserrat Martínez González, exvicerrectora de Estudiantes en la Universidad de Zaragoza. En septiembre del año 2005 fue nombrada asesora para asuntos universitarios del Ministerio de Educación.



Montserrat Martínez recorre con un entusiasmo que contagia los amplios pasillos del antiguo edificio de la Universidad de Zaragoza, institución vital en la historia de Aragón y de España. Transmite sabia inquietud, afán de saber y un profundo amor heredado por la actividad docente y pedagógica.

¿Cómo nace esa vocación hacia la docencia tan transparente en usted?

Soy hija de maestro republicano, represaliado tras la guerra civil. Un maestro, hijo de la Institución Libre de Enseñanza. Como me crié entre pupitres no me planteé qué era eso de la vocación porque vi tan claro que me gustaba la docencia... Hice magisterio en Teruel, oposiciones en 1965. Nací en 1946. Mi padre era maestro ya antes de la guerra, primero de Seno y después de Castellote, donde yo nací. Mis hermanos se criaron en Seno. Su mujer también era maestra. Yo soy hija del segundo matrimonio de mi padre. Y de allí pasamos a Fuentes Calientes, un pueblo a 40 kilómetros de Teruel. Hice el bachillerato por libre en el instituto Ibáñez Martín porque mi padre me daba clases. Recibí mucha enseñanza doméstica.

¿Recuerda bien los escenarios de su infancia?

Los recuerdo perfectamente. Del primer matrimonio mi padre tuvo dos hijos y dos hijas. Del segundo, soy yo sola. Me siguen llamando la pequeña. La hermana mayor murió en París en 1967, tengo otra casada en Valencia, un hermano en Madrid y un tercero, maestro jubilado, en Castellote. Mi infancia transcurrió en Fuentes Calientes. Mi padre estuvo cuatro años en la cárcel y lo inhabilitaron para ejercer el magisterio. No podía trabajar y se dedicaba a dar clases particulares en Castellote. ¡En plena posguerra! Cuando le levantaron la sanción, le obligaron a concursar. Y fuimos a Fuentes Calientes, un pueblo de unos 300 habitantes. Pero había muchos niños porque estaban cerca las minas de Rillo y abundaba el andaluz inmigrado. En mi infancia hubo tres escenarios: Guadalaviar, donde pasaba los veranos con mi abuela, Fuentes Calientes y Castellote, pueblo al que bajábamos mucho a visitar a mi hermano. Con ocasión del incendio de 1994, hicimos un manifiesto muy bonito en la Universidad de Verano y mis compañeros se sorprendían al verme llorar amargamente. “Es que ha desaparecido el paisaje de mi biografía”, decía yo. Medio año después del siniestro, recorrí todo ese terreno en el que yo tanto había trabajado en mis investigaciones arqueológicas y recuerdo que había una carrasca toda calcinada a la que le había nacido un chito.

Tras su juventud rural, inició una trayectoria profesional variada y extensa...

Después de estudiar magisterio, hice oposiciones. Estuve tres años en escuelas rurales hasta que me fui a la Universidad de Valencia. A pesar de que me gustaba la pedagogía y la docencia, yo quería estudiar Historia. Allí hice Historia Antigua, me doctoré en arqueología. Mi tesis doctoral versó sobre la cultura ibero-romana en toda la zona del Guadalopillo y del Guadaloque. De ahí mi vinculación con Alcorisa. Me compré un piso en esta población y desde entonces mucha gente piensa que soy de Alcorisa. Desde luego, yo me considero alcorisana. En 1973 empecé a trabajar en la Escuela de Magisterio de Teruel. He sido varias veces directora de ese centro. Luego, ya incorporada a la vida universitaria, he sido vicerrectora del campus de Teruel, etcétera. Hasta que Felipe Pétriz me llamó en el año 2000 para que me hiciera cargo del vicerrectorado de estudiantes en Zaragoza. Y aquí estoy encantada, aunque considero que mi destino es Teruel.

¿Es alentador el panorama general de la Universidad en España?

En mi casa había un ambiente intelectual, alimentado por mi padre, que era un gran lector. Y dentro de las limitaciones de un maestro de pueblo, era una persona muy reflexiva, culta e inquieta. Escribía muy bien. En mi familia ha habido siempre una gran veta literaria. La literatura y la música han sido las dos pasiones declaradas que nos transmitió mi padre. Desde este ambiente familiar, la universidad siempre la he visto como el alma máter, el escenario de la libertad, desde el que te abres al mundo. Y así lo viví yo cuando fui universitaria porque yo no fui una estudiante de 17 años en la universidad sino que me incorporé a ella ya con 21 años, con cierta madurez. Y no me defraudó. De la Universidad de Valencia guardo un recuerdo imborrable, muy positivo. Allí tuve excelentes profesores: estaban Vidal, Reglá, Ubieto. Se nutrían de la escuela catalana de Vicens Vives. Tenían una visión socioeconómica y abierta de la Historia frente a esa otra línea, más política, de Menéndez Pidal y de la escuela de Madrid. La universidad no sólo

me concedió grandes regalos intelectuales sino que también consolidó mi conciencia política.

¿Y ahora?

Como puede comprobarse, yo valoro mucho la universidad. Sin embargo, ahora veo que sigue guardando ese punto de referencia de apertura pero se ha bajado mucho en la calidad de sus contenidos, en talante... Claro, la situación actual tiene como positivo que se ha abierto a clases sociales que antes no tenían acceso a ella.

¿No ha disminuido la calidad del profesorado?

No, no, por favor. Lo que pasa es que la universidad hoy no es la única meta para quien aspira a una cierta formación. No todo el mundo tiene que pasar por ella. Es bueno que la universidad se haya abierto a todas las capas sociales. Lo que pasa es que la masificación universitaria plantea indudables inconvenientes que están en la mente de todos. En esta situación, es más difícil encontrar una línea profunda, reflexiva de trabajo, de estudio. A mí lo que me duele es comprobar que los estudiantes no aprovechan las oportunidades que la universidad les sigue ofreciendo. Yo no he sido elitista nunca, y menos ahora, pero creo que los universitarios, quienes tienen la suerte de hacer estudios superiores, tienen que saber que la universidad da unos conocimientos que hay que explotar. Y me da mucha pena cuando veo que estos estudiantes los malgastan. A lo mejor tienen otras metas, otros objetivos, que quizá en el plano subjetivo son más importantes, yo no lo niego. Pero...

¿No está el mal en que los universitarios de hoy no saben estudiar?

Pues... estoy totalmente de acuerdo. Ése es el mayor problema que causa la masificación. La universidad tiene que contratar profesores de manera precipitada para atender unas aulas tan pobladas. Y quizá un profesor universitario tiene que seguir un proceso de maduración intelectual y profesional antes de ponerse a dar clases, mayor del que hoy se le proporciona. Pero hoy ocurre que muchos jóvenes se tienen que poner a dar clases a los dos años de haber obtenido la licenciatura. Eso lo ha provocado este *boom* de la masificación. Esa masificación tenía que haber ido acompañada de una financiación adecuada de las universidades. Ante un aula de cien alumnos, no se puede hacer otra cosa que exponer simplemente la materia; pero es difícil, por no decir imposible, impartir una lección magistral. Hay que ayudar mucho al estudiante a que aprenda a acudir a la fuente, a buscar el hilo conductor que le conducirá a un profesor experto, etcétera. Porque hoy hay mucha gente que va a la universidad en busca de un titulito y le da igual si recibe una buena o una mala formación.

¿Puede decirse que la universidad de hoy se ve impotente para enseñar a los alumnos a saber más que a aprender?

No es que sea impotente, es que tiene que contrarrestar muchas fuentes de información y muchas corrientes que la sociedad actual mantiene. Hoy existe una gran trivialización del pensamiento. La sociedad es así. Y la universidad tiene que hacer un gran esfuerzo para contrarrestar una corriente mayoritaria de frivolidad. Pero creo que en los claustros y en los campus se sigue ofreciendo un mensaje interesante para los jóvenes aunque quizá haya que aprender el lenguaje adecuado.

¿Cuál es ese mensaje?

Se resume en esto que yo les digo a mis estudiantes siempre que tengo que ir a actos de apertura de curso: “La formación hace personas libres. Y la formación más la información, porque estamos en época de suma importancia en este aspecto, hace personas libérrimas. Tenéis que saber buscar la formación más la información. Junto a los conocimientos que hoy se os proporciona, es muy importante que os enseñemos a utilizar los instrumentos intelectuales necesarios para acceder a la información”.

¿Qué aporta la universidad al desarrollo integral de un territorio?

La universidad es siempre un elemento dinamizador muy importante pero no puede ser la tabla de salvación de nada. Si en una provincia o en una comunidad autónoma no hay un mínimo desarrollo económico y demográfico, la universidad no va traer la solución a esta situación. Puede ser un motor, un efecto multiplicador, nada más y nada menos. Pero no se puede pretender, como parece que pretendían estos años atrás los políticos, que la universidad sea la tabla de solución de los problemas de la provincia de Teruel, por ejemplo.

¿Y cómo ve una mujer intelectual el futuro de la provincia de Teruel?

Pues, francamente, lo veo negro. Porque los políticos no abordan los grandes problemas. Están obsesionados por la inmediatez, por solucionar las cuestiones que les son políticamente más rentables. Pero no se aborda como se debería el gran problema de la demografía. Todo el mundo está de acuerdo en que ése es nuestro peor mal. Pero después de todos los estudios que se han hecho, ¿qué? ¿Se han puesto los políticos de acuerdo en cómo atajarlo –porque éste es un problema casi de Estado–, en desarrollar políticas tendentes a neutralizar la despoblación a corto, a medio o a largo plazo? Estamos ante un problema de solución con vistas al futuro, pero el político es muy coyuntural. El político está los cuatro años que se establecen como periodos legislativos y ejecutivos. La inmediatez de obtener más votos para ser reelegido para una legislatura más le impide desarrollar políticas de largo alcance. Y la solución del problema demográfico requiere acciones a largo plazo.

¿Se observan como dos provincias diferentes en Teruel?

Siempre se dará en Teruel una clara diferenciación entre la sierra y el Bajo Aragón, entre la capital y Alcañiz, que mira más hacia Zaragoza. Es una diversidad que no tiene por qué ser negativa si sabemos establecer puentes de comunicación en todos los aspectos.

¿Contempla con buenos ojos el proceso de comarcalización?

La comarcalización, en líneas generales, la veo positiva. Pero creo que algunas comarcas han sido creadas de forma bastante artificial. La comarca será beneficiosa si se convierte en un instrumento ágil para que lleguen a los administrados todos los servicios a los que tienen derecho, sobre todo en el medio rural. Veo como negativo que se produzcan pugnas estériles por la capitalidad comarcal, como entre La Puebla de Híjar e Híjar o entre Monreal y Calamocha. Eso, a la larga, producirá una duplicidad de servicios. Y veo mal también que esas comarcas estén supeditadas, por lo menos hasta su consolidación, a los equipos políticos de turno. Tendríamos que ser muy escrupulosos en lograr un equilibrio y evitar que los servicios se polaricen en unos núcleos, poblaciones, en perjuicio de otros. Hay

que impulsar una buena planificación de los servicios comarcales para evitar que los trasposos de competencias se conviertan en un gravamen insalvable.

JOSÉ MARÍA PASCUAL

(Político impulsor de la transición sosegada a la Democracia en el Bajo Aragón)

“La clase media de los años 60 puso los cimientos de la democracia”

José María Pascual Fernández Layos es un político de profesión. Una dedicación de la que hace gala porque ha sabido convertir esta actividad, en tantas ocasiones denostada y desprestigiada por tantos, en el escenario permanente del intercambio de pareceres, en el templo de la tolerancia y la concordia. Pascual se ha ganado, con todo merecimiento, el título de principal impulsor de una transición sosegada de la dictadura a la democracia en Alcañiz y en gran parte del Bajo Aragón.



José María Pascual es, entre sus círculos de allegados, sólo José María. Pero ocurre que en Alcañiz son miles quienes se sienten cercanos al que fue alcalde de la ciudad desde 1974 hasta 1995, con la corta interrupción de algo más de año y medio. Nadie en la capital del Bajo Aragón puede decir con justicia que sea difícil acceder a conversar, dialogar e incluso entenderse, desde cualquier posición ideológica y política, con José María Pascual. Nacido en una familia de rancia tradición bajoaragonesa, el ex alcalde dice que “mi padre era más alcañizano que yo”. Desde su perspectiva política, José María Pascual está convencido de que fue la clase media española de los años sesenta del siglo XX la que puso los cimientos de la actual etapa democrática.

Ni que decir tiene que usted nació en Alcañiz...

El 20 de octubre de 1940 en el número 22 de la calle Alejandro, la misma casa en la que vivo todavía hoy. Mi padre, Fernando Pascual Lasmarías, médico cirujano, era más alcañizano que yo. Residió muchos años en Teruel y todos los domingos del año, excepto cuando las carreteras estaban cerradas por la nieve, desayunaba en Teruel, comía en Alcañiz y cenaba en Teruel. Si no se podía pasar, preguntaba a la Guardia Civil si estaba abierta la carretera por Cariñena y, en ese caso, iba a Alcañiz por Cariñena, Fuendetodos, Belchite y Azaila.

¿Usted vivió, entonces, en la capital de la provincia?

Durante 17 años. Estudié hasta los 8 años en las Anas de Alcañiz, luego en los escolapios y, más tarde, un año en La Salle de Teruel y el resto del bachillerato en el instituto Ibáñez Martín de esa ciudad.

¿De esos 17 años en Teruel le viene a usted ese afán conciliador entre la capital de la provincia y el Bajo Aragón?

En esta vida se cumple esa máxima de que las flores sin agua se secan y el amor sin besos se va. Es decir, que las personas se deben conocer. La rivalidad entre los ciudadanos de Teruel y los del Bajo Aragón se ha dado por la falta de conocimiento que existía entre unos y otros, debido a las circunstancias geográficas. Yo aún me acuerdo cuando salíamos de Alcañiz a las once y media de la mañana y llegábamos a Teruel a las seis y media de la tarde. Las gentes del Bajo Aragón sólo conocían la capital de la provincia cuando les llamaba Hacienda, lo que nunca era muy agradable, o cuando iban al servicio militar. Y precisamente esa falta de conocimiento es la que ha producido la rivalidad que siempre ha existido. Pero creo que el hielo se empezó a romper a partir de los años 70.

¿A qué se debió que usted iniciara muy joven la carrera política?

Es muy largo de explicar. Estuve estudiando dos años en Madrid, luego hice la mili en Zaragoza. Murió mi padre y, por azares de la vida, abandoné el intento de ingresar en ingenieros agrónomos y la carrera de Económicas y me quedé en Alcañiz. Con menos de 30 años, me ofrecieron la presidencia de la Cooperativa Agrícola Virgen de Pueyos y la de la Hermandad de Labradores, que entonces eran dos instituciones de enorme trascendencia social. Luego entré en la Comunidad de Regantes de Valmuel, etcétera. Yo provengo de una familia muy enraizada en la agricultura de la zona. Mi padre, además de vocación para la medicina, heredó una gran pasión por el campo. Era hijo único y en él se concentró una parte apreciable de la hacienda agrícola de sus antepasados que, en otras ramas, se dispersó más porque los Pascual fueron una familia muy extensa. Además de todo eso, me involucré en la vida deportiva de aquella época y fui entrenador de atletismo, de baloncesto y yo qué sé. Total, que sin saberlo, empecé a hacer la carrera de alcalde de Alcañiz. Por la mañana me dedicaba a los agricultores y por las tardes a los jóvenes a través del deporte. Eso me proporcionó una experiencia inapreciable en aquella época y muy positiva para preparar el futuro que ya se barruntaba. El agricultor, por lo general, es muy sensato. Para un joven como yo, el contacto diario con hombres del campo mucho más mayores, que tenían viva todavía la experiencia de la guerra, fue decisivo. Por el otro lado, me vinculé también con las jóvenes generaciones, con chicos y chicas que entonces hacían deporte y que hoy son hombres y mujeres con capacidad de decisión y de opinión en esta tierra, desde las posiciones ideológicas más dispares. En mis años jóvenes, tuve el privilegio, y lo digo con el máximo orgullo, de relacionarme con la sociedad experimentada que conectaba directamente con nuestro pasado y, al mismo tiempo, se me brindó la oportunidad de implicarme en las inquietudes de las nuevas generaciones. No quisiera pecar de presuntuoso pero estoy de acuerdo en que me tocó hacer de puente entre dos épocas y que mi experiencia fue positiva para la ciudad.

Y, como quien no quiere la cosa, fue 19 años alcalde de Alcañiz...

Tomé posesión de la alcaldía el 2 de febrero de 1974. Todos aquellos primeros años de mi carrera política me marcaron mucho. Sobre todo, el conocimiento del sentir de las nuevas generaciones me vino muy bien, y yo creo que también a la ciudad, para contribuir a que la transición se hiciera en Alcañiz de forma correcta y sin enfrenta-

mientos. Me afilié a Alianza Popular (AP) en 1977 y en las elecciones municipales de 1979 encabecé una coalición independiente de derechas con la que conseguí la alcaldía mediante un pacto con UCD. Para eso dejé AP y luego volvería a afiliarme en 1983, año en que volví a conquistar la presidencia del ayuntamiento como cabeza de una lista de Coalición Democrática en la que estaba integrada AP. Durante todos estos años fui diputado provincial y, finalmente, vicepresidente de la Diputación de 1991 a 1995. Para mí la Cooperativa fue una buena escuela en la que los agricultores me enseñaron a dialogar. Así pude aprender a negociar, que en política es una estrategia básica.

¿Cómo se transformó Alcañiz de pueblo agrícola en pequeña ciudad moderna e industrial?

La década de los años sesenta fue fundamental para el desarrollo de España. Podría decirse que entonces se pusieron los cimientos de la transición. Por aquellos años se desarrolló una clase media, la de nuestros padres, que pasó de la civilización del trigo a la sociedad del consumo. La gente comenzó a reflexionar sobre muchas cosas, ya no se conformaba con leer el *Marca* ni se limitaba a enfervorizarse con la Copa de Europa. Era una sociedad que, en definitiva, demandaba libertad. De esta forma, la democracia se encontró con una mayoría social que no sólo estaba preparada para aceptarla sino que la demandaba. El desarrollo de la clase media española durante los años sesenta, insisto, fue decisivo.

Pero, ¿cómo pudo darse el paso en Alcañiz de aquella localidad pacata, de posguerra, a una ciudad más culta, con nuevas inquietudes?

El paso se dio gracias a un cambio generacional. La dimisión de mi antecesor en la alcaldía, Javier Roig, dio paso a nuevas personas, como yo mismo, dentro todavía del régimen anterior. Y luego ya con la democracia, la renovación generacional en el ayuntamiento se amplió más todavía. Javier Roig me puso en contacto con importantes personalidades del mundo de la cultura, como Pablo Serrano o Pilar Narvión. Así, en los años posteriores y de la mano de otros alcañizanos, como el llorado Enrique Trullenque, la verdad es que tuve la suerte de iniciar proyectos culturales que fueron el embrión de la realidad cultural actual de Alcañiz que, con todas las carencias que algunos quieran denunciar, ahí está.

¿Y hoy? ¿El Bajo Aragón es una comarca con futuro?

Yo creo que ha sido un error hacer varias comarcas de lo que era sólo una. Dicho esto, aunque no comparta plenamente la actual demarcación comarcal, yo creo que más vale esto que nada. ¿Cuál va a ser el resultado? Todo dependerá, en gran medida, del sentido común, tanto de los políticos que gobiernen en Zaragoza como en las comarcas. El simple hecho de que alcaldes y concejales de los pueblos se tengan que reunir periódicamente, como miembros de una nueva institución, es una novedad de suma importancia. En esas reuniones se pueden realizar muchos proyectos en común. En todo caso, ésta de la comarcalización es una tarea lenta, que requerirá tiempo, que para que cale en la gente hará falta también mucho esfuerzo... Pero todo es relativo porque hoy día en dos horas se escribe una página de la historia.

Es decir, que a pesar de los recelos del PP, su partido, ¿usted parece confiar en el futuro de las comarcas?

Precisamente en esta tierra sabemos bien lo que pueden tardar en cuajar los proyectos políticos si las cosas no se hacen bien. Eso, ni más ni menos, pasó con la

demarcación provincial de Teruel: todo eso hizo mal y la provincia ha tardado más de cien años en tener el peso que hoy tiene. Con la comarca no pasará lo mismo porque ahora la historia se escribe con más rapidez. Pero hay que hacer las cosas bien. Todo depende del sentido común de los políticos: de los de Zaragoza y, sobre todo, de los de aquí. En principio, el proceso de comarcalización es positivo. Conlleva más gastos, diga lo que diga mi amigo José Ángel Biel. Pero eso se puede paliar si la comarca sirve para reforzar a los ayuntamientos y no se multiplican las administraciones. Es decir, que las competencias de la comarca sean de verdad, competencias últimas. ¿Delegadas? Sí, pero que los problemas de los ayuntamientos de la comarca se resuelvan en el Consejo Comarcal. Si tienen que pasar por las comarcas, por las diputaciones provinciales y por el Gobierno autónomo, no habremos avanzado nada. Con esto no niego que haya cuestiones de mayor transcendencia que tengan que trasladarse a instancias superiores. Pero los problemas cotidianos de una comarca tiene que solventarlos la propia comarca.

DARÍO VIDAL LLISTERRI

(Periodista y escritor)

“Los medios de comunicación tienen una gran responsabilidad en esta comunidad”

Darío Vidal Llisterri, ex consejero del Gobierno de Aragón, nacido en Alcañiz un año antes de la guerra civil de 1936, tiene sobre sus espaldas una dilatada trayectoria de periodista y escritor. De su profesión periodística, en la que fue, sin saberlo bien, promotor del llamado periodismo de investigación, dice que “fue la época más apasionante de mi vida”. Como escritor, ha cultivado la narrativa, la ficción costumbrista y el ensayo sobre las más variadas cuestiones. Sus incursiones en la crítica sociocultural y en la literatura gastronómica de Aragón perdurarán en el futuro como merecen “Siete ensayos aragoneses y un apócrifo”, “Harina de este costal”, “Flor de cardo azul” o “El Matarraña en sus fogones”.



De conversación con Darío Vidal, la historia de Alcañiz y del Bajo Aragón parece presente. Licenciado en Filosofía, además de periodista, miembro de número de la Academia de Bellas Artes de San Luis, Vidal combina en su persona el alcañizano ilustrado, humanista, con el rudo y castizo bajoaragonés de épocas pretéritas pero todavía recientes. Incluso en su porte externo, parecen converger el intelectual inquieto y el pícaro torrero de huerta.

¿Su vocación de periodista despertó pronto?

Fue en el Heraldo a los 12 años, por ejemplo. A través de Mariano Romance, que hacía un suplemento semanal del Bajo Aragón, de dos páginas, para ese periódico.

¿Y de qué escribió a esa edad?

¡De qué iba a ser! Pues de Alcañiz. Del castillo que estaba a punto de hundirse y decía yo que había que hacer algo para evitarlo. Y firmé Ramón Miguel Vidal.

¿Usted se llama Ramón Miguel o Darío?

Mi padre me puso Darío porque creía que era un nombre muy eufónico pero mi madre quería llamarme Ramón y Miguel como mis abuelos y también como mi padre. Cuando fui a matricularme en la universidad me enteré de que mi primer nombre no era Ramón Miguel, como hasta entonces siempre me habían llamado.

Después de ese primer artículo de adolescente...

Sólo fue el primero. Luego colaboraba en el suplemento de Mariano todos los veranos. Yo pensaba que la gente me pararía en la calle después de haber firmado un artículo en el periódico. Me producía una enorme emoción ver mi firma al pie de un texto pensado y parido por mí.

Su vida profesional transcurrió en Barcelona. Usted coincide con la época del nacimiento del periodismo de investigación.

Yo inicié el periodismo de investigación sin saberlo. Detecté un riñón robado a un accidentado para hacer un trasplante en una época en que nada de eso estaba legislado. Y descubrí cómo varios cuadros atribuidos a un gran pintor eran falsos, etcétera. Fue mi época del periódico *Tele Exprés* que nació y murió conmigo. Empecé a hacer un periodismo de investigación porque tenía una idea un poco socrática de nuestra profesión como búsqueda de la verdad. Pero no me dedicaba, como ocurre hoy, a investigar un asunto al frente de un equipo. Yo hacía el pan nuestro de cada día y, además, me dedicaba a seguir la secuela de la noticia. Eso lo hacía de propina. Recuerdo, por ejemplo, un incendio en una fábrica en el que no funcionaron ni las bocas de riego ni los extintores ni nada. Detrás había una gran operación inmobiliaria de miles de millones. Ni cuento el número de querellas que me pusieron. Pero, por fortuna, no he pisado nunca un banquillo. Y descubrí una madriguera de nazis en la que se falsificaban pasaportes para huir a Sudamérica. Ésa fue la época más apasionante de mi vida.

¿Y cómo terminó todo?

Pues con el cierre del periódico por una de esas operaciones repugnantes que se dan en este mundo del periodismo. *Tele Exprés* iba muy bien hasta que lo compró una persona con vitola de gran empresario que resultó ser un gran sinvergüenza. Y me quedé con las colaboraciones en la radio. Pasé por Radio Peninsular, Radio Miramar y Radio Nacional de España, etcétera.

¿Qué recuerdo le queda de su retorno a Aragón, de su incursión en la vida política?

Eso no tiene ninguna importancia. Me llamaron para ser consejero de Cultura del Gobierno de Aragón. Fue una cosa muy fugaz. Ésa no es mi vida. Fue un acci-

dente. Yo me vine a Alcañiz por distintos motivos. Tenía buenos amigos y admiradores en la profesión, modestia aparte. Pero hubo momentos duros en mi vida profesional y personal, que ahora no vienen a cuento. El caso es que estuve trabajando como jefe de prensa en varias empresas y entidades, pero añoraba mi profesión. Y decidí volver a mi pueblo, a ponerme a escribir. Y apareció el libro *Los siete ensayos aragoneses y un apócrifo*. Era en 1986. Ese mismo año hubo elecciones. Hipólito Gómez de las Rocas estuvo en la presentación de la obra en la Aljafería. Y el entonces candidato a la presidencia me propuso ser consejero de Cultura. Me resistí pero acabé formando parte de su Gobierno. A Hipólito Gómez de las Rocas le pareció que yo era la persona idónea porque en mi trayectoria profesional estaba clara mi fijación con Aragón y con Alcañiz, desde fuera.

Su padre fue también periodista.

En realidad, él iba para pintor, una vocación que ha heredado uno de mis tres hijos. Yo conservo en mi casa varios cuadros de mi padre. Fue un periodista muy especial, redactor de varios periódicos en Barcelona, en Galicia, en Zaragoza, Huesca y Teruel donde trabajó en *Lucha*, con Clemente Pamplona. Mi padre era de Alcañiz y aunque mi infancia transcurrió sobre todo en Barcelona y en otras partes, mis recuerdos infantiles de Alcañiz son múltiples.

¿Por ejemplo?

De los primeros recuerdos que tengo es el del bombardeo aéreo del 3 de marzo de 1938. Por eso me he alegrado de que, por fin, se haya hablado de un suceso tan dramático en el libro de Maldonado. Yo tenía 3 años. Cayeron bombas en la calle Mayor, en la plaza, sobre la fonda Morera, que estaba en el rincón de la plaza del mercado. Nosotros vivíamos en la plaza de Almudines, a menos de cien metros en línea recta de esos puntos bombardeados. Pero no recuerdo el estruendo de los proyectiles. Yo había bajado con mi abuela Ramona a comprar escabeche en la tienda de Pérez. Lo que sí recuerdo es el temblor de la tierra, el sonido de las sirenas y, sobre todo, que, de pronto, a pleno día, se había hecho de noche. Dicen que me tiré al suelo junto al mostrador al grito de “camaradas, cuerpo a tierra”, pero ésta es una anécdota que me han contado. La primera imagen de la calle era fascinante para un niño: había cambiado mágicamente el paisaje, estaba todo lleno de montañas. Yo no pasé ningún miedo. Cuando sí lo tuve es alguna de las veces que me llevaron a ver a mi madre, que estaba presa en Pueyos, mientras mi padre luchaba en el frente.

¿Usted vivió un Bajo Aragón idílico en tiempo de vacaciones?

En cierto modo, sí. Porque yo venía a pasar unos días. Pero yo nací en Alcañiz. En la calle Espejo, en la primera casa, según se mire, que da a la plaza Mendizábal. Aquel Alcañiz y aquel Bajo Aragón eran una maravilla porque, seguramente con el paréntesis de la guerra y nuestro atraso anterior, sin duda, mantenían vivas todas las referencias históricas de las que se habla siempre. Desde hacía muchos, pero muchos años, Alcañiz no había cambiado nada. Aquí estaba todo igual que cien años antes y las costumbres eran rurales, preciosas. Tengo en la mente y en la retina la imagen de la gente entrando, al atardecer, en verano, por el puente. Venían los carros en avalancha, con el perrillo atado detrás, las mujeres y los niños sobre el carro, y los hom-

bres a pie, junto a las caballerías. Todos entraban cantando jotas y diciéndose picardías de un carro a otro. Y luego había un momento de alboroto, al descargar los carros. Las puertas de las casas estaban abiertas, las calles eran pasillos de una misma casa, los vecinos pasaban de una puerta a otra con total tranquilidad.

Es como recuerda Buñuel, que en Calanda la Edad Media se prolongó hasta la Primera Guerra Mundial...

Algo de eso hay. Yo, claro, no viví en tiempos de la Primera Guerra Mundial. Los niños del campo, no por pobres, iban descalzos. Se calzaban para ir por ciertos caminos pero en el bancal, para trabajar, se descalzaban. Y en las calles, que eran de tierra, tampoco iban calzados. En Alcañiz, salvo en las casas de la plaza y de la calle Alejandro que ya la tenían, se puso el agua corriente hacia 1954. Yo vivía en los Almudines, que todavía se llamaba el barrio de la Judería. Mi abuela llamaba judío a un vecino pero no como insulto sino como seña de identidad. Uno de los acontecimientos familiares de mi infancia era la visita a mi tía Carmen, monja clarisa en Valdealgorfa. Hacíamos el viaje en el carro del tío Manuel *Sinbanda*.

¿Cree que el Bajo Aragón ha tenido que superar su propio pasado para evolucionar o se ha conseguido desarrollar gracias a su historia?

En el Bajo Aragón de finales del siglo XIX y principios del XX, que yo no llegué a conocer, había mucho analfabetismo pero existía, al mismo tiempo, una gran inquietud intelectual. Aquí había una sociedad con mucha iniciativa. Existía una parte de la sociedad que era ilustrada, seguramente elitista y clasista, pero que creía que tenía un cometido que cumplir. Basta citar el regeneracionismo con la Asociación del Fomento del Bajo Aragón, etcétera. Yo creo que hoy se ha perdido ese espíritu de inquietud.

La Tierra Baja es una zona de contrastada tradición periodística. ¿Cómo eran los periódicos de antaño?

Tuve la suerte de conocer la colección de periódicos de David Gascón, que conservaba publicaciones completas. Eran periódicos pueblerinos, sin duda, aunque no en su factura. Yo pude conocer y estudiar aquellas publicaciones que realmente eran *noticiosas*, como diría Nipho. Lo que es indudable es que el Bajo Aragón ha sido y es una tierra con demanda de medios de comunicación. Esa exigencia social perdura todavía hoy. La gente aquí necesita medios de comunicación, quizá más que en otras sociedades rurales de características similares. Por eso los medios de comunicación tienen una enorme responsabilidad en esta comunidad. Aragón ha sido víctima de una situación histórica que la ha marginado. El cronista Jerónimo Zurita decía que “Aragón no existe ni tiene su principal ser en las fuerzas del Reino sino en la libertad, siendo opinión mayoritaria de que si aquella [la libertad] faltare, fenezca el Reino”. A partir de Felipe II y, sobre todo, ya con Felipe V, en el siglo XVIII, cuando se perdieron los virreinos y las Cortes, Aragón perdió identidad y capacidad de autogobierno. Y con ello se fueron de esta tierra muchas gentes y mucho dinero. En definitiva, además, Aragón perdió capacidad de opinar. Feneció el reino. ¿Cómo podría despertar? Sin duda, con la influencia de los medios de comunicación. Hoy existen muchos medios de comunicación pero los profesionales se van por el mundo y escasea el periodista

que encuentre oportunidad de ejercer de verdad la profesión aquí. Por otra parte, no se trata sólo de disponer de muchos medios de comunicación sino de que los que existan tengan capacidad real de crear opinión.

¿Cómo contempla la distribución de Aragón en 33 comarcas?

Yo creo que hay algo que predomina sobre cualquier distribución administrativa, que es la geografía, tan tozuda como la verdad. Los catalanes, de los que tenemos muchas cosas que aprender, aunque haya otras que no nos gusten sobre todo cuando tropiezan con nosotros, no se han inventado las comarcas sino que las han articulado. Yo creo que en Aragón se ha seguido un criterio más político que racional en la articulación comarcal. Dicho esto, es cierto que la comarcalización puede revitalizar las zonas rurales y servir de impulso o como estímulo de su desarrollo. No obstante, me preocupa que se produzca una fractura en pequeños reinos de taifas de lo que históricamente ha sido el Bajo Aragón. En todo caso, soy partidario de que los pueblos mancomunen sus servicios y aúnen esfuerzos en torno a proyectos de interés compartido.